



LA
FLOR *del*
AZAFRÁN
AMARILLO

❁ ❁ { Laila Ibrahim } ❁ ❁

Lectulandia

«Mattie nunca fue del todo mía en realidad, y la conciencia de este hecho tenía que haberme colmado con la misma prontitud y certeza que la leche de sus senos. Pese a ser “posesión” de mi familia, pese a hallarse en el centro mismo de mi universo, sus afectos más profundos habitaban en otra parte. Por eso el consuelo de tenerla iba de la mano del miedo a perderla un día. La que sigue es nuestra historia».

En el instante de nacer, Lisbeth se ve apartada de su madre y queda a cargo de Mattie, una esclava a la que han separado de su propio hijo para que ejerza de ama de leche. Comienza así una relación intensa que conformará la vida de ambas durante décadas. Es Mattie, y no su familia, quien le enseña a disfrutar de las pequeñas cosas, quien le abre los ojos ante la injusticia de la esclavitud, quien le enseña a amar incondicionalmente.

Pero ¿es posible que dos mujeres de origen tan dispar compartan semejante vínculo sin consecuencias? Este relato conmovedor de amor improbable sigue el viaje emprendido por cada una de ellas en busca de su propia libertad.

Lectulandia

Laila Ibrahim

La flor del azafrán amarillo

ePub r1.0

Ablewhite 29.04.2018

Título original: *Yellow Crocus*
Laila Ibrahim, 2014
Traducción: David León Gómez

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Kalin, Maya y Rinda, y a todas las Mattie del mundo pasado, presente y futuro.

Prólogo

Mattie nunca fue del todo mía en realidad, y la conciencia de este hecho tenía que haberme colmado con la misma prontitud y certeza que la leche de sus senos. Pese a ser «posesión» de mi familia, pese a hallarse en el centro mismo de mi universo, sus afectos más profundos habitaban en otra parte. Por eso, el consuelo de tenerla iba de la mano del miedo a perderla un día. La que sigue es nuestra historia. Se preguntará el lector si es cierta y puedo garantizarle que así es, aunque mis padres desearían lo contrario. Lo es tanto como la más cierta que jamás se haya narrado. Es la historia de mi amor por Mattie, y supongo que también la de su amor por mí.

Capítulo uno

14 de abril de 1837

Mattie estaba tendida, ovillada en torno al cuerpo cálido de su hijo, cuando llamó a la puerta aquel mensajero cuya presencia nadie había solicitado. Permaneció en su camastro, remisa a poner fin a aquel instante precioso, y prestó atención a los leves ronquidos del abuelo. Contempló a Samuel y apretó la nariz contra su tierno cuello a fin de aspirar su dulce aroma de bebé. Enjugó con una caricia el sudor luminoso que le humedecía la frente y le besó la sien con suavidad. Se levantó cuando sonó en la puerta una segunda serie de golpes intrusivos. Con Samuel tan pegado a ella que sentía contra su pecho el calor de su respiración, cruzó arrastrando los pies el suelo de tierra pisada. Aunque esperaba a su visitante y llevaba semanas previendo aquella llamada, temía aquel momento: cuando abriese la puerta, su vida quedaría partida para siempre en un antes y un después.

Tiró hacia sí sin prisa de la tosca hoja de listones y vio una silueta grácil a la luz de la luna. Era Emily, una muchacha flaca de ojos claros avellanados y la piel del color del té con leche. La había visto antes, aunque no la conocía bien. No daba la impresión de tener más de doce años. En cambio, la tez veintenaria de Mattie era oscura como granos de café tostado. Llevaba el cabello de color azabache recogido en dos trenzas bien ceñidas que enmarcaban su rostro delgado y tenía, como de costumbre, la cabeza cubierta con un paño blanco raído.

Sin molestarse en saludar, la mocita balbució:

—Tienes que venir ya: la criatura está a punto de llegar. —Y transmitida la noticia, se volvió en dirección a la casa grande.

Mattie le anunció:

—Voy a dejar a Samuel con Abu.

—Pues aligera, que te están esperando.

No bien llegó Mattie a su jergón, el anciano se incorporó para tomar en brazos a su bisnieto. Tenía las manos añosas tumefactas y torcidas, y en sus encías abultadas asomaban apenas unos cuantos dientes.

—¿Ya? —preguntó el anciano.

Mattie asintió mientras luchaba por retener las lágrimas. Besó con ternura la mejilla redonda de Samuel.

—Te quiero —susurró al oído diminuto de su hijo antes de apretar los labios por última vez contra su cabecita calva.

Mordiéndose un carrillo, dejó al pequeño con cuidado en los brazos surcados de cicatrices de su bisabuelo.

—Acuérdese de que le va a dar de comer Rebecca cuando tenga hambre —le dijo,

aunque sabía que no hacía falta.

El otro le respondió con la paciencia que siempre había tenido con ella:

—No te preocupes por él: tú, ocúpate de tener cuidado allí dentro. —Y le dio unas palmaditas en el brazo moreno.

Mattie lo miró a los ojos con la esperanza de que entendería cuanto ella callaba. Quería estar segura de que su hijo iba a estar bien cuidado, de que tendría claro que no lo había abandonado por propia elección y de que cuando regresara sabría que era su madre. Sin embargo, no dijo nada: ni gritó en señal de protesta ni suplicó más tiempo; se limitó a volverse en silencio, conteniendo el llanto tras los párpados mientras salía de su hogar y abandonaba a su hijo. No tenía elección: debía ser fuerte, sobreponerse a aquella separación y regresar lo antes posible al lado de Samuel.

Lo que no podía saber era si iba a tardar meses o años en hacerlo.



Sintió un escalofrío mientras seguía la escasa luz que emitía el candil de Emily. Caminaron en dirección a la casa grande por un sendero que había aprendido a odiar y por el que raras veces transitaba.

—¿Cuánto lleva con dolores? —preguntó cuando rebasaron la cocina de ladrillo de modestas dimensiones.

—Casi todo el día, creo. Se ha puesto a gritar después de comer.

—¿Ha roto aguas?

—No sé —respondió la muchacha al llegar a la parte trasera de la residencia.

Entraron por una puerta pintada y ascendieron las desgastadas escaleras de servicio que daban a la planta alta. Mattie no conocía aquel lugar por dentro ni había tenido motivo alguno para suponer que lo haría en el futuro hasta pocos días antes. Los del campo no entraban en la casa grande. No sabía por qué la habían elegido a ella, en lugar de a su hermana Rebecca, para amamantar a la criatura que estaba por nacer; ni era quién para preguntar a los blancos ni para discutir con ellos: ella se limitaba a obedecer.

Nerviosa, avanzó detrás de su guía por una alfombra blanda de vivos colores. Tras pasar varias de las lustrosas puertas del pasillo blanco y liso, Emily se detuvo ante la última de la izquierda.

—Te esperan ahí dentro —le anunció señalando con el dedo.

Mattie la observó abrir la boca con un gran bostezo antes de dar la vuelta y desandar el corredor.

El corazón le latió con fuerza al encontrarse sola e indecisa en aquella pieza alargada. De pronto, la puerta blanca se abrió con un movimiento enérgico, y Mattie apenas tuvo tiempo de dar un respingo hacia atrás para evitar que la pisara la figura que salía con precipitación del cuarto, acompañada por una exhalación de aire cálido

teñido de olor a sudor. Vacilante, escrutó desde el umbral la penumbra de la habitación.

Sobre un lecho colosal yacía una mujer blanca y menuda de piel del color de la nata espesa. Tenía los ojos cerrados al mundo y gemía en voz alta. El cabello, húmedo y oscuro, se le había adherido al rostro tumefacto y empapado en sudor. Sus rasgos se torcieron y gritó de dolor. Entonces cerró los ojos con tanta fuerza que le desaparecieron las pestañas a la vez que retraía los labios hasta ocultarlos en la caverna de su boca.

—¡Ah! Estás ahí —proclamó una de las dos mujeres que rondaban en torno a la cama, una blanca corpulenta de angostos ojos azules y cabello gris recogido en un austero moño que señaló una silla situada en un rincón—. Todavía no haces falta. Se ha complicado... —calló sin llegar a ofrecer una explicación completa—. Siéntate y no hagas nada que pueda molestar a tu señora.

Mattie entró en la sala con el menor ruido posible y se encogió a fin de evitar llamar la atención del hombre de rostro sanguíneo que se alzaba sobre los pies del lecho. Se posó en un rico sillón de terciopelo y de forma inconsciente frotó el tejido con la punta de sus dedos pardos. Recorrió la estancia con la mirada, embebiéndose de cuanto veía. La señora Ann, la dueña de la casa, se encontraba en el lecho de cuatro columnas de intrincado tallado que ocupaba buena parte del espacio disponible. A su lado había un lavamanos rematado en mármol y cubierto de paños arrugados. El hombre se dirigió a las dos mujeres que había apostadas a uno y otro lado de la cama.

—Sujétenla bien cuando vean que me dispongo a sacar a la criatura —les ordenó—. Que no se mueva, o podrían morir los dos.

Dicho esto, sacó de su maletín un par de fórceps sucios y los limpió enseguida con un trapo manchado de sangre antes de inclinarse sobre el lecho.

—Ahora —anunció.

Las mujeres se aferraron con sus blancas manos a los hombros y los brazos de la parturienta y la presionaron con fuerza contra el colchón. Mattie hizo una mueca de dolor solidario y contuvo el aliento mientras el médico introducía con decisión las palas en el cuerpo menudo de ella.

—¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah! —gritó la señora Ann.

El doctor tiró con nervio de los mangos de metal, pero no hubo movimiento alguno. Entonces mudó de postura y, afirmándose con las piernas bien separadas, volvió a hacer fuerza hacia sí. Las manos se le escurrieron y soltaron el extremo por el que sostenía el instrumento, que quedó asomando del cuerpo de la mujer. Farfullando entre dientes, se enjugó las manos sudadas en los calzones y volvió a aferrarse a los fórceps. Al tirar de ellos una vez más, sus manos se deslizaron con lentitud hacia atrás; pero en esta ocasión el instrumento se movió a la par que sus gruesos dedos.

Embutida con fuerza en el triángulo que formaban las palas de metal, asomó de

entre las piernas delgadas y blancas de la señora una porción purpúrea de cráneo. El doctor soltó un gruñido, y su mano izquierda volvió a perder su asidero.

—¡La criatura nos va a salir terca! —sentenció.

Volvió a tirar de los fórceps a la vez que se contraía el útero de la mujer, y la cabecita afloró hasta el punto de que Mattie logró verle el ápice de las orejas. La matriz se relajó en ese momento, y cuando el doctor volvió a hacer fuerza no hubo movimiento alguno. El siguiente tirón coincidió con otra contracción, y esta vez salieron sin pausa la cabeza, los hombros, el torso y las extremidades. Sobre el lecho fue a caer una criatura morada e inmóvil.

El médico miró de hito en hito el cuerpecillo inerte. Mattie se sustrajo al impulso de tomar al recién nacido, darle la vuelta y frotarle la espalda con fuerza. Impotente, aguardó a que hiciera algo el experto. «¡Venga! —alentó en silencio al crío que le estaba arruinando la vida—. Respira».

El doctor ató y cortó el cordón que aún latía mientras el bebé seguía quieto. De pronto, este dio una sacudida y echó hacia atrás la cabeza húmeda, abrió la boca de color cárdeno y dejó escapar un llanto áspero. Mattie lo aclamó para sus adentros: «¡Lo has conseguido, chiquitín!».

—Suerte que he estado yo presente en el parto —declaró el médico—. Esta es de las que requieren medicina moderna para tomar su primer resuello.

—¿Es una niña? —preguntó la madre.

—Sí —confirmó él sin más.

La joven estiró el cuello para verla y alargó los brazos en dirección a su hija. El médico la envolvió sin demasiado interés en un arrullo y fue a entregársela a la yacente.

—Todavía no. Está usted muy débil para tomarla —dijo la mujer grande del moño, quien se volvió al doctor para añadir—: Désela al ama de cría.

La madre se dejó caer en el lecho sin replicar y el médico, encogiéndose de hombros, llevó a Mattie el bulto húmedo que tenía en las manos. Al entregar a la pequeña, preguntó:

—¿Tienes leche?

—Sí, señor: mi hijo nació hace unos meses —respondió Mattie con la vista clavada en el suelo de roble.

—Entonces, haz lo que has venido a hacer —dijo él antes de volverse a la cama para recoger la placenta y suturar a la paciente.

Mattie miró a la criatura rosada y sin nombre que tenía en brazos. Los fórceps habían dejado magulladuras azules y violáceas en torno a las orejitas aplastadas de la chiquilla, que había empezado ya a lamerse los labios y a cabecear en busca de alimento. Arremangándose la camisa, la mujer dejó al aire todo un seno de pezón enorme listo para recibir la boca de un lactante. Lo tomó con una mano y acarició con ternura con aquella protuberancia erecta los labios diminutos de la niña a fin de conseguir que los abriera. Entonces, con rapidez, la acercó hacia sí hasta que cubrió

su pecho la boquita ansiosa de la recién nacida. La cría chupó con fuerza y ella no tardó en sentir el estirón del raudal de leche que tan bien conocía. Se acomodó en el sillón blando y suave sin dejar de sostener a la criatura contra su corazón. Mientras contemplaba aquella vida nueva, pensó en Samuel, dormido en su camastro duro en un mundo distinto del que apenas la separaban doscientos pasos. Su cuerpo reaccionó con dolor por su hijo: era él a quien quería tener en brazos en aquel momento y no aquella niña desconocida. Se preguntó si estaría durmiendo profundamente al lado de Abu o si se habría puesto ya a revolverse en busca de la toma de la mañana. Se le partía el corazón al saber que él no iba a entender siquiera que se había acabado la vida que compartían.

Antes de que la pequeña hubiese tenido tiempo de acabar de mamar, la interrumpió la mujer blanca grande del moño apretado.

—A la niña la vas a llamar *señorita Elizabeth*. Yo soy la señora Gray, el ama de llaves. Sígueme.

Mattie apartó con dulzura a la señorita Elizabeth de su pecho y se recompuso las ropas. Ofreciéndole el meñique a manera de chupador, siguió a la mujer con la criatura aún pegajosa en brazos.

La señora Gray condujo a las dos por el pasillo tenuemente iluminado hasta una habitación situada en la parte trasera de la casa. A la derecha había un sofá verde y dos sillas de color avellana dispuestas ante un hogar, y frente a la puerta, un lecho de escasas dimensiones y una mecedora arrimada a una ventana amplia. El ama de llaves no se detuvo allí, sino que cruzó la cámara hacia la izquierda, en dirección a otra puerta que conducía a un cuarto pequeño y sin ventanas. La mayor parte del espacio estaba ocupada por una cama baja, cubierta con una colcha desvaída, y el resto, por un armario de tamaño reducido. En la pared opuesta había otra puerta.

De pie en el umbral que separaba ambos aposentos, la señora Gray le explicó:

—La habitación grande es la de la señorita Elizabeth. Tú dormirás aquí. La puerta trasera da al pasillo y las escaleras de servicio. Solo usarás la escalera principal cuando estés acompañando a la señorita Elizabeth. Cuando ella no esté contigo, tendrás que subir y bajar por la de atrás. En el armario tienes dos mudas para ti: dos vestidos y dos camisones. —La señora Gray señaló el mueble mientras Mattie se afanaba en no perderse—. Tendrás que echar un vestido y un camisón al bajante de la ropa sucia cada lunes por la mañana, o sea, el día que sigue al del sabbat. No se te van a lavar más de una vez a la semana. Ya no vas a necesitar más ese harapo de la cabeza; conque deshazte de él. Emily, la criada al cargo de la planta alta, te traerá de comer tres veces al día. Si tienes alguna duda, puedes preguntarle a ella, que está bien enterada de las normas de la casa. Cuando haya que sacar a la señorita Elizabeth de su habitación, se te avisará.

Dicho esto, la señora Gray miró fijamente a Mattie para concluir:

—Convertirse en esclavo doméstico es un privilegio muy poco común. Espero que seas capaz de no abusar de él.

—Sí, señora —repuso Mattie.

—En el palanganero que hay al lado del vestidor de la señorita Elizabeth tienes agua caliente para el aseo —la informó mientras regresaban al dormitorio de la pequeña—. Lávala antes de que se enfríe.

Cuando salió la señora Gray, Mattie miró a la criatura que tenía acunada en los brazos y dijo:

—Parece que nos han dejado solas, chiquitina. No sé lo que voy a hacer contigo, pero imagino que las dos lo vamos a descubrir a la vez. Vamos a echar un vistazo a tu cuarto antes de darnos un baño.

Mattie recorrió el dormitorio con la niña y fue asimilando cuanto veía de su nuevo entorno. A escasa distancia del techo había suspendida una serie de barras de las que pendían largas fajas de tejido verde oscuro. Al acercarse a tocar la suave seda, Mattie reparó en que estaban cubriendo algo, y cuando las apartó topó con dos ventanas largas. Aunque había visto antes el cristal, y sabía cómo se llamaba, nunca había tenido ocasión de tocarlo. Frotó con la punta áspera de sus dedos, hacia arriba y hacia abajo, aquella superficie fría y suave. Miró al exterior, y contuvo de pronto el aliento al ver las viviendas de los esclavos. Todavía era de noche, pero podía distinguir cada una de las diminutas construcciones.

Estaba desorientada, y el hecho de contemplarlas desde lo alto le impedía determinar cuál era la de cada familia. Cuando dio con su cabaña, la quinta de la hilera que tenía a la espalda una serie de bancos hechos de tronco, le dio un vuelco el corazón. Buscó a Samuel y a Abu, pero no alcanzó a verlos. Siguió mirando por la ventana, anhelando vislumbrarlos. Tenía los ojos abotagados por las lágrimas y el corazón encogido. Allí fuera no había nadie; sin embargo, siguió observando.

El gimoteo de la señorita Elizabeth la llevó a prestar de nuevo atención a la cría. Le ofreció su dedo y volvió a mirar en derredor. A la izquierda de las ventanas vio un centón recién hecho de punto tupido que cubría un lecho angosto de rica madera de cerezo. Los vivos tejidos formaban un diseño de ocas en vuelo a un paso de escapar por la ventana. Se sentó sobre la cama, maravillándose ante tanta comodidad y ante el tacto suave del tejido.

—Te has buscado un buen sitio para dormir, pequeña, aunque de momento no te va a servir de mucho —sentenció sabiendo que la criatura iba a pasar los meses siguientes descansando con ella en la trasalcoba.

A la derecha de la ventana, en el rincón, aguardaba la lustrosa mecedora. A su lado había un mueblecito con cajones y un colchoncillo enguatado en lo alto. Colocó a la cría sobre este, al lado de la jofaina del agua cálida. En los distintos cajones encontró vestiditos finamente bordados, medias, gasas y tocas con las que habían hecho farditos bien apretados semejantes a huevos que esperaran el momento de ver roto el cascarón. Mirando a la niña, Mattie comentó mientras agitaba la cabeza:

—Ya tienes más ropa que todos los del campo juntos.

Elegió un conjunto de suaves prendas de algodón y las colocó sobre el lecho.

Entonces, desenvolvió con cuidado a la blanda criatura y la metió en el agua tibia de la palangana. La señorita Elizabeth protestó con un llanto mientras Mattie la frotaba para limpiar la grasa blanca y la sangre roja que la cubrían como último vestigio de la matriz.

—¡Sss...! ¡Sss...! Tranquila, que no es tan malo —la tranquilizó—. Ya está: ya ha pasado lo peor.

Entonces, colocó con rapidez un pañal suave de felpa a la pequeña, le metió por la cabecita de terciopelo un vestido blanco, con cuidado de no rozar las zonas magulladas y tiernas de su carita, y sacó los brazos enclenques y moteados por las anchas mangas de la prenda antes de envolverla con fuerza en una mantilla de franela. Entonces, la recién nacida se relajó y miró de hito en hito a Mattie.

—¿Lo ves? Ya estás bien —murmuró esta—. Bien limpita.

Clavó la vista en la niña y recorrió con un dedo su rostro colorado y la pelusilla casi invisible que tenía aún por cejas. Los ojos que le devolvían la mirada eran de un extraño azul turbio. A diferencia de Samuel, aquel ser diminuto parecía una criatura de otro mundo. Costaba imaginar que en algún momento pudiese resultar agradable contemplarla.

Pese al cansancio y la pena que la invadían, Mattie sentía curiosidad por aquel lugar.

—Ahora podemos ver el resto de tu habitación. ¿Qué hay allí?

Se dirigió al mueble situado al lado de la chimenea y se sentó sobre el sofá de terciopelo verde. Exploró los movimientos de los resortes dando unos botecitos y a continuación se trasladó a una silla y a otra tratando de hacer lo mismo; pero las dos estaban duras y no se movían.

Después de dejar a la señorita Elizabeth, bien fajada en su manta, apoyada contra el respaldo del sofá, se arrodilló con la intención de examinar el intrincado diseño de las teselas de la chimenea y del frontal de esta. Estaban frías como las ventanas, aunque cubiertas de ricos colores matizados de verde y de oro. Recorrió con el dedo el trazado sinuoso de aquellos tonos, y a continuación se puso en pie sobresaltada al ver movimiento ante ella.

—¡Hola! —gritó.

No hubo respuesta alguna. Se inclinó hacia delante a fin de percibir mejor la escena. Al ver a la mujer que se acercaba a ella, dio un respingo hacia atrás sorprendida. La imagen retrocedió con ella. Con cuidado, alzó una mano hacia el cristal. Su tacto era suave y fresco. Observó con atención el interior, se volvió para examinar la sala y miró de nuevo hacia delante. La habitación se extendía ante ella y a sus espaldas. Era como observar su reflejo en el agua. Inclinó la cabeza a izquierda y derecha, abrió la boca, sacó la lengua y estudió su propia imagen.

Contempló con detenimiento sus ojos redondos al verlos con claridad por vez primera. De niña le habían dicho siempre que eran como los de su madre, y el reflejo que tenía ante sí le permitió confirmarlo: eran grandes y cálidos, del mismo color

castaño oscuro que los de ella. Alzó una mano para tocarse el rostro y la observó mientras se exploraba las mejillas, los labios y la nariz. Buscó en sus facciones las de Samuel. La nariz, decidió: los dos compartían la misma nariz. Quizá también las orejas.

—Pequeñaja, a este sitio, desde luego, no le falta nada —dijo Mattie en voz alta mientras tomaba a la señorita Elizabeth del sofá.

Dio una vuelta completa, siguiendo el deambular de las flores que poblaban el papel de la pared, hasta acabar posando de nuevo la vista en la mecedora. La acercó a la ventana, se sentó con la cría en brazos y volvió a observar las cabañas de los esclavos. El sol acababa de apuntar, y no habría que esperar mucho para que empezara a asomar todo el mundo a fin de trabajar los campos. De cuando en cuando volvía los ojos hacia la puerta para cerciorarse de que no la estuviese observando nadie. Miraba y se mecía, se mecía y miraba, como si el deseo bastara para hacer que su espíritu salvase el abismo.

Abu salió al fin de su choza con Samuel en brazos y se alejó aún más de la casa grande para buscar a Rebecca y hacer que diese al pequeño la toma de la mañana. Acercándose a la ventana, Mattie inspeccionó el rostro de su hijo en busca de cualquier señal de aflicción. Aunque desde aquella distancia costaba mucho determinarlo con claridad, le pareció que no lloraba. Su cabecita asomaba por encima del hombro de su bisabuelo, y su cara, con gesto plácido, subía y bajaba al paso de él. Mattie fijó bien la vista a medida que su hijo se hacía más y más pequeño hasta desaparecer por completo como una hoja que arrastra el río.

Abrumada por el anhelo y la pérdida, incapaz de seguir escrutando su mundo, la nodriza abandonó la estancia con ventanas y fue a buscar el extraño lecho de la trasalcoba diminuta. Llevó a la niña consigo a aquella caverna tranquila y oscura y cerró la puerta tras ellas. Después de colocar a la pequeña en medio de la colcha descolorida, se tumbó y se echó a llorar: escondió la cabeza entre los brazos y dejó correr las lágrimas como una cálida lluvia estival mejilla abajo hasta la esponjosa almohada de plumas. Tal era la fuerza con la que añoraba a su hijo, que apenas la dejaba respirar.

Cuando dejó de sollozar, alzó la cabeza para mirar a la extraña que dormía a su lado. Bajo la piel pálida, translúcida, de los párpados de la señorita Elizabeth asomaban diminutas venas azules. Aquella criatura frágil y dependiente yacía ignorante del mundo que la rodeaba. Mattie tocó sus ojos minúsculos, su naricita, sus labios; pasó la mano por su suave mejilla, por su cuello pequeño y vulnerable.

Una oleada de odio la invadió de pronto. Mattie colocó la mano sobre la boca diminuta y apretó hasta cubrir también las dos ventanillas de su nariz. El corazón le latía con violencia en el pecho. Tenía el poder de hacer que acabara todo en apenas unos minutos. La pequeña se retorció, separó los labios y de su cuerpecito escapó un grito repentino y elevado.

Mattie apartó la mano de golpe.

—Estoy atrapada aquí, pero no estoy tan desesperada, pequeña —susurró feroz—. No voy a hacerle daño, señorita —añadió en tono conciliador, aunque para sí y para Dios; no para una cría que era ajena a cuanto estaba ocurriendo.

Mattie se derrumbó sobre la cama. Estaba extenuada y ansiaba dormir, escapar a sus sueños; pero mientras lo intentaba, tendida boca arriba, se le fue llenando la mente de imágenes. Se figuró a Samuel llorando en brazos de Rebecca, con la espalda arqueada en señal de firme protesta. Se preguntó si ella se acordaría de envolverlo bien, con los brazos doblados hacia arriba, en caso de que se pusiera a berrear. Entonces cambió la imagen del llanto del hijo por una en la que se mostraba totalmente satisfecho al pecho de Rebecca y aquel pensamiento tampoco la consoló demasiado.

Se puso en pie y regresó sola a la estancia de la ventana. Aplicando con fuerza la oreja al cristal, trató de escuchar algún sonido procedente del pequeño. Nada: solo alcanzaba a oír su propio pulso.

—Rebecca sabe cómo hay que cuidar de un recién nacido —se susurró—. Es muy buena y quiere mucho a Samuel. Abu y ella lo van a cuidar bien. —A continuación se puso a rezar en voz alta—: Señor, soy yo, Mattie. Ya sé que es de día y que casi siempre te hablo de noche; pero hoy necesito ayuda extra. Por favor, cuida de mi Samuel. Haz que tome con gusto la leche de Rebecca, pero no con tanto que me olvide. Ayúdame a cuidar bien a esta chiquitina de aquí y haz que no me necesite mucho tiempo para que pueda volver con mi familia. Gracias por prestarme atención extra. Amén.

Dicho esto, volvió al cuarto pequeño y se tumbó en la cama, de espaldas a la criatura que había dejado allí. Se cantó a sí misma una nana con la esperanza de que sus palabras consoladoras le permitieran conciliar el sueño.

Cuando, horas más tarde, se despertó con un llanto de recién nacido hambriento, se encontró arrollada en torno a la señorita Elizabeth como rodean las gatas a sus crías. Se le cayó el mundo encima cuando recordó dónde estaba y por qué; pero cumplió con su deber y dio a la pequeña lo que estaba pidiendo.

Capítulo dos

Dos días después irrumpió el ama de llaves en la habitación grande en el instante en que se acomodaba en la mecedora para amamantar a la señorita Elizabeth. Mattie se puso en pie como un soldado que se cuadra ante un superior.

—La señora está lo bastante recuperada para ver a su hija —declaró la recién llegada—. Lleva a la niña a sus aposentos a las dos.

—Sí, señora —repuso Mattie—. Perdóneme, señora; pero no sé bien a qué dos se refiere.

La señora Gray dio un suspiro y, meneando la cabeza, frunció el ceño:

—Es una hora —le dijo mientras ponía los ojos en blanco—. ¿No has oído la campana del reloj de la sala de estar?

—Sí, señora; de vez en cuando.

—Cada quince minutos se escucha una melodía, y cada hora, toca conforme al momento que sea. ¿Sabes contar?

Mattie asintió mientras hacía lo posible por ocultar su confusión.

—Sí, señora —respondió—: hasta diez.

—Pues vas a tener que aprender más, o al menos entender las partes de una hora. Se te dará un tiempo para hacer tus distintas tareas, y tendrás que saber cuándo acometerlas —le explicó la señora Gray.

Mattie hizo cuanto pudo por no perderse en tan enrevesada exposición. Estaba acostumbrada a saber por el sol cuáles eran el momento del día y los quehaceres correspondientes. Entendía que iba a tener que contar cuántas veces sonaba el reloj. El número le indicaría la hora, y la hora le diría dónde debía estar o qué debía hacer.

—Por lo tanto —prosiguió el ama de llaves—, cuando suene dos veces, serán las dos y habrá llegado el momento de que vuelvas a la habitación en la que nació la señorita Elizabeth. Está en este mismo pasillo: es la tercera puerta que encontrarás a la izquierda. No tomes asiento hasta que te lo ofrezcan, y recuerda que tienes que responder *señora* cada vez que te hablen.

—Sí, señora.

—Y no la fatigues —insistió—: todavía se está recobrando de la dolorosa experiencia del parto.

—Sí, señora.

Mattie amamantó a la pequeña y escuchó con atención los sonidos del reloj. Oyó una música breve, pero nada que pudiese contar. Durante uno de los cambios de pañal volvió a sonar la cancioncilla, aunque tampoco con eso podía hacer cuenta alguna. Temía haber pasado algo por alto y, sin embargo, tenía más miedo de llegar demasiado pronto. Meció a la señorita Elizabeth y aguardó con la esperanza de que se oiría con claridad. Entonces llegó otra vez a sus oídos la melodía, en esta ocasión seguida de una sola campanada inconfundible. Tras esta sonó otra y a continuación se hizo el silencio. «Una, dos», contó Mattie para sí. La señora Gray le había dicho que

acudiese cuando oyera tocar dos veces, conque llevó a la criatura hasta la puerta, giró el pomo y se asomó al pasillo. Estaba desierto. Entonces salió, rezando por estar haciendo lo correcto.



Flotando en un mar de almohadones y colchas, Ann esperaba con impaciencia la llegada de su hija. Las cortinas, abiertas, dejaban entrar la luz cálida del sol e iluminaban la estancia. La mesilla de noche sostenía un ramo de flores de gran colorido. La encimera de mármol estaba marcada por volutas negras y blancas que se enroscaban en una danza complicada, acercándose y mezclándose en determinados puntos y separándose en otros.

Ann había tomado entre sus brazos un cojín y, sonriéndole, lo sostenía como a un crío, acunándolo hacia delante y hacia atrás, mientras practicaba para sí un saludo: «Hola, yo soy tu madre. Y tú eres mi hija, Elizabeth». La idea de conocerla la tenía emocionada y muy nerviosa. Nunca había tomado en brazos a un recién nacido y se sentía insegura y demasiado joven. Al oír llamar a la puerta, corrió a dejar el cojín donde estaba y alisó una vez más la colcha.

—Adelante —respondió—. Buenos días, Mattie —añadió sin apartar la ansiosa mirada del bulto que sostenía la recién llegada.

—Buenas tardes, señora —contestó ella con respeto desde el umbral.

Ann Wainwright no podía evitar sentirse una farsante cada vez que la llamaban *señora*. Nueve meses después de la boda, seguía tratando de ajustarse al hecho de estar desposada y de vivir en una plantación de Tidewater, a horas de distancia de su hogar verdadero. Por si fuera poco, ahora era madre y no sabía muy bien qué se esperaba de ella. El hecho de quedar encinta en la luna de miel fue una gran satisfacción para su marido y su suegra; el de que el fruto de aquella unión fuese una niña, un desengaño que ambos esperaban que remediasse en breve. Quería ser una buena madre, pero no sabía lo que significaba tal cosa. Hasta el momento, le habían pedido que descansara y dejase el cuidado de la niña en manos del ama de leche.

A fuer de esposa de Jonathan Wainwright, era ella la señora de la casa; al menos en teoría. Sin embargo, apenas tenía nada que ver en la gestión de la plantación: la señora Gray se ocupaba de los asuntos cotidianos y su suegra era reacia a renunciar a su condición de anfitriona de Fair Oaks. Ann había tenido pocas ocasiones de hacer vida social, bien como tal, bien en calidad de invitada, ya que se había visto recluida casi al punto de llegar. Aún le quedaban por hacer las conexiones sociales de relieve que le permitirían afirmarse en aquel lugar.

Invitó a Mattie a acercarse con un gesto de sus manos y estudió a la hija que acunaba en sus brazos.

—No es muy bonita, ¿verdad? —manifestó con aire despreocupado.

—Todavía es pequeña —respondió Mattie.

—Eso debe de ser. Es la primera vez que veo a alguien con tan poca edad. ¿Va todo como debería?

—Sí, señora: es fuerte; es una criatura muy buena.

—Deja que la tome —le pidió Ann mientras alargaba los brazos.

El ama de cría le tendió a la pequeña. Ann le sostuvo la cabeza con una mano, pero no sabía qué hacer para sujetar el resto de aquel cuerpo envuelto en mantas. La niña empezó a caerse hacia un lado, y Ann corrió a evitarlo reparando en que aquello era mucho más difícil que acunar una almohada.

—Señora, quizá sería mejor que se la acercara más al cuerpo —propuso Mattie.

Ann lo hizo y, al ver que así resultaba, en efecto, más sencillo, quedó algo más tranquila.

—Es muy ligera. Pensaba que pesaría más. ¿Es normal que esté tan colorada?

—No lo sé, señora: es el primer recién nacido blanco que veo.

—¿Tienes experiencia con bebés?

—Sí, señora: he asistido a varios partos y siempre he cuidado a los críos de mi alrededor. De chica, yo me quedaba con ellos cuando sus familias trabajaban en el tabaco. —Al darse cuenta de pronto de que quizá estaba hablando demasiado, guardó silencio.

—La señora Gray ha hecho bien en elegirte.

Ann la estudió: tenía las manos oscuras ásperas y surcadas de arañazos. Estaba claro que se había ocupado en labores agrícolas. Su madre siempre decía que las del campo daban la mejor leche; así que no sintió ninguna decepción cuando murió la que habían contratado.

—Gracias, señora —respondió Mattie.

Ann quiso saber:

—Tienes un varón, ¿verdad?

—Sí, señora: de tres meses.

—Un hijo varón. ¡Qué suerte!

Tras agotarse las preguntas y las respuestas, el espacio que mediaba entre las dos mujeres fue a ocuparse por un silencio incómodo. A Ann no le gustaba quedarse sola con los trabajadores. Prefería obviarlos, aunque en aquella situación resultaba muy difícil. Las dos miraron a la niña, envuelta en un abrazo desgarrado. Tras unos minutos, Elizabeth comenzó a inquietarse y su madre se puso a menearla hacia arriba y hacia abajo contra su pecho. La pequeña volvió la cabeza hacia ella y abrió mucho la boca mientras cabeceaba en dirección a sus senos, y Ann, alarmada, apartó los brazos del cuerpo con una sacudida.

—¿Qué le pasa?

—Está buscando su comida. Tiene hambre, señora —repuso Mattie.

Ann sintió un hormigueo en el pecho y, a continuación, cierta humedad que se filtraba por él. La sensación le resultó repulsiva. No pudo menos de desear que sus

mamas dejasen de elaborar leche cuanto antes.

—Me temo que no voy a poder ser de ayuda. Toma, dale lo que necesita —ordenó mientras devolvía a su hija a Mattie.

La mujer tomó a la pequeña y permaneció de pie al lado del lecho con el rostro marcado por la incertidumbre. La cría volvió la cabeza hacia el cuerpo de Mattie y aquella mujer de campo acercó el meñique a la boca ansiosa de la lactante. La señora la observó mecerse de un lado a otro mientras la consolaba sin hacer, sin embargo, además de ir a amamantarla.

Después de un silencio prolongado y extraño, Ann se decidió a hablar:

—Puedes sentarte en aquella silla. Me gustaría veros.

—Sí, señora.

Tomando asiento en el mismo lugar en que la había acunado y alimentado por vez primera, Mattie dio el pecho a Elizabeth. Ann estaba fascinada y horrorizada a partes iguales: daban la impresión de estar tan unidas... Ella no podía siquiera imaginarse sosteniendo a una criatura contra sus senos de semejante manera. Le resultaría demasiado incómodo. Sin embargo, las dos parecían tener tanta paz... Observó mamar a su pequeña un rato antes de sentenciar:

—Es indecoroso. Vete en cuanto hayas acabado: con lo que he visto me basta.

Capítulo tres

Todos los residentes de Fair Oaks honraban el sabbat dominical, aunque los esclavos domésticos no abandonaban sus deberes a fin de que sus señores pudiesen seguir gozando de la comodidad y el sustento habituales. Tras congregarse en la sala de estar para oír la lectura de la Biblia, disponían lo necesario para el almuerzo mientras los Wainwright acudían a orar con la comunidad episcopal de Charles City. A los esclavos del campo se les concedía un día de descanso desde la puesta de sol del sábado hasta el amanecer del lunes, siempre que no fuera época de cosecha.

Cierta tarde de domingo, poco después de haber superado la señorita Elizabeth los tres meses de vida, irrumpieron en la paz del cuarto de la criatura la señora Gray y la flaca Emily.

La primera anunció con sequedad sin pasar del umbral:

—La señorita Elizabeth ya es lo bastante mayor para separarse de ti unas horas. Dado que tienes la suerte de vivir cerca de los tuyos, a partir de ahora podrás ir a verlos los domingos por la tarde. Explica a Emily lo que tiene que hacer para cuidarla mientras estás ausente.

—Sí, señora. Gracias, señora —respondió la nodriza sin revelar su emoción al ama de llaves.

—Tienes que estar aquí para la hora de la cena, aunque siempre cabe la posibilidad de que requieran antes tu presencia. —Y con esto, la señora Gray salió de la habitación.

—Sí, señora.

A Mattie se le aceleró el corazón. No veía la hora de tocar y acariciar a Samuel. Ansiaba acunarlo, amamantarlo y ser su madre por un tiempo. No había día que no hubiese pasado horas enteras mirando por la ventana del cuarto de la niña mientras seguía el rastro de su gente. Una o dos veces al día veía fugazmente a su hijo ir y venir. Observaba cómo le engordaban los carrillos y se formaban en su cabeza remolinos de pelusilla negra. Buscaba en él rasgos que delatasen su personalidad estudiando el modo como movía la cabeza o miraba a su alrededor. Él, claro, no la veía nunca. Tal vez ni la conociese siquiera. A esas alturas doblaba casi la edad que tenía cuando la obligaron a dejarlo atrás.

Aun cuando no veía la hora de echarse a correr hacia la cabaña, atendió primero las necesidades de la señorita Elizabeth. Instalándose en la mecedora, se desabotonó el vestido. La pequeña arqueó la espalda, agitó los brazos y lanzó un chillido de entusiasmo y expectación al adivinar sus intenciones. Mientras se acurrucaba contra el pecho de Mattie, sus ojos de color azul intenso se clavaban en el iris caramelo oscuro de ella. Sus dedos rosados le palpaban y acariciaban la carne tersa y parda. La niña le sonrió, y la leche le corrió así por las comisuras de la boca.

—No seas tonta —la regañó ella burlona mientras le hacía cosquillas—. Tienes que elegir: o comes, o sonríes.

Entonces, centrando su atención en Emily, le dio una serie de instrucciones relativas al cuidado de la pequeña.

—No le gusta tener el pañal húmedo; así que tendrás que cambiárselo enseguida. Si se impacienta, a veces se consuela con mi dedo. Le gusta que la paseen por la habitación, mirar por la ventana y mirarse en el espejo.

—No es la primera vez que cuido a una criatura —respondió la otra sin ocultar su irritación—. ¿Qué problemas me puede dar?

—Ninguno —declaró Mattie—. Es una niña muy buena.

—Es un bebé, y un bebé es un bebé. Son todos iguales.

Una vez satisfecha la señorita Elizabeth, Mattie la puso sobre su hombro y le frotó la espalda lentamente. Los años de experiencia le habían enseñado que no tenía sentido dar prisa a una criatura: lo único que se lograba así era que tardase más. Meciéndola y trocándose en la viva imagen de la paciencia pese a estar ardiendo en deseos de estar con Samuel, le cantó una nana con voz queda:

A dormir, mi bebé;
a dormir, mi bebé.
Tu mamá ya se ha ido
y tu papá, también.
No queda nadie: solo mi bebé.

Un eructo suave escapó entonces de la boca diminuta de la señorita Elizabeth.

A dormir, querubín;
a dormir, querubín.
Todos ya se han ido
al algodón y al maíz.
No queda nadie: solo mi bebé.

La niña se fue haciendo pesada, fundiéndose sobre el cuerpo de Mattie.

¡Qué dulce es mi bebé!
¡Qué dulce es mi bebé!
De la roca más dura
está brotando miel.
A cántaros te la voy a traer.

Mattie bajó a la señorita Elizabeth para tomarla en brazos y la acunó contra sí, meciéndola hacia delante y hacia atrás.

No llores, mi bebé.
No llores, mi bebé.
Con los zapatos rojos puestos
hace tiempo se fue
buscando a otro bebé.

Los ojos de la pequeña se vidriaron y sus párpados se cerraron lentamente y se volvieron a abrir; se cerraron y se volvieron a abrir, y se cerraron al fin.

A dormir, mi bebé;
a dormir, mi bebé.
Que tú, el diablo y yo
somos uno, dos, tres.
¿Para qué quiero otro bebé?

Mattie siguió cantando con dulzura, meciéndola sin prisa, segura de que se iba a dormir.

A dormir, angelito;
a dormir, angelito.
Sobre piedras de mármol
echa tus huesecillos.
Sé siempre mi bebé.

La señorita Elizabeth tenía apoyada la cabecita sedosa en el brazo cálido de Mattie. La boca rosada le brillaba de saliva y leche, y los brazos, flojos, le caían a uno y otro lado. La nodriza le enjugó con cuidado las comisuras de los labios antes de dejarla con destreza sobre el lecho que compartían en su modesta trasalcoba. Al ver que echaba hacia atrás la cabeza con la intención de protestar, se inclinó sobre la pequeña, le posó una mano en la espalda para hacer que volviese a caer en un sueño profundo y aguardó paciente hasta oír la rítmica respiración. Tras darle una última palmadita, la dejó para ir a ver a su familia.



Los ancestros de Mattie habían vivido en Fair Oaks desde 1690, año de su fundación, siguiendo una línea ininterrumpida que partía de sus tatarabuelos. La plantación, sita en la margen septentrional del río James, formaba parte de la expansión occidental de la Compañía de Virginia. Como era costumbre, las concesiones de tierra se otorgaban

en proporción al número de personas que hubiera aportado el beneficiario a la empresa de amansar la región. Como quiera que poseía los fondos necesarios para llevar consigo a treinta europeos y africanos en calidad de siervos obligados por contrato, el comandante Theodore Pryne recibió seiscientas hectáreas en las que plantar. Tanto los de Europa como los de África se avinieron a saldar su deuda por medio del trabajo a la vuelta de entre siete y quince años, tras lo cual se les manumitiría y se concederían dos hectáreas a cada uno, amén de treinta cuartillos de semente y la libertad de buscar fortuna por su cuenta en el Nuevo Mundo.

Los terratenientes no tardaron en reparar en que sus plantaciones no les reportarían beneficio alguno si pagaban a la mano de obra a su cargo. En consecuencia, a los antepasados de Mattie, en lugar de emanciparlos u ofrecerles los medios necesarios para cultivar por sí solos, los mantuvieron en perpetua esclavitud después de que la Asamblea de Virginia aprobase, en 1705, la ley que ponía en claro de forma definitiva la posición de los africanos de la colonia. En ella se declaraba lo siguiente: «Todos los siervos llegados o traídos al país... que no fueran cristianos en su nación de origen... serán tenidos por esclavos. Todos los esclavos negros, mulatos o indios que habiten estos dominios... serán considerados bienes raíces». Además, la condición social de estos se heredaba por línea materna más que paterna; de modo que, con independencia de la clase a la que perteneciera el padre, todo individuo nacido de ancila se vería asimismo privado de libertad. La introducción de estos cambios en el código social garantizó a los colonos una provisión constante de obreros.

Las historias que se contaban en la familia aseveraban que el tatarabuelo paterno de Mattie habría sido libre de haber aguantado la Asamblea un par de meses más para aprobar la ley, pues su contrato vencía avanzado el año de 1705. Sin embargo, había querido la suerte que ninguno de los de su ascendencia escapase a la peculiar institución conocida como *esclavitud*. Claro está que todos ellos habían soñado con vivir como lo hacían los libertos africanos del condado virginiano de Charles City, con distintos grados de envidia y rabia.



Mattie apretó el paso al enfilear la vereda barrosa que llevaba a la cabaña familiar. Aunque había sido su hogar durante toda su vida, hasta hacía tres meses, no podía evitar estar nerviosa. Nunca antes se había ausentado de allí, y se preguntaba si volverían a aceptarla después de haber entrado a servir en la casa grande. No conocía a nadie que se hubiera mudado allí antes que ella: no era frecuente que nadie saltara el muro que separaba ambos mundos, y ella tenía la esperanza de poder abrir un portón en él.

Inquieta y entusiasmada, llegó a la puerta de listones sin acabar y respiró hondo

antes de abrirla y decir:

—Hola.

No recibió respuesta alguna. Sus ojos se ajustaron pronto a la oscuridad y pudo ver que no había nadie. Le dio un vuelco el corazón. Suspiró y volvió a salir con la intención de buscar a su hijo y a Abu. Una vez fuera, se dirigió a la cabaña de Rebecca con la esperanza de encontrarlos pronto.

Esta última era una mujer fuerte y corpulenta que nunca estaba quieta. Ella y su marido, Lawrence, se preciaban de su cabaña y de sus tres hijos, que, como su humilde vivienda, se presentaban siempre tan limpios y arreglados como era posible. Siempre dispuesta a dar su opinión —tanto si se le solicitaba como si no—, se había ofrecido gustosa a amamantar a Samuel tan pronto había tenido noticia de que iban a llevarse a Mattie a la casa grande. Agradecida en lo más hondo por su disposición a reservar a su hijo parte de su leche, esta no había dudado en aceptar.

Rebecca era su hermana a todos los efectos, aun cuando las dos fuesen de padres distintos. Había nacido en un establo situado a dos condados de allí, en las tierras de un siervo blanco ligado por contrato que había alcanzado la libertad. Su primera transacción en cuanto integrante de la clase propietaria había consistido en comprar a Millie, la madre de Rebecca. Con todo, no vivieron allí mucho tiempo: no bien supo la señora de la granja que era su marido quien había engendrado a Rebecca, lo instó a vender «a esa furcia y a su adúltera».

La colosal plantación para la que las compraron fue el hogar de Rebecca hasta que cumplió los ocho años. Como naciera con la pierna izquierda en torno al cuello, la niña tardó en andar y mantuvo siempre una cojera evidente. Este hecho dificultó a su dueño la tarea de venderla por separado. En consecuencia, se encontró formando parte de un lote de diez esclavos destinado a financiar una gran gira por Europa de las que tan de moda estaban a la sazón entre la clase pudiente. Millie no estaba incluida en la transacción. Por suerte, a Rebecca le adjudicaron la cabaña de Mattie y su familia la acogió como una más. De hecho, se convirtió en la hermana mayor con la que había soñado esta, quien contaba entonces cuatro años.

Mattie llamó a la basta puerta de tablones. Rebecca la abrió resuelta y lanzó un grito al verla. Los ojos le brillaban de sorpresa y de gozo. Enseguida la atrajo hacia sí y le dio un buen estrujón. Las lágrimas brotaron al punto de los ojos de Mattie mientras se abandonaba al cálido abrazo de su hermana.

—Ya está; ya está, mi niña. Sácalo todo. Ya estás en casa y estás bien —musitó Rebecca mientras la otra gimoteaba con la cabeza hundida en su pecho.

Poco a poco fueron remitiendo las lágrimas hasta que recuperó el aliento y se apartó.

—¿Está aquí Samuel? —consiguió articular, aunque su garganta tensa apenas le permitió emitir un chillido.

Rebecca señaló el otro extremo de la habitación. El pequeño estaba sentado en el regazo de Abu. Temblando, Mattie corrió hacia él para tomarlo en brazos. Lo apretó

con fuerza contra su corazón mientras aspiraba su olor, lo mecía y le hacía arrumacos. Sus lágrimas saladas se derramaban por la cabecita medio calva de Samuel, que arqueó el cuello hacia atrás para mirar a la mujer que lo abrazaba.

Mattie lo examinó de arriba abajo. Había cambiado mucho. Tenía los carrillos cada vez más rellenos, y el pelo se le había convertido ya en una hilera de borlas negras que le llegaba hasta la mitad de la cabeza. Aunque, dado que lo observaba por la ventana a diario, no le resultó tan sorprendente, lo cierto es que la de contemplarlo tan de cerca y sentirlo en sus brazos era una experiencia muy distinta de la de verlo desde el otro lado. Ya se había perdido la mitad de la vida del pequeño.

—No he parado de hablarle de ti para que te reconociera —le aseguró Rebecca—. No vamos a dejar que te olvide ni que piense que lo has olvidado.

La recién llegada se echó a llorar de nuevo. Abu fue hacia ella, la besó en la mejilla y le dijo:

—Me alegro de verte, Mattie. Bienvenida a casa.

Samuel se apartó de ella para tender los brazos al anciano.

—¡Oye! —exclamó la recién llegada—. Mientras esté aquí te vas a quedar conmigo. —Dicho esto, se alejó de Abu, dio la vuelta al niño para que mirase al otro lado y lo hizo botar.

Él no tardó en sonreír a su madre, quien se alegró de aquel modesto avance.

Enseguida cundió la voz de que Mattie estaba de visita, y todos fueron a verla y saludarla, a oír de su vida en la casa grande y a ver qué transformación podía haber obrado aquel lugar en uno de los suyos. Envueltos por el aire pegajoso de julio, se reunieron en el exterior, en los cuatro bancos de madera dispuestos en cuadrado a la espalda de la cabaña de Rebecca.

Sarah, la hija de esta, no dudó en exhibir sus habilidades recién adquiridas. Aquella criatura alegre de carita redonda y sonrisa fácil se regocijaba gateando de un lado a otro entre los circunstantes, que la aguardaban con los brazos abiertos y sonriendo con orgullo. Samuel, por su parte, sentado en el regazo de Mattie, miraba de hito en hito los rostros que lo rodeaban. Cada vez que pedía los brazos de Abu o de Rebecca, su madre se ponía en pie a fin de distraerlo.

A Mattie la desasosegaba la ausencia de Emmanuel, su marido. Aquel era el momento del mes en que solía ir a visitarlos desde la plantación de Berkeley. Nadie sabía por qué había faltado y eso la tendría preocupada hasta el mes siguiente. Ocurría muchas veces, pero a ella no le hacía la menor gracia. Aunque podía ser que estuviese haciendo trabajo extra, temía que estuviera enfermo o le hubiese ocurrido algo peor.

Abu le hizo preguntas sobre la casa grande. Pocos de los del campo habían estado nunca en su interior, aunque conocían bien —y hasta temían— el exterior del gran edificio blanco que veían entre los setos. El ritual más odioso del año se producía en el terreno que se extendía ante las columnas de su imponente fachada. La mañana de Año Nuevo, después de los días señalados, se reunían allí todos los trabajadores de la

casa y las cabañas mientras el amo y el capataz nombraban en voz alta a los que habían vendido o arrendado para todo el año.

—Dentro está todo tan iluminado como fuera —hizo saber Mattie a su abuelo—. Delante tiene unas escaleras grandes para los blancos, y detrás, unas pequeñas para nosotros. Yo no veo a muchos allí: solo a Emily, una mestiza trigueña de pocas carnes; la señora Ann, la mamá de la señorita Elizabeth; la señora Gray, que es la que me dice siempre lo que tengo que hacer, y la señorita Elizabeth, claro. Es una criatura muy buena. Entiéndame: como Samuel no hay nadie —añadió mientras hacía botar al niño sobre sus rodillas—; pero come bien y no llora mucho. Ahora que la señorita Elizabeth está lo bastante crecida como para que la pueda llevar atada a la espalda voy a empezar a encargarme también de lavar la ropa, y entonces conoceré a más gente.

»¿Ve esa ventana de ahí? —añadió apuntando con el dedo—. La de la esquina, que está más levantada del suelo. Creo que esa es la habitación de la señorita Elizabeth. Por ahí miro yo cada vez que puedo.

—¿Y nos ves? —preguntó Abu.

—Ajá... Lo veo a usted llevando a Samuel a casa de Rebecca, volviendo de los campos y todo eso.

Abu asintió con la cabeza.

—Me alegra saber dónde encontrarte. Desde ahora, me detendré todos los días a saludarte, por si estás ahí.

—Sí que estaré: devolviéndole el saludo, aunque no me vea. Todas las mañanas y todas las noches me pongo a mirarlos a todos desde allí. Samuel parece muy feliz —se aventuró a decir.

Rebecca terció entonces.

—Al principio estaba confuso, pero ahora se ha acostumbrado. Yo le canto, y eso ayuda.

—¿Está descansando bien?

—Es un dormilón de aúpa —respondió Abu—. No me despierta casi nunca.

—La cocinera dice que la señora Ann está buscando otro. ¿Es verdad? —preguntó Rebecca.

—Eso he oído. Le ponen carne en todas las comidas. El amo quiere un varón, como la mayoría de los hombres.

—Parece que te van a tener ocupada un tiempo —dijo Rebecca.

Mattie suspiró.

—Yo lo que quiero es acabar con la cría de la señorita Elizabeth y salir ya de la casa grande; pero tendré que hacer lo que me diga la señora Gray. Supongo que también me harán darle el pecho al que venga. Yo coincido con el amo en querer que sea niño: a ver si así, cuando tengan la pareja, me dejan volver.

—Ya te habrás aficionado a comer bien y llevar vestidos caros —comentó alguien.

Y ella repuso con voz encendida:

—La comida es buena y los vestidos, bonitos; pero yo preferiría estar aquí con Samuel.

Al oír su nombre, el aludido tuvo una pataleta y alargó los brazos hacia Rebecca. Su madre se levantó una vez más para distraerlo, aunque por más que lo meneó arriba y abajo, el chiquillo no dejaba de volverse hacia su tía. Mattie tenía el corazón en un puño.

—¿Tendrá hambre? —preguntó a su hermana.

Quería amamantarlo mientras le fuera posible, mientras estaba con él; pero temía que la rechazase. Samuel no hacía más que revolverse para que lo llevara con Rebecca y entonces se echó a llorar.

—Tiene hambre —confirmó la tía—. No lo dudes: ofrécele el pecho. Por lo menos, tienes que intentarlo —añadió con dulzura—. Llévatelo a tu cabaña para que no me vea ni me huela.

Mattie se fue con la criatura, que no dejaba de protestar. Se sentó en un camastro duro y desabrochó despacio los primeros botones de su vestido antes de apartar la tela. Entonces recostó a Samuel en su regazo, metió el brazo derecho del niño tras su cintura y lo acercó a su pecho izquierdo. Él arqueó la espalda, apartó la cabeza y arrugó el gesto para dejar escapar un alarido.

—Tranquilo —le dijo con voz suave—. La mía también es buena, y a ti te encantaba tomarla aquí mismo.

Samuel dejó de protestar al oírla hablar. Ella le frotó la coronilla y se inclinó para besarle la frente.

—Tenemos tiempo.

Entonces lo miró a los ojos, lo meció y le cantó:

A dormir, mi bebé;
a dormir, mi bebé.
Tu mamá ya se ha ido
y tu papá, también.
No queda nadie: solo mi bebé...

Samuel acabó por relajarse, y ella, con cautela, lentamente, acercó la cabecita hacia su pecho. Él entreabrió la boca y ella le lanzó un chorrillo de leche al interior. El crío se lamió los labios, le sonrió y los abrió expectante. Mattie le introdujo con cuidado el pezón y él, aunque tensó los músculos, no se apartó. Ella se estrujó el seno para sacar más líquido y él le lamió el pezón. Su madre repitió la operación, y el pequeño volvió a chupar. Los dos parecían paralizados: ella con el pecho contra la boca de él, sin que él se apartara ni acabara de prenderse. Mattie contuvo el aliento y rezó en silencio: «Dios mío, por favor, concédeme esto».

Inhaló despacio y soltó el aire con calma. Acarició los rizos tupidos que crecían a

trechos en la cabecita del crío. Él trató de echarse hacia atrás, pero ella no quitaba la mano de su cabeza y volvió a empujarlo contra sus carnes también en el siguiente intento. Le frotó de nuevo los cabellos. Él giró la cabeza con rapidez de izquierda a derecha, abrió los labios e hizo que entrase bien dentro por fin el pezón chupando con fuerza. Un raudal de leche colmó entonces su boca.

—Muy bien, pequeñín. Muy bien. ¿Ves como sabías? Sabías lo que había que hacer.

Mattie suspiró aliviada: no le habían quitado del todo a su hijo. Sentada en el borde del camastro, se resolvió a disfrutar de aquel momento, de aquel instante precioso con su retoño.

Capítulo cuatro

Mattie bajó las escaleras con la señorita Elizabeth cómodamente sentada sobre su cadera izquierda. Cuando giró para entrar en el salón principal, los cuerpos de las dos se tensaron al unísono. Dándole una palmadita en la pierna, la nodriza susurró a la orejita rosada de la criatura de once meses:

—Tranquila: hoy no voy a alejarme de tu lado.

La abuela Wainwright y la señora Ann aguardaban sentadas aquel ritual de la tarde de los sábados. Esta se hallaba aposentada de forma no muy cómoda en un extremo del sofá tapizado de azul dispuesto en el centro de aquella sala espaciosa de techos altos, con el vestido pardo de muselina bien tenso sobre su vientre abultado y redondo. Asintiendo con aire ausente a las palabras que salían de la boca de su suegra, apartó la mirada de ella. La abuela Wainwright ocupaba por entero el otro extremo del sofá azul. El profuso tejido negro de su falda cubría el asiento. Tenía los ojos pálidos clavados en el rostro de la señora Ann en el momento en que asomaron Mattie y la señorita Elizabeth por el umbral de la estancia.

—Por supuesto que a este tampoco le vas a dar el pecho —decía.

La embarazada le respondió:

—Sabe que ahora hay muchas mujeres que están amamantando a sus propios hijos. Los Ford no tienen ama de cría.

—A mí me da igual lo que esté de moda: es impropio de una mujer de tu posición rebajarse a amamantar a un niño. Si muriese, tu pena sería aún mayor. Lo sé por experiencia: es mejor no querer demasiado a los hijos de una, porque solo traen dolor.

La nodriza dio por supuesto que la abuela Wainwright pensaba de ese modo porque había perdido a dos. A la señorita Rose se la llevaron unas fiebres siendo joven, mucho antes de que naciera Mattie. Decían que la señora había cambiado desde entonces: se volvió egoísta e iracunda, y nunca más fue la de antes. Había quien reaccionaba así ante el duelo. Cuando murió el señor Alistair, hacía solo tres años, su estado empeoró aún más. La defunción del viejo Wainwright lo había trocado en amo de la plantación, aunque solo hasta que, no mucho después, se partió el cuello al caer del caballo. Mattie había podido sentir desde las cabañas la rabia y la aflicción que inundaron la casa grande. El señor Wainwright regresó entonces desde Richmond para ocupar su lugar. En realidad, ninguno de estos cambios afectó gran cosa a los de las cabañas, en donde daba igual un amo u otro, pero de la abuela Wainwright no podía decirse lo mismo.

—A Elizabeth habrá que destetarla y darle leche de cabra —sentenció la abuela —, no vaya a encariñarse. Eso no le vendría bien a nadie. En cuanto nazca mi nieto, la nodriza podrá ponerse a darle el pecho a él.

Al ver asentir a la señora Ann, Mattie tuvo la sensación de que se le detenía el corazón. ¿Destetar a la pequeña? Ahora que se había habituado a su nueva vida y había trabado con ella un vínculo especial ¿iban a volver a desarraigarla?

La abuela Wainwright miró a la recién llegada y le dijo:

—Trae a la niña, que vea a su madre.

Mientras cruzaban la sala, Mattie sintió que la señorita Elizabeth metía una mano bajo el tejido de su vestido. Sus dedos regordetes y rosados viajaron por su clavícula hasta aferrarse a las conchas marinas de su collar. La pequeña apoyó la cabeza en la cuna que le ofrecía el cuello de su ama de leche a fin de hurtar la cara a las dos mujeres del sofá. Mientras frotaba con el brazo que le quedaba libre la espalda de la cría, Mattie se resistió al impulso de besarle la coronilla o susurrarle al oído para serenarla. Cuando llegaron al asiento, la niña apretó más aún el collar mientras su nodriza trataba de apartarla de su cuerpo. Los ojos azules de la señorita Elizabeth se anegaron en lágrimas al mismo tiempo que empezaba a temblarle el labio inferior.

Mattie siguió tirando de la niña y se inclinó al lado de la señora Ann para entregársela a su madre. Sin embargo, en lugar de hacer ademán alguno de ir a tomarla, indicó a la nodriza con la cabeza que no se esforzara. Ella sintió un gran alivio, aunque no lo manifestó.

—Hoy puedes quedártela tú en el regazo —indicó la señora Ann con resignación—. Yo tengo ya demasiado volumen para que esté cómoda conmigo.

—Estás malcriando a la niña. —La abuela Wainwright no hizo nada por disimular el desdén de su voz—. Tienes que enseñarle que no es ella la que manda.

—Lo va a aprender muy pronto —repuso la señora Ann—. Y yo hoy estoy demasiado cansada para llantos.

Mattie, con cuidado de no cruzar su mirada con ninguna de las dos mujeres, tomó asiento en la silla que había al lado del diván, tan cerca de la señora Ann como le fue posible. La señorita Elizabeth siguió con el rostro oculto en su cuello, si bien hizo algún intento de atisbar a su madre. La nodriza la animó a darse la vuelta, y cuando la señora Ann le hizo cosquillas en una pierna, la cría le sonrió con aire tímido. Poco a poco, el ama de leche pudo hacer que se volviera hacia la señora.

—Pastelito, pastelito... —empezó a decir esta última, y mientras recitaba la célebre poesía infantil, iba haciendo que su hija diese palmaditas. Fue moviendo sus manos para seguir todos sus gestos, y las dos sonrieron al llegar al final.

La señorita Elizabeth se volvió para cerciorarse de que Mattie aprobaba también el juego, y esta asintió y tranquilizó a la chiquilla con un gesto. Le dolía que la niña no mostrase demasiado afecto por su propia madre, aunque lo cierto es que apenas pasaban mucho tiempo juntas. El ama de cría hacía cuanto estaba en sus manos por alentarla a sentirse a gusto con la señora Ann, y abrigaba la esperanza de que, con el tiempo, acabaría por encariñarse con su madre.

La abuela Wainwright puso fin a la diversión.

—En cuanto nazca mi nieto, te encargarás de amamantarlo. Ya hemos comprado a otra para que esté con Elizabeth.

—Sí, señora —repuso Mattie—. De todos modos, si así lo desean, yo podría alimentar a los dos. No me importaría en absoluto.

—No —atajó—. En nuestra casa, cada niño tiene su nodriza.

—Todavía quedan varias semanas para eso —medió su nuera—. Y puede que no sea varón.

—Sí, señora.

—Claro que va a ser varón —declaró sin duda la abuela.

Aunque supo mostrarse serena durante el resto de la visita, Mattie se hallaba hondamente conmovida. Había dado por supuesto que tendría que dar el pecho también a la siguiente criatura, pero no esperaba que la fueran a obligar a apartarse de la señorita Elizabeth. Por más que había intentado reservar todo su amor para Samuel, aquella blanquita cariñosa le tenía preso el corazón.

Y también a ella la iba a perder.



Las semanas siguientes le hicieron recordar los días que antecedieron al nacimiento de la señorita Elizabeth, cuando se preparaba para tener que abandonar a Samuel. Cada mañana se preguntaba si no sería el último que iba a pasar con la criatura, y cada noche daba gracias a Dios por el don que le había concedido y pedía otro día más.

Aunque el hecho de amamantarla menos a fin de prepararla para el cambio habría hecho más sencilla la transición a la chiquilla —y a ella misma—, no tenía intención de negarle el pecho a aquella criatura de un año. Cada vez que se sentaba para darle de mamar, lo hacía apenada, sabedora de que aquella podía ser la última que la tuviese tan cerca.

Cierta noche de domingo, miró por la ventana de la habitación de la niña con la esperanza de atisbar a Samuel. Llevaba allí de pie desde su regreso de la visita a las cabañas. Aquella deliciosa tarde de mayo había pasado horas corriendo tras el niño mientras él chillaba de gozo. Con los puños apretados, movía los brazos hacia atrás y hacia delante huyendo de ella, hasta detenerse de pronto y dejarse atrapar por los brazos maternos, que a continuación lo levantaban en el aire con una voltereta. Tras unas cuantas de estas, él se servía de su vocabulario limitado para pedir *má, má...*; y así volvían a empezar gustosos el juego desde el comienzo.

La señorita Elizabeth, sentada cerca de sus pies, se asió de su larga falda para ponerse de pie y se mostró orgullosa de aquel nuevo logro. Mattie le lanzó entonces una pelota al otro extremo de la habitación y la niña fue a gatas en su búsqueda y volvió con ella en la boca. El ama de leche soltó una carcajada. La cría dejó el juguete a sus pies, y Mattie estaba a punto de darle un puntapié cuando se abrió la puerta de la habitación. La señorita Elizabeth alzó los brazos y la nodriza la recogió para posarla sobre su cadera.

—Buenas noches, señora —dijo Mattie.

—Ya ha empezado el parto —declaró la señora Gray—. No hace falta que vengas a la sala: cuando haya nacido la criatura, Emily vendrá a traértela y se llevará a la señorita Elizabeth a su nueva habitación.

—Sí, señora. Gracias, señora.

Y así fue como la señorita Elizabeth y Mattie quedaron a solas por última vez. Esta se dejó caer en la mecedora con la pequeña en su regazo. La voz le temblaba cuando expuso la situación a la niña:

—A partir de ahora estarás con esa tal Charlotte. A mí me tocará quedarme con tu hermanito o tu hermanita. Han traído a Charlotte para que cuide de ti y tengo entendido que es muy buena. —Aquí le falló la voz—. Verás como estás bien.

Mattie fue a darle un abrazo, pero aquel diablillo inquieto no quería nada de eso: zafándose de ella, se deslizó piernas abajo hasta el suelo, gateó hasta la pelota que había quedado frente a la ventana, se sentó y se la lanzó a la nodriza, quien la vio pasar a su lado y, con una sonrisa triste, se agachó también para recuperarla de detrás de la mecedora. Al darse la vuelta, topó con la mirada de la señorita Elizabeth, que alzando las cejas y con la carita inclinada hacia un lado le preguntaba con gesto expectante:

—¿Ba?

Ella pestañeó para despejar las lágrimas que le anegaban los ojos antes de responder:

—De acuerdo: vamos a hacerlo a tu manera.

Y le lanzó de nuevo la pelota para que la recuperara gateando y volviera a llevársela.

La noche fue larga y tensa. Por más que aguzó el oído en busca de cualquier sonido procedente del pasillo, Mattie no fue capaz de dar con indicio ni información algunos antes de irse a la cama. La señorita Elizabeth y ella se retiraron a dormir a su modesta trasalcoba, acurrucadas una al lado de la otra como habían hecho todas las noches desde el nacimiento de la pequeña.

Horas más tarde la despertó un ruido. Medio dormida, se volvió para atraer hacia sí a la niña, pero notó algo extraño. La señorita Elizabeth había desaparecido y en su lugar había otro recién nacido. La invadió un hondo sentimiento de indignación: ni siquiera le habían dejado darle un beso de despedida. Los ojos se le anegaron en lágrimas calientes que se resistían a caer y le escocían. Se negó a tocar y aun a mirar a aquella nueva criatura, pues era muy consciente de que no tenía sentido encariñarse. El bebé, tumbado a su lado, no dejaba de llorar ante el deseo de mamar, pero ella hizo caso omiso de él hasta que le fue imposible soportarlo más.



La señorita Elizabeth se despertó en un lecho y una habitación extraños. El

corazoncito se le agitó en el pecho cuando miró a su alrededor presa del pánico. ¿Dónde estaba su Mattie? La llamó a gritos: *Ma-i, Ma-i*, pero ella no acudía. Por más alto que chillara, por desesperados que fueran sus alaridos, su nodriza no llegaba. Entonces entró alguien que no era Mattie.

La que no era Mattie la tomó en brazos y paseó con ella. La que no era Mattie le ofreció alimento. La que no era Mattie la agitó. Aun así, la señorita Elizabeth seguía llorando por su nodriza, y llorando siguió hasta quedar dormida.

Cuando se despertó, Mattie seguía ausente. Con voz baja e inquieta, la cría imploró:

—¿*Ma-i*?

La mujer que estaba con ella dijo algo que no entendió. Esperó, consolándose lo mejor que pudo con su propio pulgar y meciéndose hacia delante y hacia atrás mientras miraba fijamente la puerta blanca para ver llegar a su Mattie.

A veces comía y a veces dormía, pero sobre todo esperaba a que regresase su nodriza.



Fue entonces cuando empezó a subirle la temperatura. Se le instaló una calentura y no había modo de aplacarla. La destemplanza le impedía comer, le impedía moverse, le impedía beber. Entraban voces y salían voces de la habitación. Unos y otros le palpaban el cuerpecito. Una que no era Mattie y otra que tampoco era Mattie trataban de hacerla beber, pero ella estaba muy cansada y solo quería dormir. Y soñó; soñó con su pelota roja y con un dedo del pie. Soñó con ojos castaños y con una mecedora. Soñó con leche dulce y conchas marinas a las que agarrarse.



Mattie oyó el llanto de la señorita Elizabeth reverberando en el pasillo y recorrió nerviosa el dormitorio con la nueva criatura en brazos mientras aquella la llamaba a gritos: *Ma-i, Ma-i...* Necesitó toda su fuerza de voluntad para permanecer entre aquellas paredes mientras oía aumentar el pánico en la voz de la niña que, cada vez con más desesperación, gritaba su nombre.

Horas enteras pasó Mattie amamantando y meciendo, paseando y llorando en tanto escuchaba los gemidos desesperados de la señorita Elizabeth. Aguardó con la esperanza de que le ordenasen que acudiera a consolarla. Dos días después del nacimiento del señorito Jack, los gritos se volvieron intermitentes a medida que la voz de la niña se hacía más ronca. Dos más transcurrieron y cesaron los chillidos. El silencio resultó ser peor que los llantos, pues ahora Mattie no sabía nada de la señorita Elizabeth.

Cuando llegó Emily para llevarle el almuerzo, le preguntó:

—¿Está bien mi Lisbeth?

—Que nadie te oiga llamarla así. La señorita Elizabeth no está comiendo nada, aunque al final ha dejado de llorar. Nunca había oído a nadie chillar durante tanto tiempo. Por los alaridos que daba, cualquiera habría pensado que Charlotte le estaba clavando agujas.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Cuando voy a llevarle comida, ya no se asoma por la puerta como antes: se queda tumbada en la cama. Imagino que se está acostumbrando.

—¿Está durmiendo bien?

—Mi trabajo no consiste en seguirle el rastro a esa pequeña para venir a contarte lo que hace. Además, ella tampoco es ya asunto tuyo.

Mattie sabía que no debía preguntar a la señora Ann, al amo ni a la abuela Wainwright cuando iban a visitar al señorito Jack. Sin embargo, sí que se atrevió a hablar de la situación con el ama de llaves. La señora Gray rechazó el apocado ofrecimiento que hizo la nodriza de encargarse del cuidado de ambos hermanos con un tajante:

—Esa niña está aprendiendo a que no puede salirse siempre con la suya. No hay necesidad de rendirse ahora a sus exigencias.



El doctor Jameson se presentó en Fair Oaks por segunda vez aquella semana. Además de examinar al recién nacido y a la puérpera, entraba a visitar a Elizabeth. Ann y la señora Gray apenas se apartaban de su lado mientras reconocía a la criatura apática. La pequeña, atormentada por unas fiebres altísimas durante tres días consecutivos, yacía inmóvil sobre el lecho. El médico auscultó con detenimiento su respiración superficial, tomó nota del hundimiento que presentaban sus ojos y le pellizcó la piel del dorso de la mano, que permaneció plegada unos segundos antes de recuperar su forma habitual.

—Empieza a presentar signos de deshidratación —comunicó a las dos mujeres—. Debe tomar líquidos, o no sobrevivirá a las fiebres. No hay otro tratamiento.

Al llegar a la puerta se detuvo para remachar:

—La gravedad es extrema: tienen que hacer cuanto sea posible por hidratar a esta niña si no quieren que muera. Siento ser tan franco, pero la situación es desesperada. No hace falta que me acompañen: ya sé el camino.

Presa de la conmoción, Ann quedó con la mirada perdida en el lugar en que había estado el doctor.

—Charlotte —dijo al final—, corre a pedir a la cocinera agua con azúcar y sal. No dudes en ponerla al corriente de la urgencia de la situación y haz que deje lo que

esté haciendo para procurártela.

Ann aguardó en silencio al lado del lecho a que regresara Charlotte. La señora Gray no se separó de sus espaldas. Charlotte llegó con la mezcla y se retiró a una silla dispuesta en un rincón. Con mano temblorosa, Ann acercó una cuchara a los labios secos de su hija.

—Ábrele la boca —ordenó al ama de llaves.

—Quizá sea más fácil si la incorporamos —sugirió ella.

—Sí, por supuesto —respondió Ann confundida.

Las hormonas del puerperio, la extenuación del alumbramiento y la angustia por la salud de su hija le impedían pensar con claridad. Llevó de nuevo la mano al cuenco sin poder impedir derramar parte del líquido en el trayecto.

La señora Gray asió a la niña por las axilas, la reclinó sobre las almohadas y dio un paso atrás. La niña se deslizó lentamente hacia un lado describiendo un arco hasta dar con la cabeza en el lecho. Ann la miró de hito en hito.

—A lo mejor en el regazo... —concluyó—. Pónmela en el regazo.

El ama de llaves alzó a la pequeña y la colocó como pudo sobre las piernas enjutas de su madre, a la que no resultó fácil sostenerla en equilibrio. Movi6 aquel cuerpo flácido y adormecido como quien hace malabarismos con un saco de patatas. Retomó sus empeños en seguir las instrucciones del médico. Con un brazo la envolvió por debajo del cuello mientras con el otro iba sacando líquido del recipiente. De la cuchara, que se agitaba al ritmo de su pulso, caían gotas en el camis6n, el cuello y la barbilla de la niña, de modo que cuando llegaba a los labios estaba ya poco menos que vacía. Ann, resuelta a salvar a su hija, seguía llevando la cuchara del cuenco a la boca y de la boca al cuenco, deteniéndose de cuando en cuando a fin de enjugar el líquido que empapaba la piel de la criatura.

—¿Está tragando? Yo no sabría decirlo.

—Mmm... —La abuela Wainwright cruzó entonces el umbral, desde donde había estado observando sus desmañados intentos de hidratar a Elizabeth—. Dudo mucho que estés consiguiendo nada. La fiebre se irá o no —declaró la anciana— según lo quiera o no Dios. Más te vale rezar por tu hija.

Las manos de Ann quedaron petrificadas ante las palabras de su suegra. Como un pajarillo asustado que ignora en qué dirección volar, se aferró con firmeza a la cuchara. Entonces, cerrando los ojos para aislarse de cuanto la rodeaba, respiró hondo antes de reanudar en silencio su labor. Su suegra dejó claro que consideraba el suyo un afán desquiciado antes de abandonar la estancia.

Aunque el recipiente estaba aún a medio vaciar, Elizabeth comenzó a roncar, y Ann tuvo que dejar de fingir que sus empeños estaban sirviendo de algo a su hija. Dejó a un lado el brebaje y volvió a depositar a la niña en el lecho. No era mucho el líquido que había llegado a entrar en su cuerpecito. Aquello no estaba funcionando. Por no tener nada mejor que hacer, agradecida de hecho por poder ocupar en algo su afligido pensamiento, recitó para sí un padrenuestro tras otro hasta quedar tan

extenuada que dejó caer la cabeza en la cama y fue a unirse al sueño de su pequeña.

Horas más tarde, ya a oscuras, se despertó al oír su respiración superficial y trabajosa. Descubrió el cuerpo diminuto y encendido de la cría y volvió a taparlo enseguida. Impotente e insegura, clavó la mirada en el pecho de su hija, que subía y bajaba con un ritmo errático. Tabaleó con los dedos sobre sus propios labios, se puso en pie, se volvió a sentar, pensó mandar traer más agua azucarada y a continuación desechó la idea. Luego consideró pedir un trapo frío para enjugar a la pequeña y descartó también el pensamiento cuando, de pronto, cruzó su cabeza otra posibilidad.

Se puso en pie y miró bien a su alrededor a fin de confirmar que estaba sola. Fue hacia la puerta y giró la llave hacia la derecha hasta sentir el chasquido tranquilizador que anunciaba que el pestillo había entrado en el cerradero. Regresando al lado de su hija, la alzó, flácida como una muñeca de trapo, y la llevó a su regazo. El corazón le latía con fuerza mientras se desabrochaba el corpiño. Elizabeth se escurrió de su falda y fue a dar con la cabeza en el asiento de la silla. Ann volvió a poner su cuerpecito sobre el lecho, acabó de desabotonarse y se extrajo la camisola por sobre la cabeza como quien pela una uva.

Con los senos al aire, volvió a mirar a su alrededor antes de acomodarse de nuevo a la niña en el regazo. Entonces se inclinó sobre Elizabeth y colocó un pecho sobre su rostro. Al pezón que pendía sobre la cabeza de la niña asomó una gota de líquido blanco que quedó suspendida hasta que la fuerza de la gravedad hizo que cayera en uno de sus párpados. La criatura abrió lentamente los dos para revelar sus ojos azules y vidriosos. Clavó la mirada en el pezón rosado que tenía ante sí, y a continuación en el rostro esperanzado de su madre, que no dejaba de mirarla. Confiando en que la niña supiera qué hacer con el seno que le ofrecía, Ann contuvo el aliento por la expectación. La lengua de la chiquilla se aventuró a probar el líquido. La madre sintió que la invadía una oleada de certidumbre. Aguardó nerviosa mientras Elizabeth contemplaba de nuevo los ojos de su madre y el pezón que le había tendido, pero la cría cerró entonces los párpados y apartó la cabeza.

Ann se recostó con fuerza en el respaldo de la silla y soltó un suspiro. Cada poro de su piel emanaba vergüenza y humillación. Se sintió estúpida por haber intentado siquiera semejante cosa. Miró a su pequeña febril y meditó sobre las opciones que le quedaban. Secó el sudor de la frente húmeda de Elizabeth y, dejando escapar un nuevo suspiro, la llevó otra vez al lecho. Pestañeando para apartar las lágrimas, derrotada por entero, volvió a cubrir sus carnes con la camisola y se abrochó el vestido. No iba a dejar morir a su hija. Obviando la presencia de la señora Gray y de Charlotte, que aguardaban inquietas al otro lado de la puerta cerrada, salió de la habitación para ir a buscar a Mattie.

Cuando dio con ella le expuso de forma atropellada la situación:

—Elizabeth lleva tres días con una fiebre altísima. No ha tomado una gota de líquido desde entonces. —Y con la voz teñida de desesperación, le suplicó—: Ven. Mira si quiere beber de ti. Tiene que tomar algo; si no... —Calló el resto.

Mattie la siguió por el largo pasillo. La señora Gray se hallaba apostada en la puerta como un centinela.

—Dudo que sea sensato —declaró el ama de llaves—: nunca va a acostumbrarse a la nueva situación si traemos a Mattie cada vez que protesta.

—Eso es lo que menos me preocupa —replicó Ann—. El médico ha dejado muy claro que tiene que beber líquido. Deja pasar a Mattie ahora mismo.

La interpelada se apartó. La sala estaba preñada de un olor acre y metálico y la forma menuda de Elizabeth yacía bajo una sábana ligera. Mattie corrió a su lado, tendió la mano para posarla sobre su frente encendida y le apartó del rostro los cabellos húmedos. Ann apenas alcanzó a oír lo que le susurraba al oído:

—Mattie está aquí contigo. Estoy aquí, preciosa. Ya verás: te vas a poner bien.

Entonces se tumbó con cuidado al lado de la hija de Ann y la atrajo suavemente hasta envolverla con el ángulo de su brazo, frotando con dulzura su espalda con una mano mientras le acariciaba la carita con la otra.

—Ya estoy aquí —repetía en un susurro—: verás qué bien te pones.

La cría abrió lentamente los ojos y alargó un brazo para tocar el rostro de Mattie. Las comisuras de sus labios dibujaron una leve sonrisa antes de que volviera a cerrar los ojos. Hundió la cabeza en el seno de la nodriza y de sus labios secos salió un ronco *Ma-i*. Ella sonrió a la enferma y la besó con dulzura.

—Eso es: soy yo. Mattie está aquí. A ver si conseguimos que bebas algo, chiquitina.

Henchida de una mezcla de alivio y consternación, Ann interrumpió su reunión privada para anunciar:

—Entonces, os dejo solas.

Dicho esto, se volvió hacia la señora Gray y anunció con aire resuelto:

—Elizabeth se vuelve a la habitación con Mattie. Encárgate de que lleven allí todas sus cosas y de buscar una nodriza para Jack de inmediato.

—Sí, señora. Como desee —respondió el ama de llaves, dejando claro que ponía en duda lo juicioso de tal disposición.

Capítulo cinco

Mayo de 1839

Tumbada en la cama, Mattie se acurrucó contra su hombre. Le encantaba sentir el tacto de Emmanuel contra el cuerpo. Pasó una mano por el pecho recio de él mientras cobijaba las rodillas en el valle de sus piernas y apoyaba la mejilla en su espalda. Besó una y otra vez su columna y atesoró su olor a almizcle. Tenían para ellos la cabaña de Samuel y Abu, y disfrutaban de dos días memorables de intimidad, un obsequio nada habitual por parte del capataz de su marido al que, además, había dado el visto bueno la señora Gray. Mattie suponía que el amo tenía la esperanza de que engendrarían otra criatura; pero no iba a ocurrir tal cosa: no estaba en sus días fértiles y, si lo hubiese estado, habría tomado precauciones. Aunque ansiaba tener más hijos, no iba a parirlos para que la separasen de ellos.

Había conocido a aquel joven de diecinueve años por nombre Emmanuel poco después de cumplir ella los dieciséis. Había asistido a un baile celebrado en un granero viejo y con olor a rancio durante la única semana del año en que no tenían que trabajar los del campo, los «días señalados» que mediaban entre Navidad y Año Nuevo. Estaba sentada sobre una bala de heno, observando y escuchando cuanto la rodeaba, compartiendo risitas con Rebecca y dando palmadas al ritmo del tambor mientras los de su derredor cantaban:

Juba, esto; Juba, lo otro.
Juba mató un gato pardo.
Juba, esto; Juba, lo otro.
Las parejas van bailando.

Dio un respingo de sorpresa cuando vio acercarse a ella a un extraño agraciado procedente de una plantación desconocida. Tenía los ojos de un castaño intenso, la piel tersa de color café y músculos marcados por años de trabajo físico.

—¿Puedo sentarme? —dijo.

Mattie asintió y se presentó.

—¿Trabajas en el tabaco?

—Ajá. ¿Tú también?

—¡Qué va! —exclamó él con orgullo—. Yo trabajo en un taller. Metal y madera: lo que me manden hacer. A veces echo una mano con los caballos.

Mattie estaba impresionada.

—Tiene que ser duro.

—Mejor que el tabaco, aunque a veces te quemas.

Le enseñó las marcas que había dejado el fuego en sus manos.

—¡Lástima no tener aquí mi bálsamo de ombú! Te vendría muy bien para esas llagas.

—Entonces, supongo que voy a tener que venir otro día a buscarlo. ¿Dónde has aprendido a hacer bálsamo? —preguntó.

—La abuela Washington me está enseñando todo lo que sabe de plantas y de hierbas. Es nuestra niñera y nuestra comadrona, y cuando ella muera me va a tocar a mí hacer su trabajo.

—Tiene que ser duro.

—Mejor que el tabaco —respondió ella antes de dedicarle una sonrisa y recibir otra de él.

Estuvieron bailando y riendo y hablando toda la noche, sin apenas prestar atención a nadie más. Al final de la fiesta no les resultó fácil despedirse. Fuera, Mattie recibió su primer beso. Emmanuel le prometió que no sería la última vez que se vieran y Mattie deseó que fuese cierto.

Semanas más tarde, él salvó a pie la distancia que lo separaba de Fair Oaks en busca de aquel unguento de ombú. Volvió al mes siguiente y al siguiente, y al que vino después de aquellos dos. En una de esas ocasiones, Emmanuel confió a Mattie cuál era su sueño más querido:

—Algún día seré libre. Cuando lo sea, te avisaré para que vengas conmigo.

Mattie no había pensado nunca en dejar su casa y su familia y adentrarse en tierras desconocidas, pero no se lo dijo. Oía a muchos hombres hablar de libertad, aunque eran muy pocos los que hacían algo por alcanzarla; así que se limitó a escuchar sus cuentos sobre la tierra de promisión.

—Mi padre huyó —le dijo él entonces.

—¿Consiguió la libertad? —preguntó ella.

Emmanuel sacudió la cabeza.

—¡Qué va! Huyó dos veces. La primera fue de niño. No hacía mucho que había cumplido los trece. Estaba trabajando en los campos cuando de pronto vio que no tenía a nadie a su alrededor, así que tiró el costal de tabaco y se echó a correr. Había llegado casi al otro condado cuando lo cazaron. Fue su propio capataz el que dio con él y lo llevó de vuelta. Le cortaron un trozo de lo alto de la oreja y al día siguiente estaba trabajando.

—Eso tiene que doler —comentó Mattie.

—Él siempre dice que valió la pena cambiar aquel cacho suyo por el ratito en que saboreó la libertad. Para el siguiente intento era ya mayor, aunque no mucho. Esa vez lo planeó, pero no quiso Dios que se saliera con la suya. Una tormenta repentina desbordó el río. Llegó hasta la orilla del Pamunkey, dos condados más allá, y allí tuvo que dejarlo: sabía que era hombre muerto si se metía en el agua, conque se sentó a esperar. Esta vez lo encontraron primero los perros, que le dejaron de recuerdo unas cuantas cicatrices en un brazo.

»Le cortaron los dedos de los pies para que no pudiera correr, pero sí seguir trabajando como hasta entonces. Así que ya me ha dicho qué es lo que tengo que hacer para alcanzar la libertad: esperar a ser un hombre crecido y huir en mayo o en junio, cuando hace más calor pero todavía no han llegado las tormentas más gordas.

—Seguro que le has dado muchas vueltas —dijo Mattie.

—Sí; algún día seré libre.

Unos meses después saltaron la escoba, como mandaba la tradición nupcial, e intercambiaron votos ante los ojos de sus familias y de Dios. Desde entonces, hacía ya más de cuatro años que, una vez al mes, él recorría los cinco kilómetros que lo separaban de Fair Oaks para ir a verla. Por lo común llegaba el sábado para pasar la noche, si bien alguna que otra vez le concedían también un viernes libre.

Emmanuel se volvió para mirar a Mattie.

—He estado pensando que a lo mejor es esta la primavera perfecta para largarse.

Mattie suspiró.

—Pensaba que los dos teníamos claro que Samuel es todavía muy pequeño.

—Lo he estado rumiando; yo podría ir primero, y vosotros me seguís el año que viene, cuando él sea ya lo bastante grande.

—¡Estás loco! —exclamó ella—. ¿Cómo voy a atravesar el bosque yo sola con una criatura de su edad? ¡Si ya es escandaloso y travieso ahora! Si nos dejas, no nos vuelves a ver. Esta es mi casa; no es perfecta, pero estamos vivos y pasamos tiempo juntos. Y tú quieres escaparte a Dios sabe dónde para que quizá no volvamos a verte con vida.

—Pero Ohio no está tan lejos —insistió Emmanuel—. Voy a conseguirlo; lo sé.

—Ohio va a seguir en el mismo sitio de aquí a unos años, cuando Samuel sea lo bastante grande para viajar. Espera un poco más. Mientras tanto, tampoco se está tan mal.

Todos los inviernos hacía planes para la primavera siguiente, y todos los años a ella le parecía demasiado pronto. Mattie tenía la esperanza de que su marido hablase por hablar, pero lo cierto es que cada vez parecía más convencido de hacerlo. Ella necesitaba con desesperación que su amor y el hijo que tenían en común lo refrenasen. Sin embargo, cuando llegaba aquella época del año, en el momento de despedirse, a Mattie siempre le asaltaba el convencimiento de que tal vez fuera para siempre. Suponía que, un buen día, él no iba a regresar.

—Olvídate de Ohio —trató de engatusarlo apretando su cuerpo contra el de él—. Ahora estás en Virginia, conmigo: los dos solos en una cama. ¿Para eso también tienes un plan?

Se acercó aún más, aproximando tanto su boca que podía sentir el aliento de Emmanuel. Él sonrió con la mirada clavada en la suya a través de la penumbra, y recorrió la espalda de ella con sus manos grandes. Le besó con dulzura los labios carnosos. Ella abrió la boca y sacó la lengua para explorar la suya. En ese instante, él se apartó para preguntar:

—¿Nos interrumpirá otra vez esa chiquilla?

—Se llama Lisbeth —repuso Mattie—, y no; no creo. Cuando la he dejado estaba bien, y dudo que vayan a llamarme porque se haya puesto mala.

—Estupendo; no quiero que me enciendas y que luego desaparezcas —señaló él burlón.

—Vamos a ver cómo es eso de encenderte...

Y dicho esto, lo empujó para ponerlo boca arriba y se sentó a horcajadas sobre su abdomen. Lo besó hondamente, hasta atraer a su boca la lengua de él, y entonces se apretó contra su cuerpo hasta hacer que olvidase todo plan de huir de Virginia.

Después del coito, Emmanuel besó a Mattie, se dio la vuelta y se durmió. Mattie lo envolvió con sus brazos y lo acurrucó con el cuerpo vibrante de gozo. No era fácil dar con un buen hombre y ella se sabía muy afortunada por tenerlo a él.

Habría quedado por entero satisfecha de haber sabido con seguridad que iba a seguir teniéndolo a su lado.



En la sala de estar, después de la cena dominical, Ann estaba sentada al lado de Elizabeth con un libro de versos infantiles. Jonathan leía cerca del hogar. Los murmullos que emitía de cuando en cuando hacían evidente que no coincidía con el autor del texto. Por su parte, la abuela Wainwright, sentada en una silla, fingía estar enfrascada en sus bordados.

—¿Mattie *vene*? —preguntó aquella criatura inquieta de dos añitos.

—Elizabeth, no debes hablarme en ese tono —la reconvino Ann.

—Lisbeth *quere* a Mattie —declaró la niña en tono lastimero.

—Elizabeth quiere a Mattie —la corrigió su madre—. Pues vas a tener que esperar. No tienes más remedio. Llegará cuando llegue. Mientras, escucha esta poesía y ten paciencia.

Elizabeth clavó la mirada en la puerta como si quisiera girar el pomo mientras Ann seguía leyendo versos:

¡Vaya una cosa ruin!
El gato, con un violín;
la vaca salta la...

Jonathan la atajó:

—Escucha esto y dime si no es un despropósito: «A fuer de hombres, de cristianos y de ciudadanos, poseemos una serie de deberes así para con los esclavos como para con el resto de cuantos integran la comunidad. En este punto no gozamos de libertad alguna. La ley eterna nos conmina a tomar partido en favor del

perjudicado y se torna imperativa en particular cuando le prohibimos alzar un brazo en propia defensa». Me parece inaudito que tenga la desfachatez de hablar en nombre de los cristianos después de anunciar su condición de unitario.

—¿Qué estás leyendo? —quiso saber la abuela Wainwright.

—Un opúsculo del reverendo William Ellery Channing que ha titulado *Esclavitud*.

—No entiendo por qué te molestas en leer semejantes memeces, que solo sirven para confundir —declaró ella.

—Mi deber como cabeza de familia, madre, es estar informado. No hace falta que se lo recuerde.

—Hay argumentos que no vale la pena conocer.

—Los abolicionistas están usando esas mismas palabras como arma arrojada contra nuestro modo de vida. Están resueltos a acabar con cuanto hemos creado.

—¡No seas ridículo! —sentenció la abuela Wainwright—. Llevo toda mi vida oyendo lo mismo. Esta nación se fundó sobre el entendimiento de que se nos iba a permitir tener esclavos. Era una de las condiciones de su conformación y no va a cambiar por más que lo digan mil oradores nortños.

—Esto es lo que dice Channing del Gobierno —añadió él sin hacer caso a su madre—: «Debe considerar a cada hombre sobre el que hace extensiva su autoridad como una parte vital de sí mismo a la que, por ende, ha de asistir el derecho no ya a su protección, sino a sus provisiones relativas a la libertad y la felicidad». Quiere hacer ver que Jefferson pretendía que la Constitución otorgase derechos civiles a los africanos. ¡Eso es absurdo! Nuestros antepasados no dejaron ninguna duda sobre el particular: los esclavos no son sino tres quintas partes de un hombre. ¿Cómo van a tener los mismos derechos que los cristianos?

Ann estaba cansada de aquellas conversaciones. Cada pocos meses, su marido se entregaba a la labor de leer los argumentos llegados del Norte y compartir la opinión que le merecían. Ella también sentía su frustración, aunque estaba convencida de no tener por qué prestar atención a tales asuntos. En aquel momento tenía bastante con tratar de entretener a su hija sin ponerla nerviosa.

—Solo alguien que no haya convivido con negros —siguió diciendo Jonathan— podrá forjarse semejantes fantasías sobre sus capacidades. Si no son todos unos salvajes muertos de hambre es gracias a la esclavitud. En el Sur no sufrimos pobreza, ¡y eso es mucho más de lo que puede decir Channing de su amada Massachusetts! No le entra en la mollera lo que nosotros ofrecemos a los negros: una vida segura en sus necesidades fundamentales.

Alguien interrumpió su invectiva llamando a la puerta.

—Adelante —dijo la abuela Wainwright.

—¡Mattie! —chilló Elizabeth mientras echaba a correr hacia su nodriza con los brazos completamente abiertos y una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Mattie está aquí!

El ama de cría se agachó en el umbral con los brazos tendidos para recogerla.

Ann vio a su hija arrojarse como una centella hacia la otra mujer. Aunque apenas podía entender el deleite que se procuraban mutuamente, era algo que se observaba sin lugar a dudas en los ojos de Elizabeth; y aun cuando no dejaba de ser un misterio, a ella le resultaba divertida su contemplación, en tanto que a su suegra se le hacía desagradable.

—¡Elizabeth! —la amonestó la abuela Wainwright—. ¡Vuelve aquí enseguida!

La niña detuvo su carrera hacia la puerta y, con los hombros encorvados y la cabeza gacha, dio media vuelta lentamente y fue a sentarse de nuevo en el sofá.

—Ahora, pregunta a tu madre si puedes retirarte —ordenó.

Bajando la mirada, Elizabeth aplacó la voz para decir:

—¿*Etirarme?*

Ann sonrió, dio unas palmaditas en la piernecita regordeta de su hija y, con un beso en la coronilla, le respondió en tono tranquilizador:

—Sí, cielo: puedes irte. Buenas noches.

La pequeña se bajó del sofá con cierta dificultad y atravesó con prisa la sala hacia Mattie. Cuando esta la tomó, la niña le rodeó el cuello con los bracitos y la estrujó con fuerza antes de ponerse a darle palmadas en las mejillas y a hundir la naricilla en la cara de la nodriza mientras exclamaba:

—¡Te he echado de menos! Lisbeth echado de menos a Mattie.

—Yo también la he echado de menos, señorita Elizabeth. —Entonces, volviéndose hacia sus propietarios, añadió—: Buenas noches, señor. Buenas noches, señoras.

Cuando se cerró la puerta, la abuela Wainwright dictaminó:

—Están, sin duda, demasiado encariñadas la una con la otra.

—Yo creo que eso no le hace daño a nadie. —Ann se sorprendió al oírse contestando de ese modo a su suegra—. No van a tardar en tener que separarse. ¿Qué necesidad tenemos de acelerar el proceso? A mí, de hecho, me parece encantador.

La abuela preguntó a su hijo:

—¿Estás de acuerdo conmigo en que están demasiado unidas?

—Es Ann a quien le corresponde decidir, madre —respondió él.

La aludida no pudo menos de agradecer que Jonathan no se pusiera del lado de su madre contra ella: le había costado un tiempo, pero empezaba a gozar de cierta autoridad en su casa.



No fue fácil subir las escaleras con Lisbeth aferrada a una pierna. Tras estar a punto de tropezar y caer encima de la niña, Mattie la tomó en brazos y la llevó a sus aposentos. Mientras recorrían el pasillo, la criatura no dejaba de mover la cabeza hacia delante y hacia atrás, plantando un beso tras otro en la mejilla de la nodriza al

ritmo de sus pasos. Al ver a Emily, que estaba guardando ropa en su dormitorio, la pequeña hundió la cara en el cuello de Mattie.

—¿Cómo se ha portado? —quiso saber esta.

—No ha pasado gran cosa. Ha estado casi todo el rato de pie al lado de la ventana, observando y chillando como un animalillo cada vez que te veía. Me pedía que la llevara contigo y yo le decía que tenía que quedarse aquí. No va a tardar en cansarse, porque no ha dormido mucho por la tarde.

Una vez que ambas estuvieron listas para acostarse, Mattie llevó a Lisbeth a la ventana y las dos estuvieron mirando por ella hasta la puesta de sol, cuando Abu sacó a Samuel para que diera las buenas noches a su madre con la mano. Mattie le lanzó un beso invisible y Lisbeth dedicó uno de su cosecha a las gentes de las cabañas. La niñera rio y besó a la pequeña en la sien.

—Buenas noches, Samuel; buenas noches, Abu —dijo.

Lisbeth agitó la mano.

—Buenas noches.

—¡Qué niña tan buena! Ahora, vamos a rezar nuestras oraciones.

Las dos se dirigieron al lecho de la trasalcoba, en donde Mattie se hincó de rodillas.

—Quédate aquí, a mi lado. Muy bien. ¡Qué buena! Y ahora dime: ¿qué te ha hecho feliz hoy? ¿Por qué quieres dar las gracias a Dios esta noche?

—¡Mattie ha vuelto! —exclamó ella.

La nodriza se echó a reír.

—Está bien. En ese caso diremos: «Gracias, Señor, por hacer que vuelva Mattie». ¿Alguien especial a quien quieras pedir a Dios que cuide?

—¡Mattie!

—De acuerdo; de acuerdo: Mattie. Pero ¿alguien más?

—Jack, el chiquitín.

—Ajá.

—Mami.

—Por supuesto —la animó la nodriza.

—Papi.

—Ajá...

—Abuela.

—Sí, señorita; muy bien. Así que decimos: «Señor, por favor, cuida de Jack, de papá, de mamá y de la abuela, y si morimos en nuestro sueño, llévanos directos al cielo. Amén».

—Amén —repitió Lisbeth.

Antes de ponerse en pie, Mattie formuló su propia plegaria:

—Señor, gracias por los días que he pasado con mi familia. Por favor, sigue cuidando de Samuel, Emmanuel, Rebecca, Abu y la señorita Lisbeth, aquí presente. Gracias. Amén.

—Amén —volvió a repetir la pequeña.

Capítulo seis

Marzo de 1841

Lisbeth trataba de ser buena. Era ya una niña grande, de casi cuatro añitos. Sabía que tenía que permanecer quieta en su asiento y no hablar demasiado. Intentó mantener su hermoso vestido azul limpio y arreglado al mismo tiempo que fingía comer del gran plato de porcelana que tenía delante. Mattie no la acompañaba ya a la cena de los sábados. Ella lo había pedido, pero su madre le había dicho:

—Ya eres mayorcita: no necesitas que Mattie esté contigo todo el tiempo. Yo te ayudaré durante la cena.

Eso la sorprendió, porque su madre no solía ayudarla muy a menudo.

Apenas alcanzaba a ver lo que había sobre la colosal mesa rectangular. Le gustaba mirar su reflejo en el borde de la tabla, porque al levantar o agachar la cabeza y mover la boca de un lado a otro veía cambiar su gesto en la madera oscura y brillante. Tenía que hacerlo de forma furtiva si no quería oír el *Siéntate, Elizabeth* de su abuela. Y eso que ya estaba sentada. Su padre ocupaba toda la silla grande que presidía la mesa, y su madre estaba posada en la que había al lado de Lisbeth. Esta conocía a varios de los otros adultos, aunque no a la mayoría. Ninguno de ellos le dirigía la palabra si no era para decirle: «Hola», «Buenas noches» o: «¡Vaya! Te estás haciendo toda una señorita». A veces trataba de enterarse de lo que se decían los mayores, pero lo más habitual era que no entendiera nada.

Cuando se cansó de mirarse en la superficie bruñida de la mesa, bajó la vista para observar los zapatos de los mayores. Estudió las labores de aguja, las hebillas y los botones que ornaban extremidades de todos los tamaños. Si vistos por encima de la mesa los adultos daban la impresión de estar tranquilos, la imagen que ofrecían por debajo manifestaba otra cosa: estiraban las piernas y movían los pies de un lado a otro. Por desgracia, sin embargo, la abuela Wainwright se dio cuenta de su juego y la obligó a sentarse «bien derecha».

Lisbeth obedeció, aunque se decidió a balancear las piernas hacia delante y hacia atrás. Cada vez las subía más, cuidando siempre de mantener inmóvil el resto del cuerpo para que su abuela no pudiera regañarla. Sin querer, golpeó la mesa con un pie. Clavó la mirada hacia delante con la esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta. Así fue: el agua de su vaso se agitó un tanto, pero por lo demás no ocurrió nada. Probó de nuevo: adelantando una pierna, asestó otra patada lo bastante enérgica para hacer bailar el líquido. Funcionó. Volvió a hacerlo, pero esta vez con demasiada fuerza.

Lisbeth vio el vaso inclinarse hacia un lado y derramarse sobre la fuente de patatas, que empapó con su cristalino contenido antes de caer a la mesa y, rodando,

trazar un arco sobre el mantel con la escasa agua que quedaba en su interior.

Papá gritó con su poderoso chorro de voz mientras la atravesaba con la mirada:

—¡Compórtate, Elizabeth!

La abuela la censuró con un gesto furioso de su rostro agriado.

Aterrada, la niña se echó a llorar y a gritar:

—Mattie, Mattie...

Su padre insistió:

—No, Elizabeth: esta vez no vas a irte con Mattie. Vas a quedarte sentada y a comer.

La madre le dio unas palmaditas en su manita blanca mientras siseaba para calmarla.

—Ya está, ya está... Sss... Ya pasó. Deja de llorar.

Hacía lo posible por ser amable con ella, pero sus palabras no suponían ningún consuelo para la niña. Ella quería estar con Mattie. Sentada en su silla, fijó la mirada en su regazo y contuvo las lágrimas. Tenía un nudo en el estómago y no iba a comer nada, pero al padre eso no le importaba: lo único que quería era que se estuviera quieta hasta que los mayores acabasen de comer y se levantaran de la mesa.

Aquella noche, estando ya las dos tendidas bajo las mantas después de rezar, refirió a Mattie cuanto había ocurrido.

—He tirado el agua y padre se ha enfadado mucho. He llorado y te he llamado; me he puesto a decir: «Mattie, Mattie, Mattie...», pero me han obligado a quedarme. Ha sido horrible.

—Lisbeth, cariño: cuando me eches de menos, canta nuestra canción muy bajito, para ti. Ya verás como tienes la impresión de estar conmigo aunque yo esté lejos.

La niñera entonó como otras muchas veces la nana con su voz clara y rotunda. La vocecita dulce y aguda de Lisbeth se unió a ella. Arrebujándose contra el cuerpo cálido de Mattie, la pequeña tendió una mano para asirse a las conchas marinas ensartadas que adornaban el nacimiento de su cuello. Cantando y frotando, tarareando y tocando, se sumió en su sueño durante la tercera estrofa:

¡Qué dulce es mi bebé!

¡Qué dulce es mi bebé!

De la roca más dura

está brotando miel.

A cántaros te la voy a traer.

Capítulo siete

El calor pesado y opresivo del mes de agosto llevó a Mattie y a Lisbeth a pasar la tarde descansando a la sombra de un sauce. Aquel árbol añoso, que crecía entre la casa grande y las cabañas, era uno de los lugares preferidos de las dos. A la niña le encantaba el mundo reservado que les otorgaba su generoso follaje verde y Mattie agradecía la ocasión que le brindaba de contemplar a su hijo. Siempre se colocaba con la pequeña en el lado que daba a las viviendas de los del campo para poder ver al crío larguirucho llevar de beber a los sudorosos trabajadores de las plantaciones de tabaco que se extendían más allá de ellas. Sus cinco años habían hecho perder a Samuel sus formas redondas y lo habían convertido en un niño cargado de energía que no parecía cansarse de acarrear agua de un lado a otro de las líneas de peones.

Tumbada junto a Mattie sobre un centón viejo, Lisbeth recorría con el dedo el dibujo del tejido hasta que, alzando la cabeza, preguntó:

—Mattie, ¿quién imaginas que habrá hecho esta colcha?

—No lo sé. Una esclava que vivió aquí hace mucho tiempo, mayor que tú y que yo, y apuesto que mayor también que tu abuela.

—¿Ha muerto?

—¿Quién?

—La esclava.

—Supongo —dijo Mattie con una carcajada, divertida ante la pregunta de la niña.

Lisbeth puso gesto de desconcierto hasta que al fin preguntó:

—¿Crees que los esclavos y las personas van al mismo cielo?

Conmovida y ofendida a un tiempo por la ocurrencia, el ama de cría respiró hondo antes de responder:

—Los esclavos son personas, y la verdad es que nunca he oído hablar más que de un cielo; así que supongo que debe de ser el mismo para todos.

—¿Y quién hace allí el trabajo?

—En el cielo no hay trabajo que hacer —declaró Mattie.

—¿Y si tú no vas al cielo?

—Por lo que yo sé, Dios quiere a todo el mundo y, por lo tanto, perdona a todo el mundo. De modo que todos vamos a ir al cielo.

La pequeña daba la impresión de tener muchas más preguntas, pero optó por sopesar unos instantes la respuesta de Mattie antes de formular la siguiente:

—¿Tú echas de menos a tu mamá, Mattie?

—Todos los días. Pero sé que está pendiente de mí desde el cielo.

—¿De mí también está pendiente? —quiso saber la criatura. Su voz delataba cierto anhelo.

La nodriza meditó unos segundos antes de asentir despacio.

—Sí, Lisbeth: de ti también. Vigila a todas las personas a las que quiero.

—Vas a volver a verla cuando llegues al cielo —dijo la pequeña con confianza—,

y yo podré conocerla. ¿Cuidaba de ti siempre?

—Hasta que la vendieron.

—¿Y lloraste cuando se fue? ¿Cuántos años tenías?

—Acababa de cumplir ocho. Y claro que lloré. No había noche que no llorase en la cama. Abu o Rebecca se sentaban a mi lado, pero no era lo mismo.

—Tú no vas a dejar que te vendan, ¿verdad? —imploró Lisbeth aferrándose con fuerza a la falda de Mattie—. Si te venden sí que voy a llorar.

—Yo no puedo elegir: es tu padre quien decide esas cosas. Y no te voy a hacer una promesa que quizá no puedo cumplir.

Los ojos de la pequeña se llenaron de lágrimas.

—Voy a pedirle a mi madre que me dé a Mattie cuando sea mayor. Entonces podrás estar conmigo para siempre. —Lo decía muy decidida—. Entonces nadie va a poder venderte.

Halagada y agraviada, Mattie se limitó a guardar silencio y a desear que la niña se durmiese pronto. Esta echó la cabeza en la colcha y cerró los ojos mientras Mattie le frotaba con suavidad la espalda. Asida aún a los pliegues de su falda, Lisbeth restregó a su vez el tejido que tenía entre el pulgar y el índice.

—¿Cómo era tu mamá? —preguntó.

—Tenía una voz muy hermosa. Se pasaba el día cantando, y su nana favorita era la que más te gusta a ti: «No queda nadie: solo mi bebé...». El amarillo era su color preferido. Todas las primaveras salíamos a buscar flores de azafrán amarillo.

—¿Azafrán amarillo?

—Es una flor que sale al principio de la estación. Es muy pequeña y no dura mucho, pero te anuncia que ha llegado la primavera.

La niña se incorporó.

—¡Oh, Mattie! ¿Podemos ir nosotras? ¿Podemos buscar flores de azafrán amarillo? Me encanta salir a buscar cosas.

—Sí, cariño —sonrió Mattie—. La primavera que viene podemos ir por ellas.

—Mattie, ¿tu madre tenía nombre?

—Pues ¡claro que tenía nombre! —se burló ella—. Todo el mundo tiene nombre. Se llamaba Noemí. Está en la Biblia. Y ahora, ya está bien de hablar de mi mamá. Vuelve a echarte y duérmete. Ya te contaré más cosas de ella otro día.

Y dicho esto, se puso a cantar mientras a la niña la vencía el sueño. Cuando vio que la respiración se hacía más larga y profunda, se incorporó para acercarse a las ramas bajas del árbol, las apartó a fin de tener mejor vista y, mientras buscaba a su hijo, pensó en la última vez que había visto a su madre.



El primero de enero era día de cuentas en la plantación. Tras una deleitosa semana de

descanso y visitas llegaba el momento del año que más temían los esclavos del campo. Después de que almorzaran frijoles de careta, ya que se creía que traían buena suerte para el año que entraba, el amo y el capataz los reunían a todos para anunciar las ventas y los arriendos. De nada servía suplicar ni protestar: quien estuviera en la lista partía al día siguiente. El menor de los males era el que habían de sufrir aquellos a quienes alquilaban a una hacienda cercana, pues tal cosa les permitía volver de visita los más de los domingos o, de ser más remota la nueva plantación, una vez al año durante los días señalados, las vacaciones del invierno. La noticia más devastadora que podía recibir ningún esclavo era la de que lo habían vendido a un negrero que se dirigía a Georgia o a Luisiana, toda vez que significaba que no volvería a ver jamás a los suyos y que probablemente moriría joven; si bien nadie lo sabía con seguridad, por cuanto era raro volver a saber en Fair Oaks de los familiares a los que vendían a propiedades situadas más al sur.

El día de Año Nuevo de 1825 se habían congregado todos los esclavos, nerviosos, en la explanada que había frente a la casa grande. Los frijoles se revolvían inquietos en sus estómagos mientras escuchaban lo que tenía que decirles el amo Wainwright. Mattie se hallaba erguida, envuelta en los fuertes brazos de su madre. A los ocho años, tenía edad suficiente para que la arrendaran o la vendiesen. Podía sentir la tensión que invadía el cuerpo de su madre mientras el capataz leía la nómina sin que su voz profunda delatase emoción alguna.

—Benjamin, Olivia y Miriam se van a arrendar a Berkeley; el joven James, Daniel y Frances, a Willowbrook; Louisa, Sugar y Willametta, a White Pines.

La madre de Mattie, Noemí, la apretó aún más contra sí cuando el amo pasó a la relación de los que habrían de irse para siempre.

—Willametta, vendida a Westover; Benny, a Cumberland; Noemí, a Hopewell.

—¡No! —exclamó Mattie.

Los dedos de su madre corrieron a taponarle la boca con fuerza y, ahogada su voz por aquella mano callosa, su protesta no llegó a oídos del amo.

Los demás dedos se clavaron con energía en el hombro de Mattie. Aunque los nombres seguían sucediéndose, la niña ya no los oía: el de su madre estaba en la lista y el suyo no. No sabía a qué distancia estaba Hopewell, si permitiría visitas semanales o anuales; solamente que se iba a separar de su lado.

Aquella tarde y aquella noche, la pena pesó sobre ellas como una losa sepulcral. A la mañana siguiente, cuando aún no había salido por entero el sol, su madre reunió sus escasas pertenencias, se desprendió del collar que llevaba puesto y partió una concha marina con los dientes para separarla del resto. Entonces, rodeó con él el cuello de su hija y guardó para sí la cuenta que había sacado.

—Cuídalo hasta que vuelva. Me lo dio mi mamá, y a ella, la suya. Yo me quedo con una; así siempre estarás unida por las demás no solo a mí, sino a todas las mujeres que han existido antes que nosotras. Todas somos fuertes, Mattie, y tú eres una de nosotras; así que tú también lo eres.

Mattie asintió sin palabras, pues el nudo que tenía en la garganta le impedía hablar.

Salieron y se unieron al resto de familias que aguardaban fuera el momento de separarse. Mattie se abrazó a su madre y apretó con fuerza. Noemí tomó a Mattie de la barbilla y clavó la mirada en sus ojos. Casi con fiereza, le susurró:

—Mamá te quiere. Mamá te va a querer siempre. Llévame siempre en el corazón. Volveré para los días señalados.

Entonces se apartó del abrazo de la cría y montó en la carreta.

Acompañada por Abu y Rebecca, Mattie había observado a su madre hacerse más y más pequeña a medida que se alejaba el vehículo. Para sí, estaba gritando: «¡Mamá, no me dejes aquí! ¡Llévame contigo!»; para el mundo, mantenía una actitud firme y tranquila, como el tronco de un árbol grueso y bien arraigado en el suelo.

Tal vez hubiese protestado más de haber sabido que su madre no iba a regresar para los días señalados: poco después de partir de Fair Oaks murió de una infección y fue ofrecida a la tierra sin ceremonia. Cuando tres meses después de su último suspiro tuvo noticia de la defunción, su familia colocó una sencilla cruz de madera en su honor en el cementerio para negros de Fair Oaks. Su tumba vacía se encontraba mirando al río James, entre las de los tatarabuelos, la bisabuela, la abuela, el abuelo y el padre de Mattie.

Sentada a la sombra del sauce, mientras acariciaba ausente el cabello de Lisbeth, Mattie formuló una promesa de su parte y la de su hijo: si algún día los vendía el capataz, a cualquiera de los dos, tomaría a Samuel y huiría.



Aquella noche, los Wainwright se habían reunido en la sala de estar. El padre estaba leyendo, como de costumbre, y de cuando en cuando compartía con su esposa algún fragmento en voz alta. La madre bordaba una funda nueva de almohada. Lisbeth tenía la esperanza de que fuese para su cama, porque le gustaban los colores: se la pediría cuando la tuviese medio acabada. Jack estaba ya en su habitación y ella jugaba con una muñeca de porcelana en el sofá.

—Madre, ¿cómo era su madre?

—¡Qué pregunta, Elizabeth! —respondió ella sorprendida.

—¿Cómo era?

—De hecho, tú has salido a ella. Tus ojos se parecen mucho a los suyos, aunque yo ya casi no me acuerdo de mi madre.

—¿Por qué? —quiso saber, preocupada, la niña.

—Yo era muy pequeña cuando murió. Debía de tener ocho o nueve años. Apenas la recuerdo.

Su curiosidad de niña de cinco años no tenía visos de aplacarse.

—¿Cuál era su canción favorita?

—¡Por Dios bendito! No tengo ni idea —contestó riendo.

—¿Te cantaba?

—No. —La madre meneó la cabeza.

—¿Tenía alguna flor favorita?

—¿Alguna flor favorita? —Meditó la respuesta—. No, no puedo decir que tuviese ninguna; al menos, que yo sepa.

—¿Y su color preferido?

Entonces fue a dibujarse una sonrisa en el rostro de la madre.

—Azul. El azul intenso. Le encantaba porque decía que destacaba sus ojos.

Satisfecha con aquella información mínima, la cabecita inquieta de Lisbeth se posó entonces en otra cuestión:

—Madre, ¿puede venir Samuel a vivir aquí? Mattie sería mucho más feliz así, y a mí no me importa compartirla con él.

—Eres un encanto, Elizabeth —rio—. Es todo un detalle que te preocupes por ella. Tiene mucha suerte de estar contigo. Sin embargo, te puedo asegurar que es mejor para ellos que Samuel se quede en las cabañas y que Mattie se quede aquí cuidando de ti.

—Pero... —empezó a decir la niña.

La madre la atajó:

—No discutas, Elizabeth. Hay muchas cosas que no comprendes. Por eso tienes que creerme: Samuel no iba a encontrarse bien en esta casa. Aquí no hay nada que pueda hacer. Ellos se ven todas las semanas, que es mucho más de lo que tiene la mayoría de los del campo para estar con sus familias.

Había sido muy tajante: no tenía ningún sentido seguir insistiendo. Por más que no entendiese el razonamiento de su madre, Lisbeth sabía que estaba decidido: Mattie se quedaría con ella y Samuel seguiría viviendo fuera. Era lo mejor para todos.

Capítulo ocho

Primavera de 1843

—¿Puedo ir contigo? —suplicó Lisbeth a Mattie.

—¿Por qué quieres venir conmigo?

—No me gusta quedarme con Emily, y además los quiero ver a todos. Hace ya tanto tiempo de la última vez que me llevaste...

De pequeña era frecuente que fuera a las cabañas los domingos por la mañana; pero desde que comenzó a tener edad de ir a misa, las ocasiones de hacerlo se volvieron mucho más escasas. Sin embargo, había estado varios días confinada en su lecho con un catarro y los Wainwright no la habían llevado a la iglesia después de que su madre considerase que no convenía que estuviera varias horas en un edificio tan frío y húmedo. Ella no había dudado en preguntar si podía ir a las viviendas de los esclavos tan pronto se perdió de vista el carruaje. Al final, sus empeños dieron fruto y Mattie accedió. La pequeña no cabía en sí de emoción mientras recorrían el camino de tierra que llevaba a las chabolas.

Mattie la preparó para la visita:

—Vamos a ver a Samuel, claro, y a Abu. También estaremos con Rebecca y toda su familia: Lawrence, Sarah, Henry y Frank. De Sarah te acuerdas, ¿no? Es un poco mayor que tú...

—Me acuerdo de todos —dijo Lisbeth—. No tienes que recordármelo.

La niña los había conocido desde la ventana: cada día los observaba salir en dirección a los campos y regresar a sus cabañas. Los veía cocinar, lavar y jugar. Imaginaba sus conversaciones, y los domingos por la noche escuchaba las historias que sobre ellos le contaba Mattie.

Sin embargo, cuando llegaron a donde vivían, se sintió de pronto insegura y nerviosa. El lugar no le era ajeno, pero llevaba tanto tiempo sin visitarlo, que verse allí de nuevo le resultaba extraño. Escondió la mirada entre los pliegues de la larga falda de la nodriza mientras se acercaban a la cabaña de Abu y de Samuel. Llegó a ellas el murmullo de cuantos se habían congregado en los bancos de fuera y Mattie sonrió al distinguir el sonido de la voz de su hijo. Al rostro del niño asomó una sonrisa amplia no bien vio a su madre doblar la esquina de la choza.

—¡Se te han caído las dos paletas! —exclamó ella mientras le sostenía con una mano la barbilla para observar de cerca su sonrisa mellada—. ¿Las has lanzado al tejado para pedir un deseo?

—Ajá. Y se ha cumplido. ¡Mira!

Lisbeth siguió con la mirada el índice extendido de Samuel y vio que señalaba a un hombre que sonreía a Mattie.

—¡Emmanuel! —gritó esta.

Los dos corrieron a abrazarse, y la pequeña los siguió de cerca.

—¿Qué haces aquí? Si no te tocaba hasta la semana que viene...

—Necesitaban traer unos caballos y me ofrecí a encargarme de ellos.

—Me alegro tanto de verte... —Mattie no cabía en sí de alegría.

Al dar un paso atrás tropezó con Lisbeth, que se había prendido con fuerza a su falda mientras ella se abrazaba a su hombre.

—¡Por Dios bendito, Lisbeth! Sal de ahí y saluda. Ya conoces a Samuel, a Rebecca, a Abu, a Sarah y a todos los demás. Este de aquí es mi marido, Emmanuel. Ya te he hablado de él, pero hacía mucho que no lo veías en persona.

La cría tenía clavados los ojos en él. La sorpresa la había dejado sin palabras.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —se burló el joven.

Ella, sin pensarlo, la sacó para demostrarle que no era así. En aquel instante, sin embargo, reparó en lo que había hecho y, aterrada, abrió los ojos como platos y corrió a taparse la boca con una mano. Todos rompieron a reír y, al darse cuenta de que nadie se había enfadado, Lisbeth se unió a ellos.

Reunidos en los bancos del exterior de la cabaña, con Lisbeth y Samuel bien arrimados a uno y otro lado de ella, Mattie anunció a su hijo:

—Cuatro, cinco, dos, siete, nueve, dos y ocho.

—No, Mattie —corrigió la niña—: el viernes fueron seis.

—¡Es verdad! —exclamó Samuel antes de darse la vuelta y mirarla con el ceño fruncido y los ojos entornados con expresión seria—. ¿Tú también miras por la ventana con mi mamá?

—Sí —repuso ella con aire inseguro—. Las dos contamos los dedos que levantas cada mañana. ¿No me ves de pie a su lado?

—No —murmuró Samuel.

—Desde fuera no se ve nada, Lisbeth —le explicó Mattie.

La niña se dio la vuelta para mirar su ventana y verificar lo que acababa de oír: la luz del sol se reflejaba en el cristal.

Samuel miró a Lisbeth y después a su madre. Entonces dejó el banco de un salto y se echó a correr. Mattie lo siguió. Desde su asiento, Lisbeth la vio hacerle arrumacos: le besó la coronilla, le hizo cosquillas bajo los brazos y lo abrazó desde atrás. El niño volvió a huir y ella salió tras él. Samuel se dejó alcanzar para zafarse de nuevo acto seguido de su madre.

Lisbeth había crecido oyendo las historias de Samuel, de Emmanuel y de todos los demás que le narraba Mattie los domingos por la noche. Los había visto ir y venir dos veces al día desde que era una niña de pecho, pues por la mañana, antes de hacer nada más, y también cuando quedaba poco para la cena, miraba con ella por la ventana para contar los dedos de Samuel y cerciorarse de que su mundo seguía en orden. Conocía a aquellas gentes. Sin embargo, en aquel momento estaba viendo algo más: al contemplar allí a Mattie con todos los demás, entendió que aquella era la

familia de su aya: aquel era el lugar al que pertenecía; aquel era su hogar.

Se le hizo un nudo en el estómago. De pronto, ya no quería seguir allí: deseaba volver a ser observadora de aquel lugar, verlo todo desde arriba mientras disfrutaba en su dormitorio de la compañía de Mattie.

Sarah, la hija zancuda de Rebecca, se plantó de un salto al lado del lugar que ocupaba en el banco.

—Señorita Lisbeth, la tita Mattie me ha dicho que le enseñe una cosa.

—No hace falta —balbuceó ella parpadeando para ahuyentar las lágrimas—, pero gracias.

—¡Me ha dicho que tengo que hacerlo!

Mattie gritó desde donde estaba:

—Vas a aprender algo nuevo, Lisbeth. Escucha a Sarah, que te lo va a enseñar.

—De acuerdo —aceptó ella pese a no estar muy convencida.

—Es así: levante las manos a la altura de los hombros y abra los dedos como yo.

Ella siguió las instrucciones e imitó su postura, y Sarah se puso a seguir una serie de movimientos rítmicos muy complicados entrechocando las manos o dando palmadas en sus propias rodillas o en las manos de Lisbeth. Mientras sus extremidades aleteaban de un lado a otro, iba entonando una canción:

Un día, Sally Walker
se sentó en un poste.
Sécate esos ojos,
Sally: no me llores.
Las manos en la cintura;
ve cambiando de postura.
Muévete hacia el este;
luego, hacia el oeste;
muévete hacia el niño
que más te quiere.

—¡Qué rápido lo haces! —exclamó Lisbeth cuando acabó Sarah.

—Eso dicen todos —fanfarroneó—. Y no solo con esto: soy la que más tabaco recoge de los de mi edad.

—Yo no sería capaz de dar palmadas con esa agilidad.

—¡Claro que sí! Se lo voy a hacer más lento.

Las palmas callosas de Sarah volvieron a dar en la suave piel de Lisbeth. Fue reiterando los movimientos con tranquilidad, repitiendo los versos hasta que Lisbeth se puso a cantar con ella. Poco después se atrevió a mover también las manos al ritmo, cometiendo errores con frecuencia. Cada vez que se equivocaba o sus manos acababan en el rostro de Sarah en lugar de en sus rodillas o sus manos, las dos se echaban a reír a carcajadas.

—Se le da ya muy bien —la animó la otra.

—Pero no como a ti.

—Practique y mejorará.

—Pues ;no sé con quién!

—Mi tita Mattie es la mejor. Puede practicar con ella.

Lisbeth giró la cabeza en dirección a su nodriza.

—¿Mattie se sabe este juego? —La niña arrugó el entrecejo mientras la miraba.

—¡Claro! La tita Mattie se sabe un montón de juegos de palmas. Me ha enseñado algunos buenísimos.

Lisbeth vio a su aya jugar con Samuel y con Emmanuel a lo lejos. Había tanto de ella que no conocía... En aquel momento tenía la cabeza hacia atrás y la boca muy abierta por la risa mientras su hijo y su marido se aliaban contra ella en una guerra de cosquillas. La niña sintió que la concepción que tenía del mundo se disgregaba ante sus ojos y volvía a tomar forma poco a poco. Reparó en algo que la atenazó: a Mattie le encantaba la vida de que disfrutaba allí, lejos de ella.

Sarah la estudió mientras ella estudiaba a Mattie. Con aire paciente, aguardó de pie a que la joven señorita de la plantación tuviera a bien reanudar el juego.



Mattie y Samuel regresaron al fin al banco.

—Lisbeth —dijo aquella—, Samuel quiere darnos una sorpresa.

El niño tiró de su madre en dirección al río.

—¿Qué es? —preguntó Lisbeth mientras los seguía por un senderillo que corría paralelo a sus aguas.

—No se puede decir: hay que verlo —anunció Samuel—. Ya se lo he enseñado a todos los demás.

Se detuvo tras recorrer poco más de una cincuentena de metros y señaló una porción de prado. Lisbeth miró confundida: no vio nada especial hasta que el viento comenzó a mecer la hierba.

—¡Azafrán amarillo! —exclamó—. Una flor de azafrán amarillo.

—¿Dónde? —quiso saber Mattie.

Samuel lo confirmó:

—Tiene razón: hay una en la hierba.

Mattie se agachó y apartó las briznas verdes para revelar la diminuta mancha de color de una flor de azafrán amarillo que apenas había empezado a florecer.

—¡Vaya! Mira qué tono tan hermoso —declaró—. Gracias por enseñarnos este cachito de primavera, Samuel.

En ese momento, el niño y Lisbeth gritaron al unísono:

—¡Frijoles de careta!

Mattie se echó a reír mientras asentía con la cabeza.

—Parece que la tradición de mamá no se ha perdido. Vamos a celebrarlo con frijoles.



Aquella noche estaban invitados a cenar los Ford, la familia blanca más antigua del valle. Aunque no se podía considerar una gente próspera en comparación con el resto de Tidewater, su condición de fundadores del lugar otorgaba a sus integrantes una posición social nada desdeñable. Eran seis: el padre, la madre, tres hijos y una hija, y compartían los mismos rasgos: piel clara y mejillas rubicundas, ojos celestes y cabello rubio tirando a castaño. Los hijos varones, de diez, ocho y siete años, eran diablillos inquietos, en tanto que Mary, la más pequeña dados sus seis años de edad, contrastaba con ellos por su calma.

Lisbeth no dejaba de mirar al otro lado de la mesa para ver a su amiga, sentada junto a Jack. Engalanada con un rígido vestido rosa con un lazo blanco en el cuello, la pequeña comía en silencio sin apenas levantar la mirada del plato. La hija de los anfitriones no halló diversión alguna en ella en aquel momento: no era precisamente un dechado de alegría cuando los mayores esperaban de ella que se comportara. Sentada entre los dos Berts —Albert y Robert—, se puso, por lo tanto, a jugar a dar puntapiés en la mesa. Después de hacer bailar su propio vaso de agua, probó sus habilidades con los de sus vecinos. Alargó con muchísimo cuidado el pie derecho y, tocando con suavidad el tablero, hizo temblar el agua de Albert, quien no advirtió su furtivo movimiento. Entonces cambió de pie, sabiendo que tenía que actuar con más cautela, porque Robert no iba a dudar en acusarla con la simple intención de hacer más interesante la cena. Con gran precaución, separó la rodilla izquierda y levantó la pierna. Los dedos de sus pies estaban a punto de llegar a su objetivo cuando la rodilla de Robert tropezó accidentalmente con ella e hizo que el pie de la niña diese con fuerza en la mesa. El vaso de agua de él cayó junto con el de Jack, y el líquido corrió por el mantel y fue a empapar a la abuela Wainwright, quien llamó la atención de todos los presentes con un chillido.

La mujer se puso en pie de un salto con el rostro demudado por la ira. Lisbeth se preparó para recibir un buen rapapolvo, pero la abuela, en lugar de mirarla a ella, se inclinó amenazante sobre Jack apretando con fuerza la cuchara enorme que tenía en la mano. Él se encogió y ella le asestó un cucharazo en la cabeza a la vez que le gritaba:

—¡Tarambana! ¡No tienes cuidado ninguno! Con esos modales no puedes comer con los adultos. Si no aprendes a conducirte como es debido, ¿cómo vas a crecer y hacerte un caballero? Pídeme perdón ahora mismo.

Temblando de pies a cabeza, el crío se disculpó con voz aguda.

—Y ahora —terció el padre— pide perdón también a nuestros invitados por interrumpir un momento tan agradable.

—Lo siento —dijo, aunque en su rostro se leía de todo menos remordimiento.

Tenía la mirada clavada en la mesa, los ojos encendidos de rabia y el labio fruncido por la frustración ante tamaña injusticia.

—No es necesario disculparse —aseveró el señor Ford—. Con estos tres, en nuestra mesa tenemos agua derramada en el mantel diez veces a la semana. Si me diesen cinco centavos por cada vaso volcado, ahora mismo sería más rico que Cunningham.

—En esta casa no consentimos una conducta así —declaró la abuela Wainwright—. Si me disculpan, debo ir a cambiarme.

Lisbeth se sintió mal por el rapapolvo que había recibido Jack sin motivo, pero al mismo tiempo se alegró de no estar en su lugar. No era su intención hacer que lo culpasen a él y, sin embargo, no queriendo causar más malestar, siguió callada y acabó su comida.

Después de cenar se reunieron en el salón las dos familias. Lisbeth, al fin al lado de Mary en uno de los extremos del sofá, le confesó al oído:

—He sido yo la que ha derramado el agua. Jack no ha tenido la culpa. Robert me ha dado con la rodilla y yo he golpeado la mesa.

—Pobre Jack —declaró Mary—; lo han castigado sin que haya hecho nada.

—Yo iba a explicarlo todo, pero no quería que me castigasen.

—El cucharazo le ha tenido que doler. Yo me habría puesto a llorar.

—Yo también, pero Jack no llora cuando le pegan, porque la abuela Wainwright se enfada más y lo castiga más aún. Lo mejor es evitarla. En fin, voy a enseñarte una cosa. Levanta así las manos.

Lisbeth le enseñó entonces el juego que había aprendido con Sarah aquella misma mañana. Susurró la letra de la canción mientras seguía el ritmo con las manos.

Las dos amigas, enfrascadas en su propia burbuja, dieron un respingo cuando las interrumpió el señor Wainwright.

—¿Qué estáis haciendo? —quiso saber.

Lisbeth respondió con voz tranquila:

—Estoy enseñando a Mary el juego que me ha enseñado Sarah.

—¿Quién es Sarah?

—La sobrina de Mattie. Ella la llama «tita». Suena raro, ¿verdad?: «tita Mattie».

Él miró a su esposa.

—¿Te parece prudente dejar que juegue en las cabañas?

—Yo jugaba con los negritos de pequeña y no me hizo ningún mal. De hecho, creo que es positivo para la niña tener contacto con ellos: tiene que entender cómo son y cómo viven.

El señor Ford intervino entonces:

—Yo coincido enteramente: nuestros hijos deberían acostumbrarse a ellos si

quieren tener éxito cuando sean amos.

Lisbeth observó el rostro de su padre en espera de una aprobación y, al verlo asentir con un simple movimiento de cabeza, se volvió de nuevo hacia su amiga.



Tendida en la cama, Lisbeth pensaba en los sucesos de aquel día mientras su nodriza, sentada a su lado, tarareaba una melodía. Su propia voz rompió la calma de la noche para preguntar:

—Mattie, ¿le has pedido a la cocinera que haga frijoles mañana?

—Ajá, y me ha dicho que sí: va a hacer un montón para que nos comamos tú y yo una parte con pan de maíz debajo del sauce.

—¿Puede venir también Samuel?

—Es muy buena idea, pero él estará trabajando.

—Puede escaparse: debajo del sauce no nos va a ver nadie y ¿quién se va a chivar? —replicó la niña.

—Mañana va a ser demasiado pronto para algo así. A lo mejor lo podemos planear para otro día.

Satisfecha con aquel «para otro día», Lisbeth tenía, sin embargo, otra pregunta:

—Cuando se me caiga un diente, ¿podré lanzarlo al tejado y pedir un deseo?

—¿Por qué no?

—¿Me dejarán Samuel y Abu usar el suyo? Al mío no creo que llegue...

—Se lo puedo preguntar, pero imagino que les parecerá bien.

—¿Y se cumplirá el deseo si no lo dejas en el de mi casa?

—Yo no sé demasiado de deseos, aunque supongo que da igual. Y ahora, a callar y a dormir.

Mattie se balanceó en la mecedora de al lado de su cama y dejó pasar unos minutos antes de interrumpir de nuevo el silencio:

—Lisbeth, cuando invitemos a Samuel a venir al sauce, ¿crees que podrás enseñarle algo de lo que estás aprendiendo sobre libros y números? ¿Eh?

—Sí —repuso ella con la voz envuelta ya en la bruma del sueño, aviniéndose con inocencia a traicionar a sus padres.

Capítulo nueve

Primavera de 1845

A Mattie le encantaban las tardes de los martes y los jueves. Olvidaba toda preocupación cuando se veía sentada bajo el amplio sauce entre Lisbeth y Samuel, escuchándolos practicar las formas y los sonidos de las letras y las palabras. La inquietud que había sentido el día que se sumó a ellas por primera vez su hijo se fue diluyendo a medida que las semanas se trocaban en meses y tras ello en años sin que nadie pareciera ir a descubrirlos. Aquel lugar, situado entre la casa grande y las cabañas, resultó ser perfecto. Cuando el tiempo lo permitía, Mattie y Lisbeth habían estado yendo allí las más de las tardes desde que la pequeña había empezado a hacer sus pinitos, primero para dormir la siesta y después para estudiar. Ninguno de los blancos sospechaba que Samuel se les unía dos veces por semana. El ramaje ralo del sauce caía tan abajo que nadie podía verlos desde las cabañas ni desde los campos y el amplio tronco de color marrón oscuro los hacía invisibles también desde la casa. Aunque no fue fácil hacer que el niño se ausentara sin que se diese cuenta el capataz, en poco menos de dos años apenas había faltado a sus lecciones.

Rebecca, Lawrence y otros hacían más trabajo del que les correspondía a fin de completar la parte de siembra o de cosecha asignada a Samuel mientras él se hallaba ausente. Poco podían llamar la atención del encargado las idas y venidas de un chiquillo cuando al final del día estaba hecha toda la labor. Él, por su parte, llevaba a las cabañas cuanto había aprendido, y haciendo marcas en la tierra enseñaba a Sarah y a otros niños a desentrañar el misterio de las letras. Todos sabían bien que aquel podía ser un boleto a la libertad. Los predicadores itinerantes les habían hablado del Ferrocarril Clandestino y, aun cuando nadie podía decir quién iba a tener ocasión de montar en sus vagones, todos eran conscientes de que poseer ciertas nociones de lectura podía serles de mucha utilidad en el futuro.

Una vez dominados los textos elementales de Lisbeth, Samuel comenzó a leer la Sagrada Biblia. A Mattie le encantaba ver los labios de su hijo dar forma a la palabra del Señor. Un día cálido de finales de verano, refugiados en el frescor que ofrecía el árbol, apoyó la cabeza en su suave corteza y, cerrando los ojos, escuchó los dulces sonidos de los dos críos de ocho años. Samuel se hallaba sentado a su izquierda; Lisbeth, a su derecha, y el libro descansaba abierto sobre su regazo. Él leía ya con facilidad la mayor parte de sus páginas y no necesitaba la ayuda de Lisbeth sino cuando topaba con una palabra particularmente complicada. De cuando en cuando trataban entre ambos de buscar la pronunciación de alguna palabra que ni siquiera figuraba en el vocabulario de la pequeña. Los dos disfrutaban a más no poder cuando daban con nombres de amigos y familiares, como Rebecca, María o Sara, y

reaccionaban riendo ante nombres extraños como Henoc.

—Heee-noooc —leía Samuel con voz cómica.

Y los tres se desternillaban con gran escándalo.

No hacía mucho que las lecciones incluían también escritura. Hasta Mattie aprendió a poner su nombre, aunque, por más que insistió Lisbeth, se negó a ir más allá.

—No creo que vaya a tener nunca que escribir cómo me llamo —aducía— y mucho menos ninguna otra palabra. Con saber qué forma tiene me contento. Sigue enseñando a Samuel a leer, que sois vosotros los que tenéis que aprender a leer y escribir, y no yo.

Samuel dominaba ya las versales y estaba empezando a abordar las minúsculas. Haciendo pizarra del suelo, copiaba las formas que trazaba Lisbeth, formando con primor líneas y volutas mientras su madre los escuchaba. Los niños se burlaban porque se dormía durante las sesiones, pero ella insistía en que estaba «descansando los ojos» sin más.

—Todas están bien menos la *q*. ¿Ves el rabito que le has puesto hacia atrás? —explicó Lisbeth a Samuel—. Lo que haces es una *g*.

—¿Así? —preguntó el niño tras un nuevo intento.

—No: para el otro lado. —La niña volvió a escribir en el suelo y, tras probar él de nuevo, añadió—: Sigues haciéndola al revés. Esto es una *g*. —Alargó el brazo por encima de Mattie para guiar la mano de él y ayudarlo a formar la letra—. Y esto es una *q*.

—¡No hagas eso! —exclamó Mattie echándose hacia delante como movida por un resorte. Tomó a su hijo del brazo y lo zarandeó hasta ponerlo de pie—. ¡No toques nunca a una niña blanca! ¡Nunca! ¿Me oyes? —Con tanta fuerza gritaba, que hasta escupía saliva—. ¿Qué quieres, que te maten?

Los dos la miraron de hito en hito y ella, temblando por la rabia y la descarga de adrenalina, ordenó con un chillido a Samuel a escasa distancia de su cara:

—¡Vamos! ¡Al campo, ahora mismo! Por hoy ya has aprendido bastante.

Hizo girar al niño por el brazo para orientarlo hacia las cabañas y lo llevó a ponerse en marcha con un violento empujón entre los omóplatos. Él arqueó la espalda y, frotándose el brazo, se alejó del árbol sin decir palabra.

—Llévate el sombrero —le ordenó Mattie.

Samuel siempre volvía al campo con el sombrero puesto, ya que haber olvidado algo con que protegerse la cabeza era la excusa a la que habría de recurrir en caso de que advirtiese su ausencia el capataz. Abrió las ramas del sauce y escrutó los alrededores antes de abandonar aquel fresco refugio.

—Niño idiota... —murmuró para sí—. Idiota, idiota, idiota...

—Lo siento, Mattie —se disculpó la vocecita de Lisbeth—. Solo quería enseñarle: no sabía que fuese tan peligroso.

—Pues el que no lo sepas puede hacer que un día maten a mi niño. No puede

tocar a una blanca. Nunca.

Capítulo diez

Marzo de 1847

Lisbeth estaba leyendo sola a la sombra de su amado sauce. Estaba a punto de cumplir diez años y, por lo tanto, se daba por supuesto que debía cuidarse sola durante el día mientras Mattie atendía a otros quehaceres. Aquella tarde estaba planchando camisas. Samuel, acabadas ya las lecciones de lectura y escritura, tampoco se reunía con ellas bajo el árbol. Aquellas tardes de conspiración formaban parte del pasado, si bien Lisbeth seguía dando libros a Mattie para que se los llevara a escondidas a su hijo.

La sorprendió oír aquellas voces burlonas que interrumpían su paz. No era frecuente que nadie se acercara a aquella fortaleza suya. Al oír que aumentaba el bullicio, se acercó al borde del árbol y abrió las ramas. Su hermano estaba con otros niños de los alrededores en el claro que se extendía tras las cabañas. Lisbeth se horrorizó al darse cuenta de lo que ocurría: Jack se había puesto a fanfarronear ante algunos de sus amigos mayores —Edward Cunningham, Nathaniel Jackson y William Anderson— mediante el expediente de hostigar a uno de los esclavos negros. Habían hecho un corro alrededor de su víctima y la amenazaban con una cuerda que pendía de las manos de Jack. Lisbeth apartó el libro y echó a andar con decisión hacia los mocosos. No soportaba verlos atormentar a los del campo por mera diversión. Al acercarse, se le heló el aliento: el desdichado al que habían elegido era Samuel. Tenía la cabeza gacha y no la vio llegar. La vergüenza y la furia se apoderaron de ella, pero enseguida se afanó en disimular sus sentimientos: sabía que debía manejar bien la situación si no quería empeorar las cosas, ya que Jack no era muy amigo de que su hermana mayor le dijera lo que tenía que hacer.

Al llegar a donde se encontraban los niños no miró a Samuel por no revelar que le importaba. Exhibiendo una indignación tan mojigata como le fue posible y haciendo cuanto estaba en sus manos por disimular su miedo, declaró altanera:

—¡Así no hay quien lea! Sabes que tienes que dejarme estudiar.

—Pues estudia en otro lado —se mofó Jack sin apartar la vista de Samuel.

—No quiero —se plantó Lisbeth—. ¿Te tengo que recordar que aquí es donde aprendo mejor? ¿Qué estáis haciendo?

—Enseñándole a este negrito a tenernos respeto.

—Padre no aprueba que abuses de los esclavos —repuso ella.

—Pero este le da igual —contestó él con sorna—. Lo van a vender: aquí ya tenemos demasiada gente.

Entonces se volvió hacia Lisbeth y clavó en ella la mirada.

Lisbeth, aturdida por la noticia, pero sin querer delatarse ante su hermano, mintió:

—A mí también me da igual, pero quiero seguir estudiando tranquila. Así que os vais a otra parte.

Jack no apartaba la mirada de ella y ella se la sostenía. Sentía que las de los circunstantes iban de un hermano a otro. Tenía las manos húmedas, pero no hizo ademán alguno de secarlas.

Al final, fue Jack el que, resoplando, apartó la vista y dijo a sus amigos:

—Vámonos: el arroyo está lleno de ranas. ¿Qué os apostáis a que atrapo la más grande?

La tensión se rompió en el momento en que los niños, jugando a ser hombres, se alejaron sin mirar siquiera atrás, con la cabeza puesta en el cometido que se acababan de asignar, jugueteando como una camada de cachorros y dándose empujones mientras recorrían el sendero. Lisbeth suspiró aliviada al mismo tiempo que se enjugaba las manos en el vestido. Había conseguido apartar de allí a su hermano y sus amigos.

En ausencia de Jack, se atrevió a mirar a Samuel, quien a su vez tenía los ojos clavados en Jack y la cara encendida por la ira. Sus verdugos jugaban entre ellos sin acordarse siquiera de él. Cuando estuvieron solos por completo, Lisbeth habló en voz baja y avergonzada:

—Lo siento, Samuel. Voy a contarle a Mattie lo que ha dicho Jack. No va a pasar nada.

Él la miró con los ojos inyectados en rabia. Los de ella se llenaron de lágrimas mientras su pecho se tensaba.

—No va a pasar nada —insistió, tratando de convencerse más a sí misma que a Samuel.

El rostro del pequeño adoptó un gesto frío y severo. Sin decir palabra, meneó la cabeza, dio media vuelta y se alejó. Contando sus propios pasos —uno, dos, tres...—, Lisbeth regresó al sauce, se sentó, recogió el libro con mano temblorosa y fingió que leía. Hizo cuanto pudo por sosegar su corazón mediante hondas inspiraciones y, cuando al fin logró calmarse, corrió a buscar a su aya.

Esta estaba en los aposentos que compartían, aguardándola para vestirla para la cena, cuando irrumpió ella sin resuello y le espetó:

—¡Mattie, Jack dice que van a vender a Samuel! A lo mejor estaba de broma, pero ¿y si es verdad?

La nodriza se dejó caer en la mecedora. Ella la observó con atención en espera de una respuesta y acabó por romper el largo silencio diciendo:

—Ya verás como no le pasa nada, Mattie. Seguro que lo venden a alguien amable.

—¡Sss! —la interrumpió la otra con la mirada perdida—. Déjame pensar.



Aquella noche, Lisbeth y su madre se encontraban en la sala de estar con sendos bastidores de bordar. Esta ocupaba un extremo del diván, mientras que aquella se había sentado a su lado en una silla tapizada.

—A ver las puntadas —le pidió la madre.

Ella le mostró su labor y aguardó el veredicto de aquellos ojos expertos.

—Has mejorado mucho, Elizabeth, aunque sigues cuidando poco las transiciones. Aquí, por ejemplo, el paso del cielo a la nube está demasiado apretado. ¿Ves cómo se pliega el tejido? Y aquí está más suelto de la cuenta. Deshaz esta parte: lo demás está aceptable.

En ese momento las interrumpió alguien que llamaba tímidamente a la puerta.

—Adelante —dijo la madre—. ¡Ah! Eres tú, Mattie. —Sonrió—. Hora de irse a la cama, Elizabeth.

Lisbeth acabó de cortar una puntada y dejó la funda de almohada sin acabar en la cesta que había al lado de su silla.

—Buenas noches, madre —dijo mientras se ponía en pie.

—Un beso, cariño —le recordó ella.

Lisbeth se volvió y posó los labios en la mejilla suave y pálida de su madre antes de unirse a Mattie.

Aún no habían salido las dos cuando el aya habló con voz temblorosa de emoción:

—Señora Ann, quisiera... Quisiera pedirle algo, señora. Necesito con desesperación que me haga un favor. He cuidado de su hija todos estos años, y ahora... mmm... necesito que me ayude.

—Por Dios bendito, Mattie —dijo la señora—. Di de qué se trata.

—Van a vender a mi hijo Samuel, señora. Por favor —suplicó—, por favor, mire por que sea a la plantación de Berkeley, en la que vive su padre. Allí necesitan hombres; por favor, señora.

Lisbeth, incómoda ante la angustia de su nodriza, apartó la mirada. De pie ante la puerta, sentía ganas de ausentarse y, sin embargo, quería oír la respuesta de su madre. Fingió no estar escuchando mientras seguía con la mirada el trazado de flores doradas de la alfombra.

—Mattie, como sabes, yo no tengo peso alguno en los asuntos de los peones. Es el señor Wainwright quien se ocupa de ellos.

—Sí, señora.

—Aun así, le transmitiré lo que pides. Es un hombre sensato. Si consigue una cantidad razonable... —En este punto se apresuró a dejar claro—: De todos modos no te puedo prometer nada. ¿Lo entiendes?

—Sí, señora. Gracias, señora.

Y asintiendo con la cabeza, salió de la sala.



Una semana más tarde, la madre de Lisbeth dio a Mattie la respuesta en el momento en que llegó a la sala de estar para recoger a la niña:

—Lo siento, Mattie, pero el señor Wainwright no ha podido satisfacer tu solicitud: Samuel va a ir a la hacienda de los Anderson. Está solo a cinco kilómetros, de modo que va a poder visitarte los domingos. Eso, al menos, es un consuelo, ¿verdad?

Lisbeth observó el gesto insensible de su nodriza mientras salían de la estancia sumidas en el silencio más absoluto. Irradiaba una emoción para la que ella no hallaba nombre. Sus pasos parecían pesar mientras subían la escalera y recorrían el largo pasillo.

—Lo siento, Mattie —exclamó la niña una vez que cerraron sus aposentos—. Al menos, no se va muy lejos: vas a poder verlo una vez a la semana, como ahora.

—Ahora lo veo todos los días, dos veces al menos, por esa ventana. No es gran cosa, pero hasta el momento me ha bastado. Nada de lo que puedas decir va a lograr consolarme, Lisbeth, conque ni lo intentes.



Mattie y Emmanuel estaban solos en la cabaña de Abu y Samuel, disfrutando de su visita mensual. A oscuras, planeaban entre susurros lo que hacer en respuesta a la noticia del traslado de Samuel a la hacienda de los Anderson.

Los acontecimientos habían resuelto a Mattie a intentar escapar.

—Es demasiado pronto —insistió Emmanuel—, todavía puede llover.

—¿Me estás diciendo que quieres que Samuel acabe allí, completamente solo?

—Es un niño fuerte. Es inteligente. Estará bien por el momento.

—Pero ¿y si lo...?

—Conozco a más de uno de los de allí. Voy a decirles que no lo pierdan de vista. Seis semanas después de que asome la primavera: ese es el mejor momento. Sabes que lo he rumiado muchísimo. Hay que organizarlo todo a la perfección y no correr si queremos tener alguna posibilidad.

Mattie asintió en silencio.

—Tenemos que mover los hilos adecuados —prosiguió Emmanuel.

—Pero ¿cómo sabemos que vamos a poder confiar en ellos?

Él se encogió de hombros.

—No tenemos más remedio que fiarnos de desconocidos. Dicen que es su deber de cristianos.

Mattie no dijo nada más. Apoyó la cabeza sobre el pecho cálido de Emmanuel y dejó que las lágrimas cayeran sobre su piel. Las palmaditas de consuelo de él dieron paso a una cópula lenta y dulce.

Capítulo once

Mattie no lloró mientras dio a Samuel sus últimas instrucciones. Estaban pasando en la cabaña su última noche en Fair Oaks. La señora Gray le había concedido treinta minutos para despedirse durante el almuerzo familiar. Por más que él, de pie ante su madre, se afanara en parecer animoso, ella sabía que estaba asustado, casi tan aterrado como ella.

—Te van a poner con todos los hombres: los viejos y los jóvenes. Si alguno de ellos se muestra amable contigo y te ofrece su comida, aléjate de él. Busca a uno que sea anciano, tanto como Abu, y no te separes mucho de él. Si no encuentras a ninguno, arréglatelas solo. Siempre que puedas, duerme con la espalda pegada a la pared.

Samuel parecía confundido, aunque no dudó en asentir.

—No hagas nada hasta que tengas noticias nuestras. Tu padre dice que puede ser que tardemos seis semanas más o menos, pero no te preocupes si ves que pasa más tiempo: no nos vamos a olvidar de ti, te lo prometo. Tenemos que esperar a ver llegar la primavera.

Mattie sacó un trozo de papel con un dibujo.

—Aquí tienes el mapa que ha hecho. Estúdiatelo bien, pero tenlo siempre escondido en el zapato. Haz que parezca que es parte de él. Nos encontraremos en este árbol cuando llegue el momento, aunque todavía falta un tiempo. Te veré el domingo que viene: te van a dejar que nos visites. Toma la carretera principal, deja el río a tu izquierda y encontrarás el camino de vuelta. Vas a tener que pasarte media mañana caminando, así que lo mejor es que empieces temprano: en cuanto amanezca.

Lo ayudó a empaquetar sus pertenencias. Aunque se estaba haciendo ya demasiado grande para abrazos, cuando a Mattie le llegó el momento de regresar a la casa grande, él se dejó envolver por el cuerpo de su madre, que lo estrujó contra sí para saborear su tacto y su olor.

—Te veré el domingo. Eres fuerte y avisado: vas a estar bien.

—Adiós, mamá.

—Adiós, Samuel. Mamá te quiere; no lo olvides nunca.

Mattie regresó al cuarto que ocupaba en la casa grande, se sentó en el lecho y dejó correr las lágrimas. El líquido salado que mojaba sus mejillas empapó la falda de color apagado de Mattie, cuyos hombros se estremecían al ritmo de su aliento. Se derrumbó sobre la cama y hundió el rostro entre las colchas a fin de amortiguar su llanto.

Cuando pudo hablar, se hincó de hinojos para rezar:

—Por favor, Señor, por favor: vela por mi hijo esta noche y las demás. Cuida de él por mí. Haz que lo traten bien y que no pase hambre ni frío. Que nada malo le ocurra. Por favor, Señor, que esté a salvo.

Sin levantarse del suelo repitió una y otra vez la plegaria. Tan concentrada estaba

en sus ruegos, que olvidó recoger de la sala de estar a Lisbeth, a quien acabaron por enviar a su habitación sin compañía. Mattie ni siquiera percibió su presencia cuando la niña entró en la trasalcoba ni cuando se arrodilló a su lado para unir a los suyos sus propios rezos.

Se levantó antes que el sol después de una noche de dar vueltas y más vueltas, sumida en sueños que iban y venían, y se dirigió en silencio a la ventana adyacente al lecho de la niña. Petrificada, clavó la vista en la oscuridad de la mañana a la espera de ver por última vez a su hijo. Aún no se había desprendido del todo el sol del horizonte cuando apareció una carreta. Samuel salió de la cabaña seguido de Abu y subió a bordo. Aunque no podía verla, alzó los ojos hacia su madre, sabedor de que se encontraba allí.

Mattie ahogó su llanto con una mano mientras se despedía de él con la otra a través del cristal húmedo y frío. Entonces, dejando caer los brazos a ambos lados, quedó rígida como un tronco en tanto el vehículo que se llevaba a su hijo menguaba con la distancia hasta hacerse imperceptible.

Seguía allí de pie, helada y con la mirada puesta en una carretera vacía, cuando fueron a tomar su mano unos deditos pegajosos. La vocecita infantil de Lisbeth rompió entonces el silencio de aquella mañana terrible:

—Tranquila, Maite; yo voy a estar a tu lado. Aún me tienes a mí.



Dado que no disponía de ningún otro medio con que ayudar a su hijo, Mattie rezó por él mientras cumplía con sus quehaceres. Aunque a veces lo hacía en voz alta, la mayor parte de sus ruegos la formulaba en lo más recóndito de su corazón. Distraída y trastornada, apenas lograba tener atendidas las necesidades físicas de Lisbeth ni prestar atención a la niña en cualquier otro aspecto. Esta, en un intento inútil de animar a su aya, tomó el hábito de esconder para ella en el bolsillo alguna que otra porción del postre del día, pero Mattie la dejaba siempre intacta.

Nada hizo la visita dominical de Samuel por aliviar su angustia; en menos de una semana, el chiquillo había perdido peso y llevaba el miedo escrito en la mirada. Aunque no contó gran cosa de su vida en la hacienda de los Anderson, ella sabía que no podía ser buena.

—No quiero volver —imploró a Mattie al caer el sol—. No me dejes que vuelva: ¡escóndeme aquí!

—Samuel, así solo íbamos a conseguir empeorar la situación. Aguanta unas semanas más —dijo ella, tratando de transmitirle seguridad—. Luego, estaremos todos juntos.



Una tarde soleada de marzo, diez días después de haber marchado Samuel, Mattie aguardaba en el cuarto de Lisbeth con el almuerzo de ambas cuando entró la niña de un salto. Le brillaban los ojos de entusiasmo en el momento de proclamar con orgullo:

—¡Mattie, ven a ver esto! He encontrado la primera flor de azafrán amarillo. Ya es primavera. He pedido a la cocinera que nos haga frijoles de careta y pan de maíz para que podamos comer fuera. Lo tendrá listo enseguida.

—Lisbeth —le espetó el aya—, ya sé que quieres hacer que me sienta mejor, pero créeme si te digo que no hay flor capaz de conseguirlo. —Fue elevando la voz—. Ni tampoco las sobras de ningún postre. Estoy asustada por mi pequeño, hija mía, y lo único que puede hacer que me sienta mejor es tenerlo otra vez delante.

Al verla entristecerse, Mattie suavizó el tono para decirle:

—Anda, ve a comer al campo sin mí.

Lisbeth la miró con gesto confuso.

—Pero, Mattie... —comenzó a decir, aunque a continuación se detuvo y salió corriendo del cuarto.

La nodriza pensó ir tras ella, pero fue incapaz de ponerse en movimiento.

No le sorprendió del todo que Emily fuese a buscarla aquella misma tarde para anunciarle que requerían su presencia en la sala de estar. Alguien debía de haber notado el desconsuelo de la niña, porque sabía que a Lisbeth no se le iba a pasar por la cabeza emitir queja alguna sobre ella. Llamó con calma a la puerta. La expresión de sosiego que se obligó a adoptar ocultaba la actividad de su corazón. Aunque nunca se encontraba a gusto en presencia de la señora Ann, aquellas reuniones solían ser breves y concisas.

Cuando entró a la estancia y topó con que la esperaban para hablar con ella tanto esta como el señor Wainwright, temió lo peor. Se colocó ante ellos con los ojos humillados mientras enjugaba en su vestido las palmas sudadas de sus manos.

—Mattie, tenemos noticias de los Anderson —anunció la señora—. Parece ser que Samuel ha desaparecido, y preguntan si sabemos algo al respecto.

El corazón le dio un respingo. Tuvo la sensación de que la sangre se le iba de la cabeza y le impedía concentrarse en las palabras que le estaban dirigiendo. Una oleada de sudor caliente y nauseabunda le recorrió el cuerpo. ¡Si era muy pronto...! ¡Aún quedaban semanas para la huida!

—Mi niño. —Las palabras habían escapado de sus labios.

Sintió que perdía el equilibrio y se afanó en mantenerlo mientras buscaba un sentido a cuanto le estaba diciendo la señora Ann.

El señor Wainwright intervino con voz poderosa:

—Mattie, responde a la pregunta. ¿Sabes dónde está Samuel? ¿Se ha escondido en alguna parte? Es demasiado pequeño para llegar muy lejos por sí solo y, sin embargo, parece ser que lleva ya varios días huido.

—Yo no sé nada de mi hijo. Pregunte a Dios todopoderoso si quiere saber dónde

está.

—Vamos, Mattie, no te pongas así —repuso la señora Ann—. Estoy segura de que los Anderson han hecho que se sienta bien acogido: son buena gente. Lo que pasa es que él no ha sabido dar tiempo a la situación: no se adapta uno enseguida a un hogar nuevo.

Mattie no respondió.

—Van a querer hablar personalmente contigo; así que por la mañana te llevaré a su hacienda. Buenas noches —declaró el señor Wainwright.



A primera hora de la mañana siguiente, Lisbeth, de pie en el umbral que unía su cuarto y el de Mattie, observó a esta ponerse un vestido limpio sobre la combinación blanca impoluta. La niñera abotonó con cuidado y prontitud la parte superior.

—Mattie, ¿cuánto tiempo vas a estar fuera? —preguntó la pequeña mientras la observaba ajustarse el lazo del cuello.

—Ni idea.

—Pero ¿vas a volver para comer conmigo? —le imploró.

—Ni idea.

—Mattie, tengo miedo por ti.

—Nada de lo que puedan hacerme puede ser peor que el que mi hijo esté desaparecido —repuso ella, aunque en ese momento poblaban su cabeza visiones horribles de látigos, vejaciones y dolor.

El aya se peinó en silencio mientras Lisbeth la miraba.

—Este se te ha quedado atrás —señaló Lisbeth mientras Mattie se recogía el cabello en un moño.

La niña alargó la mano para tomar el mechón fugitivo y ponérselo en la mano.

—Gracias, cielo.

Al ir a tomarlo, estrujó fugazmente la mano de la niña. A continuación se volvió hacia ella y, tomándola de la barbilla, le echó hacia atrás la cabeza para que la mirase a los ojos. Observándola sin palabras, agitó la suya propia con brevedad, suspiró y dio a Lisbeth un fuerte abrazo. La pequeña se aferró al cuerpo cálido de su nodriza hasta que esta la apartó. Con los brazos aún trabados con los de ella, Mattie anunció:

—No me va a pasar nada.

Acto seguido, frotó con el pulgar la suave mejilla de Lisbeth, la besó en la coronilla y dio un paso atrás.

—Vamos —le dijo.



Poco después de ver las faldas de Mattie desaparecer por la puerta trasera, Lisbeth atravesó el cuarto para abrirla y asomarse al pasillo en penumbra que daba a la escalera de servicio. Aunque ya no se veía la nodriza, alcanzó a oír sus pasos y el eco que provocaban. A fin de calmar sus nervios, se puso a contar —uno, dos, tres...— hasta que llegó a trece y dejó de oírla alejarse de ella.

Se dirigió a la ventana para ver qué ocurría a continuación. Había dos caballos atados a una carreta que esperaba para partir. En ese momento apareció su padre y subió al pescante. Allí sentado parecía más alto y formidable. El que se encargara él mismo de aquel asunto quería decir que se trataba de algo muy importante. Mattie se asió al pasamanos trasero. Parecía incómoda e iba aferrada con fuerza.

El vehículo comenzó a moverse tras una sacudida. La cría se despidió de ella con la mano, aunque sabía que no podía verla. Tenía el corazón en un puño. Quería echar a correr tras ellos, abrazar otra vez a Mattie y pedir a su padre que se asegurase de que no le iba a ocurrir nada, pero no lo hizo: se limitó a observarlos mientras se alejaban.

Fue a tomar la lección a la sala de estar, aunque no le resultó nada fácil prestar atención a los pasajes de la Biblia y las tablas aritméticas. Si después de las clases acostumbraba a almorzar con Mattie, aquel día comió con su madre y con Jack. Esta se condujo como si compartiese normalmente la mesa con sus hijos a esa hora, pero Lisbeth no se sumó a semejante fingimiento: respondió con frases breves a sus preguntas y estuvo mirando una y otra vez por la ventana en busca de Mattie. Jack, por su parte, disfrutó feliz de cada detalle de aquel día, ajeno a la tensión de la sala.

Estaba haciendo lo posible por tragar la insulsa sopa de cebada que tenía delante cuando oyó ruido de ruedas sobre grava, pero desde la ventana no alcanzaba a ver bien la carretera. Su madre también percibió el sonido, aunque no dijo nada al respecto. La niña supo por el griterío del vestíbulo que quien había llegado era su padre, si bien los pasos que se alejaban hacia el estudio acabaron con toda esperanza de recibir noticias de su boca. Acabó de comer con tanta rapidez como le fue posible y se dirigió a sus aposentos para ver a Mattie.

No la halló ni en la habitación grande ni en la trasalcoba. Quería verla y, sin embargo, no salió a buscarla, suponiendo que estaría en la cocina o en la lavandería y que volvería cuando fuese el momento de prepararla para la cena. Entre tanto, tenía que acudir a casa de los Cunningham con su madre para tomar lecciones.



Cuando partió en dirección a la hacienda de los Anderson, Mattie no reveló el terror que la atenazaba. El señor Wainwright solo le dijo una cosa:

—Diles todo lo que sabes. Va a ser mucho mejor para ti... y para el niño.

En cuanto llegaron a la colosal plantación se la llevó el capataz, un hombre

blanco de cabello oscuro. El señor Wainwright no la acompañó. Ella siguió al primero a una cabaña separada del resto. Él señaló un banco que había en el exterior de la construcción y le espetó:

—De ti ya me ocuparé más tarde.

Mattie pasó horas allí sentada, sin comida ni agua, mientras el sol se iba elevando en el cielo. Sintió que le corría por la espalda el sudor provocado por el miedo y el calor. Movía los labios mientras engarzaba en silencio una oración con otra: «Dios mío, soy yo: Mattie. Por favor, cuida de mi hijo y de que esté bien; y Señor: si no es mucho pedir, dame fuerzas para superar este día».

A mediodía, Mattie vio partir el carruaje del señor Wainwright. Entonces la invadió una oleada cálida de terror que la dejó sin aliento. Se aferró al banco en que se hallaba sentada: la habían dejado atrás.



La señorita Taylor, maestra de modales, llevaba educando a las hijas de los propietarios de plantaciones del río James desde tiempos inmemoriales: había sido tutora de la mayoría de las damas de menos de cuarenta años del valle. Sus discípulas aprendían con ella de manera impecable cuanto cabía conocer de etiqueta, comportamiento a la mesa, elocución y danza. Transformaba a jovencitas a partir de los nueve años en damas merecedoras de los matrimonios más provechosos.

Las lecciones que recibía Lisbeth dos veces por semana se celebraban por turnos en las residencias de las distintas alumnas. Esto permitía a las madres observarlas, conocer la casa de las demás señoras y ejercer de anfitrionas ante ellas mientras aguardaban a sus hijas. Asimismo, les ofrecía la ocasión de brindar su asesoramiento a la relación que habían de mantener entre ellas.

Aquel mes había tocado dar las clases en White Pines, la mayor hacienda de Tidewater al este de Richmond. Como los Wainwright, los Cunningham gozaban de la distinción de ser una de las familias más antiguas de la región. Además, todos la tenían por la más rica. Su hija, Emma, que contaba diez años como Lisbeth, se estaba preparando para celebrar su puesta de largo el mismo año que ella. Sin embargo, para las familias que presentaban en sociedad a alguna de sus hijas resultaba más interesante Edward, el hermano de Emma, de catorce años, quien en calidad de primogénito estaba destinado a heredar todas las tierras de la familia.

La señorita Taylor comenzaba las lecciones con un curso sobre los modales que cumplía observar a la mesa y el uso adecuado de los cubiertos. Las niñas tenían que conocer los diversos platos de una comida y por eso la profesora dedicaba una lección a cada uno de aquellos. Todas ellas coincidían en que su favorita era la de los postres. La de la sopa era la que menos les gustaba, siendo así que eran muchas las ocasiones de recibir un rapapolvo.

A esto seguían enseñanzas relativas al comportamiento:

—Una señorita podrá conversar con un joven sobre el tiempo, sobre comida, sobre vestidos y sobre sus parientes, en tanto que evitará referirse a la política, las finanzas o la religión. Aunque es posible que el caballero haga recaer la conversación sobre alguno de estos temas, y una dama debe seguir siempre la senda que marque el caballero, si esta es habilidosa sabrá hacerla volver a uno de los asuntos apropiados a su condición.

Las pequeñas fingían estar interesadas en lo que les decía la señorita Taylor:

—Cuando hablen con una dama mayor que ustedes, deberán dejar que sea ella quien lleve las riendas. No obstante, habrá ocasiones en las que se les requiera que inicien la conversación. En ese caso, tengan presente que la moda, el tiempo y el estado de salud de los parientes se cuentan siempre entre los temas más apropiados para una dama. No permitan que ningún caballero las oiga hablar de amor, literatura ni política.

Con tantas normas relativas a lo que podía y no podía decirse, era normal que Lisbeth acabara por perderse en sus propios pensamientos. Así, cuando la señorita Taylor pasó a dar instrucciones sobre cómo conducirse a la hora de dialogar con hombres mayores, se puso a recordar a Mattie. Llegado el momento de practicar lo que habían aprendido sobre el arte de conversar, hizo pareja con Camilla Anderson, que comentó en voz lo bastante alta para que la oyesen todos:

—Elizabeth, lo has debido de entender mal: ¡una dama no habla de sus parientes con un caballero de edad!

Ella se sintió aliviada cuando pasaron al baile y cambió de compañera.

—Niñas, pónganse en frente de su pareja —ordenó la señorita Taylor—. Hoy vamos a aprender la danza escocesa de Virginia. Como siempre, habrán de comenzar saludando a la otra persona.

A su señal, las que hacían de dama hicieron una reverencia en tanto que los «caballeros» se inclinaban ante ellas.

—Señorita Ford, su gesto ha sido perfecto. Las demás deberían fijarse en ella —dijo la profesora—. Ahora, repitan conmigo: dos pasos adelante, dos pasos atrás.

Las alumnas obedecieron:

—Dos pasos adelante, dos pasos atrás.

—Muy bien. Comiencen cuando vuelva al uno. Uno, dos, tres, cuatro; uno...

La institutriz fue marcando los distintos pasos. En realidad, tenía un estilo horrible y carecía de todo sentido del ritmo, pero eso era lo de menos para los progenitores de sus educandas, pues lo cierto es que cumplía bien su cometido y preparaba a sus hijas con primor para la puesta de largo.

Las pequeñas empezarían a ir a los bailes tras su duodécimo cumpleaños, pues aunque la edad en la que se presentaba en sociedad a una señorita solía ser entre los dieciocho y los diecinueve años —momento en que comenzarían en serio a cortejarlas—, el período que mediaba entre una y otra edad y los bailes celebrados en

su transcurso permitían a las familias de los mozos casaderos observar a las niñas a placer y decidir a cuál de ellas convenía invitar a formar parte de su parentela. Claro está que en una comunidad tan reducida hacía años que se conjeturaba en torno a los emparejamientos que cabía efectuar entre las casas de Tidewater y cuáles de ellas estaban en posición de aspirar a más.

Lisbeth no pudo menos de agradecer la presencia en estas lecciones de su querida amiga Mary Ford, siempre diligente pese a su corta edad. Prestaba atención a todo y, en consecuencia, aquella podía limitarse a seguir su ejemplo durante las clases. Aunque nunca se le habría ocurrido perturbar el curso de estas, la niña no dudaba en unirse más tarde a Lisbeth para quejarse de la arrogancia de Camilla Anderson o reírse del desgarbo de Edith Framington.

—Mary, hoy se han llevado a Mattie —la informó Lisbeth con un susurro.

—¿Quién? ¿Adónde? —quiso saber la otra.

—Mi padre, a lo de los Anderson. Les vendimos a Samuel, el hijo de Mattie, y se ha escapado. Quieren que ella les cuente adónde ha ido.

—Eso explica la actitud que ha tenido hoy Camilla contigo.

—A esa no le hace falta ninguna excusa para ser así de desagradable. Quisiera saber qué va a ser de Mattie, pero no me atrevo a preguntar. Mi madre ha comido hoy con nosotros, pero no nos ha dicho nada.

—¿Cuánto tiempo va a estar allí?

—No lo sé —se quejó Lisbeth—. No me han dicho nada. Espero que esté ya en casa cuando la necesite esta noche.

Sin embargo, cuando llegó la hora de vestirse para cenar, en su lugar la estaba esperando la huraña Emily. Con su proverbial eficacia, la señora Gray se había encargado de que la casa siguiera funcionando como un reloj, si bien nadie parecía dispuesto a ofrecer respuesta alguna a las preguntas tácitas de una niña.

Tampoco recibió contestación alguna durante la cena ni, acabada esta, en la sala de estar. Aquella noche, mientras miraba por la ventana, la oración que dirigió a Dios fue más ferviente que nunca:

—Señor, por favor, cuida de Mattie esta noche y tráela pronto a casa. Y bendice a madre, a padre, a Jack y a la abuela. Amén.



El sol descendía hacia el horizonte y las sombras alargadas marcaban la tierra como manchas. No bien comenzó Mattie a sentir cierto alivio tras el azote de sus rayos llegó el capataz para ocuparse de ella.

—Adentro —le dijo sin más mientras señalaba la puerta de la cabaña que había al lado del banco.

Mattie hurgó el cerrojo metálico a fin de abrirla y el joven supervisor, en lugar de

seguirla, volvió a cerrarla para dejarla sola en la oscuridad del interior. Aquella oyó el eco marcado del metal dando en la madera al cerrarse la puerta tras ella. Aquel espacio le resultaba conocido, aunque, en cierto modo, fuera de lugar. Su construcción era similar a la de las chozas de Fair Oaks, con paredes de troncos sin refinar ensamblados mediante muescas y un suelo de tierra polvorienta. La vivienda, de planta cuadrada y poco más de dos metros y medio de lado, estaba totalmente vacía y no tenía ventanas. Por las rendijas que quedaban entre los maderos brillaba la luz e iluminaba las partículas que flotaban como estrellas en el espacio vacío. En el centro del suelo apisonado había un caminito circular desgastado, impreso seguramente por el deambular de antiguos ocupantes.

Cuando sus ojos se adaptaron a la negrura, percibió en las paredes motivos tallados o dibujos de color marrón oscuro: figuras hechas con palotes, estrellas, animales y representaciones abstractas. Sus ojos culebrecaron sobre un asunto en particular fascinante formado por cinco círculos dispuestos en torno a otro central, semejante a una flor. Se repetía por todo el habitáculo, serpeando hacia arriba y hacia abajo por las piezas de madera de la pared. El artista debía de haber necesitado varios días para completarlo. Su belleza la llevó a acercarse para examinar la imagen. Entonces, lenta y penosamente, fue cayendo en la cuenta de un hecho pavoroso: estaba dibujado con sangre. En aquel momento poblaron su cabeza imágenes de carnes abiertas y extremidades amputadas.

Mattie se dejó caer al suelo, encogió el cuerpo, apretó los ojos contra las rodillas y se esforzó por respirar. Se acunó hacia atrás y hacia delante mientras murmuraba una plegaria callada para pedir fuerza y fe.

Horas más tarde, a mitad de la noche, vio interrumpidos sus sueños por la patada de una bota raída.

—Arriba.

La luz de la luna entraba por la puerta abierta y reducía al hombre a una simple silueta que se alzaba amenazante sobre ella mientras su víctima se afanaba en despabilarse. Aún no había logrado levantarse cuando la asió él del brazo y la puso en pie sin miramientos.

—Desabróchate el vestido.

El olor acre del miedo le llenó la boca, de sus poros brotó un sudor frío y su corazón se puso a latir con tal fuerza que le fue posible oír los impulsos de su propia sangre. Quería mover los brazos para obedecer a aquel hombre que tenía clavada la vista en ella, pero se le habían helado a ambos costados.

—¡Ya! —le espetó iracundo.

Grande e imponente, el capataz la penetró con la mirada. Ella se llevó al cuello las manos temblorosas para desabotonarse con torpeza. Él enfocó más la vista al ver expuesta una porción mayor de su piel oscura y brillante a la luz de la luna. Lo oyó respirar profundamente y vio que se le abultaban los calzones.

—¡Para! —gritó de súbito al verla llegar al botón del ombligo—. Vuélvete.

Ella giró con lentitud. No bien quedó mirando a la pared, el hombre agarró el cuello del vestido y le desnudó los hombros de un golpe. Sin más preámbulo, le descargó tres latigazos que hendieron la piel de sus omóplatos. Ella chilló. Le ardía la espalda y sentía un dolor más intenso que el que hubiera conocido jamás.

Tensando las espaldas, se preparó para recibir más azotes. Helada por el miedo en aquella sala oscura, aguardó a ver qué venía a continuación. El batir frenético de su propio corazón le inundaba hasta tal punto los oídos que no dejaba penetrar ningún otro sonido. El sudor le corría por la espalda y hacía que escociesen los cortes recién abiertos. Hizo una inspiración temblorosa.

Pendiente del sonido de su propia respiración, deseó que sus latidos se calmaran para poder oír más allá. Se atrevió a girar ligeramente la cabeza. Nada. Amplió el movimiento. Nada. Se dio la vuelta por completo y vio que la sala estaba vacía: la habían dejado sola. Sintió que le recorría el cuerpo una oleada de alivio. Cerró los ojos y se recostó contra la pared a fin de recobrar el equilibrio. Un intenso dolor la obligó a apartarse de golpe. Entonces, girando una vez más para quedar de cara a los maderos, apoyó la frente en ellos y se echó a llorar.

Se acurrucó en un rincón de la choza y se inclinó hacia delante para sostenerse entre las dos paredes. Las ideas se agolpaban frenéticas en su cabeza. No le había hecho una sola pregunta. Llevándose una mano al hombro, tocó con un dedo la humedad cálida de su espalda, de donde recogió un charquito de sangre. Examinó las gotas de color carmesí que brillaban en su piel. A continuación se limpió en la pared. Aunque la oscuridad apenas le dejaba ver la marca, sabía que había sumado una mancha a las demás. Volvió a tomar más sangre con el dedo para añadir un trazo tras otro. Sin pausa, a fin de completar su empresa antes de que dejara de sangrar, añadió su nombre a aquel muro de dolor: MATTIE. Por último, lo ocultó tras más manchas de sangre.

Al cabo, había dado con un uso para las letras aprendidas.



A la mañana siguiente, durante el desayuno, preguntó Lisbeth:

—Madre, ¿cuándo va a volver Mattie?

Y ella le contestó:

—No tienes que preocuparte: de eso ya nos estamos encargando nosotros.

—Pero ¿está bien?

—¡Elizabeth! —la reprendió su madre—. ¿No te he dicho que no tienes que preocuparte?

—¿Por qué la ha llevado papá a casa de los Anderson?

—Tiene que contestar unas preguntas.

—¿Le están haciendo daño?

—Confío en que tu padre les haya prohibido cualquier lesión permanente.

La niña miró a su madre con pavor.

—¿Qué quiere decir con *permanente*?

—¡Se acabaron las preguntas, Elizabeth! —le ordenó la señora Ann—. Sé que le tienes aprecio, pero eso no significa que puedas protegerla cuando hace lo que no debe. Nos hemos visto empujados a una situación en la que ninguno de nosotros desea participar. Si hubiese atado corto a su hijo, ahora no estaríamos teniendo esta conversación.

—Pero ¿cómo puede...?

—¡Ya basta, Elizabeth!

Confusa y herida, la niña se sentó a la mesa conteniendo las lágrimas. No volvió a preguntar por Mattie, aunque sí prestó atención a cualquier noticia que pudiera oír sobre su suerte. Al ir a cenar aquella noche, oyó que su padre decía a su madre:

—Anderson no está muy dispuesto a devolverla hasta que le diga algo.

Lisbeth pensó que debían de estar hablando de su aya. Aunque no entendía por qué iba a tener que decidir nada sobre ella el señor Anderson, lo cierto es que el cabeza de familia no dijo nada más aquella noche.

Los nervios le revolvían el estómago. Resultó difícil comer y más aún dormir. Por la noche, dio vueltas en el lecho preguntándose si volvería algún día y si había algo que pudiese hacer o decir para ayudar. Oró por Mattie con la esperanza de que aquello fuera al menos de alguna ayuda.

Dos días después, por la tarde, oyó llegar una carreta a la puerta de atrás mientras se hallaba en la sala de estar con su madre. «Por favor, que sea ella», rezó. En lugar de levantarse de un salto para ir a mirar por la ventana, permaneció sentada con ella y prosiguió su labor de bordado.

—Elizabeth —le explicó Ann—, hoy vienen a cenar los Cunningham. Te vas a sentar al lado de Edward. ¿Serás capaz de entablar con él una conversación interesante, por favor?

—Claro —respondió.

—Hace poco visitaron Williamsburg. Podrías preguntarle sobre el viaje.

—Lo haré —asintió.

—No estaría de más que empezases a causar una impresión favorable a su familia. Procura saludar a sus padres con efusión. Después de la cena, podrías preguntar a la señora Cunningham por la salud de su madre, que ha estado enferma. Así verán que eres una persona atenta.

Lisbeth se mostró de acuerdo y miró con calma al exterior, por más que por dentro ardiese en deseos de echarse a correr escaleras arriba.

—Luego —siguió diciendo su madre— puedes enseñar a Emma uno de los juegos que haces con palmadas. Y este bordado seguro que llama la atención. ¿No es verdad?

—Sí.

Saltaba a la vista que la señora Ann deseaba impresionar a aquella familia tan respetada. A Lisbeth, en cambio, solo le preocupaba averiguar si había vuelto Mattie a casa. Por lo tanto, se sintió aliviada cuando aquella le pidió que subiera a vestirse. Fingiendo calma, salvó las amplias escaleras principales y recorrió el pasillo que llevaba a su dormitorio.

Al ver a su nodriza de pie ante la ventana la inundó una oleada de alivio. Mattie había vuelto y tenía buen aspecto. Quizá estuviera un tanto cansada, aunque no parecía nada grave. Su madre tenía razón.

—¡Mattie, te he echado de menos! —exclamó la niña—. Estaba muy preocupada, pero nadie me decía cómo estabas. ¿Ha vuelto ya Samuel?

Lisbeth se lanzó a abrazarla con entusiasmo sin aguardar respuesta. La mujer se estremeció, y la pequeña se apartó y le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Te han hecho daño?

—Me han dado unos azotes y escuece —respondió el aya moviéndose con mucho cuidado.

La niña ahogó un chillido.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo se han atrevido...?

Su madre gustaba preciarse de que en Fair Oaks no se flagelaba a los esclavos y aseguraba que el látigo no se requería sino en las casas crueles o sin disciplina. Le había dicho que a Mattie no iban a lastimarla.

—Tenemos que contar a mi padre y a mi madre lo que te han hecho.

—Cielo, dudo mucho que hayan hecho esto sin pedir permiso a tu papá. Tengo que prepararte para cenar si no quiero tener más problemas —le advirtió Mattie con aire inquieto y cansado.

—De acuerdo, Mattie.

Lisbeth sabía que, pese a su indignación, el mejor modo que tenía de ayudar consistía en limitarse a hacer lo que le pedía su nodriza.



La mesa estaba cubierta por un surtido espléndido: chuletas de ternera con salsa de tomate y setas, pastel de carne asada, sopa de ostras, chirivía, brotes tiernos, vino y budín de postre. En torno a ella se hallaban los cinco Wainwright, de punta en blanco, y sus cuatro invitados: los señores Cunningham y sus hijos, Edward y Emma.

Aquel estaba sentado a la izquierda de Lisbeth, y su hermana, frente a ella, al lado de Jack. Lisbeth pretendía interesar a Edward con su conversación, tal como le había pedido su madre, pero no pudo menos de distraerse con el asunto que trataban los adultos.

—¿Conseguisteis que volviese el negrito? —preguntó el señor Cunningham.

—No. Resulta que el garañón también ha huido de Berkeley. A estas alturas

deben de haber puesto no poca tierra de por medio. Tenían un salvoconducto — repuso el cabeza de familia.

—¿Y de dónde lo han sacado? —exclamó la señora Cunningham.

—No lo sabemos —repuso Wainwright—. No hemos sacado nada en claro de Mattie. ¡Da la impresión de que haya por ahí un idiota enseñando a leer a los negros!

El miedo se apoderó de Lisbeth. El corazón le latía con fuerza. Hizo ademán de alcanzar el vaso de agua, pero le temblaban demasiado los dedos. Corrió, pues, a esconder la mano en su falda mientras miraba a su alrededor a fin de descubrir si no habrían reparado en su nerviosismo. Sin embargo, nadie le prestaba la menor atención. No quería imaginar siquiera la ira de su padre en caso de saberla responsable de la fuga de Emmanuel y de Samuel.

—¡Qué vergüenza! —terció su madre—. ¿Para esto nos aseguramos de que acabara con una buena familia? El señor Anderson no va a volver a comprarnos un solo negrito.

La abuela Wainwright ofreció su opinión:

—Sabéis que sois demasiado indulgentes con ellos: antes de que os deis cuenta los habréis perdido a todos.

—¿A quién han mandado a buscarlos? —quiso saber Cunningham.

—A Ron Reynolds y a Geoff Bloom. Queremos que los traigan con vida.

La respuesta traspasó a Lisbeth. ¡Con vida! Su padre los quería con vida. ¿Eso quería decir que Samuel podía estar muerto? Entendiendo de súbito la angustia de Mattie, siguió atenta a la conversación de los mayores. Las charlas relativas a los esclavos huidos formaban parte del ritual de la cena en igual grado que la bendición de la mesa, y ella, por lo común, prestaba la misma atención a ambos elementos. Nunca le había parecido importante, pero en esta ocasión le interesaba en particular.

—Elizabeth —la llamó su madre, que interrumpió con ello sus pensamientos—, tenías curiosidad por la visita de Edward a Williamsburg, ¿verdad?

—¡Cierto! —exclamó ella animada, tras lo cual interrumpió la conversación entre el aludido y Jack para preguntar—: Edward, ¿has tenido buen viaje?

—Excelente —respondió él.

—¿Cuál era el propósito? —preguntó con voz jovial.

—Mi tía vive allí.

Edward se volvió hacia Jack a fin de reanudar su coloquio sobre la partida de defender el reino que habían jugado aquella misma semana.

La madre de Lisbeth le indicó con los ojos que tenía que seguir departiendo con él.

—¿Ganaste tú, Edward? —quiso saber la niña.

Jack sonrió satisfecho, y el otro lo miró y repuso:

—Sí, en efecto.

—Aunque haciendo trampa —añadió su interlocutor.

—Yo no hice trampa —replicó él—: no llegué a pisar la línea.

—Pero Albert dice que sí.

—Y yo digo que no —insistió Edward.

—Quizá deberíais tener un árbitro para este tipo de disputas —propuso Lisbeth.

—Eso era lo que estaba haciendo Albert Ford.

—Sí, pero estaba favoreciendo a su hermano, Robert, y dictaminó que aquel lance lo había ganado él. Sin embargo, no es cierto: yo tenía el pie dentro; me quedé dentro del círculo y derroté a cuantos me atacaron.

Jack meneó la cabeza y los dos altercaron en silencio sobre bobadas que nada tenían que ver con la niña. Ella, no obstante, se puso a sonreír y asentir para fingir que formaba parte de la conversación y complacer así a su madre. No pudo menos de alegrarse cuando llegó el momento de levantarse de la mesa y pudo poner fin a su farsa.



Lisbeth despertó sobresaltada de su sueño. En él, su padre le azotaba la mano con un látigo mientras repetía:

—Es por tu bien. Es por tu bien; ya verás.

Tendida a oscuras, asustada y sola, sentía el corazón acelerado mientras por las comisuras de sus ojos se desbordaban las lágrimas. Seguía aterrada, aunque no sabía por qué. Entonces hizo algo que llevaba años sin hacer: se descolgó de su lecho cálido y se dirigió a la trasalcoba en la que dormía su aya.

—¿Mattie? —susurró tiritando al lado de la cama.

Medio dormida, la nodriza se estiró y le hizo un hueco. A continuación, abrió los brazos para dejar que la pequeña se acurrucara. Lisbeth, sumida en la oscuridad y envuelta por el cuerpo de Mattie, frotó el collar de conchas marinas a la altura de la concavidad de la garganta tal como gustaba hacer de más niña. El lecho cálido y la piel de Mattie espantaron sus demonios. El consuelo de esta obró su magia e hizo que Lisbeth conciliara el sueño.

Capítulo doce

La mañana siguiente al regreso de Mattie, Lisbeth se encontró desorientada en la cama de su aya, que dormía profundamente a su lado. La pequeña clavó la mirada en su cuerpo inmóvil. Encogida sobre su costado izquierdo y con la cabeza envuelta en un pañuelo de algodón, tenía la mejilla apoyada en el brazo que asomaba de su camisón blanco. Colocó el suyo al lado del de ella y observó el marcado contraste de su palidez, su suavidad y su juventud respecto de la fuerte musculatura, las cicatrices pronunciadas y los bastos callos de Mattie. Sus ojos recorrieron la extremidad de esta hasta el tejido blanco del camisón que se arrebujaba cerca del hombro. La tela ligera se hallaba salpicada de manchas de sangre seca redondas y oscuras. Lisbeth tembló de miedo y rabia.

Dando un suspiro, descendió con cuidado del lecho. Estaba acostumbrada a que la despertase Mattie una vez encendido el hogar, preparada el agua cálida de aseo y dispuesta su ropa. Sin embargo, aquel día decidió dejarla dormir y encargarse personalmente de dichos quehaceres.

Cruzó la puerta que daba a las escaleras de servicio, paso extraño para ella, a fin de ir por agua caliente a la cocina. Pese al temor que la invadía, acudió a la cocinera, la mujer imponente y severa que tanto pavor le infundía.

—¿Puedo llevarme el agua del aseo, por favor? —pidió.

La cocinera la miró ceñuda sin hacer un solo movimiento.

—Mattie está dormida —explicó Lisbeth con timidez—. Hoy me voy a encargar yo del agua.

La otra asintió con un gesto rápido y le entregó un balde lleno de agua tibia. Al pasarlo de sus manos a las de la niña le dio unas palmaditas.

—¿Puede darme también pomada?

Con otro movimiento de cabeza, la cocinera fue a buscar lo que le pedía. Tenía los ojos brillantes de lágrimas cuando le entregó un remedio de ombú y manteca.

Lisbeth subió de puntillas las escaleras, intentando hacerlas rechinar lo menos posible. Con todo, Mattie estaba ya despierta. A su rostro asomó una sonrisa fatigada al ver el unguento en las manos de la niña. Esta meneó la cabeza al ver que alargaba el brazo para tomarlo.

—Yo te lo pongo.

Mattie se sentó en el borde de la cama con el camisón en torno a la cintura. La pequeña fue aplicando con ternura el bálsamo calmante en sus llagas. Con el índice derecho fue recorriendo lentamente de arriba abajo cada una de las marcas que cruzaban la espalda del aya: nueve cortes bien hechos; tres por cada noche que había estado ausente. Pese al cuidado que puso, en algunos lugares el roce abrió las carnes que comenzaban a cicatrizar. El rojo brillante de la sangre contrastaba con la costra de color pardo oscuro, la blanca palidez del dedo y la espalda color café. Una vez cubiertas todas las heridas, Lisbeth quedó con las manos manchadas de sangre, que

limpió en su propio vestido mientras examinaba su obra.

Capítulo trece

Mattie estaba extenuada. Se dispuso a acometer sus quehaceres tan bien como le fue posible, aunque no podía evitar retrasarse. La cocinera, Emily y el resto de los domésticos se afanaron en hacer parte de su trabajo en la lavandería y la cocina, siendo así que nadie quería verla incurrir en más complicaciones. Lisbeth tuvo la delicadeza de prepararse sola para irse a la cama y, por las mañanas, la dejaba dormir a menudo mientras se hacía con el agua de aseo, encendía la lumbre y se vestía. Mattie se mostraba agradecida por la ayuda que le estaban brindando todos, aunque ellos no dudaban en restar importancia a su esfuerzo.

Semanas más tarde seguía cansada. Aquel mes se le interrumpió el período, aunque lo achacó a los latigazos. Sin embargo, cuando al siguiente tampoco menstruó y comenzó a notar tiernos los senos, se dio cuenta de que podía estar encinta. Recordaba haber tenido aquella misma sensación años antes, cuando estaba gestando a Samuel. Aún era pronto: podía ponerle fin con poleo falso. Aun así, mientras rezaba se puso a pensar en ello y reparó en que quería a aquella criatura, aquel pedazo de Emmanuel. No iba a renunciar a aquel hijo nuevo. No quería acabar con una vida, sino empezar una nueva. Si aquello era una criatura y si nacía con vida, tenía intención de unirse con ella a Samuel y a Emmanuel o morir en el intento.

Guardó para sí esta idea y esperó una menstruación que no llegaba. Cuando la señora Gray supiese que estaba esperando, todo cambiaría enseguida. Quería disfrutar de aquellas últimas semanas con Lisbeth y alimentar bien a su pequeñín antes de que volviesen a enviarla a los campos. Optó por no decir nada mientras su cuerpo mudaba de forma y empezaba a abultársele la tripa. Cierta día, cuando la cocinera le dio una palmadita en la barriga, supo que no podía mantener más tiempo el secreto. Aquella noche, mientras se preparaban para dormir, se detuvo a contemplar a Lisbeth. No iba a resultar nada fácil abandonarla.

Respiró hondo antes de decir:

—Tengo noticias. ¿Te has dado cuenta de que últimamente me canso mucho? Pues que sepas que voy a tener un bebé.

Lisbeth respondió con una carcajada.

—¿Un bebé? Pero ¡si eres muy mayor!

—¿Muy mayor? —exclamó la otra con fingida indignación—. Treinta años no son tantos para tener un crío.

—¿Qué crees que va a ser, niño o niña? ¡Qué lástima que Samuel no vaya a conocerlo! Yo te puedo ayudar a cuidarlo —se ofreció la niña con una sonrisa.

—Lisbeth, cariño, sabes que no es así. —Mattie meneó la cabeza—. No me van a dejar quedarme aquí con un bebé mío.

—Y ¿adónde vas a ir? ¿Te van a vender?

La pequeña fue incapaz de ocultar la angustia que teñía su voz.

—Imagino que me mandarán afuera otra vez.

Por el rostro de la niña comenzaron a correr lágrimas gruesas. En lugar de mirar a Mattie, tenía la vista clavada en sus manos crispadas.

—¿Qué voy a hacer yo? ¿Quién va a quedarse conmigo? ¿Quién me va a cuidar?

Alzó la mirada hacia su aya y, al ver que esta también tenía los ojos anegados en lágrimas, lloró aún con más fuerza.

—Vas a estar bien, Lisbeth. Puedes venir a verme por las tardes. ¿Te acuerdas de que yo llevo siempre el amor de mi madre en el corazón? Pues tú vas a llevar siempre mi amor en el tuyo para que te guíe. Eres lista y eres fuerte, y tienes buen corazón, Lisbeth. Vas a estar bien.



A la mañana siguiente, Mattie reveló su estado a la señora Gray. Al mediodía se había mudado a las cabañas y Emily fue a ocupar la habitación adyacente a la de Lisbeth.

Durante la cena, la madre no pasó por alto los ojos hinchados y rojos de su hija.

—¿Has estado llorando, Elizabeth, cariño? —preguntó con gesto que se habría dicho de veras preocupado.

—No, madre, estoy bien. Cansada y nada más —repuso ella en tono educado.

Calló la verdad porque sabía que ella la reprendería por estar demasiado unida a Mattie.

Aquella noche, al meterse en el lecho, Lisbeth se cantó para dormirse:

A dormir, querubín;

a dormir, querubín.

Todos ya se han ido

al algodón y al maíz.

No queda nadie: solo mi bebé.



Los martes y los jueves, avanzada la tarde, en el tiempo que se embutía entre el té y la cena, Lisbeth se escapaba para ir a ver a Mattie. Como tantos otros aspectos de la vida de la plantación, tales visitas eran un secreto a voces.

En una de ellas, cuando la panza abultada de Mattie parecía estar en sazón como una sandía a punto de estallar, esta pidió a Lisbeth un favor:

—Tengo que elegir un nombre si no quiero que lo haga el capataz. He pensado unos cuantos, pero me gustaría saber si además de sonar bien son bonitos a la vista. ¿Me los puedes escribir, que los vea?

Con el extremo de un palo quemado, la niña fue trazando en el hogar los

caracteres de cada uno de ellos: Matthew, Jeremiah, Jordan, Noemí y Aurelia.

—Son todos muy hermosos, Mattie.

—Me gusta esa letra —dijo ella—. ¿Cómo se llama?

—Es una jota. Aquí pone *Jeremiah*; aquí, *Jordan*.

Mattie declaró:

—Perfecto: si es niño, Jeremiah, y si es niña, Jordan.



Una noche fresca y despejada de noviembre de 1847, tras un parto agotador que se prolongó durante todo un día, vio la luz Jordan. Nació en la modesta choza de Mattie y Abu, en el mismo camastro en el que aquella había alumbrado y amamantado a Samuel hacía poco menos de once años. Rebecca tomó a la pequeña, cortó el cordón umbilical y la trasladó a los brazos impacientes de su madre. El corazón de Mattie se hizo aún más grande para hacer sitio a otra criatura a la que amar.

Estaba tumbada en el lecho con su hija acunada en brazos, agotada pero satisfecha. Jordan se asía al pecho de Mattie, haciendo por dominar el arte de chupar y tragar. Cuando se detenía demasiado, ella le hacía cosquillas en la barbilla para que siguiera. Su corazón se iba llenando de gozo a medida que asimilaba la belleza de aquel nuevo milagro. La inundó un ímpetu feroz de protección.

Mirando a su hija, le habló con voz calma e inequívoca:

—No voy a dejar nunca que te aparten de mí. Nunca. Te prometo que no voy a ir a ninguna parte sin ti ni tú a ningún lado sin mí. Muy pronto vamos a estar con tu padre y con tu hermano, chiquitina: vamos a ser libres.



La señora Gray llegó a la mañana siguiente a la mesa del desayuno con una noticia:

—Anoche nació la nueva adquisición de las cabañas.

—¿Mattie ha tenido a su bebé? —exclamó Lisbeth—. ¿Qué nombre le ha puesto? ¿Es niño o niña?

La señora Gray respondió lacónica con una mirada de desdén:

—No lo sé.

La pequeña volvió a centrar su atención en su huevo pasado por agua, haciendo lo posible por ocultar una punzada de vergüenza y la irritación que le provocaba la actitud del ama de llaves.

Aquella tarde corrió impaciente a la cabaña de Mattie. Tenía un regalo para la recién nacida. Al llegar a la puerta, de pie a la luz de un sol que comenzaba a desvanecerse, dudó en llamar. ¿Y si Mattie no quería verla? ¿Y si estaban descansando y no deseaban que las molestasen? Entonces oyó a la niña lloriquear y a

su madre arrullarla. Al ver que no dormían, llamó con timidez.

Abrió la puerta Rebecca.

—Entre, cielo —dijo.

Lisbeth permaneció en el umbral, contemplando a Mattie y a su bebé desde allí. Rebecca se rio.

—Puede usted acercarse más, que no le va a morder.

Poco a poco cruzó la habitación sin apartar en ningún momento la mirada del diminuto recién nacido. Mattie sonrió imitando el gesto maravillado de la recién llegada al ver el cuerpecito que tenía aquella en brazos.

—¡Mira qué uñitas! ¡Qué preciosidad! ¿Es niña? Mi madre no lo sabía.

—Ajá —confirmó Mattie.

—¿Y la has llamado Jordan?

Ella asintió:

—Me gusta mucho cómo queda escrito.

—Hola, Jordan: yo soy Lisbeth. Encantada de conocerte.

—Ella también se alegra —sonrió Mattie—. ¿Quieres tomarla en brazos?

—¿Estás segura? —preguntó Lisbeth con los ojos abiertos como platos y una sonrisa amplia.

—Confío mucho en ti, Lisbeth, y sé que vas a cuidarla muy bien. Siéntate, que es más fácil.

Ella dejó en la cama el bulto que traía en las manos y siguió el consejo. Mattie le colocó a Jordan con cuidado en el regazo y le enseñó a sostener con un brazo la cabeza de la cría. Tenía el cuerpo cálido y apenas pesaba. Lisbeth sonrió a Mattie. Acarició con cuidado la piel sedosa de la mano de Jordan y cada una de sus uñas diminutas.

—¡Qué suave está!

—Ajá. Tienen dentro una crema especial que los hace tiernitos.

—Mira el regalo que le he traído. Madre me dijo que podía dártelo: es mi primera colcha y la he hecho pequeña, para bebé. No está muy bien, aunque madre dice que estoy mejorando con las puntadas.

Mattie desplegó el cobertor.

—Gracias, Lisbeth. —Tras darle un abrazo con gran cautela, pues en medio de las dos estaba Jordan, extendió la colcha sobre la cría—. Me parece hermosísima. Verás como la agradece cuando empiece a refrescar y ella esté calentita. Vamos a guardarla para siempre como un tesoro. ¡Qué puntadas más bien hechas! ¿Esto es maíz?

—¡Sí! Quería que lo reconocieras. A madre le han parecido muy descuidadas. Es de la canción. «Todos ya se han ido / al algodón y al maíz» —entonó—. ¿Ves el algodón? Y aquí hay un zapato. No tenía tela roja, así que lo he hecho de otro color.

Mattie tarareó la nana que tanto conocían y Lisbeth se unió a ella con la letra:

Tu mamá ya se ha ido

y tu papá, también.
No queda nadie: solo mi bebé.

Rebecca se sumó también en la estrofa siguiente:

A dormir, querubín;
a dormir, querubín.
Todos ya se han ido
al algodón y al maíz.
No queda nadie: solo mi bebé.

Las tres se reunieron en torno a la recién nacida y le cantaron con voz alta y clara para darle la bienvenida a su mundo. Con aquella vida nueva en los brazos y cantando con Mattie y Rebecca, Lisbeth sintió que también formaba parte de él.



Durante aquel invierno y entrada ya la primavera, la niña se escapó varias veces por semana para visitar a Mattie y a Jordan. Por la tarde, en lugar de leer bajo el sauce, se encaminaba hacia la linde de los campos, en donde encontraba a menudo a la abuela Washington atendiendo a Jordan mientras Mattie trabajaba la tierra.

La criatura, acostada en el regazo de su cuidadora, dibujó una amplia sonrisa y tendió los brazos con entusiasmo en cuanto vio llegar a Lisbeth, quien le correspondió con el mismo gesto y la tomó entre los suyos. Acto seguido se sentó al lado de la anciana para jugar con la pequeña. La abuela Washington gustaba de contar anécdotas de su propia vida a cualquiera que estuviese dispuesto a escucharla, y en Lisbeth había encontrado un auditorio entregado. Aunque era normal que repitiese las mismas historias una y otra vez, Lisbeth prefería no revelarles que ya las había oído, siendo así que le encantaba conocer detalles de quienes vivían en su casa. Sobre todo si eran de otro tiempo. Nadie de los de su propia parentela parecía dispuesto a hablarle del pasado.

—¿Sabes? Yo soy tan vieja que ni se sabe cuándo nací. Lo que sí te puedo decir es que esto no era siquiera un país de verdad todavía. He visto muchas cosas en todos estos años. Todos me llaman *abuela Washington*, pero solo porque cuido a los pequeños: mis hijos no llegaron a crecer lo bastante para darme nietos. No, Dios no me dio ese gusto —aseveraba meneando la cabeza.

Lisbeth no tenía gran cosa que responder a nada de cuanto decía: prefería escucharla y para ello le hacía preguntas con frecuencia:

—¿Cuántos hijos tuviste? —preguntó Lisbeth.

—Tres me dio Dios. De la primera, Marie, no puede decirse que llegara a

respirar; pero tuve la oportunidad de tenerla en brazos y de darle un buen nombre. La segunda murió de unas fiebres antes de cumplir los cuatro. Mi William sí llegó a mozo, aunque huyó con su amor antes de haber crecido del todo. Murió en el río.

La anciana miraba mientras Lisbeth hacía palmas con Jordan y cantaba: «Pastelito, pastelito...». La cría alzó las manos para darle un abrazo y apoyó la cabeza en el hombro de aquella. Las palmaditas que le daba en la espalda constituían la sensación más dulce que había conocido Lisbeth. La mejor parte de su existencia era el tiempo que pasaba cuidando a Jordan y jugando con ella.

—¡Que me aspen si he visto en la vida una cosa así! —decía la abuela sacudiendo la cabeza de cabellos grises—. Una niña blanca, abrazando y cuidando a una criatura negra.

Capítulo catorce

Abril de 1849

Dos semanas antes de su duodécimo cumpleaños, Lisbeth se encontraba con su familia en la sala de estar, bordando su última labor «de práctica» antes de comenzar en serio su ajuar, cuando rompió el silencio su madre para comunicarle:

—Elizabeth, tengo noticias: ya sabemos la fecha de tu primer baile. Los Parker han anunciado uno en Willowbrook para el primero de mayo.

Ella estalló de pronto:

—¡Nos queda un mes para prepararnos! ¿Qué voy a ponerme? Madre, ¡qué nervios!

—No seas tonta, Elizabeth —repuso ella sin levantar la vista de su labor de bordado—. Estás bien preparada para hacer cuanto se espera de ti. Tu padre y yo contamos con que causarás una impresión maravillosa. En cuanto a tu vestido, he hecho llamar a una modista para que te tome las medidas mañana mismo. Vas a tener que elegir el tejido y el estilo.

—Madre, ¿puede venir Mattie a vestirme? —se aventuró a preguntar.

—Elizabeth, resulta encantador que sigas guardándole tanto cariño, pero será Emily quien te ponga presentable para la ocasión. Has tenido mucha suerte de tener a tu negrita hasta muy mayor. Casi todos dejamos a nuestras ayas mucho antes. ¡Si a la mía la vendieron cuando yo tenía cuatro años! Mattie —siguió diciendo— es como tu vieja colcha de recién nacida: tuvo un lugar importante en tu vida durante tu infancia, pero ahora eres ya muy grande. Espero que no hayamos cometido un error al dejar que se quedara contigo tanto tiempo.

Lisbeth quería impresionar a su madre y comportarse como una dama. Dado que, además, no deseaba que le prohibiera visitar a Mattie, repuso:

—No, madre; lo comprendo. ¿Qué color crees que debería ponerme?

—Yo había pensado en primer lugar en el azul intenso, si la modista lo tiene en el tejido correcto. Un color tan elegante acentuará tus ojos y te hará la piel más blanca, porque salta a la vista que no te pones el sombrero para salir.

—Desde ahora, sí: lo prometo. Quiero estar tan hermosa como me sea posible para el baile.

Su madre la corrigió:

—Céntrate en el porte, y la belleza vendrá sola. Tu aspecto no te va a durar toda la vida, pero tus modos te acompañarán hasta la tumba, Elizabeth.

—Sí, madre —asintió ella, aunque solo con los labios y no con el corazón, porque ardía en deseos de estar deslumbrante aquella noche.



La costurera llegó a la sala de estar con un voluminoso maletín rojo y avellana cargado de muestras de tela y patrones de vestidos. Lisbeth la observaba con entusiasmo sacar rectángulos de tejido de escaso tamaño y clasificarlos por material y color. Los azules intensos seguían a los tonos celestes, que se transformaban en verdes vivos y verdes pálidos, en rojos, amarillos y, por último, los anodinos blanco, negro y marrón. Lisbeth ansiaba acariciar aquellas sedas suaves, pero no se atrevía a tomarse semejante libertad.

Su madre no se detuvo en tales remilgos y tocó una a una todas las muestras, preguntando por costes y otros factores cuando daba con una que le podía interesar.

—El algodón estampado se lleva mucho entre las jóvenes este año —las informó la modista—. Estas salen a veinticuatro centavos la vara, y estas, a veintiocho.

—Son preciosas, pero prefiero algo más elegante para Elizabeth. ¿Ha tomado ya el pedido de Camilla Anderson? —quiso saber la madre.

—Sí; ha elegido esta gasa de seda de color amarillo pálido.

Ann la pasó entre los dedos con aire distraído.

—¿Y a cuánto está?

—Si es nacional, a ochenta y ocho centavos, y si es de importación, a dólar la vara.

—Pero es finísima: va a tener que andar con mucho cuidado para no rasgarla. Elizabeth, ¿serás capaz?

—Claro que sí, madre; es precioso. —Estaba entusiasmada—. Sería la niña más feliz del mundo con un vestido hecho de esta tela.

—Este tafetán —propuso la modista— es más tupido y no mucho más caro que la gasa nacional: noventa y dos centavos la vara.

Lisbeth alargó la mano para tocar el tejido.

—¡Madre, este es perfecto!

No se atrevió a decir más: se limitó a observar a Ann mientras esta hacía cálculos sobre las repercusiones sociales y financieras de la posible adquisición.

La costurera rompió el silencio:

—Si lo prefieren, este lino, que tiene una textura resistente y puede quedar muy bien, está a cincuenta y cinco centavos la vara. Sin embargo, la variedad de colores es limitada.

—No; nos quedaremos con el tafetán. En azul intenso, diría yo. ¿Qué opinas tú, Elizabeth?

—¡Gracias, madre! —exclamó ella con una sonrisa de oreja a oreja—. Sí; me encanta el azul. Te prometo que voy a tener muchísimo cuidado.

La madre sonrió con gesto de aprobación.

—Enséñeme los patrones —pidió entonces a la mujer.

—Este es el que han elegido los Anderson —anunció ella mientras sacaba un

dibujo en el que la tela se inflaba sobre un miriñaque hasta los pies. El dobladillo formaba una serie de festones unidos por lazos de gran tamaño.

—No; este tiene demasiados adornos —declaró la madre—. Yo había pensado en algo más elegante. ¿Qué han elegido los Cunningham para Emma?

—Con ellos tengo cita mañana.

—Qué contratiempo —murmuró la madre entre dientes.

Fue mirando entre los distintos diseños. Todos los vestidos tenían crinolinas muy modernas y corpiños entallados. Rechazó todos los que tenían mangas largas y escotes altos por considerarlos poco apropiados para una celebración nocturna.

—Elizabeth, ¿te gusta alguno? —preguntó sosteniendo dos dibujos.

—Me encantan los dos, aunque, en mi opinión, este es el más bonito —contestó la niña señalando el que tenía una sola fila de ondas amplias en el bajo.

—Este es perfecto —coincidió la madre—. Nos lo quedamos; y para las enaguas, la gasa azul claro. Si ve que el vestido de Emma Cunningham puede restar gracia al de mi hija o desentonar con él, le ruego que me lo comunique para que revisemos el encargo.

—Por supuesto, señora; la informaré enseguida si es así —prometió la modista.

Lisbeth tendió lentamente una mano para acariciar con cariño el tafetán azul. Era liso y suave, y tan hermoso...

—¡Es precioso! Estoy muy entusiasmada. ¡Gracias, madre!

—Confío en que podamos estar orgullosos de ti, Elizabeth: vamos a hacer un gasto considerable para que puedas dar una primera impresión excelente.

—Sí, madre; vais a estar orgullosísimos de mí.



Lisbeth irrumpió como un relámpago en la cabaña de su aya, demasiado emocionada para contenerse. Tras sentarse en una silla con Jordan en el regazo, anunció con precipitación:

—Mattie, voy a tener mi primer baile de aquí a tres semanas. Estoy aterrada. Madre dice que estoy lista, pero no puedo evitar los nervios. Hemos encargado a la modista un vestido azul intenso. Tiene casi el tono exacto de mis ojos. Espero estar guapísima. Mi madre dice que la belleza no es tan importante como el porte; pero yo quiero estar guapa.

»Dice que no conoceremos la lista de las canciones hasta la semana anterior. Y además, después puede ser que la cambien; conque tengo que estar preparada para bailar cualquier cosa. Como toquen una danza escocesa de Cumberland, voy a querer morirme. No se me da muy bien. Con el vals y la danza de Virginia sí que me defiendo bien o, al menos, eso dice Mary.

»¿Cómo crees que debería peinarme? No puede ser peinado alto porque todavía

no he tenido la puesta de largo (eso es a los diecinueve años, como sabes); pero quiero que sea elegante. Estoy intentando decidir si cepillarme el flequillo y echarme el resto hacia atrás o peinarme hacia atrás los lados simplemente. ¿Tú qué piensas, Mattie? ¿Estoy mejor así..., o así?

Mattie respondió con brusquedad:

—Me da igual tu pelo, Lisbeth. Está estupendo de los dos modos.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo ella conmovida por la insensibilidad de su aya—. Este baile es importantísimo. Madre dice que el primero es el que marca la pauta del resto de tu vida. Así que tiene que ser perfecto: todo mi futuro depende de él.

La otra suspiró.

—No hay nada perfecto, ni me creo yo que un baile pueda cambiar tu vida.

—En fin; es importante. ¿Para ti no? ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

—Lisbeth, acabo de venir de trabajar de sol a sol en los campos después de pasar la noche en vela con Jordan. La niña lleva cinco días con diarrea. ¿Quieres saber lo que me importa? Pues que mi hija se ponga buena.

La muchachita puso los ojos en blanco.

—Dale agua con sal y azúcar como la que me hicisteis beber a mí cuando estuve mala. Verás como se pone bien enseguida.

—No tengo sal ni azúcar. ¿Cómo le voy a dar lo que no tengo?

Mattie miró a Lisbeth de hito en hito.

—Oh —dijo la joven, desinflada de súbito.

Entonces, por vez primera desde que había entrado por la puerta, observó con interés a la niña que descansaba contra su cuerpo. A la luz del crepúsculo, distinguió cercos oscuros bajo los ojos hundidos de la cría. Jordan estaba casi inmóvil; se hallaba gravemente enferma y Lisbeth ni se había dado cuenta. La asaltó una vergüenza indescriptible.

—¡Cuánto lo siento, Mattie! —añadió—. La cocinera me dará azúcar y sal si le digo que soy yo la que está indispuesta. Te voy a traer de las dos.

Fiel a su palabra, Lisbeth mintió a la encargada de la cocina y salió a hurtadillas por la escalera de servicio a fin de llevar los ingredientes del elixir que necesitaba Jordan con desesperación.



La noche que siguió a la del baile, Lisbeth fue a contar a su nodriza todos los detalles. Lo primero que preguntó al llegar a su cabaña fue:

—¿Cómo está Jordan, Mattie?

—Como puedes ver tú misma, ya se ha recuperado del todo. Gracias por preocuparte.

—¿Y tú, Mattie? ¿Estás bien también?

—Sí, cielo. Estoy muy bien. No sé qué tendría Jordan, pero no me lo ha contagiado. ¿Cómo estuvo el baile?

—¡Fue horrible! —la informó Lisbeth—. No puedo creer que haya estado tantos años queriendo ir a esas celebraciones. No me gustó nada. Camilla Anderson no es ninguna dama; créeme. No dejó de lanzarme miradas de odio desde que llegué a Willowbrook. Creo que sigue teniéndonos inquina por la fuga de Samuel. A él, desde luego, no lo culpo: tiene que ser una familia horrible para haber criado a una hija así.

»Primero bailé con Matthew Johnson. Él fue todo gentileza y caballerosidad desde el principio hasta el final. Era un vals, conque estoy segura de que no lo avergoncé. ¡Es tan fácil conversar con él...! El tiempo pasó volando.

—¡Vaya! Eso suena estupendamente. Emmanuel y yo nos conocimos en un baile —recordó Mattie.

—El baile con Matthew fue la mejor parte de la velada. Si hubiese estado con él toda la noche, habría sido mucho más agradable. Tiene unos ojos color avellana preciosos, pero madre dice que eso no tiene que importarme: su familia no posee más que cuatro hectáreas y tres esclavos. Dice que «no están a nuestra altura y encima son casi abolicionistas», aunque no le pareció mal que bailase con él una vez por gentileza. Le gusta decir: «Siempre es apropiado ser generosos con nuestros inferiores». Me alegro de tener la oportunidad de bailar con él de vez en cuando, porque, desde luego, no se me ocurre una pareja más agradable.

Mattie le entregó a Jordan y ella se sentó con la pequeña y la hizo botar en su regazo mientras seguía diciendo:

—Luego bailé con Nathaniel Jackson, que tiene un aliento horrible. Tuve que volver la cabeza para evitar el hedor. ¡Imagínate lo difícil que es bailar mientras intentas no respirar! Después me emparejaron con William Anderson, el hermano de Camilla, que no tenía idea de baile; créeme. Tiraba demasiado de mí y me pisó más de una vez. Como la dama que soy, tuve que fingir que no me daba cuenta. ¡Y no es fácil permanecer callada y sonriente cuando te aplasta el pie un payaso grande y torpe! Sin embargo, me conduje como toda una señorita.

—Bien hecho, Lisbeth.

Mattie iba de un lado a otro de la escasa vivienda, doblando y ordenando sus pertenencias mientras ella hablaba.

—Mi último baile, el escocés de Virginia, que no debía haberlo sido, empezó con Robert Ford, el hermano de Mary. Es muy divertido y un experto remedando a los adultos. Imitó tan bien al señor Anderson, que no pude evitar echarme a reír a carcajadas, aunque no creo que le importunara. De hecho, me da la impresión de que estaba encantado con que me resultase tan gracioso.

—¿Y por qué iba a tener que molestarse? —preguntó Mattie con gesto de verdadera sorpresa.

—Madre dice que no debo reír en voz alta con muchachos —respondió Lisbeth encogiéndose de hombros.

El aya replicó burlona:

—Pues a mí esa me parece una regla estúpida. ¿Cómo vas a saber si te gusta estar con un hombre si no podéis reír juntos?

—Dudo mucho que mis gustos en ese sentido importen demasiado a padre y madre —le explicó ella—. Después de bailar con Robert, estaba esperando a mi próximo compañero cuando Camilla fingió que tropezaba y derramó su vaso de ponche y el mío en mi precioso vestido azul. Era tan bonito... Y si no está mal decirlo, estaba espléndida con él. Sin embargo, ahora ha quedado arruinado por la crueldad de Camilla, aunque madre dice que podemos teñirlo para usarlo otra vez. Estoy segura de que lo que pretendía era evitar que bailase con Edward Cunningham. Ella ya lo había hecho, y creo que no tenía intención de permitir que yo, ni nadie más, estuviese con él. Madre dice que es el mejor partido del valle. Después del incidente, él se puso a ayudarme y eso enojó aún más a Camilla. Sin embargo, no se atrevió a bailar conmigo para no estropear su traje. Nos sentamos juntos para entablar conversación, eso sí; pero yo estaba tan furiosa que fui incapaz de llevarla hacia ningún punto divertido ni entretenido.

»Mattie, ¿tú crees que habré echado a perder mis posibilidades con el mejor partido del río?

—Lisbeth, yo no soy la más pintada para hablar de matrimonio, pero te puedo decir que un buen hombre hace más dulce la vida. Tener a alguien que te abraza y te quiera, alguien con quien compartir tus sueños, alguien amable y atento... Un buen hombre es un tesoro.

—¡Mattie, lo siento! Estoy siendo desconsiderada otra vez. Debes de echar mucho de menos a Emmanuel: hace ya dos años que se fue. ¿Piensas mucho en él y en Samuel?

—Todos los días —respondió—. Rezo a Dios por ellos todos los días.

La niña se aventuró a preguntar:

—¿Has tenido noticias de ellos? ¿Sabes si están bien?

Mattie meneó la cabeza.

—La señorita Lisbeth sabe que no puedo responder a una pregunta así. Están en manos de Dios y con saber eso basta. No es deseable tener más información, no es seguro para ninguna de nosotras conocer más detalles. —Dicho esto, se detuvo y miró a Lisbeth con aire cauteloso, como si quisiera decir más. Entonces, soltando un suspiro, sacudió la cabeza y prosiguió—: No hablemos más de eso. Cuéntame más cosas sobre el baile. Dices que solo te divertiste con ese tal Matthew. ¿Y Mary?

—Mi madre no me dejó hablar con ella. No hacía más que pedirme que sirviera té y algo de comer a todas las damas de edad cuando no estaba bailando, que era cuando tenía que mostrarme ante la concurrencia. Era horrible sentir todas esas miradas que aguardaban que cometiera el menor desliz. No puedo creer que vaya a tener que hacer eso todos estos años.

—Siempre puedes negarte a ir a los bailes —dijo Mattie.

—¡Qué va! ¡No puedo! —dejó claro Lisbeth—. Padre y madre no van a dejar que me pierda una sola temporada. Llevan muchos años preparándose para esto: puedo considerarme afortunada si me permiten faltar a algunos de los bailes que se celebren en las plantaciones menos distinguidas.

Mattie se acercó al camastro y se sentó al lado de Lisbeth para envolver con un brazo a aquella niña que lindaba ya la condición de mujer.

—Cielo, va a ser duro, pero tienes que dar con un modo de seguir lo que te dicta el corazón aun cuando no sea lo que quieren tus padres.

Pese a no entender del todo lo que quería decir su aya, resultaba agradable estar sentada a su lado con Jordan sobre el regazo. Cuando llegó el momento de despedirse, lo hicieron con un abrazo prolongado. Lisbeth no sabía por qué se mostraba Mattie más dulce de lo habitual aquella noche, pero no le importaba: al verse entre los brazos de su nodriza mientras esta le deseaba buenas noches volvió a sentirse pequeña y segura.

Capítulo quince

Aquella misma noche, Mattie se sentó en el lecho con la cabeza en ebullición mientras repasaba cada detalle. Jordan, sedada con raíz de valeriana, dormía profundamente a su lado. Había guardado cecina y un cuero de agua junto con otros objetos imprescindibles en un viejo saco de arpillera cerrado con un bramante grueso. Bajo el catre aguardaba un par de botas robadas a que Mattie metiera en ellas los pies y saliera huyendo. Solo quedaban por hacer tres cosas: rezar a Dios, despedirse de los seres queridos y echar a correr. Aquella noche cambiaría su vida para siempre.

—Señor, por favor, cuida de nosotras. Ténnos a salvo y llévanos a la libertad. Te prometo que, una vez fuera, ayudaremos a otros a seguir el mismo camino. Gracias, Señor. Amén.

Abu ató con fuerza a Jordan al torso de su madre con un paño resistente.

—No te detengas, mi niña, y no mires atrás —le susurró—. Eres fuerte; puedes hacerlo. Emmanuel te ha buscado un buen hogar en Ohio. Vas a lograrlo. —Aunque se quebró su voz, la miró a los ojos para decirle—: No quiero volver a verte, ¿me oyes? Vas a ser libre. Tu familia es la primera de todos nosotros que escapa: estoy muy orgulloso de ti.

Mattie pestañeó y dejó correr las lágrimas, y tras un abrazo que parecía ir a durar toda una vida, se fue. Avanzó en silencio hacia la cabaña de Rebecca, en donde quitó el cerrojo sin llamar y abrió la puerta con un crujido. Ella estaba incorporada, esperándola.

—Te voy a extrañar tanto... —dijo la recién llegada—. Algún día vendrás tú también con toda tu familia.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas mientras Rebecca susurraba:

—Mattie, yo no lo llevo dentro, pero tú sí. Vas a conseguirlo. Venga, vete.

Rebecca entregó a Mattie el pase de viaje escrito con la caligrafía distintiva de Sarah. Mattie había renunciado durante seis meses a una porción de sus raciones a fin de trocarla por el papel y la tinta necesarios para crear ese boleto a la libertad. En él se declaraba que «la portadora de este documento, Georgia Freedman, africana libre, se dirige a Clarksburg (Virginia) para visitar a sus familiares». Dobló con celo el salvoconducto falsificado y lo escondió en el corpiño.

—¿Puedes hacerme un favor? —preguntó mientras sacaba de aquel mismo sitio un cordel negro del que pendía una de las conchas marinas de su collar—. Dale esto a Lisbeth —dijo en voz baja—. No va a entender por qué he tenido que dejarla. Ayúdala, ¿de acuerdo?

Las lágrimas le corrían sin freno por el rostro.

Se abrazaron con fuerza. Rebecca le susurró al oído:

—Voy a rezar por ti todas las noches. Hasta el fin de mis días.

Cuando se separaron, la miró de hito en hito y recalcó:

—Háznos saber que lo has conseguido. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —confirmó Mattie—. Adiós.

—Adiós.

Mattie se detuvo tras cerrar la puerta para alzar la vista a la ventana de Lisbeth.

—Adiós, mi niña —murmuró—. Eres lista y fuerte y tienes buen corazón; sigue siendo de las buenas.

A continuación se alejó de su hogar para buscar la libertad y a su familia, dejando atrás los huesos de generaciones de ancestros y de sus explotadores.



Tambaleándose en dirección oeste por entre la maleza del bosque, tardó dos horas en abrirse paso hasta las aguas del Herring Creek. Las duras botas le protegían los pies mientras vadeaba la corriente durante un kilómetro y medio antes de alcanzar el margen occidental, aunque no tardó en sentir que le salían ampollas en los talones y los tobillos. Obviando el dolor, marchó penosamente por un bosque de cedros, álamos y abedules de río otro kilómetro y medio más, tras lo cual regresó al agua, anduvo tres kilómetros hacia el norte y siguió caminando en dirección a poniente por un sendero tortuoso hasta el alba. Después de encaramarse a las ramas de un sicómoro, se desató a Jordan, la amamantó antes de volver a adormecerla con valeriana... y aguardó.

Esta última actividad constituía una parte ardua pero esencial de su viaje. Cantó y rezó en silencio, y se puso a imaginar. Se figuró sosteniendo a Samuel. Pensó en la casa en la que la esperaba Emmanuel. Practicó para el momento en que presentase a Jordan ante su padre y su hermano. Hizo de todo, salvo pensar en que podían capturarla: cada vez que se colaba en sus reflexiones tal idea, la apartaba de inmediato.



Aquella tarde, Lisbeth se aventuró a bajar a los campos para ver a Jordan, pero la pequeña no estaba con la abuela Washington.

—No ha venido en todo el día —le comunicó la anciana— y no sé por qué. Ve a ver si está en su cabaña. A lo mejor ha enfermado.

La jovencita recorrió al trote la senda de tierra que llevaba a la choza, pero la encontró vacía. Se resistió a la tentación de echar a correr hacia los campos para buscarlas, ya que sabía que Mattie podía tener problemas si la molestaba mientras se encontraba trabajando en los campos. Por tanto, aguardó en los bancos de detrás. Alzó la mirada a la parte trasera de su casa y trató de ver el interior, pero las ventanas reflejaban toda la luz. Esperó con paciencia la llegada de Mattie y Jordan. Cuando, poco después, comenzaron a regresar de los campos los peones, se dirigió a la parte

delantera de la cabaña a buscar a su aya. Aunque no dio con ella, reconoció a lo lejos el renqueo distintivo de Rebecca. Entonces fue a su vivienda.

La otra se detuvo no bien la vio plantada a su puerta. Con los ojos clavados en su joven ama, meneó la cabeza y dijo:

—No la esperaba tan pronto. Entre, que tengo que darle algo.

Rebecca tenía los ojos húmedos y los hombros tensos cuando entró a su choza. Cerró bien la puerta, gesto que extrañó a la niña, y le susurró al oído:

—Lisbeth, Mattie le ha dejado esto.

Acto seguido, sacando de la faltriquera una sola concha marina atada a un cordel, desplegó los dedos de la joven para ponérsela en la mano.

Lisbeth la palpó y supo al punto lo que quería decir. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Dónde está Mattie? —preguntó con un chillido—. ¿Dónde está Jordan?

—¡Sss! —La reprendió la esclava—. Cielo, se han ido. Mattie se ha marchado para estar con Emmanuel y Samuel.

Ella pestañeó y trató de asimilar las palabras de Rebecca. Sintió el corazón herido por una flecha aguzada.

—Pero ¿dónde...? ¿Por qué...?

Los ojos de color castaño oscuro de Rebecca fueron espejo del pánico y la confusión que invadieron a Lisbeth.

—Mattie confía en usted. Nadie sabe adónde ha ido —aseveró con un susurro áspero—. No se lo cuente a nadie. ¿Lo promete?

—¿Adónde han ido? ¿Estarán bien? ¿Vamos a volver a verlas algún día?

Rebecca se encogió de hombros.

—Ahora están en manos de Dios. Mattie es fuerte e inteligente. Si hay alguien capaz de lograrlo es ella. Yo rezo por que no volvamos a verla: si la encuentran, tendrá problemas serios.

—Pero... Pero... ¿Cómo ha pod...? ¿Adónde...?

Rebecca meneó la cabeza.

—Yo no puedo decirle nada más. Tiene que guardar el secreto. ¿Lo promete?

Lisbeth asintió antes de salir de la cabaña como una centella. Corrió y corrió, cada vez más rápido, hasta sobrepasar los campos que se extendían a lo largo de la margen del río y derrumbarse sobre el suelo con el cuerpo convulso por el llanto. Las lágrimas corrían con profusión por sus mejillas. Se habían ido; se habían ido sin más. ¿Cómo había podido abandonarla Mattie? ¡Ni siquiera se había despedido!

Apretó con fuerza la concha marina y en un arrebato de ira la arrojó entre la hierba crecida. Sus ojos siguieron el arco de su trayectoria. No bien salió despedido de su mano el collar, la invadió un hondo arrepentimiento. Salió gateando en su busca y se puso a apartar con desesperación las briznas verdes mientras le caían lágrimas de los ojos. Los tallos más afilados le cortaban las manos hasta hacerlas sangrar. Los dedos se le enrojecieron e hincharon de rebuscar.

Tras casi una hora, mucho después de que se le hubieran secado las lágrimas, lo encontró. Aliviada, se dejó caer al suelo y apretó contra el pecho el cordón y su adorno. Entonces corrió a la casa para aprestarse a la mesa antes de que sus padres se dieran cuenta de que también ella había desaparecido.



La cena le resultó insoportable. Ni su padre ni su madre hablaron de ningún fugitivo.

—¡Qué callada estás esta noche, Elizabeth! —comentó la segunda.

—Me duele un poco la cabeza.

—Quizá te estás indisponiendo.

Ella se limitó a asentir con un gesto en lugar de reconocer que había pasado la tarde llorando.

—Si lo prefieres —dijo su padre— puedes irte a la cama en lugar de venir a la sala de estar.

—Gracias. Creo que va a ser lo mejor —respondió Lisbeth, aliviada por no tener que seguir fingiendo.

Arrodillándose ante su cama para hacer sus oraciones nocturnas, pidió a Dios a media voz:

—Por favor, Señor, haz que Mattie cambie de idea y regrese. Como nadie sabe aún que se ha fugado, no se metería en ningún lío. Dile que quiero que vuelva. Amén. ¡Ah! Y bendice a Mattie, a Jordan, a madre, a padre, a la abuela y a Jack. Amén.

Tumbada en la cama, con la cabeza sobre la blanda almohada, apretó con fuerza en su mano derecha el collar de la concha marina y cantó para sí en voz baja: «A dormir, mi bebé; / a dormir, mi bebé», mientras se dejaba llevar a la deriva por el sueño.

A la mañana siguiente se sentó en la mecedora y miró por la ventana con la vana esperanza de que hubiese regresado por la noche. Cuando se abrió la puerta de su cabaña, se puso en pie para ver mejor. El único que salió fue Abu, quien parecía más encorvado que nunca mientras se dirigía al trabajo. Ni Mattie, ni Jordan.

En la sala del desayuno, la señora Ann se dirigió en privado a Lisbeth para decirle:

—Elizabeth, tengo malas noticias.

—¿Qué pasa? —preguntó ella nerviosa y con la mente puesta en el collar de concha marina que llevaba en la faltriquera.

—Mattie ha desaparecido. Tememos que se haya fugado. No sé dónde puede tener la cabeza para sacar a esa criatura de pecho de la seguridad de su hogar e internarse en el bosque y en Dios sabe dónde. Tu padre confía en que la encontrarán, pero pensábamos que deberías estar informada. Sé que le tienes mucho cariño. Sin embargo, esto demuestra lo que te he dicho tantas veces: no puedes fiarte de ninguno

de ellos, por bien que pienses que los conoces.

—Sí, madre —dijo Lisbeth fingiendo que asentía—. Gracias por contármelo. —
Trató de que su voz pareciese lo más neutra posible—. Rezaré por ellas.

—Sí, debemos rezar todos por que regresen.



Mattie y Jordan marcharon lentamente hacia el norte y el oeste. La madre caminaba por la noche y por el día se ocultaba en árboles, arbustos, cuevas y cualquier otro lugar que pudiera darle la impresión de que se hallaban a salvo. Cuando, a los cinco días, se agotaron la cecina y las galletas que llevaba, recolectó cuanto pudo en el bosque: bayas de saúco, grosellas, asiminas, nueces de nogal negro... Ni más ni menos que lo suficiente para hacer que siguiera produciendo leche para Jordan.

Después de siete días, llegó a un camino de tierra que corría por entre los árboles. Guiándose por las estrellas, lo siguió en dirección al norte, siempre oculta por la maleza, hasta llegar a una intersección. Una vez allí, y pese a estar mediada la noche, se introdujo en el bosque para buscar una cueva marcada por una estrella pintada tenuemente con carbón. Cuando dio con ella, se instaló y esperó a lo que estaba por venir.

Capítulo dieciséis

Lisbeth fue pasando los días como sumida en una niebla. No le resultaba fácil concentrarse en sus estudios. Durante las lecciones de danza se conducía de un modo atroz hasta con Mary. Perdida el ancla de su existencia, se hallaba desorientada por entero. No había mañana ni noche que no mirase por la ventana en busca de cualquier rastro de su Mattie y su Jordan. Desesperada por saber que se encontraban a salvo, buscó a Rebecca.

—¿Me lo vas a decir si oyes noticias de Mattie? —le imploró.

—Si nos dicen que ha llegado sana y salva, no va a ser sino de aquí a mucho tiempo —le dijo ella—. Y si la cazan y la traen aquí, lo más seguro es que se entere usted a la vez que nosotros.

Un soplo de esperanza alentó en aquel momento el interior de la niña.

—Entonces, ¿crees que es posible que vuelvan?

—El día que lo hagan, las pasearán delante de todos antes de venderlas al Sur.

—¿Venderlas? —preguntó Lisbeth alarmada.

—Sí: a Alabama o a Georgia. A Mattie no le van a dar una segunda oportunidad.

—A Rebecca se le quebró la voz—. Se han ido de aquí para siempre.

—¡Eso no puede ser verdad! —insistió la niña—. Voy a preguntárselo a mis padres. Yo puedo hacer que prometa no volver a escaparse jamás. ¡Y ellos me van a creer!

Rebecca meneó la cabeza con incredulidad, pero no discutió con la joven ama de la plantación.



Antes de que hubiera salido por completo el sol, Mattie oyó el canto grave de un búho. No dudó en responder a la llamada, que se repitió entonces dos veces. Ella respondió con lo mismo. Tras la tercera, salió de la cueva para mirar en la carretera, en donde vio un caballo añoso y cansado, poco más que un saco de huesos con llagas abiertas en el pelo blancuzco y sucio, atado a una carreta destartada cargada de heno. La guiaba un blanco de mediana edad menudo, de ojos entornados y picado de viruelas, que ni siquiera miró a Mattie cuando salió del bosque con Jordan.

—Hola, yo... —comenzó a decir Mattie.

—No necesito saber quién eres; dame los papeles y sube.

—Sí, señor —respondió ella.

No tenía más opción que confiar en él, por más que no le estuviese dando demasiados motivos. Obedeció y se encaramó a la parte trasera de la carreta, que avanzó hacia poniente sumida en el silencio.

Horas más tarde, estando el sol en un punto bajo del horizonte, el carretero se dio

la vuelta y anunció con un susurro elevado:

—Viene gente. —Parecía asustado.

Mattie practicó enseguida un hueco en la paja, colocó a la pequeña sedada en el interior y la cubrió hasta que quedó oculta por entero. Ella se echó sobre el heno, aunque no logró esconderse del todo. El corazón le latía con fuerza mientras escuchaba el sonido de los cascos cada vez más cerca, más y más cerca. Cuando pasaron de largo, exhaló un suspiro de alivio. Giró la cabeza para echar un vistazo. Los jinetes volvieron sobre sus pasos. Iban directos hacia ella. Intentó encogerse, pero sabía que la habían visto.

—¡Sooo! —gritó el cochero.

Los hombres y sus monturas habían bloqueado el camino.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí? —exclamó el de la izquierda, corpulento y con bigote—. No sé si te has dado cuenta, pero llevas a una negra entre el heno.

Secándose el sudor de la frente rubicunda, el carretero contestó nervioso:

—No quiero líos. Tengo aquí sus papeles. Me ha pagado bien. No busco problemas; me gano la vida honradamente.

La garganta de Mattie se llenó de hiel. Apenas lograba respirar por miedo a lo que pudiesen hacer aquellos desconocidos a ella y a Jordan.

—Y yo soy el representante local de la ley y me encargo de que todo esté en orden —respondió el comisario—. A ver que eche un ojo a esos papeles.

Después de examinarlos con detenimiento, se acercó a Mattie.

—¡Oye, Vern! —gritó a su ayudante—. ¿Tienes la lista de fugados? Vamos a ver si coincide con alguno de ellos.

El interpelado sacó la relación de sus alforjas.

—Parece que solo hay dos mujeres probando fortuna: Mattie Wainwright y Rosa Cuthbert. ¿Te lo puedes creer, Vern? Una negra llamada Rosa. ¡Ja! —Volviéndose hacia Mattie, gritó—: Saca el culo de la carreta.

—Sí, señor.

Empapada en sudor y tiritando visiblemente de los pies a la cabeza, Mattie se dio la vuelta para apearse. Dando la espalda a las autoridades, se introdujo en la boca una porción de raíz de ipecacuana y se la tragó.

El comisario bajó de su montura, se acercó, la recorrió con la mirada de arriba abajo y preguntó alargando las palabras:

—Tú no irás a regalarme una Rosa, ¿verdad? No, me da en la nariz que no. Tú eres muy vieja para ser ella. Eso sí: la señorita Maaattie... Esa sí podrías ser tú. —Situándose tan cerca de ella que hasta la salpicó con su saliva, siguió diciendo—: Aquí dice que esa tal Mattie tiene un negrito, pero, claro, imagino que lo habrás matado para poder huir sin estorbos. A saber lo que es capaz de hacerle una negra a la sangre de su sangre. No tenéis los mismos sentimientos maternos que las damas; ¿me equivoco?

Mattie tenía la vista clavada en el suelo. No movió un solo músculo ni hizo nada que pudiera contrariar a aquel hombre, quien se volvió a su compañero para preguntar:

—¿Tú qué dices, Vern? ¿Crees que —miró los papeles que le había dado el carretero— Georgia Freedman es en realidad Mattie Wainwright? Vamos a mirarlo con más detenimiento. —Situándose de nuevo a escasa distancia del rostro de Mattie, preguntó—: ¿Qué trae a una negra libre a estos pagos?

—Mi madre ha estado enferma, señor, y he ido a que me viese antes de morir. Tiene fiebre intermitente —consiguió balbucir apenas con la boca seca.

—¡Vaya! ¿No es encantador? —contestó él con una sonrisa satisfecha y la voz preñada de sarcasmo—. Querías ver a tu mamá antes de que muera.

—Pues ella tampoco tiene muy buen aspecto, Lucas —terció Vern—. Yo que tú no me acercaba mucho.

—Lo único que tiene esta es miedo de acabar con la soga al cuello —sentenció el otro con desdén sacando la lengua mientras imitaba a un ahorcado.

Mattie se agitó de pronto con violencia y dio una arcada provocada por la ipecacuana. Acto seguido brotó de lo más hondo de su estómago una profusa bocanada de vómito. Los dos hombres se apartaron asqueados de un salto. El lugar se impregnó de un hedor horrible. La mujer cayó de hinojos ante los agentes de la ley y acabó de arrojar lo poco que albergaba en la tripa. Vern también se vio aquejado de náuseas. Una nueva basca llevó a Mattie a echar la hiel. Sin nada más que devolver, su cuerpo se vio poseído por espasmos estomacales tan enérgicos como improductivos.

El ayudante apretó a correr hacia la margen de la carretera e, inclinándose sobre la hierba, echó también los hígados.

—Sois asquerosos los dos. Parece que tú llevas el mismo camino de tu madre —declaró el comisario Lucas, mirando a Mattie sin compasión alguna en el gesto, y a continuación dijo al carretero—: Supongo que deberías dejarla aquí. No querrás tener que ocuparte de una negra muerta, ¿verdad?

—No, señor.

—Entonces, sigue tu camino, que nos quedamos nosotros con ella.

—Sí, señor —repuso él antes de aguijar al caballo.

Mattie vio aterrada cómo partía la carreta con Jordan. Tiritando y empapada en sudor, se contuvo de ponerse a lanzar alaridos de protesta y se limitó, en cambio, a permanecer enroscada sobre sí misma mientras derramaba lágrimas de miedo y frustración.

Vern volvió para observar también a la doliente, que tenía el vestido salpicado de vómito, la piel brillante de sudor y el cuerpo convulso como si sufriera una calentura.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó Vern—. No hay recompensa por la que valga la pena tocar eso. Yo, desde luego, no pienso subirla a mi caballo. ¿Y si no es ni siquiera esa tal Mattie?

—No vamos a tocarla, idiota. —La voz del comisario estaba preñada de desprecio—. La vamos a dejar morir aquí mismo. Si es verdad que es una negra libre, no está nada bien que piense que puede ir y venir a su antojo por el condado de Cumberland, y si es una fugada, la van a colgar de todos modos: ¿qué necesidad tenemos nosotros de arriesgarnos a contraer la fiebre intermitente mientras la trasladamos? Vámonos de aquí.

Dicho esto, volvieron a montar y se alejaron con los papeles de Mattie, a la que dejaron acurrucada en el camino de tierra.



Con el sol tras el horizonte, el crepúsculo no tardó en trocarse en total oscuridad. Mattie quería moverse, deseaba hacer que su cuerpo se arrastrara a gatas hacia su hija, pero no podía: la había abandonado hasta el último ápice de sus fuerzas. Permaneció allí tendida, enferma e impotente. Extenuada, se hallaba demasiado débil hasta para espantarse las moscas del vestido. Temía que acabaría por cumplir el deseo del comisario y moriría aquella misma noche.

Con todo, aún le quedaban fuerzas para orar:

—Señor, siento haberme fugado: tenía que haberme quedado en casa. Lo único que deseaba era ver a mi hijo. Quiero que mi bebé esté seguro. Por favor, Dios mío, deja que vuelva a ver a mi pequeñina. Me necesita, Señor; lo sabes. Apiádate de ella. Apiádate de mí.

Temblorosa, sedienta y febril, pasó la noche rezando, dormitando y soñando con su hija. Poblaron su ensueño gritos, chillidos desesperados de niña que exclamaba: «¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!». Las lágrimas manaban de sus ojos cerrados cuando, de pronto, se despertó sobresaltada, se los frotó para enjugárselos, con aquella imagen tan presente que aún oía el eco de un llanto.

En medio de la noche oscura y casi sin luna llegó a ella el leve crujir de las ruedas de una carreta.

—Por favor, Señor, que sea él que vuelve a recogerme. Por favor, Dios mío. Por favor, Dios mío. Por favor, Dios mío —rogó. Aguzó el oído: no era un sueño; el ruido se hizo más patente—. Por favor, Señor, que sea él y traiga a Jordan.

Escrutó la negrura hasta distinguir primero al caballo viejo y luego el rostro del carretero. Había dado la vuelta. Al llegar a ella, hizo que la bestia la rebasara para dejar a su alcance la parte de atrás del vehículo. Entonces se echó a correr hacia ella.

—¿Estás bien? No quería dejarte aquí, pero tenía que irme: no me han dejado otra opción.

—¡Mi niña! —carraspeó Mattie con voz débil.

—La he dejado en la siguiente casa: al despertarse se ha puesto a llorar. ¿Estás bien?

—Ahora que ha vuelto usted, sí. Me he tomado una planta tóxica convencida de que me dejarían seguir camino si me veían enferma. No contaba con que lo hicieran marchar a usted también.

Trató de incorporarse, pero estaba tiritando con demasiada fuerza y sus brazos no soportaban su peso. El carretero la ayudó con dulzura a levantarse y a meterse en la carreta.

Antes de que volviera a salir el sol llegaron a una granja pequeña y bien cuidada. Dio la vuelta a la casa, hecha de tablas de chilla, y se detuvo al llegar a una puerta practicada en el suelo que daba a una bodega. Señalándola, dijo:

—Espera aquí hasta que vengan a por ti.

Mattie respondió:

—Gracias. Ni siquiera me ha dicho su nombre...

—Es mejor así. De ese modo estaremos todos más seguros. Que tengáis toda la suerte del mundo tu hija y tú, y que Dios os bendiga.

—A usted, señor.



El débil brazo de Mattie tembló cuando fue a abrir la puerta pintada de blanco. Jordan se hallaba de pie, helada en el centro de un sótano oscuro con olor a humedad.

Estaba sola y tenía un aspecto terrible: en sus ojos de color castaño oscuro refulgía el miedo y su rostro brillaba por la acción de una capa espesa de mocos, sudor y lágrimas. Su cuerpecito se estremecía con violencia. Mattie le anunció con voz emocionada:

—Mamá está aquí, mi bebé. He vuelto. Ya no tienes de qué preocuparte.

Aún débil por la ipecacuana, Mattie descendió con cautela la empinada escalera. No bien estuvo dentro, Jordan se lanzó a sus piernas y se puso a tiritar de manera incontenible y a boquear como si le faltase el aliento. Se aferró a Mattie con desesperación y, hundiendo el rostro en su pecho, se puso a gimotear mientras repetía con voz ronca:

—Mamá, mamá, mamá.

Mattie la asió con la fuerza de un cepo mientras dejaba rodar las lágrimas por su rostro.

—Lo siento, mi niña. Lo siento muchísimo. Has tenido que pasar mucho miedo. Lo siento. Tenía que hacerlo así. Tenemos que ser libres. Lo somos. Va a valer la pena. Va a valer la pena. Algún día va a valer la pena todo esto.

Jordan pasó la noche entera prendida con fuerza a su madre.



Mattie y Jordan pasaron dos días solas en aquel lugar estrecho y oscuro. Cada mañana, al despertarse, hallaban al lado de la puerta su ración de galletas, huevos cocidos y agua; hasta que un día, en mitad de la noche, se abrió la puerta y apareció un hombre que las hizo salir con un gesto y les pidió que se tumbaran en una carreta antes de cubrirlas con una lona.

Llegaron a otra granja en el momento en que se alzaba el sol. Antes de que se cerrara la puerta de esta segunda bodega, Mattie tuvo ocasión de vislumbrar las cuatro figuras que poblaban el angosto habitáculo: una joven esquelética, un chiquillo de unos seis años, un hombre alto y oscuro al que faltaba la oreja izquierda y una mujer tan anciana que no conservaba más que un diente delgado en la quijada inferior. Nadie reveló su nombre, y el hombre la acalló con una mirada cuando ella fue a decir el suyo.

La joven flacucha, que en ningún momento dirigió la vista a ninguna de las dos recién llegadas, se hallaba enfrascada en la labor de morderse las uñas y escupir con frecuencia al suelo los fragmentos diminutos que arrancaba de ellas. La más débil tarareaba una nana tras otra hasta que el hombre la hacía callar con un susurro violento. Pocos minutos después reanudaba su cantinela y él volvía a chistar. El pequeño, acurrucado en un rincón, lo observaba todo en silencio.

A medianoche despertaron a Mattie los alaridos de la anciana.

—¡Que me atrapan! ¡Que me atrapan! —gritaba mientras arañaba la puerta cerrada.

—¡Calla, vieja! —rugió el hombre antes de lanzarla al suelo de un fuerte empujón. A continuación, se colocó imponente frente a la que se mordía las uñas—. ¡Os empeñasteis en que había que traerla! —gritó—. ¡«Yo no me voy sin ella», decías! ¡Tenía que haberos dejado a todos atrás! Nos van a atrapar a todos por su culpa. Va a hacer que me maten con tanto vocerío. ¿No sabe que tenemos que estar callados?

Se puso a pasear en círculos como un jaguar enjaulado, murmurando para sí:

—Va a hacer que me maten. Corremos peligro. Así está la cosa: a mí van a matarme; a vosotros, a lo más, os cortarán la oreja, os azotarán u os venderán a alguna plantación de Alabama; pero a mí van a matarme. ¡Me van a matar! Y antes de eso, me cortarán las pelotas y me las meterán por la boca hasta el gaznate. Tenía que haberos dejado a todos atrás.

Embutida en su propio rincón, Mattie apretó a Jordan contra ella mientras contemplaba en silencio aquel drama.



En ese escondite aparecían a intervalos poco regulares la comida y otros fugitivos. Entre los extraños no se producía diálogo alguno. Llevaban ya tres noches allí cuando

los moradores del sótano prosiguieron su viaje hasta el siguiente refugio, en el que apenas estuvieron un día antes de que los trasladaran a la siguiente estación del Ferrocarril Clandestino. Así estuvieron semanas enteras, viajando la mayor parte de las noches y ocultándose durante el día en despensas, sótanos o buhardillas. Mattie acababa siempre sus plegarias nocturnas rogando que la anciana durmiera de un tirón. Y Dios la escuchaba de cuando en cuando.

Cierta noche, estando de viaje, el carretero despertó a sus pasajeros, que enseguida se aprestaron a poner pies en polvorosa en caso de ser necesario. Sin detener la marcha, el cochero señaló al frente y anunció:

—Ahí lo tenéis: el río Ohio. Cuando lo paséis, estaréis en un estado libre.

Todos miraron hacia donde él apuntaba y aguzaron la vista para distinguir apenas aquella oscura sierpe de agua en la negrura de la noche. Al llegar a la orilla, a Mattie le resultó increíble su tamaño: nunca había visto una corriente de agua semejante. Era ancha y ominosa, como dispuesta a tragarlos a todos.

El carretero los hizo mirar hacia el punto en el que, por entre los arbustos que crecían cerca del agua, asomó un hombre que arrastraba una embarcación de tamaño modesto. Tras apearse, se organizaron en grupos de tres para comenzar el paso del río. Mattie debía ir con Jordan en el primero. Tiritando sobre todo de miedo, observó el bote que tenía que llevarlos a la otra margen. Nunca antes había visto una barca ni sabía nadar. Si caían al agua su hija o ella, habría acabado su viaje.

El hombre que se hallaba de pie en el río y sostenía la embarcación hizo al trío una señal para que se acercara a él. Ella, al borde del agua, observó al resto vadear el espacio que mediaba entre esta y el bote y subir a bordo. Entonces llegó alguien que le tendió los brazos para tomar a Jordan. Ella lo miró aterrada y meneó la cabeza: el desconocido pretendía pasear a su hija por encima del agua.

—No pasa nada —dijo él—: No voy a dejarla caer.

A regañadientes, le entregó a la cría. Él la llevó a la barca y Mattie metió los pies en el agua fría para seguirlo. El miedo a perder el equilibrio ante los embates de la corriente la atenazó, pero el hombre no tardó en regresar por ella tras dejar a Jordan a bordo en brazos de alguien. La sostuvo firmemente por el codo mientras la hacía caminar. Ella, dando pasos precavidos, logró llegar al costado del bote. Se aferró a la regala y trató de embarcar, pero la borda se movía con ella. Subir allí era más difícil aún que caminar por el agua. Al final, se encaramó con torpeza y quedó a cuatro manos en el fondo hasta que este dejó de menearse demasiado. Entonces gateó hasta el banco y, sin decir palabra, volvió a tomar a Jordan. Permaneció helada en su asiento de madera con la niña bien asida y, sin atreverse a mirar, cerró los ojos y oró en silencio: «Llévanos a la otra orilla. Llévanos a la otra orilla, Señor. Haz que lleguemos sanos y salvos a tierra. Gracias, Señor, por llevarnos al otro lado. Por favor, Dios mío, que no topemos con los cazarrecompensas. Solo te pido que nos lleves a la otra orilla».

Cuando arribaron a la ribera de Ohio volvió a dar gracias al Todopoderoso. La

falda y el calzado se le volvieron a mojar cuando descendió del bote. Una vez en tierra firme y libre, se puso en cuclillas y, observando al resto mientras hacía el paso de casi un kilómetro que ella acababa de completar, rezó para que llegasen todos sanos y salvos.

Acabada casi por completo la operación, vio a los dos últimos que quedaban por liberar en la ribera virginiana del río sobresaltarse de pronto y echar a correr hacia el bosque. Sintió que se le secaba la boca y se le llenaban de sudor las palmas de las manos mientras la adrenalina recorría su cuerpo. Tomó a Jordan e hizo ademán de huir, pero en ese momento vio al otro lado un ciervo de grandes dimensiones: la tensión los había llevado a ver cazadores donde no los había.

Dejándose caer de nuevo, trató de sosegar el corazón con una honda inspiración. Ofreció a Jordan el pecho y le susurró:

—Ya somos libres, cielo. Somos libres.

Había creído que el aire sería distinto en la tierra de la libertad, pero no era así: seguía costándole trabajo respirar.

Antes del amanecer llegó una carreta destinada a transportar en dirección septentrional al grupo. Mattie y Jordan no tardaron en separarse del resto, pues ellas no iban al norte, sino a poniente, en donde se reunirían con su familia en Orbelin, municipio de Ohio. Lo habían conseguido: tras salvar poco menos de ochocientos kilómetros en seis semanas agotadoras, estaban a punto de llegar.

Un desconocido más las llevó a un cobertizo pequeño a solo quince kilómetros de su nuevo hogar en el que tuvieron que esperar las dos solas. Aquel era el último día que iban a pasar escondidas: por la noche se reunirían con Samuel y con Emmanuel.

Aquel alojamiento no podía considerarse siquiera una choza. Por las huellas del suelo de tierra se podía inferir que lo había usado alguien de forma reciente, quizá con el mismo propósito. Mattie se tendió en el suelo y apoyó la espalda en la pared sin nada más que hacer que aguardar. Jordan daba vueltas por el habitáculo vacío en busca de algo que atrajera su interés. Sus pasitos inseguros la llevaron hasta su madre, a la que mostró orgullosa el tesoro que había encontrado en un rincón: un ratón a medio descomponer. Mattie le dio una palmada en la mano para obligarla a tirarlo al suelo.

—¡Caca! —exclamó.

Dando un suspiro, se incorporó a fin de escudriñar con más detenimiento el lugar. Con todo, no halló más alimañas muertas ni ninguna otra cosa que hubiera que apartar. Tras sacar al roedor de allí de una patada, volvió a sentarse en el suelo para seguir esperando.

Pasaron horas antes de que se decidiera a consumir parte del tasajo que le quedaba. Aunque no había sido fácil habituarse a la escasez de las raciones, tras varias semanas de viaje su estómago había acabado por encogerse casi hasta desaparecer. Apenas comía unos bocados en cada sentada. Jordan y ella habían adelgazado hasta lo indecible. Los ojos de la niña se habían hundido en sus cuencas y

Mattie tenía los brazos en poco más que el pellejo. No les quedaba demasiada energía, aunque, por suerte, tampoco la necesitaban para aguardar.

Al segundo día se les acabaron los víveres que les había dado el carretero, y a mitad del tercero ocurrió otro tanto con las exiguas provisiones de agua. Mattie buscó una fuente de alimento o bebida cerca de la cabaña, pero no encontró ninguna.

Acosada por el hambre, la sed y el cansancio, sopesó las opciones que se le presentaban. Dado que, si no llegaba nadie por ellas, morirían de sed en cuestión de días, no le quedaba más remedio que ponerse en marcha por su pie en dirección al oeste: no podía desperdiciar sus últimas fuerzas en esperar que se presentara alguien. Así, presa de la extenuación y la desesperación, se ató a Jordan a la espalda y salió dando tumbos de la cabaña a la luz aún mínima de la primera hora de la mañana. Recorrió penosamente el bosque de hayas y olmos que se extendía junto al camino, siguiendo una ruta paralela a este pero sin dejarse ver. Puesto que era lo bastante temprano para que las hojas siguiesen empapadas en rocío, no dudó en lamer ansiosa la escasa humedad que ofrecían, si bien tal cosa no hizo nada por aliviar la sequedad de su garganta. Tampoco ayudó a su hija.

Avanzó sin descanso a lo largo de aquella mañana calurosa y húmeda, rogando a Dios a cada paso dar con una corriente de agua. Siguió viajando con la esperanza de estar guiándose bien por el sol y haberse encaminado en la dirección correcta: la que la llevaría con su hijo y su marido, hacia una ciudad situada en medio de aquel bosque interminable, hacia el agua.

Cuando se detuvo a descansar y amamantar a Jordan, descubrió que se le había secado el pecho: no tenía nada que ofrecer a su hija. Ató a esta a su espalda con un paño ajado y sucio y siguió caminando. La pequeña se dejó hacer con desgana, sin protestar ni pedir nada. Aunque semejante actitud habría provocado alarma en una situación normal, Mattie no pudo menos de agradecer su quietud. De cuando en cuando, la espesura del bosque las obligaba a aventurarse a caminar por la carretera.

En una de esas incursiones, oyó correr agua al otro lado del camino y se dirigió a la fuente del sonido con tanta rapidez como le permitía su cuerpo. ¡Agua! Cerca de la carretera, al norte, se abría paso un arroyo de caudal modesto. Con Jordan aún a las espaldas, se dejó caer al suelo al llegar a la orilla y hundió la boca en la corriente. El líquido fresco pasó por sus labios agrietados y ensangrentados, y Mattie bebió, bebió y bebió, obligándose a parar solo cuando se agitó su estómago a modo de protesta. Entonces desató el cuerpecito laxo de la cría y lo depositó con dulzura en el suelo. Tras llenar de agua el cuero que llevaba consigo, lo llevó a los labios de la niña y derramó parte de su contenido en su boca insensible, que se desbordó por las comisuras.

—Chiquitina, tienes que tragártela. Vamos, vamos... —trató de convencerla Mattie.

Dejó caer más agua poco a poco entre los labios de la criatura, observando atentamente por ver cuánta ingería, y al ver que se perdía toda, se le aceleró el

corazón.

—Cielo, tienes que tragar —le suplicó.

Sin embargo, el agua permanecía estancada en la boca seca de Jordan. Mattie le inclinó la cabeza con la esperanza de lograr que bajase por la garganta de la niña. Poco a poco fue descendiendo el líquido. Mattie vertió otro chorro fresco en la boca de su hija mientras rezaba por que tragara lo suficiente. Al final, las dos cayeron rendidas en la tierra húmeda de la orilla del riachuelo que atravesaba el bosque. La madre envolvió con gesto protector a su hija mientras dormían.

Al despertarse, siendo ya de noche, Mattie acercó a la pequeña a su cuerpo.

—Vamos a ver si vuelve a haber sustancia rica —musitó mientras miraba si tenía leche.

Al estrujarse el pezón brotaron a la superficie unas gotas. Entonces, acercando el pecho a la criatura, dijo:

—Prueba esto, cielo. A lo mejor me queda algo de lo que tanto te gusta.

Mattie derramó un chorrito del líquido precioso en la boca de Jordan, quien tragó el escaso fruto de los senos de su mamá. Esta repitió la operación y su hija tragó de nuevo. Entonces la arrimó más, pero la niña estaba demasiado débil para prenderse. La madre, por lo tanto, pasó más de una hora haciendo pasar una delgada corriente de leche entre los labios de la cría y aguardando con paciencia a que esta acopiase la energía suficiente para tragarla.

—Dios mío, por favor, que esta leche baste para mantenerla con vida. —A continuación, también ella se echó a dormir.

Por la mañana se despertó sobresaltada y corrió a mirar cómo se encontraba la niña. Su pecho subía y bajaba: seguía débil, pero con vida. La acercó a su cuerpo y esta vez la cría se enganchó. Aliviada, alabó a Dios:

—Gracias, Señor, muchas gracias, Señor.

Después de la toma, Mattie se preparó para partir de nuevo. Por difícil que le resultara separarse de aquella corriente, lo cierto era que permanecer a su lado no iba a servir, en absoluto, para que Jordan mejorase. Necesitaban alimento y un lugar seguro para descansar. Con la barriga y el cuero llenos de agua, volvieron a ponerse en marcha.

Mattie se mantuvo al borde del bosque, bajo las hayas y los olmos colosales que lo poblaban. Al oír acercarse un caballo, se ocultó tras un arbusto dispuesta a esperar a que pasara. Sin embargo, ante su sorpresa, el sonido de los cascos se detuvo antes de llegar a ella.

—Uh, uh, uuuh... —oyó.

El bruto anduvo otro trecho con paso pausado antes de volver a parar.

—Uh, uh, uuuh... —volvió a decir la voz, tras lo cual oyó más ruido de cascos.

Se trataba de la misma llamada que había escuchado hacía tantas semanas en el bosque de Virginia, pero no había esperado oírla en Ohio. Siguió encogida, oculta en el bosque. Podía ser un carretero que la estuviese buscando; sin embargo, quería verlo

antes de mostrarse. Cierto es que su aspecto apenas podía ofrecer prueba alguna de su condición, pero era de cuanto podía disponer.

Cuando la carreta la rebasó, rodeó con cautela el tronco que tenía delante a fin de obtener una visión más clara. Apenas pudo distinguir la silueta del recién llegado, que escrutaba con la mirada el bosque. Las manos que sostenían las riendas eran negras. El rostro del hombre estaba oculto por la sombra que proyectaba sobre él un sombrero de paja de ala baja, lo que la obligaba a decidirse sin ver bien sus rasgos. Podía ser el carretero al que había esperado durante tantos días o tratarse de una trampa, dado que algunos cazadores de recompensas eran negros.

El vehículo volvió a ponerse en marcha. Las anchas espaldas del carretero estaban cubiertas por una camisa de faena a cuadros. A su lado viajaba una persona menuda que examinaba también el bosque. Los observó mientras avanzaban por el camino, alejándose de ella. Apenas tenía unos instantes para decidirse. En ese momento volvió la cabeza para mirar al más pequeño de los dos. Mattie estudió su perfil.

—¡Dios mío! ¡Gracias, Señor! ¡Gracias! —gritó entonces y corrió tambaleándose hacia la carretera—. ¡Samuel! —exclamó con voz ronca—. ¡Emmanuel!

Ellos no la oyeron. Aunque volvió a gritar, de sus labios no salió más que un susurro: tenía la garganta demasiado seca. Se desplomó sobre el polvo del camino. Echó mano al cuero de agua y quitó el tapón con manos temblorosas. La carreta seguía alejándose. Bebió agua con premura y tragó cuanto pudo. Respiró hondo, hizo acopio de energías y gritó:

—¡Emmanuel!

Las dos figuras se volvieron al oír su voz.

—¡Mamá! —exclamó Samuel, quien acto seguido se apeó de un salto y corrió en dirección a Mattie y Jordan.

—¡Ay, mi niño! ¡Mi niño! —dijo ella aliviada y henchida de gozo—. Gracias, Dios, ¡gracias!

—¡Mamá! ¡Mamá, te hemos encontrado!

Mattie abrió los brazos por completo para recibir a su hijo, quien cayó al suelo de la carretera asido a su madre. Emmanuel apretó a correr hacia ellos y, echándose de rodillas a tierra, abarcó a todos con un abrazo.

Ella tomó con una mano el rostro de su hijo y a continuación volvió a estrujarlo con fuerza. No podía creer que estuviese allí, con ella. Estuvieron un rato sentados en medio del camino, abrazándose, riendo y llorando. Jordan extendió un brazo y se puso a dar palmadas en la cabeza de su madre, quien respondió diciendo:

—Chiquitina, tú también quieres participar, ¿no?

Mattie volvió la espalda a su hombre, quien desató a Jordan. La niña se zafó de Emmanuel y fue a refugiarse en los brazos de su madre. Ella se colocó a la pequeña sobre la cadera izquierda y envolvió a Samuel con el brazo derecho. Por primera vez en su vida, tenía cerca a sus dos hijos, y la sensación era tan deliciosa que estaba a punto de estallar. Lo había conseguido: habían huido y estaban todos juntos.

La niña apartó a Samuel de Mattie.

—Jordan —anunció esta con dulzura—, este es Samuel, tu hermano, y este es tu papá.

La pequeña miró alternativamente a las dos figuras que tenía ante ella y su labio inferior comenzó a temblar.

—No pasa nada, cielo —la tranquilizó su madre apretándola contra sí.

—Desde ahora somos una familia —explicó con cariño Samuel a su hermana.

—Por supuesto —convino Emmanuel mientras volvía a abrazarlos a todos.

Aunque ninguno de ellos tenía intención de dejar de hablar ni de darse estrujones para regresar a la carreta, acabaron por hacerlo.

—¿Y cómo es que me estabais buscando? —preguntó Mattie de camino a su nuevo hogar.

—El señor Mattox me dijo que al tipo que tenía que ir por ti lo estaban vigilando y que por eso no te había recogido. Fueron unos días después, pero ya no estabas. Esta es la única carretera que hay entre la choza y la ciudad. Por eso imaginamos que estarías en algún lugar del bosque. Supusimos que sería más probable que salieras si veías que éramos James y yo. Estabas a punto de llegar a Oberlin.

—¿James? —repitió ella meneando la cabeza—. Me va a costar acostumbrarme a nuestros nuevos nombres: Thomas, James, Georgia y Jennie Freedman.

—Me gusta el de Jennie —sonrió Emmanuel—. Has elegido un nombre muy bonito para la pequeña.

—Aunque cueste imaginárselo, ni se va a acordar de que un día se llamó Jordan.

Su corazón estaba a punto de estallar de alegría mientras se dirigían a su nueva morada. No paraba de mirar de Samuel a Emmanuel y de este a aquel: su visión se había convertido en agua fresca para su alma sedienta.

—Háblame de nuestra casa —pidió—. Quiero saberlo todo.

—Ahora mismo tenemos dos habitaciones —le reveló el pequeño—, pero papá dice que vamos a añadirle otra. En la parte trasera tenemos una caseta con herramientas. Yo ayudo cuando no estoy en la escuela.

—¿Escuela? ¿Qué vas a la escuela? —chilló Mattie sorprendida.

—¡Ajá! —asintió Samuel con una sonrisa—. Soy el mejor de los de mi edad, gracias a Lisbeth. Resulta que era muy buena profesora.

—Seguro que sí —convino Mattie con ojos llorosos. Creía que tenía el corazón tan lleno como era posible, pero se equivocaba: todavía le quedaba mucho por sentir. Luego, abrazando a Samuel, aseveró—: Estoy muy orgullosa de ti, Samuel. Digo: ¡James! Vas al colegio. Tenemos una casa... con cobertizo para trabajar. Dios es grande. ¿Qué duda cabe? Dios es grande —declaró.

—¡Oh, mamá! —exclamó Samuel.

—Y os tenemos a vosotras —añadió Emmanuel—. Eres una mujer muy fuerte, Mattie. Siempre lo he pensado, pero ahora no me cabe duda alguna: eres una mujer muy fuerte.

Capítulo diecisiete

Primavera de 1851

Lisbeth se hallaba de pie ante la ventana de su habitación, mirando hacia las cabañas y los campos. Aquel ritual que cumplía dos veces al día no había cambiado pese a que hacía ya poco menos de dos años de la partida de Mattie. Estaba contemplando la visión que ofrecían aquellos a última hora de la tarde cuando observó un hervidero de actividad en los cultivos. A lo lejos distinguió un grupo de cuatro varones desconocidos que acarreaban hacia las chozas a alguien que parecía haberse desplomado. Rebecca los seguía a escasa distancia. Cuando los tuvo más cerca, Lisbeth reparó en que la persona a la que transportaban no era otra que Abu. Con todo, no tardaron en desaparecer de su vista para meterse en la cabaña del anciano.

Preocupada, siguió atenta a la escena un rato, aunque no logró volver a ver a Abu ni a Rebecca antes de que llegara Emily para llevarla a cenar. Lisbeth hizo un gesto hacia las cabañas al ver a su doncella y le preguntó:

—Da la impresión de que Abu se haya desmayado. ¿Sabes algo?

—La cocinera dice que lo han encontrado al final de una hilera de la plantación. Nadie lo ha visto caer ni sabe qué ha ocurrido.

—¡Oh, no! —La joven estaba preocupada—. ¿Puede hablar? ¿Está consciente?

Emily se encogió de hombros.

A la mañana siguiente, Lisbeth se asomó a la ventana por si veía a Abu, pero este no salió de su cabaña. Rebecca entró con comida y agua y salió de allí sin compañía. La muchacha bajó a tomar el desayuno con gran pesadumbre. Mientras tomaba huevos pasados por agua, bollos y mermelada de melocotón, preguntó a su madre:

—¿Puedo ir a ver a Abu a las cabañas?

—¿Tú crees que va a querer recibirte? —se mofó ella—. Es un anciano enfermo: deja que descanse. No creo que necesite que le haga de enfermera una niña de catorce años. Si requiere nuestra ayuda, ya me lo hará saber el capataz. Estoy segura de que lo que le hace falta es descanso.

Lisbeth insistió:

—Mary va con su madre a atender a los esclavos enfermos.

Deseaba de veras ir a verlo y cuidar de él en lugar de Mattie.

—Cada hacienda tiene sus costumbres —replicó su madre en tono cortante—. En Fair Oaks son el capataz y tu padre quienes se encargan de los esclavos de los campos, mientras que la señora Gray y yo nos ocupamos de los domésticos. A estas alturas deberías ser más que consciente de cómo nos organizamos. No necesitamos que ninguna jovencita nos diga cómo hay que gobernar la plantación.

Humillada ante semejante rapapolvo, Lisbeth optó por cambiar de tema:

—Madre, ayer vi la primera flor de azafrán amarillo de la primavera. ¿Podemos hacer una merienda campestre para celebrarlo?

—Una idea deliciosa. ¿A quién quieres invitar?

—Yo había pensado en que saliéramos las dos, tú y yo, esta misma tarde —dijo en voz alta, aunque para sí añadió: «... como hacíamos Mattie y yo».

—Me parece una ocasión excelente para que practiques el arte de ejercer de anfitriona —aseveró su madre obviando la propuesta de la hija—. Lo prepararemos todo para el sábado de la semana que viene. Las invitaciones podrían salir hoy mismo. Diez días me parece un margen adecuado —prosiguió, tras lo cual musitó sin más auditorio que ella misma—: Un grupito reducido de una docena a lo sumo: los tres hijos de los Ford; Edward y Emma Cunningham, claro está... Sería una desconsideración no invitar a Camilla Anderson; así que debemos ponerla también en la lista, pero habrá que hacer cuanto esté en nuestras manos por asegurarnos de que se sienta al lado de... Matthew Johnson. —Movió la cabeza con aire confiado—. ¿Qué vas a servir?

—Quizá fruta y pan de maíz.

—No. Conviene ofrecer algo más refinado: bollitos con nata, pepinillos encurtidos... Todavía es pronto para las bayas. Seguro que a la cocinera se le ocurre algo. ¡Qué plan tan espléndido, Elizabeth!

Lisbeth no respondió. Aquello no era, ni por asomo, lo que ella había pensado: ella lo que quería era comer en el campo con su madre, pero no tenía sentido recalcarlo.

Haciendo caso omiso del consejo materno, se dirigió a las cabañas cuando tocaba a su fin el día. Aunque sus visitas ya no eran tan frecuentes como en el pasado, la joven no era ninguna extraña en aquel lugar. Rebecca no pareció sorprendida de verla cuando abrió la puerta de la vivienda de Abu.

—¿Cómo está? —preguntó la recién llegada.

—Muy mal —reconoció la otra—: ni se incorpora ni consiente en tragar. Estamos cuidándolo lo mejor que podemos, pero... —Su voz se quebró y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Lisbeth—. No va a morir, ¿verdad?

—No es fácil saberlo. Hay quien se recupera de una cosa así y hay quien no. Lo más que podemos hacer es incluirlo en nuestras oraciones —concluyó Rebecca con un suspiro.

—¿Lo sabe el señor Wilson? ¿Va a venir el doctor? —preguntó la muchacha a la mujer extenuada.

—Los capataces no llaman al médico cuando el enfermo es un anciano. —Su voz sonaba resignada—. Ya ha vivido más que la mayoría y, de todos modos, no hay gran cosa que pueda hacerse ya por él.

A Lisbeth le costó tragar.

—Yo podría traer azúcar y sal si es necesario.

Rebecca le sonrió.

—A lo mejor lo que necesita su cuerpo es un poco de agua azucarada. Si quiere, vaya a pedírsela a la cocinera y tráigamela, que yo me encargaré de que la pruebe. Ya sabe que le encantan los dulces. Esa va a ser una golosina magnífica para él.

Lisbeth llevó el azúcar, aunque nunca supo si Abu llegó a probarla. Si lo hizo, no sirvió de gran cosa: a la mañana siguiente, sola ante la ventana, observó apenada al marido y los hijos de Rebecca, Lawrence, Henry y Frank, sacar de su cabaña un cuerpo envuelto en una sábana y enfilarse con él el sendero cercano al río que llevaba al cementerio de los esclavos. A lo lejos distinguió un montón de tierra dispuesto al lado de un hoyo excavado en el suelo en el que situaron a Abu. El aire se preñó de canciones y de llantos mientras echaban tierra sobre su cadáver. Marcada por una cruz de ramas, la tumba de Abu se hallaba entre la de los restos de su esposa y la fosa vacía de su hija. Acabado el entierro, los dolientes regresaron con andar fatigoso a su labor.

Mientras los veía distribuirse entre las plantas de tabaco, dijo en voz alta:

—Mattie, tu Abu ha muerto hoy. Pensaba que querrías saberlo. Desde ahora, él también te cuidará junto con tu mamá. Estaba muy enfermo. Rebecca y yo tratamos de ayudarlo. Yo le di azúcar y sal como tú habrías querido. Lo siento.

—¿Qué dice, señorita?

Lisbeth volvió su rostro empapado en lágrimas hacia el gesto plácido de Emily.

—Nada; no era contigo. Ya puedes vestirme.



El humor de la joven se ensombreció al ver que el cielo había amanecido nublado la fecha de su merienda campestre, pero a medida que se transformaba en una preciosa jornada de primavera, el nuevo día la fue animando. Aunque lo había organizado todo, su madre no dudó en atribuir el mérito a Lisbeth. Dos días antes, durante la lección de conducta, había alardeado entre el resto de damas:

—Elizabeth ha planeado hasta el último detalle de la celebración.

A la llegada del primer invitado, Lisbeth anunció con firmeza a Ann:

—Desde este momento, yo me encargo de la merienda.

—¿Estás segura? Yo estaré encantada de supervisar a Emily mientras tú te diviertes.

Insistió en que quería asumir semejante responsabilidad para demostrarse y demostrar a su madre que se estaba convirtiendo en toda una señorita:

—Sí. Por favor, retírate a la casa.

Entusiasmada y nerviosa, la muchacha dio la bienvenida a sus amigos y cuando llegaron todos les anunció:

—Mientras Emily y yo llevamos la carreta con la comida, Jack os indicará el

camino a los demás.

—Pasaremos al lado del camposanto. ¡Uuuu! —se interpuso el aludido—. Cuidaos de las apariciones, que han enterrado a un negro recién muerto.

Disgustada con su hermano, Lisbeth aseveró:

—No le hagáis caso.

—No teman, señoritas, que yo las protegeré —gritó Edward Cunningham.

—Entonces estáis listas. Corred a casa ahora que podéis. Alejaos. Alejaaos —se burló Robert Ford.

Edward le dio un empujón, y Robert cayó al suelo. Rodando por la hierba mientras combatía con un fantasma invisible, gritó:

—¡Ayúdame, Edward! ¡Ayúdame! ¡Me están atacando!

—¡Ya os basta a los dos! —gritó entonces Lisbeth—. Empezad a andar.

Mary Ford preguntó a Lisbeth:

—¿Quieres que te acompañe para ayudarte?

—Sí, Mary; gracias.

Matthew Johnson se ofreció entusiasmado:

—Yo también estaré encantado de ayudarte.

—Muy amable, Matthew. Gracias —dijo ella con una sonrisa—, pero Mary y yo nos bastamos. Tú, disfruta del paseo con los demás.

Mary y Lisbeth se despidieron desde la carreta del enérgico grupito de adolescentes. Matthew inclinó la cabeza a modo de saludo al verlas pasar a su lado, aunque a su rostro asomó la desilusión.

—Está enamorado de ti —comentó Mary cuando se hubieron alejado lo bastante para que no las oyeran los demás.

—Supongo que sí —respondió su amiga—. Es muy atento..., pero yo no lo quiero. El pobre va a tener que sufrir. No tengo claro por qué lo ha puesto madre en la lista. Ella y padre tienen la mira puesta en Edward o en tu hermano Robert, aunque me han hecho prometer que no se lo voy a contar a nadie; ni siquiera a ti.

—Me encantaría tenerte como hermana. ¿A ti te gusta alguno de los dos?

—Robert es divertido y Edward es bien parecido, pero por el momento no estoy enamorada de ninguno. Matthew es el más interesante de todos. Adoro bailar y conversar con él; mucho más que con cualquiera de los demás, aunque todavía estoy esperando a recibir las flechas de Cupido. ¿Quién te gusta a ti? ¿Jack, quizá? Si tú te casas con Jack y yo con Robert, seremos familia doblemente.

—¡Tu hermano está demasiado loco! —rio Mary—. Claro, que del mío tampoco puede decirse menos.

Lisbeth puso los ojos en blanco y asintió.

—Entonces, si no se trata de Jack, ¿quién es el afortunado?

—El que tiene los ojos más dulces es Daniel Bartley.

—¡No, señorita! Si hablamos de ojos, los mejores son los de Matthew.

—¿Qué dices? Los de Daniel son mucho más hermosos. Ese azul intenso...

—Yo prefiero el castaño de los de Matthew. Es mucho más interesante que el soso azul de siempre.

Mary se burló:

—Pues yo diría que sí te has encaprichado con Matthew.

—Me gustan sus ojos y disfruto hablando con él. Eso no significa que me guste —insistió Lisbeth.

A continuación, pidió al carretero que se detuviese en una modesta extensión verde situada poco más allá del cementerio de los esclavos, sobre una elevación desde la que podrían disfrutar de una vista encantadora del río James.

Emily y el cochero sacaron una serie de mantas de lana de color azul marino y las tendieron sobre la hierba de color verde vivo. De la cesta que sacaron del vehículo salió todo un surtido delicioso de bizcochos de nata, bollos, panecillos de batata, melocotones en almíbar, pepinillos en vinagre y otras delicias. Cuando acabaron de disponerlas todas, Lisbeth y Mary aguardaron con aire recatado y coqueto sobre las mantas.

Aunque Lisbeth había imaginado un ocioso refrigerio de adultos salpicado de conversaciones maduras, los muchachos tenían otros planes. Así, tras devorar como poseídos cuanto había sobre el mantel, se dispusieron a hacer demostraciones de fuerza combatiendo entre sí. Para ello trazaron un círculo en cierto trozo de tierra y Edward gritó:

—¡A defender el reino!

Robert se puso en pie de un salto y tiró con fuerza del brazo de Edward, con lo que lo desbancó de su «trono». Los demás se pusieron en fila para jugar mientras las señoritas los observaban desde las mantas y se susurraban comentarios.

—¡Lo ha conseguido!

Mary aplaudió al ver a Daniel sacar del círculo a Jack.

El recién coronado consiguió salvaguardar su reino durante otros tres turnos, hasta que, al fin, lo destronó Matthew. Vencido, sonrió a Mary al pasar a su lado.

—Sin lugar a dudas, tiene los ojos mucho más bonitos que Matthew —musitó ella al oído de Lisbeth.

—¡Ni por asomo! —replicó su amiga sonriendo.

En ese momento estaba tratando de derrocar a Matthew el otro hermano de Mary, Albert, quien, sin embargo, salió con el rabo entre las piernas. Tampoco fueron capaces de moverlo de sus dominios Jack ni Nathaniel Jackson. Al fin llegó el turno de Edward.

—Observa cómo lucha un hombre de verdad —dijo mientras caminaba hacia Matthew con andares de gallito.

Los dos se miraron de hito en hito. Matthew, abiertas las piernas, plantó los pies con firmeza en el suelo y no apartó la vista de Edward mientras este lo agarraba por el brazo y tiraba de él hacia sí con violencia. Al ver que no se movía, el atacante acometió con más fuerza sin lograr nada. Aunque este era el más alto de los dos,

aquel era fuerte y musculoso. Con todo, le temblaban las piernas ante los enérgicos intentos de Edward. Entonces dobló ligeramente la cintura y al rostro del agresor asomó una leve sonrisa. De pronto, Matthew se inclinó más aún e hizo que su rival perdiera el equilibrio, tras lo cual tiró hacia atrás con rapidez y dobló la muñeca para zafarse de la llave de Edward. Este trastabilló hacia atrás y a punto estuvo de caer. Lo evitó en el último instante dando un paso atrás y cruzando la línea: había perdido.

Sonriendo al vencedor con aire de superioridad, Edward se volvió a los demás y gritó:

—¡Se acabó el juego! ¿Quién llega al río desde aquí con una piedra?

Los demás siguieron su ejemplo y recogieron cantos para arrojarlos colina abajo a la corriente. Matthew sonrió y miró a Lisbeth encogiéndose de hombros antes de sumarse a la competición.

—Mary —llamó Robert a su hermana—. ¿Qué piedra ha llegado más lejos, la mía o la de Albert?

Ella, siempre diplomática, respondió:

—No sabría decirlo. Las dos han caído al agua. ¿Cómo iba a poder determinarlo?

Edward se alejó del agua para dirigirse al viejo cementerio de los esclavos.

—¡A ver quién le da a aquella cruz! —retó a los demás mientras señalaba a lo lejos.

Lisbeth contuvo el aliento: se estaba refiriendo a la que marcaba el lugar en que yacía Abu. Vio al muchacho lanzar una piedra y atinar en el blanco. Robert, Albert y Jack lo siguieron de inmediato. La cruz, alcanzada una y otra vez por tan duros proyectiles, se agitaba hacia atrás con cada impacto. La joven observó con repugnancia mientras el palo horizontal se desplazaba hasta quedar colgando por la derecha. Al final, incapaz de dominar su indignación un segundo más, se levantó de un salto y gritó:

—¡Basta ya! ¡Les estáis faltando al respeto!

—¿A quiénes, a los negros? —se mofó Edward—. ¿Y desde cuándo tenemos que respetar nosotros a los negros?

—A los muertos hay que dejarlos descansar. —Dicho esto se volvió para reclamar el apoyo de Mary, quien se limitó a encogerse de hombros.

Todos tenían puesta la mirada en Lisbeth. Ella buscó las palabras adecuadas, pero tenía la mente en blanco. Invasa por la vergüenza, ruborizada ante lo que acababa de hacer, no quería sino que dejaran de atravesarla todos con la vista.

—¡Ese es un blanco demasiado fácil! —exclamó Matthew, quebrando con aire despreocupado tan embarazoso silencio—. A esa cruz puede darle cualquiera, pero ¿y a aquel álamo? Para eso hay que tener más destreza.

Dicho esto, lanzó una piedra a un árbol que crecía a lo lejos. Todos apartaron los ojos de Lisbeth y empezaron a verse volar piedras hacia el nuevo objetivo.

Agradecida a Matthew por desviar la atención de los demás, la jovencita lo miró hasta que él dirigió también la vista hacia ella. Entonces, desde la distancia, le sonrió

con un ligero movimiento de cabeza. Él le devolvió la sonrisa con timidez y ella volvió a sentarse en el suelo con la intención de tratar de disfrutar del resto de la merienda mientras fingía no estar demasiado afectada.

Capítulo dieciocho

Junio de 1856

—Como si tienes la escarlatina: esta noche debes ir a White Pines. Y ahora, ¡a vestirte! —declaró su madre—. ¡Por Dios bendito, Elizabeth! Viéndote, se diría que para ti no tiene relevancia este baile. Para Edward y los Cunningham, tu ausencia sería como el peor de los insultos: equivaldría a una declaración pública de que rechazamos vuestro compromiso. Excuso decirte que no queremos dar esa impresión —añadió con severidad—. Me temo que estás poniendo en peligro tu futuro. Aunque parece seguro que Edward va a pedir tu mano, tu posición no estará garantizada hasta que se anuncie el noviazgo. Te puedo asegurar que Camilla Anderson no ha renunciado a sus intenciones de ser ella la prometida.

—Si prefiere por esposa a Camilla —respondió ella—, déjalo. A mí no me importa.

Ann se enderezó y miró indignada a su hija.

—Pues debería importarte: sabes muy bien que este matrimonio va a garantizar tu condición social para el resto de tu vida. No digo que Robert Ford no sea un partido aceptable, pero tu padre y yo preferiríamos, con diferencia, que entablaras lazos maritales con la familia Cunningham. Ya sé que la idea de tener a Mary de cuñada te parece romántica; sin embargo, el romance no va a procurarte la felicidad con tanta facilidad como otros aspectos más refinados de la vida. El de asistir resfriada a un baile es un sacrificio que vale la pena hacer por tu felicidad futura.

—¿De veras crees que voy a ser feliz casada con Edward? —preguntó Lisbeth.

—Por supuesto: tiene todo lo que puede necesitar una mujer. Va a heredar la hacienda más extensa del valle. White Pines es tan grande como pueda llegar a serlo cualquier residencia de Inglaterra, y estoy convencida de que tiene cuando menos setenta y cinco trabajadores.

—Pero ¿es un buen hombre? —quiso saber la hija.

—¿Un buen hombre? —Su madre arrugó la nariz—. ¡Qué pregunta, Elizabeth! Claro que sí: procede de una de las estirpes más antiguas de Virginia. Sinceramente, no sé de dónde sacas semejantes ideas. Deben de ser tus lecturas de Jane Austen. Tú no eres el personaje de ninguna novela romántica. Tienes ya diecinueve años y debes dejar de ser una niña y empezar a actuar como la dama en que te has convertido.

»¡Emily!

—Sí, señora —respondió la doncella, que aguardaba en la sala contigua.

—Por favor, ayuda a tu señora a prepararse. Quiero que le hagas el segundo de los peinados que le probamos ayer, el que tenía el triple recogido alto...

—Sí, señora, como desee.

Lisbeth imaginó que debía sentirse halagada y llena de entusiasmo ante la idea de desposar a Edward, ya que su familia era importante y él, bien parecido. Sin embargo, nada de cuanto le ofrecía le resultaba inspirador: no le había conocido una sola conversación interesante ni tampoco era una persona atenta. Casi nunca la miraba cuando bailaban. De hecho, estaba convencida de que ella no le importaba un ápice: se limitaba a someterse a los deseos de sus padres. Ella deseaba estar enamorada del hombre con el que iba a contraer matrimonio. ¿Qué podía saber su madre del amor? Todo apuntaba a que Lisbeth no iba a ver cumplido su deseo de ser blanco de las flechas de Cupido.



White Pines poseía el salón de baile más grande de todo el valle, construido de forma expresa para dar cabida a largas hileras de participantes en la danza escocesa de Virginia.

El lugar estaba atestado de mujeres con vestidos talares de seda de vivos colores y amplio escote. Las ballenas de sus corsés les limitaban la capacidad respiratoria y el apetito. En sus regazos descansaban bandejas de delicias intactas. Las telas giraban al son de la música y las voces se entreveraban con las notas de la orquesta de cámara.

Mientras bailaba con Edward, Lisbeth se sintió mareada con tantas vueltas.

—Para, por favor —pidió a su pareja—. Me voy a desmayar.

Él, sin embargo, no la oyó; estaba ocupado en escrutar a los asistentes y ni siquiera posaba los ojos en ella.

—Edward, tengo que parar —advirtió elevando un tanto más la voz antes de desplomarse.

Por suerte, él detuvo la caída tomándola en los brazos. A continuación, asiéndola también de las corvas, la sacó de la pista. De haber sido menos frecuentes aquellos vahídos en aquellos acontecimientos, la joven habría podido llamar más la atención. Sin embargo, era normal que las mujeres se desvanecieran al bailar. Lisbeth volvió en sí cuando Edward la sentó en una silla vecina a la galería. Mary Ford y Matthew Johnson corrieron entonces a su lado y la primera se ocupó de abanicar a su amiga.

—Ha sido rápido. Ya tienes mejor aspecto.

—Sí, gracias. Estoy algo resfriada y eso debe de haberme aturdido.

—Me alegra ver que estás recuperada. Sabrás comprenderme si prosigo con mis obligaciones de anfitrión —declaró Edward mientras recorría el salón con la mirada—. No quisiera abandonarte, pero tengo otro baile. Cuidadla vosotros, ¿de acuerdo? —preguntó a Mary y a Matthew.

—Por favor, atiende a tus invitados —respondió Lisbeth—. No quería estropear la velada.

—Tú no puedes estropear nada —repuso él—. Matthew, ¿te encargas de servirle

ponche?

—Nos quedamos los dos con ella —aseguró Mary—: yo no vuelvo a bailar hasta el vals.

—Y yo voy a estar más que contento de cuidar a estas damas encantadoras —añadió Matthew.

El anfitrión se despidió besando la mano derecha de Lisbeth antes de cruzar la pista para recibir a su siguiente pareja de baile. Lisbeth lo observó mientras acompañaba a Camilla, le hacía una cortesía y le ofrecía los brazos.

Mary interrumpió sus pensamientos:

—No sufras, Lisbeth: tiene que bailar con Camilla, pero yo sé que es por ti por quien se siente atraído. No hay ninguna más hermosa que tú.

Ella sonrió a su amiga.

—Eres un cielo por preocuparte, aunque no me inquieta en absoluto: conozco las obligaciones de un buen anfitrión.

—¿Lisbeth? —preguntó Matthew.

—¿Sí?

—Te ha llamado *Lisbeth*. No te había oído nunca responder por ese nombre.

—Es como me conocían algunos de pequeña. Entonces quería que todos me llamasen así. Aunque mis padres nunca se avinieron, algunos de mis amigos de aquel tiempo siguen conociéndome por *Lisbeth*.

—Encantador. Te queda bien.

—¿De veras? Gracias, señor mío; muy atento de vuestra parte —sonrió ella—. Es una de las cosas más hermosas que me ha dicho nunca un caballero. Aun así, me he tenido que habituar a que me llamen *Elizabeth*.

—La rosa nos dará siempre su dulce olor con independencia de cómo la llamemos.

—Ahora parafraseáis a Shakespeare para halagarme.

La sorpresa asomó al rostro de Matthew cuando repuso:

—No me digas que eres admiradora del maestro...

—Por supuesto: he leído casi toda su obra. Para mí, ninguna supera a *Hamlet*.

—¿Ni siquiera *El sueño de una noche de verano*?

—No; prefiero la tragedia a la comedia.

—Y ¿qué me dices de los autores contemporáneos? —quiso saber él.

—Adoro a Jane Austen.

Matthew asintió con la cabeza.

—El retrato que hace de la sociedad británica resulta tan certero como terrible.

—Estoy de acuerdo. Debe de ser espantoso estar tan maniatado por lo que espera de uno la sociedad —respondió Lisbeth—. Yo me alegro mucho de haber nacido en América por la libertad de que disfrutamos.

—Yo también me congratulo —coincidió Matthew—, aunque cabe preguntarse qué grado de libertad tenemos aquí. Pero basta ya de literatura: estoy descuidando

mis responsabilidades; conque, si me disculpan, damas, voy a traerles ponche.

Al verlo alejarse, Mary se burló de su amiga:

—Lisbeth, ¿eres consciente de que una señorita no habla de libros con un caballero?

—Ha sido él quien ha sacado el tema —se defendió ella—, y ya sabes que una dama debe seguir siempre la senda que marque el caballero —añadió imitando a la señorita Taylor—. Además, Matthew apenas puede calificarse de tal: madre asegura que es «poco más que un granjero». Aun así, es uno de los hombres más amables que conozco. ¿Tú crees que Edward se habría dado cuenta alguna vez de que me llamas *Lisbeth*? Dime: ¿piensas que sería más feliz con Matthew que con él?

—¡No seas ridícula, Lisbeth! Matthew no va a heredar un solo palmo de las tierras de su familia: es el tercero de sus hermanos varones. A Edward, en cambio, le está destinado todo esto. ¿Cómo vas a negarte?

»Sería maravilloso verte convertida en la señora de White Pines. ¡Mira qué salón de baile! No tiene rival en todo el valle. Serías anfitriona de las veladas más memorables que puedas imaginarte. Además, Edward es tan guapo... ¿Cómo puedes arriesgar todo eso coqueteando con Matthew Johnson?

Lisbeth, asombrada, declaró:

—No estaba coqueteando con Matthew, solo dándole conversación agradable.

—Pues a mí no me lo ha parecido —se burló la otra.

—Lo que pasa es que me parece una persona interesante —protestó ella—. Desde siempre. Eso no quiere decir que esté coqueteando con él. Se trata de una distracción inocua. Edward posee cuanto podría buscar una en un esposo, pero no tiene nada de interesante ni de divertido. No le importa nada lo que yo piense, ni es posible conversar con él sobre literatura... ni sobre ningún otro tema.

Mary la tranquilizó:

—Seguro que cuando os caséis vais a tener muchísimo de lo que hablar.

—Supongo. Espero de verdad que estés en lo cierto. ¡Sss! Que viene Matthew.

Tras acabar el ponche, Lisbeth regresó a la pista de baile a fin de cumplir con las obligaciones de su carné de baile. Su última pareja de la noche era, de nuevo, Edward.

Una vez en sus brazos, preguntó:

—Edward, ¿tú crees que la rosa nos dará siempre su dulce olor con independencia de cómo la llamemos?

—La verdad es que nunca me ha preocupado el aroma de las rosas. Me dan dolor de cabeza, así que poco puede importarme cómo las llamemos.

»Mi madre —prosiguió— ha ultimado los preparativos para el té de mañana. Acuérdate de que es una mujer chapada a la antigua y prefiere a las damas que, siendo agradables, no pecan de extravertidas. Sabrás conducirte, ¿verdad?

—No tienes de qué preocuparte: quedará impresionada por mi proceder.

—Buena chica —repuso él dándole palmaditas en la espalda—. Yo no estaré

presente, claro, pero Emma sí. Le he pedido que te ayude y te trate como a una hermana.

—Será un placer disfrutar de su compañía.

Capítulo diecinueve

—Cuéntamelo todo. No quiero que te guardes ni un solo detalle del té con la madre de Edward —le ordenó Mary pocos días después mientras paseaban por los jardines de Fair Oaks.

Lisbeth ardía en deseos de participar a su amiga cuanto había ocurrido aquel día maravilloso en White Pines.

—Fue una ocasión tan deliciosa... Edward me había presentado a su madre como una mujer muy recta y, sin embargo, resultó ser encantadora y muy refinada.

—¿Dónde se celebró la merienda? ¿Qué os sirvieron?

—Disfrutamos de un festín delicioso en la galería que da a los jardines. Las pastas eran las mejores que he probado nunca, con una nata sabrosísima. Los emparedados de queso con berro y nata eran exquisitos y no tenían corteza. Tomamos té, claro, pero también nos sirvieron un chocolate caliente fabuloso. Creo que lo hacen con leche de vaca; el caso es que estaba riquísimo. En Fair Oaks solo se sirve en Nochebuena y lo hacen con agua. No sabe igual ni por asomo. Sin embargo, Emma ni siquiera comentó nada al respecto; así que imagino que deben de tomarlo en numerosas ocasiones especiales. También sirvieron sandía, melocotones y fresas en hermosas bandejas de plata.

—¡Qué elegante!

—Todo era exquisito en extremo. Sus sirvientes tienen tanta pericia que ni me di cuenta de cuándo nos volvían a llenar el plato, pero tuvieron que hacerlo, porque yo siempre lo tenía a rebosar. La señora Cunningham ni siquiera prestaba atención a sus idas y venidas, con lo que nuestra conversación no se interrumpió en modo alguno. La madre de Edward consiguió que me sintiera comodísima. Me preguntó por mis amistades, mi familia y mis estilos favoritos. Sabe muchísimo de las últimas modas, y las dos estuvimos comparando las bondades de la seda y el terciopelo.

—¿Te llevaron a ver White Pines?

—Casi todo. Tuvieron el detalle de dar con una excusa muy inteligente para mostrarme los aposentos privados de la vivienda. Me sentí como en casa: en ningún momento estuve incómoda. Emma fingió que rompía un peine y me invitó a acompañarla a buscar otro. Por supuesto, no lo encontramos en la primera estancia y tuvimos que ir de una a otra hasta dar con uno. No las vimos todas, porque son demasiadas, pero entramos en bastantes. Y durante toda la visita Emma me estuvo tratando como si lo de estar acompañándola de dormitorio en dormitorio fuera lo más natural del mundo.

»La casa es preciosa y está magníficamente decorada, con un equilibrio excelente entre lo tradicional y lo moderno. La señora Cunningham tiene un gusto notable. Todas las camas tienen columnas modernas de madera oscura de cerezo y las colchas son de lo último en damasco de seda. Sin embargo, los palanganeros están hechos a la antigua, con taracea y la encimera de mármol. Cada alcoba posee una alfombra persa

de gran calidad. Emma había ingeniado también un medio de mostrarme la cocina. Encontró un plato olvidado en una de las habitaciones y decidió devolverlo a su sitio. Debían de llevar días planeando el recorrido. La verdad es que fue muy considerado por su parte enseñarme toda la residencia de un modo tan natural.

Mary sonrió de oreja a oreja.

—¡Ay, Lisbeth! ¡No sabes cuánto me alegro por ti! Has tenido una suerte extraordinaria al dar con un marido tan bueno y con una hermana y una madre tan encantadoras. La señora Cunningham no era tan desagradable como esperabas, ¿verdad?

—Todo lo contrario. Creo que voy a aprender mucho de ella y que, además, Emma y yo vamos a ser muy buenas amigas —respondió, aunque enseguida precisó—: No tanto, claro, como tú y yo.

Mary volvió a sonreír antes de preguntar:

—¿Viste las tierras de la familia?

—Después del té fuimos a pasear por los jardines. Entonces propuse como con desinterés tomar una senda que llevaba a las cabañas, pero la señora Cunningham respondió que por allí no había nada interesante. Parece que piensan que no tienen por qué preocuparme los esclavos del campo. De eso deduzco que pretenden que me encargue de supervisar a los domésticos. A su tiempo, claro, no ahora. Como en Fair Oaks nos organizamos del mismo modo, creo que me irá bien.

—Lisbeth —comentó su amiga—, hace una semana te estabas preguntando si Edward sería un buen marido por el simple hecho de que no conversa sobre libros.

—Sí, ahora me siento un poco tonta —reconoció—. Gracias a Dios que te tengo a ti, Mary, querida. Ahora puedo decirlo en voz alta y darme cuenta de que era una bobada. ¿Cómo se me pudo ocurrir siquiera dar la espalda a la idea de entrar a formar parte de los Cunningham y convertirme en la futura señora de White Pines?

—Lo cierto es que cuesta imaginar que pensases que Matthew Johnson podía ser mejor marido para ti que Edward Cunningham. ¿No te has enterado? Tiene intención de mudarse a Ohio para dedicarse allí a la agricultura. Daniel dice que se ha vuelto abolicionista.

—¡Abolicionista! —saltó Lisbeth—. ¡Si supieras lo harta que estoy de oír esa palabra horrible! Últimamente parece que nadie hable de otra cosa. Ojalá pongamos en marcha la secesión y se acaben de una vez todas estas tediosas conversaciones.

—Mi padre cree que eso traería la guerra.

—Pues no sé por qué —repuso Lisbeth—. ¿Qué más da si somos un país o dos? ¿Qué motivo hay para enfrentarse?

Capítulo veinte

Abril de 1857

Lisbeth se despertó sobresaltada. No recordaba lo que había soñado, aunque lo cierto es que le corría la adrenalina por todo el cuerpo por algo que la había perturbado. Permaneció unos instantes en el lecho mientras lograba calmar su respiración y reflexionaba sobre el día que tenía por delante. En él sellaría su suerte para el resto de su vida, pues estaban a punto de presentarla como la futura esposa de Edward. Veinte años y con la vida ya resuelta. Su familia había organizado una fiesta con la intención de celebrar su cumpleaños y anunciar el compromiso.

Dio las gracias a Emily al verla entrar con la bandeja del té. La recién llegada puso la mesa al lado del diván y regresó a su trasalcoba. Lisbeth se puso en pie, se sirvió una taza de la infusión caliente y añadió dos cucharaditas de azúcar y un chorrito de nata. Con ella en la mano, se dirigió a la ventana y miró al exterior como cada mañana. Los peones estaban ya en los campos. Apenas alcanzaba a ver el recinto de los infantes, situado en el extremo opuesto de una de las hileras. Sarah, que no era sino seis meses mayor que ella, tenía ya dos hijos. La abuela Wainwright había muerto hacía ya mucho y Lisbeth ya no sabía quién había tomado a su cargo el cuidado de las criaturas de los del campo.

Tenía un año para planear el casamiento más espléndido de la primavera, aunque aún parecía demasiado pronto. Madre la había tenido ya a ella y estaba gestando a Jack a los veinte años y, si bien Lisbeth sabía que debía sentirse preparada para contraer matrimonio, lo cierto es que no era así.

—Emily, voy a ponerme el vestido de lino de color crema. Prepáralo.

—Sí, señorita.

La doncella sacó del armario un corsé y una falda con miriñaque. Lisbeth se introdujo el primero por la cabeza y se tendió en la cama. Emily se inclinó sobre ella y tiró con fuerza de los cordones para hacer que los extremos de la prenda se aproximaran poco a poco hasta que al fin se tocaron. Lisbeth se puso en pie y dio unas cuantas inspiraciones breves para habituarse a la opresión. Con un suspiro, se puso unos bombachos de algodón y se introdujo en el miriñaque de cuatro barbas. Alzó los brazos para que Emily deslizase el vestido de lino sobre las prendas interiores.

A continuación se sentó en el tocador mientras Emily la peinaba y le envolvía los cabellos en una redecilla.

—Emma va a venir esta tarde con su doncella. Creo que se llama Margaret. Deberás acompañarla para que te ponga en conocimiento de la organización de White Pines.

—Sí, señorita.

—Tenemos suerte de mudarnos a una hacienda tan magnífica.

—Sí, señorita.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó Lisbeth.

—No me corresponde estar o no de acuerdo, señorita.

—¿No crees que vaya a casarme bien?

—Señorita, no soy quién para opinar.

—Por favor, Emily —trató de engatusarla ella—, quiero que me digas la verdad.

Emily respondió con voz neutra:

—No parece usted contenta.

—¡Eso no es verdad! —protestó la joven—. Estoy encantada con este matrimonio: es todo cuanto podía haber soñado. White Pines es un hogar precioso; Emma es la hermana más agradable que cabe esperar, y el señor y la señora Cunningham han hecho todo lo imaginable para que me sienta bien recibida entre los suyos.

Emily se aventuró a decir:

—¿Y el joven señor Cunningham?

Lisbeth frunció el ceño.

—¿Por qué preguntas eso? Edward es un caballero apuesto de modales impecables. Se acabó la conversación. ¿Has acabado con mi pelo?

—Sí, señorita.

—Entonces, déjame sola —la reprendió.

La doncella dio un paso atrás, pero Lisbeth no se puso en pie; siguió sentada en un silencio sepulcral, contemplando su reflejo, y sintió correr por sus venas una furia que no entendía.

—¡No sé qué me pasa! —exclamó al fin.

Emily permaneció en silencio. Lisbeth se levantó y fue hasta la ventana. Observó la escena que se desenvolvía ante ella con la esperanza de que la calmaría como en tantas otras ocasiones. Sin embargo, en aquel momento no le sirvió de nada. Recorrió la sala de un lado a otro, aunque eso solo sirvió para agitarla más aún.

—Deben de ser los nervios premaritales —declaró—. Madre dice que le pasa a todo el mundo.

Emily asintió muda.

—Creo que necesito descansar. Voy a echarme unos minutos.

—Como desee, señorita. ¿Le quito el vestido?

—No —respondió ella con un suspiro.

A las comisuras de sus ojos asomaron lágrimas de frustración. No tenía tiempo de desnudarse y volver a vestirse, conque no iba a poder disfrutar del reposo que necesitaba. En consecuencia, se sentó en el borde del lecho, con cuidado de no arrugar su atuendo. Sin pensarlo, dejó que su mano se escurriera bajo la almohada a fin de dar con el consuelo de la concha marina de Mattie, tras lo cual la frotó entre los

dedos hasta volver a relajarse.

En lugar de colocarla de nuevo en su escondite, alzó los brazos para atársela al cuello. Con cuidado, la ocultó bajo el escote alto de su vestido y se examinó en el espejo que había sobre la chimenea. Aunque el tejido de color crema ocultaba el collar, pudo sentir el alivio que producía en su corazón.

—Emily, ¿tú lo ves?

—No, señorita. Nadie diría que lo lleva puesto.



Unas horas más tarde se hallaba reunido en el jardín el conjunto de los celebrantes. Los de más edad se habían aposentado en sillas dispuestas en torno a mesas de modesto tamaño con ramos de flores silvestres, en tanto que los jóvenes de uno y otro sexo se encontraban sumidos en bulliciosas conversaciones sentados sobre mantas. Lisbeth y Mary estaban juntas, y el prometido de esta, Daniel Bartley, estaba entreteniéndola a una concurrencia nutrida con una anécdota divertida. La primera se sorprendió al ver acercarse a Matthew Johnson y lo recibió con una sonrisa.

—Estás preciosa, Elizabeth —aseveró él al llegar a su lado.

—Gracias, eres muy amable. Por favor, siéntate con nosotros —lo convidó.

Él tomó asiento a una distancia prudencial de ella.

Daniel acabó su historia y se volvió hacia él.

—Tengo entendido que te mudas.

—Estoy pensando irme a vivir a Ohio; la tierra es más asequible.

—Pero los peones no —replicó el otro.

—Prefiero tener a gente contratada —repuso Matthew—, aunque cambie el precio.

El comentario le atrajo todas las miradas.

—No entiendo que quieras abandonar tu hogar y a tu familia —dijo Daniel.

—¡Ohio! —exclamó entonces Edward—. Suena a barbarie sin lugar a dudas. Elizabeth, prométeme que nunca vas a instarme a dejar White Pines.

El señor Wainwright se llegó a ella e interrumpió la conversación antes de que pudiese responder.

—Elizabeth y Edward, acompañadme: ha llegado la hora.

Lisbeth se encogió levemente de hombros mirando a Matthew antes de alejarse con su padre y su prometido. Los congregados se arracimaron entonces en torno a la joven, a Edward y a los padres de ambos formando una herradura.

—Es para nosotros un placer —comenzó a decir el señor Wainwright— anunciarles los esponsales de Elizabeth, nuestra única hija, y el señor Edward Langston Cunningham.

La multitud aplaudió con educación antes de que se dirigiera a ella el señor

Cunningham:

—A nosotros nos complace dar la bienvenida a Elizabeth al seno de nuestra familia. Valga este collar como símbolo de nuestra dicha.

Edward abrió entonces un estuche y mostró su contenido a los asistentes describiendo un lento arco. Cuando estos hicieron patente su aprobación, se volvió hacia Lisbeth para ofrecerle una joya de cuyo centro pendía un zafiro de intenso color azul flanqueado por otros de menor tamaño que se extendían hacia uno y otro lado. Aunque el conjunto era demasiado voluminoso para su gusto, sus ojos brillaron con el embeleso que sabía que esperaban de ella su prometido y todos los demás. Edward la miró expectante.

—Muchísimas gracias. Es precioso —aseveró con voz lo bastante elevada para que la oyeran todos.

Él, que seguía aguardando, acabó por sacudir la cabeza y describir un círculo con el dedo.

—¡Oh! —exclamó Lisbeth mientras se daba la vuelta para brindar el cuello a su futuro esposo.

Mientras él daba un paso hacia su prometida, ella tenía muy presente la concha marina que pendía al lado de su corazón. Se resistió a la tentación de tocarla mientras Edward la rodeaba con el brazo para colocarle en torno a la garganta el dije de zafiros. Ella sintió un tironcito del cordón del otro collar: él había notado su presencia. La joven giró de nuevo y todos volvieron a aplaudir. Ella les sonrió y sonrió después a Edward, quien, sin embargo, le esquivó la mirada.

Cuando los demás se dispersaron, él le siseó al oído:

—¿Qué te has puesto? —quiso saber.

—¿Esto? ¡Oh, nada! —respondió ella fingiendo indiferencia mientras jugueteaba con el bramante que llevaba al cuello. A la carrera, pensó en una excusa—: Siempre lo llevo el día de mi cumpleaños; es un regalo que me hizo hace mucho una amiga muy querida antes de mudarse.

Edward la reconvino sin alzar la voz:

—Pues no parece apropiado en absoluto para un acontecimiento como este. ¡Un cordón alrededor del cuello...! Sinceramente, en ocasiones no sé dónde puedes tener la cabeza.

—No lo ve nadie —replicó Lisbeth—. Es algo íntimo.

—Pero a mí me consta que está ahí —insistió el joven.

—Tienes razón, Edward. No sé en qué estaría pensando —acabó por reconocer ella—. A veces pecho en exceso de sentimental. No me lo volveré a poner cuando tú estés cerca.

—Gracias. Y ahora, vamos a saludar a nuestros invitados en calidad de prometidos.

Primero recorrieron las mesas, entablado conversaciones de cortesía y aceptando los parabienes de los mayores y los adultos casados del valle. Cuando alguien pedía

contemplar más de cerca la joya, Lisbeth tomaba la precaución de sostener el zafiro con la palma de la mano para que nadie notase el bulto que hacía la concha marina bajo su vestido.

Al final, los recién comprometidos pudieron volver a sentarse con sus amigos. Tras presumir de collar y exponer los detalles de la boda, pasaron a centrarse en la luna de miel.

—Yo adoraría ir a París —dijo ella— o quizá a Londres. Europa me resulta hermosa e intrigante; así que estaría dispuesta a visitar cualquier lugar, ¡hasta Roma!

—Pues a mí me asustaría viajar tan lejos —declaró Mary.

—A mí no —respondió ella—: me encantaría correr una aventura así.

—En mi caso, un viaje a la ciudad de Nueva York constituiría una empresa suficientemente azarosa —aseveró Edward—. No entiendo qué necesidad puede haber de dejar las costas de esta nación. Desde luego, a mí no me hace falta oír a nadie hablando en francés o en italiano.

—El francés es una lengua muy hermosa —interpuso Matthew.

—Puede que lo sea —replicó el joven—, pero yo no la quiero para nada.

—Se diría que vas a acabar de luna de miel en Nueva York —observó Mary.

—Supongo —asintió Lisbeth al mismo tiempo que frotaba con discreción el tejido que cubría la concha marina.

Capítulo veintiuno

Abril de 1858

El año de planificación incansable pasó volando. La ceremonia se produciría en el templo cristiano de Mount Vernon a las dos de la tarde del 14 de mayo de 1858. Se esperaba que asistieran cuatrocientos invitados tanto a aquella como a la recepción. Tras mucho debatir, las familias decidieron seguir la tradición y celebrar esta última en la residencia de la novia. El ajuar de Lisbeth estaba casi completo, aunque ninguno de sus componentes fuera a usarse jamás: las piezas que había elaborado ella estaban abocadas a vivir guardadas, ya que en White Pines se vestían lechos y mesas con ropas mucho más refinadas. Sin embargo, el protocolo dictaba que una dama debía aportar tal equipo al matrimonio y en el suyo no debía faltar nada. Todavía había de acabar dos servilletas más antes del mes de mayo.

Lisbeth llegó a White Pines para celebrar su vigésimo primer cumpleaños con un té ofrecido a sus amistades y su parentela. Emma la recibió con un abrazo entusiasta.

—¡Elizabeth, la modista me ha traído el vestido de tu boda! Ven a verlo. Tú también, Mary.

Las tres jóvenes subieron a su alcoba, en donde Emma les tendió con gesto triunfal un atuendo de seda de color verde desvaído. El escote bajo, bordeado con cinta de un tono más vivo salpicada de perlas de escaso tamaño, estaba destinado a llamar poderosamente la atención.

—Es precioso, Emma —aseguró Lisbeth a su amiga—. ¡Me vas a hacer sombra en el día de mi boda!

Mary protestó:

—No, Lisbeth, tu vestido de novia es el más hermoso que he visto nunca. La capa de seda que llevas sobre la falda va a marcar la tendencia para el año que viene. Ojalá mi madre me dejase llevar algo tan moderno el día que me case.

—*Lisbeth* —repuso Emma—. ¡Qué nombre más tonto! Me gustas más como Elizabeth; es muchísimo más elegante. Necesitas un nombre tan distinguido como tu vestido.

—Tienes razón; desde la boda me convertiré por entero en Elizabeth. Mary, acuérdate de llamarme solo así cuando me case. Voy a convertirme en Elizabeth Cunningham y dejar de ser Lisbeth Wainwright.

El té se caracterizó por la elegante sencillez que esperaba Lisbeth de White Pines. La conversación se centró por descontado en los planes relativos al casamiento y la luna de miel. El deseo de hacer un largo viaje por Europa expresado por la novia se había vetado sin consideración ni debate algunos; en cambio, los recién casados tomarían el tren a la ciudad de Nueva York el mes de junio. Lisbeth soñaba con

pasear por Central Park y visitar los museos de la urbe. Dado que nunca había conocido ninguna más distinguida que Richmond, se convenció de que aquella excursión constituía suficiente aventura.

La señora Cunningham preguntó a su futura nuera:

—Elizabeth, cariño, ¿te importa ir a ver qué está entreteniéndolo tanto a Edward? Le dije que volviese para el té. Está en el jardín de atrás haciendo Dios sabe qué.

—Claro que no, señora Cunningham.

—No vas a poder dirigirte a mí de ese modo mucho tiempo más: después de la boda espero que empieces a llamarme *madre*.

La joven sonrió.

—Estoy deseando hacerlo —respondió, tras lo cual besó la suave mejilla de su futura suegra y salió a buscar a su prometido.

Declinó el ofrecimiento de acompañarla que hicieron Emma y Mary a fin de poder pasar unos minutos a solas con Edward. Mientras atravesaba el jardín principal se sintió en paz. Aquella casa y aquella familia no iban a tardar en ser las suyas. Había acabado por comprender que esa era la elección más madura.

Llevaba el collar en la faltriquera: aunque habría sido un detalle infantil tenerlo puesto en público, le parecía seguro guardarlo en su ropa como recuerdo de Mattie en su cumpleaños. Acarició la concha marina mientras contemplaba aquel hermoso terreno. Entonces formuló el siguiente mensaje callado: «Mattie, dondequiera que te encuentres, espero que estés a salvo y seas feliz. Yo lo soy. Quiero que sepas que voy a tener un matrimonio dichoso. Si me vieses, te alegrarías por mí».

En el jardín de atrás reparó en un sauce particularmente hermoso, mayor aún que el suyo de Fair Oaks, cuyas largas ramas descendían hasta besar el suelo. Desviándose de su camino, las separó para aspirar el aire fresco del interior, que olía a tierra húmeda, y contemplar la luz brumosa. Aquel lugar era un tesoro, un parasol gigantesco y privado. En breve iba a tener la ocasión de acudir a él a placer. Sería su refugio, y algún día podría llevar a su propia hija bajo aquellas ramas para dormir con ella la siesta, enseñarle a leer y compartir historias.

Oyó el crujido de un animal al otro lado del tronco. Impertérrita, salvó, contando hasta uno, hasta dos, hasta tres, cuatro, cinco..., la distancia que mediaba entre las ramas y aquel. Poco a poco, lo rodeó con cuidado de no acercarse con demasiada rapidez a la criatura y se detuvo al ver qué era lo que hacía aquel ruido.

Clavó la mirada en la visión confusa que tenía ante ella. Distinguió el cuerpo de Edward con los calzones caídos hasta los tobillos, las rodillas dobladas ligeramente, las nalgas desnudas y los muslos cubiertos de vello oscuro. Todo su ser se estremecía arriba y abajo a empellones con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados con fuerza para aislarlo del mundo. Se hallaba montado sobre una esclava de campo a la que se imponía con embates feroces. Tan absorto estaba en el placer que le producían sus propios movimientos que ni siquiera advirtió que su prometida lo estaba mirando. La incompreensión de esta se trocó de súbito en horror.

Lisbeth comenzó a temblar mientras la inundaba una oleada de rabia y odio. El estómago se le revolvió y le dejó en la boca un sabor amargo de hiel. Apoyó la mano en el tronco para no perder el equilibrio. Entonces miró más allá del cuerpo de Edward y vio el rostro de la muchacha que tenía debajo. La chiquilla lo había alzado para clavar con fuerza en Lisbeth aquellos ojos aterrados del color del caramelo. El dolor y la vergüenza demudaban su joven rostro. Apartó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

—¡Apártate de ella! —ordenó Lisbeth con un chillido antes de salir corriendo del abrigo del sauce, desesperada por alejarse de tan execrable escena.

Gimiendo y tiritando, estaba dando tumbos por el sendero cuando la agarró Edward desde atrás y la giró para que lo mirase. Ella se zafó con violencia y gritó:

—No me toques. Eres despreciable.

—Cálmate, Elizabeth —la calmó él—. Deja que me explique.

Ella, indignada, dio un paso atrás y le espetó:

—¡Explicarte! ¿Qué explicación vas a darme? Ya he visto con demasiada claridad a qué estabas entregado.

—No soy el primer hombre, ni seré el último, que se solaza antes de contraer matrimonio. Esto no afecta a lo que siento por ti ni a nuestros planes de boda. No tiene por qué cambiar nada.

—¡A lo mejor para ti es normal, pero para mí no! —gritó ella—. No puedo imaginarme viviendo con un hombre como tú.

—¿Un hombre como yo? —se burló él curvando el labio—. No seas estúpida: todos son como yo.

—¿Todos? ¿Cómo se te ocurre decir tal cosa? —Semejante acusación la enfureció aún más—. ¡Mi padre, no! ¡Y mi hermano, tampoco!

—¿Cómo puedes ser tan ingenua? —sonrió él con suficiencia—. Eres tan niña aún... —La miró con lástima mientras meneaba la cabeza—. ¿De dónde crees que salen tantos esclavos domésticos de piel clara? Te aseguro que no son producto de dos negros y creo recordar que en Fair Oaks también tenéis unos cuantos.

En la imaginación de Lisbeth se apareció entonces el rostro de Emily y su alma se vio inundada por un horror paralizante. Su rabia se desinfló de pronto para quedar sustituida por el oprobio y el dolor. Miró a Edward y parpadeó para deshacerse de las lágrimas, anonadada por entero. Tras unos instantes, él la rodeó lentamente con su brazo y, al no hallar resistencia alguna, la condujo de nuevo a la casa. Ella se dejó llevar mientras los pensamientos se agolpaban en su cabeza.

Con la suavidad de quien se dirige a una cría que da sus primeros pasos, Edward le dio las siguientes instrucciones:

—Elizabeth, vamos a decir a todos que te has indispuerto. A la postre, no es ninguna mentira. Entiendo que hayas quedado un tanto perturbada por esto. Eres demasiado inocente y ese es uno de los rasgos de tu persona que más encantadores me resultan. Ve a casa y descansa. No tienes por qué hablar con nadie de lo que ha

ocurrido. Una vez que hayas superado la conmoción, entenderás que en realidad no hay nada por lo que afligirse. Yo te aprecio muchísimo. No tendría sentido anular el casamiento con tan poca antelación, ahora que está todo organizado.

La joven asintió de forma poco consciente a cuanto oía de la voz consoladora de Edward.

Capítulo veintidós

Lisbeth entró dando tumbos en su dormitorio y se desplomó sobre el lecho para refugiarse junto a su almohada de plumas y revivir los sucesos de aquella tarde. Supuso que podía haber actuado de otro modo a fin de prevenir tan horrible experiencia y se dolió de su natural impulsivo. Ojalá se hubiera limitado a llamar a Edward en lugar de apartarse del camino y tomarse la libertad de apartar las ramas del sauce. Se afanó en olvidar cuanto había visto. Sobre todo, deseaba sacar de su cabeza la imagen de los desesperados ojos color caramelo de la muchacha suplicando que la soltasen.

Dijo estar demasiado enferma para bajar a cenar, por lo que Emily le llevó a la cama sopa de chirivía. Lisbeth estudió las facciones de la doncella y reparó en que no había confusión posible: el color avellana de sus ojos era idéntico al de Jack. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Emily, ¿tú has vivido alguna vez en las cabañas?

Sorprendida a todas luces por la pregunta, la interpelada respondió:

—Dicen que nací allí, pero no guardo ningún recuerdo de aquel tiempo.

Ella asintió, pero no formuló ninguna otra cuestión de las muchas que se agolpaban en su mente. ¿Lo sabría Emily? ¿Y el señor y la señora Wainwright? ¿Se molestaba alguien en seguir la pista a cosas así? Sintió que se desmoronaba toda su concepción del mundo y se preguntó si algún día sería capaz de recomponerla. Al final se apoderó de ella un sopor desazonado, henchido de sueños caóticos.

Al día siguiente, al ver que llegaba la tarde y no salía del lecho, entró en su cuarto Ann con la intención de reconvenirla.

—Elizabeth, ¿puede saberse qué te ocurre? Salta a la vista que has estado llorando. Me da la impresión de que, en realidad, estás fingiendo hallarte enferma. No alcanzo a imaginar qué ha podido motivar todo este teatro. Dime, por favor, qué ha ocurrido entre Edward y tú.

Agradecida por la ocasión que se le ofrecía de hablar de ello, Lisbeth dejó escapar lo que la acongojaba:

—Madre, mientras tomábamos té para celebrar mi cumpleaños en casa de los Cunningham, cuando fui a buscar a Edward a los jardines, me lo encontré... me lo encontré... con una de las esclavas... haciendo lo que un hombre... y una mujer...

—¿Eso es todo? —se burló ella—. En fin... es normal que te haya conturbado si presenciaste el acto mismo, pues es cierto que no resulta agradable contemplar a nadie envuelto en semejante empresa, pero no es tan terrible como te puede parecer.

Lisbeth la miró de hito en hito.

—Elizabeth —la madre soltó un suspiro mientras se explicaba—, los hombres tienen necesidades que deben satisfacer antes de desposarse a una dama. Dado que a una señorita le está prohibido ayudarlos a aliviar semejantes impulsos antes de la boda, los varones recurren a las esclavas. Para estas resulta muy halagador acaparar la

atención del joven amo de la casa. No tienes por qué preocuparte. —Y con esto, Ann dio unas palmaditas en la mano a su hija.

—Pero ¿y padre...? ¿Y Jack...? —la confusión la hacía balbucir.

Con el rostro encendido de ira de improviso, la madre le espetó:

—¡No es a mí a quien corresponde conocer cosas así! Ni a ti tampoco: las relaciones que puedan tener fuera de estas paredes no son de nuestra incumbencia.

—Pero ¿no es muy poco cristiano conducirse de ese modo? Yo pensaba que los esclavos necesitaban nuestra protección.

—Sin embargo, ellos no pueden considerarse verdaderos cristianos. Los más están ansiosos por recibir semejantes atenciones. Se sirven de ellas para obtener un trato especial. No tienen los mismos valores morales que nosotros, Elizabeth.

La joven, poco convencida, arguyó:

—Pues ella no parecía precisamente entusiasmada, madre, en absoluto.

—Sé que no es fácil de entender —la impaciencia empezaba a hacer mella en la voz de la madre—, pero estás a punto de ser una mujer casada: tienes que dejar de ser tan ingenua e idealista. Aunque el mundo no es siempre amable, lo cierto es que todos tenemos un lugar en él. Edward tiene el suyo, y la esclava joven, también. Tú tienes el tuyo. Quizá no podamos elegirlo y tal vez no lo disfrutemos, pero debemos aceptarlo.

Sintiendo que ya nada se lo impedía, Lisbeth preguntó:

—Madre, y Emily ¿es mi her...?

Ella le asestó un bofetón que hizo que la cabeza de la joven se sacudiera hacia un lado. Los ojos furiosos de Ann se clavaron ardientes en los de su hija.

—¡Ya basta, Elizabeth! Para mí ha acabado esta conversación. Te doy dos días más para yacer en la cama y compadecerte de tu suerte, pero el viernes te espero a la mesa vestida y sonriente, dispuesta a encandilar a nuestros convidados. ¿Me he explicado bien?

La muchacha sintió que el rostro le ardía y le palpitaba. Lo frotó con la mano al mismo tiempo que, escaldada, asentía con la cabeza.



Al día siguiente, tras otra noche de sueño agitado, se avino a recibir la visita de Mary.

—¡Qué flores tan hermosas! —exclamó la recién llegada.

—Son de Edward; y el collar granate, también. —Lisbeth meneó la cabeza con el entrecejo fruncido antes de añadir—: Los ha enviado como ofrenda de paz.

—¿Ha hecho algo de lo que deba arrepentirse?

—Lo cierto es que dudo mucho que se arrepienta de lo que ha hecho, aunque él quiere que crea lo contrario. Me ha dejado muy afligida.

Tras ponerla al corriente de lo ocurrido bajo el sauce, Lisbeth preguntó a su amiga

del alma:

—Mary, ¿tú sabías que eso era normal?

—Supongo que sí, aunque nunca he oído a nadie hablar de ello de forma directa —reconoció la otra—. En todas las plantaciones hay esclavos de piel más clara. Mis hermanos suelen lanzarse pullas conjeturando de qué semilla viene tal cosecha. Yo sabía que estaban hablando de cosas sexuales. Imagino que eso hace que lo de Edward no sea tan terrible.

—O sea, que crees que debería casarme con él de todos modos —quiso saber Lisbeth, ansiosa por escuchar el consejo de su amiga.

—¡Pues claro! ¿Qué otra opción tienes? No te queda nadie más disponible: todos están ya comprometidos. Robert, desde luego, no va a romper sus esponsales para casarse contigo a estas alturas. ¿Crees que te iba a ser posible dar con alguien el año que viene si se te ocurre hacer tal cosa? Nadie iba a considerar semejante razón un motivo aceptable para quebrantar una promesa de matrimonio. Tus padres ¿iban a apoyarte en ese caso?

—Mi madre me ha dicho que los varones jóvenes tienen necesidades que las señoritas no pueden satisfacer hasta después de la boda. Cree que estoy pecando de dramática e ingenua en exceso. Me duele mucho pensar en aquella negrita. No era más que una niña. Estoy tan avergonzada de haber visto lo que estaban haciendo... Madre cree que me ha traumatizado contemplar el acto y que lo superaré en breve.

Mary repuso con dulzura:

—Yo diría que no tienes más opción que desposarte con Edward. Si no lo haces, te vas a ver obligada a marcharte de aquí. Y ¿adónde vas a ir?

—No lo sé —reconoció Lisbeth—. Nunca he sabido de nadie que rompiese su compromiso nupcial. ¿Y tú?

Mary meneó la cabeza.

—Directamente no, pero he oído cuchicheos.

—A lo mejor mi tía materna estaría dispuesta a acogerme, aunque solo durante un tiempo limitado. —Le escocían los ojos—. ¡Mary, estoy tan confundida! Sin embargo, me tengo que decidir cuanto antes.

—Lisbeth, ¿te acuerdas de cuando te preguntabas si sería romántico casarse con Matthew Johnson por la afición que compartíais por Shakespeare?

Ella asintió muda.

—Entonces te diste cuenta a tiempo de lo infantil que resultaría fundar un matrimonio sobre semejante idea —la aleccionó—. En fin... este caso no es muy diferente. Igual que no puedes elegir a tu marido por sus gustos literarios, tampoco cabe rechazarlo por cómo trate a los esclavos. Estarías renunciando a todo ¿para qué? Como ves, no cambia nada.

Lisbeth, sentada, guardó un silencio sepulcral mientras sopesaba el consejo de su amiga. Movié la cabeza con un gesto lento de asentimiento.

Mary prosiguió con voz meliflua:

—Ya sé que resulta egoísta por mi parte, pero no puedo soportar la idea de que vivas en un lugar que no sea nuestro valle. Nos imagino bebiendo té en la galería de White Pines mientras oímos a nuestros hijos jugar en el jardín.

—Yo también sueño con eso.

Su amiga le suplicó:

—Por favor, sácatelo de la cabeza y prosigue tus planes.

—Voy a tratar de superarlo —la tranquilizó ella—. Te lo prometo.

Después de partir Mary, Lisbeth se sentó en su mecedora para mirar por la ventana el paisaje que se extendía a sus pies: la cocina y el ahumadero, el sauce, las cabañas y los campos salpicados de peones encorvados. Quiso distinguir a alguno de cuantos conocía: Rebecca, Sarah o Henry; pero no logró destacar a ninguno del resto de la mano de obra. Hacía ya mucho que no los visitaba. Ya apenas los reconocía. El hábito había ido desapareciendo; la joven había renunciado a él mientras se preparaba para su nueva vida.

Entonces observó a su hermano, Jack, dando instrucciones al capataz. Pasaba más tiempo fuera desde que había cumplido los diecinueve años, adiestrándose para asumir un día la función de amo de Fair Oaks. Viendo la manera que tenía de hablar con el supervisor y tratar a los esclavos, supo con una certidumbre tan repentina como dolorosa que Edward decía la verdad. Sí: su hermano tampoco dudaría en servirse de cualquiera de las trabajadoras para su propia satisfacción. De hecho, lo más probable es que ya lo hubiera hecho, quizá bajo el sauce de ella.

Abrumada de súbito, se dobló por la mitad y se echó a llorar hasta perder el aliento. Con los pulmones oprimidos, boqueó en busca de aire. De su garganta brotaron ruidos roncós. Los sollozos le provocaron arcadas cada vez más intensas que llenaron su boca de saliva. Tras una de ellas, corrió al aguamanil y escupió hiel en la jofaina. Demasiado exhausta y apesadumbrada para volver al asiento, se desplomó sobre el suelo. Entonces tomó una toalla del lavamanos y se enjugó el rostro, tras lo cual se incorporó y se apoyó en el bruñido palanganero de madera de cerezo hasta agotar las lágrimas.



Antes de irse a dormir aquella noche, Lisbeth rezó para pedir a Dios que la guiase:

—Por favor, Señor, muéstrame cuál es tu voluntad para conmigo. Si he de desposar a Edward, aparta estas imágenes de mi cabeza y mi corazón y devuélveme a la inocencia en la que habitaba, y si no debo casarme con él, llévame hacia un camino diferente. Por favor, Dios, enséñame lo que debo hacer.

Los sueños perturbadores siguieron poblando sus noches. En ellos se veía hostigada entre ramas de sauce. Gritaba al sentir largas enredaderas verdes que le golpeaban las piernas y le tiraban de los cabellos. Corría, abriendo la boca para tratar

de inspirar a cada paso, y entonces, de pronto, caía al suelo e iba a aterrizar sobre un cuerpo menudo. Miraba hacia abajo y veía tendida a la muchacha a la que había montado Edward.

—¡No! —exclamaba, tratando de apartar la vista, pero tenía los ojos clavados en los de la niña.

Esta se transformaba de súbito en Mattie y, a continuación, en la pequeña Jordan. Aterrada, Lisbeth se agitaba en el suelo, tratando de luchar con la gravedad para ponerse en pie. Sin embargo, las piernas no le respondían y tenía que permanecer en aquella posición. A su alrededor había una multitud que la observaba entre vítores. Su madre, su padre, Edward y Mary le gritaban palabras indescifrables de aliento. Ella se afanaba en entender lo que le decían. Entonces, miraba a la Mattie o la Jordan que tenía debajo y la veía menear la cabeza y aseverar:

—Antes tenías buen corazón.

De pronto se veía ante un grupo de mujeres de piel oscura alineadas contra un muro pintado de reluciente blanco. Caminando de un lado a otro de la hilera que formaban, las examinaba una a una. Edward la seguía como una sombra, tan de cerca que sentía su respiración caliente en la nuca.

—Decide tú, Elizabeth —le susurraba en tono seductor al oído.

Resultaba arduo: quería complacer a su prometido haciendo la elección correcta sin conocer, no obstante, a ninguna de aquellas siervas. De pronto, pese a que ya no era una cría, reconocía a Jordan como la niña a la que había llevado sobre la cadera tanto tiempo atrás.

—Ella —decía apuntándola.

—Has elegido bien —confirmaba él.

Entonces tomaba a Jordan de la mano. «Ya sabe andar», pensaba Lisbeth en el sueño. No bien desaparecía Edward con ella, se presentaba Mattie de la nada dando alaridos:

—¡A mi niña, no! ¡No se lleve a mi niña!

—No pasa nada, Mattie —decía Lisbeth en tono tranquilizador a su antigua nodriza—: Vamos a cuidarla. Jamás haríamos daño a Jordan. ¿Lo ves?

Entonces volvía la vista hacia su prometido y lo veía conducir a la muchacha hacia el sauce.

—¡No! —chillaba Lisbeth al caer en la cuenta de lo que esperaba a su elegida—. ¡No, a Jordan no! ¡A ella no! ¡Ahí no! ¡No!

Lisbeth lanzó un grito y se despertó sobresaltada. Se incorporó, temblando y buscando aire. Sola y aterrada, buscó bajo la almohada su collar y al dar con él respiró hondo mientras acariciaba la suave concha marina.

—¡Oh, Señor! ¡Oh, Señor! ¡Oh, Señor! —exclamó entre jadeos.

Por vez primera en dos días se permitió fijar con detalle en su imaginación el rostro de la esclava, una muchacha con los ojos tan parecidos a los de Mattie que hasta causaba dolor. Sintió su miedo. Imaginó los sentimientos de la madre de la niña,

el daño de saber que había sufrido tamaña atrocidad y que no podía hacer nada para protegerla. Reparó entonces con total certidumbre en que, de no haber huido Mattie, Jordan habría acabado cualquier día tumbada en el suelo bajo un hombre blanco. ¿Habría conocido su aya un trato semejante? Aunque resultaba devastador el simple hecho de pensar en ello, Lisbeth se obligó a considerar la vida de Fair Oaks desde el punto de vista de ella y entendió al fin que había escapado para proteger a Jordan.

Su madre y su padre insistían en que los esclavos eran niños que necesitaban ser guiados para sobrevivir. Criticaban con fervor la emancipación por considerarla de todo punto injusta para los negros. Sin embargo, ¿cómo podía entender su madre el incidente del sauce como un acto de protección? Si contraía matrimonio con su prometido, Lisbeth estaría defendiendo lo aceptable de una práctica así. «No puedo hacerlo —hubo de admitir—. No me puedo casar con Edward».

Su cuerpo se vio inundado por la adrenalina. Cerró con fuerza los ojos al sentir que desfallecía. Las manos se le helaron cuando huyó la sangre de sus extremidades. Estaba a punto de poner fin a su vida tal como la conocía. Iba a renunciar a toda esperanza de poseer una posición social respetable a orillas del James, pero no podía seguir fingiendo que los suyos esclavizaban a los negros por el propio bien de estos.

Volvió a tenderse, aferrada en todo momento a la concha marina, y sintió que la invadía la paz. Se supo libre. Aunque asustada y confusa —más que nunca en cierto sentido—, había dado el paso: había decidido no desposarse con Edward. A continuación, debía trazar su proyecto vital.

Estuvo pensando hasta altas horas de la noche. Recordó a todas las mujeres solteras que conocía: la señora Gray, la tía Beatrice y la señorita Taylor, la institutriz. Jugó con la idea de seguir cada una de sus sendas. Acto seguido, pensó en todos los hombres jóvenes y no tan jóvenes que quedaban disponibles para el matrimonio. Los sopesó e imaginó un futuro propio con cada uno de ellos. Por último, optó por la mejor posibilidad, por más que fuese, a un tiempo, la menos probable.

Capítulo veintitrés

Al día siguiente dio a entender a su madre que iba a tomar el carruaje para ir a ver a Mary, aunque en ningún momento formuló de manera clara tal intención. Sus padres habrían quedado consternados en caso de haber sabido adónde iba en realidad. Tras casi una hora de camino, se detuvo ante una vivienda modesta pero bien construida. Las rosas y las maravillas en flor formaban un colorido remate para el seto que delimitaba el patio delantero. Unas escaleras pintadas de verde llevaban a un amplio porche con muebles blancos de mimbre. Lisbeth las subió con calma, contando cada peldaño —uno, dos, tres...— hasta llegar a siete. Tuvo que obligarse a respirar por el camino. Temiendo que el ritmo acelerado de su corazón estuviera haciendo que se ruborizase, se detuvo en el soportal para abanicarse con un pañuelo. Abrió el marco con mosquitera que protegía una puerta lustrosa pintada del mismo color de las escaleras. Tras golpear tres veces la madera, se llevó el brazo a la cintura para aguardar la eternidad que le pareció que tardaban en abrir.

Al fin salió una negra corpulenta que la miró y preguntó:

—Sí, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

—Estoy buscando al señorito Matthew. ¿Está en casa?

—Sí. Entre y siéntese mientras voy por él.

La acompañó hasta una modesta sala de estar con un sofá sencillo, dos sillas y un piano de cola. La estancia era acogedora y nada intimidatoria. Lisbeth seguía de pie, recorriéndola con la mirada, cuando apareció Matthew. Este abrió como platos sus ojos avellana mientras asomaba una discreta sonrisa a un lado de la boca.

—¿Elizabeth? ¡Qué sorpresa! Es todo un placer verte. —El embeleso iluminó su rostro—. ¿A qué debo la dicha de tu visita? ¿Necesitas algún favor para tu casamiento? Sea lo que fuere, estaré encantado de brindarte mi ayuda.

—¡Oh, Matthew! —respondió ella—. Espero de veras que puedas. —Dicho esto, respiró hondo para evitar llorar.

Él, sintiendo su aflicción, la invitó a tomar asiento mientras iba por una limonada. Cuando regresó, Lisbeth se hallaba paseando de un lado a otro ante el sofá.

—Toma asiento, por favor —le rogó—. Ya sé que no se ajusta a la convención que tú estés sentado mientras yo permanezco de pie, pero tengo que caminar mientras hablo. He acabado por darme cuenta de que... de que no soy tan convencional. Tengo que preguntarte algo y, como ves, me pone muy nerviosa. Es poco decoroso y espero que sepas perdonarme. En realidad, tengo más de una cuestión que formularte.

—Puedes preguntar cuanto gustes, Elizabeth. Que no te importe ofenderme —contestó él inquieto en el borde de su asiento.

Sus propias emociones eran un reflejo de las de Lisbeth, pues parecía nervioso: agitaba una pierna y tamborileaba sobre una de sus rodillas. Sus ojos la seguían mientras iba y venía delante de él.

Lisbeth se secó en el vestido el sudor de las manos, dejó de caminar, tragó con

dificultad y por último enunció, balbuciendo, la primera pregunta, para la que no le fue fácil dar con el lenguaje adecuado:

—¿Has estado alguna vez... como está un hombre con una mujer... con una esclava?

Muerta de vergüenza, clavó la mirada en la alfombra, incapaz de ser más elocuente, y se mordió el labio mientras aguardaba una respuesta con la esperanza de haberse expresado lo bastante bien.

—¿Me estás preguntando sobre mis relaciones? —preguntó él en tono incrédulo.

—¡Sí! —Lisbeth soltó el aire que contenía, aliviada al ver que no necesitaba explicar nada más. Con las mejillas ardiendo por lo embarazoso de la situación, repitió—: Por tus relaciones.

La sala se sumió en el silencio. Ella no se atrevía a alzar la mirada por miedo a ver el gesto de Matthew. Este, cuya voz delataba no poca conmoción, repuso:

—¿Eso es lo que quieres saber de mí?

La joven asintió con la cabeza.

—¡Qué sorpresa! No; no puedo decir que haya... que haya tenido... relaciones.

Lisbeth se mostró aliviada: no le había fallado el instinto.

—La siguiente pregunta puede resultar más chocante. Permíteme un momento.

Mientras se dirigía a la vivienda de Matthew había estado pensando cómo formularla. Hasta había practicado, aunque ninguna de las palabras que había elegido parecía apropiada. Dio un trago e hizo algunas inspiraciones hondas. La tensión fue creciendo sin que acudieran a su cabeza los términos correctos. Al final, balbució:

—No... no voy a casarme con Edward Cunningham.

Aquella frase actuó como una represa que se quebrara en el interior de Lisbeth. Miró a los ojos a Matthew, quien los tenía bien abiertos por la sorpresa, y con atropello le preguntó:

—¿Puedo ir contigo a Ohio? Como tu esposa, quiero decir. Necesito un marido y tú no estás comprometido. A los dos nos gusta Shakespeare.

Matthew se desplomó sobre el respaldo de su asiento mientras la miraba con aire confuso.

—No puedes estar hablando en serio.

La adrenalina que había impulsado a Lisbeth desapareció entonces de su organismo. De pronto fue incapaz de sostenerse y cayó sobre el sofá. Temblando, quiso hacerse un ovillo y desaparecer. Sin embargo, a la postre optó por acopiar sus últimas reservas de energía para responder con educación:

—Espero que me perdones por ser tan directa. Ahora me doy cuenta de lo estúpida que he sido. Es lo mejor que se me ha ocurrido, pero entiendo que no me desees por esposa. —Y dicho esto, se puso en pie y se dispuso a marcharse—. Adiós, Matthew. Gracias por concederme tu tiempo. Siento haberte puesto en una situación tan incómoda. Te agradecería también que guardaras la discreción más estricta posible respecto de esta conversación.

—Elizabeth, me has entendido mal.

Matthew se trasladó al sofá a fin de estar más cerca de ella. Alargó la mano y posó los dedos con ternura sobre el brazo de ella, quien se hundió hacia atrás en el cojín. Era muy consciente de que la rodilla que no dejaba de agitar se hallaba a escasos centímetros de la de él.

El joven la miró fijamente y prosiguió:

—No quería decir que no te quiera por esposa: lo que no entiendo es por qué quieres tú que yo sea tu marido.

Desesperada por explicarse, Lisbeth lo soltó todo:

—He visto a Edward... yacer con una esclava. Me avergüenza decir que nunca antes me había dado cuenta de que se dan cosas así, pero lo cierto es que después de aquello me he percatado de que no puedo seguir fingiendo que la esclavitud es beneficiosa para los negros. Mis padres siempre han insistido en que mi familia trata bien a sus esclavos, en que ellos nos necesitan para llevar una vida aceptable en la tierra y en que requieren nuestra ayuda para conducirse cristianamente y poder alcanzar la salvación. —Mientras hablaba sin rodeos a su amigo, su voz se fue tiñendo de cólera—. Sin embargo, no es cristiano imponerse a una muchacha contra su voluntad. Desposada con él no voy a poder rezar a Dios por las noches, pero si me caso contigo estoy convencida de que sí me será posible. Si te he de ser sincera, prefiero un buen hombre a un buen marido y creo que tú lo eres.

Lisbeth escrutó el rostro de Matthew en busca de cualquier indicio de que la estaba entendiendo. Él asintió muy lentamente.

—Lo único que espero es poder demostrar que la confianza que has depositado en mí está justificada —repuso antes de soltar una carcajada y preguntar con una sonrisa divertida—: ¿De veras hablas en serio? ¿Quieres que nos casemos? Supongo que entiendes que tengo intención de mudarme a Ohio y llevar allí una granja. No voy a tener siervos obligados por contrato: solo trabajadores remunerados. Mi casa va a ser más pequeña aún que esta: tendrá cuatro dormitorios, sin estudio.

—Lo entiendo y estoy dispuesta a acompañarte si me aceptas.

—¿Eres libre para contraer matrimonio? ¿Lo aprueban tus padres?

—Sí, soy libre —respondió Lisbeth, si bien no había hablado aún con Edward—, y no, mis padres no lo van a aprobar; pero no pueden obligarme a aceptar al esposo que elijan ellos. Estoy dispuesta a casarme contigo sin su bendición. Soy mayor de edad: no pueden hacer nada por impedirlo si tengo mi certificado de nacimiento.

Matthew echó una rodilla al suelo y tomó la mano de Lisbeth. Aunque estaba temblando, habló con claridad al mirarla a los ojos:

—Elizabeth Wainwright, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Ella contempló el rostro dulce y lleno de esperanza de él y sus hermosos ojos avellana, y sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Aquello era más de lo que había esperado: Matthew era todo un caballero. Sus ojos se llenaron de lágrimas de esperanza y de alivio.

—Sí, Matthew, quiero.

Un impulso la empujó a inclinarse y abrazarlo. A continuación, sin embargo, la invadió la timidez y se retrajo. La pregunta indecorosa que le había formulado había sido ya lo bastante audaz: no quería arriesgarse a socavar aún más su respeto por ella.

Él se aclaró la garganta y regresó al sofá.

—¿Cuándo vamos a hacerlo? ¿Quieres celebrar un casamiento?

—Si tú no tienes nada que objetar, me gustaría que nos desposara tan pronto como fuese posible un juez de paz.

—Lo que tú prefieras me parece perfecto.

Lisbeth, que lo había reflexionado durante su desvelo, propuso el siguiente plan:

—Podemos ir el lunes a Charles City. Luego, cuando sea ya demasiado tarde, informaré a mis padres.

Claro está que pretendía poner también en conocimiento a Edward, aunque de esto no pensaba decir nada a Matthew. Acordaron que cada uno seguiría con su vida normal hasta la mañana del lunes. Él la acompañó al carruaje y con cuidado la ayudó a subir. Ella sintió su mirada mientras se alejaba.

Lisbeth no cabía en sí de gozo por su buena suerte. Lo había conseguido: había dado con un modo de salvar la vida.



Desapegada de cuanto ocurría en torno a ella, sufrió en silencio a la mesa aquella noche. Como siempre, la conversación estuvo cargada de conjeturas relativas a las desavenencias con los estados norteños y la arrogancia de los abolicionistas. Se sucedieron prolijos argumentos a favor y en contra de la secesión respecto de la Unión. Ella, sin embargo, prestó poca atención a todo aquello: no iba a tardar en estar viviendo en un estado libre ni en dejar de preocuparse, por lo tanto, de los aspectos políticos y morales de la esclavitud. Estaba a punto de dejar atrás todo aquello.

Su madre, interpretando erróneamente su humor pausado, señaló:

—Me alegra verte recobrada por entero, Elizabeth. Esta noche estás relajadísima; un augurio espléndido respecto de tu capacidad para ocupar el lugar que te corresponde en White Pines.

Tras sus oraciones nocturnas, en lugar de meterse en el lecho, Lisbeth se sentó en una silla para leer a la luz de un candil. Emily se ofreció a llevarle leche tibia, pero ella declinó. Aguardó, afanándose en mantenerse despierta, hasta bien entrada la noche, cuando podría estar segura de que toda la casa estaría sumida en un sueño profundo. A las dos de la madrugada abandonó el santuario de su dormitorio.

Con la lámpara en la mano, avanzó con cuidado por el pasillo, descendió la escalera principal y entró en el estudio de su padre. Se llegó a su escritorio y comenzó a abrir los cajones en busca de su certificado de nacimiento. No tenía la menor idea

de dónde podía estar. En los de arriba, el cabeza de familia guardaba tinta, plumas, una plegadera y demás utensilios. En los de abajo, libros mayores y otros documentos. Halló registros de ventas de cosechas de varios años, pero no lo que estaba buscando.

Se dio la vuelta para registrar la estantería que había tras el escritorio: los anaqueles más altos albergaban libros encuadernados en piel, en tanto que en el de abajo descansaba un cofre de hierro forjado. Lo abrió y encontró dentro varios rimeros de documentos. Los llevó al escritorio de su padre y los estuvo examinando con cuidado de no desordenarlos. En la mitad del montón dio con un meticuloso árbol genealógico que abarcaba décadas enteras. Lo examinó en busca de su propio nombre y lo encontró: «Elizabeth Ann Wainwright, 14 de abril de 1837, nacida viva». Dos líneas trazadas con pulcritud unían su nombre al de sus padres. A su lado se daba cuenta del nacimiento de Jack, tras cuyo nombre se leían tres entradas más: «Wainwright varón, 20 de agosto de 1840, mortinato», «Wainwright varón, 30 de septiembre de 1841, mortinato» y «Wainwright niña, 27 abril 1842, mortinata». Lisbeth no pudo menos de conmoverse ante semejante revelación: no recordaba haber visto embarazada a su madre ni había oído nunca que sus padres hubiesen perdido tantos hijos.

A la izquierda de su nombre había otro: el de Emily, unido al de su padre con una línea quebrada por un grueso interrogante.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Lisbeth sobresaltada.

Del nombre de su doncella partía otro trazo idéntico, interrumpido por el mismo signo, que iba a parar al nombre del de su tío Alistair. Tenía ante sí la prueba de que, de un modo u otro, estaba emparentada con Emily, quien era bien su hermanastra, bien su prima. Esta última información fue a confirmar con más fuerza aún que había elegido bien al decidirse a abandonar todo aquello.

Reanudó la búsqueda con energía y halló su certificado de nacimiento en los papeles que había bajo el documento anterior. Volvió a colocar todo lo demás en su sitio y subió las escaleras sin ser notada. Tras esconder el certificado en el fondo de su armario, se quedó profundamente dormida.

Capítulo veinticuatro

Después de dos días tensos de fingimiento llegó al fin el lunes. Lisbeth se hallaba tendida, adelantándose a los acontecimientos: se imaginó de pie ante el juez de paz con Matthew a su lado, aunque no logró, pese a intentarlo, dar forma a su rostro. Cuando sintió crecer el pánico, consiguió reprimirlo. «Estoy haciendo lo correcto», se repitió. Pensó en lo que iba a decir a Edward tras la ceremonia e imaginó el momento de comunicar a sus padres que se había casado.

Vestirse no le resultó fácil: no quería despertar las sospechas de sus padres, aunque sí tener un aspecto radiante el día de su boda. Mientras Emily aguardaba, pasó un tiempo considerable eligiendo entre sus vestidos. Buscaba uno bonito del que, además, pudiera desprenderse sin ayuda, siendo así que no sabía si iba a contar con nadie que pudiera asistirle en semejante tarea. No se permitió pensar en dónde ni con quién iba a desvestirse aquella noche, pero sabía que en adelante no tendría más remedio que habituarse a hacerlo sola. Su nueva vida comenzaba aquel día. Al final se decidió por una gasa con fondo azul claro y topos de un tono más vivo que se abrochaba por delante. Al no ser entallado en exceso, le permitía vestir un corsé que se abrochara en el lateral.

Emily puso gesto sorprendido, pero no hizo comentario alguno cuando Lisbeth desplegó el mismo cuidado a la hora de elegir el peinado. Probó un moño apretado y un tocado alto antes de decantarse por un recogido más suelto. Para rematarlo todo, quiso ponerse el collar de la concha marina, aunque el temblor de sus manos no se lo puso nada fácil. Al verla tan apurada, Emily completó la tarea sin decir palabra.

—Gracias, Emily, muy amable.

—¿Está usted bien, señorita?

—Lo voy a estar. Ahora me encuentro un tanto nerviosa. Hoy va a ocurrir algo importante. Ya te contaré cuando vuelva a casa.

Dicho esto, se ocultó el collar bajo el vestido antes de levantarse del tocador.

Tras informar a su madre de que se dirigía a ver a Mary, guio al caballo a la casa de los padres de Matthew. Él la aguardaba en el porche. Se alegró de verlo ataviado con un traje impecable para la ocasión: para su casamiento. No era fácil de creer, pero era cierto: estaba a punto de desposarse. Él la saludó con una inclinación de cabeza y, mientras la ayudaba a apearse del carruaje, dejó asomar al rostro una sonrisa divertida. Ella respondió con el mismo gesto.

—Me alegro de verte —dijo Matthew—. Estás preciosa.

—Gracias —respondió ella bajando la mirada con aire muy nervioso.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó él inclinando la cabeza para poder verle el rostro.

Ella se enderezó, asintió con un sencillo movimiento y lo confirmó de palabra:

—Sí.

Fueron a Charles City en el carruaje de Matthew. Ella rebuscaba en su cabeza

algo interesante que decir. Si en otro tiempo había sido facilísimo hablar con él, aquel día se sentía obligada a pensar en algo apropiado. Optó por retroceder a las lecciones de la señorita Taylor.

—Tenemos suerte de que nos acompañe un día tan bueno.

—Sí que es agradable —convino él.

Al objeto de no poner fin a la conversación, Lisbeth preguntó:

—¿Es parecido el tiempo en Ohio?

—Creo que los veranos pueden ser más cálidos, y los inviernos, más frescos.

Ella respondió inclinando la cabeza, aunque no logró dar con nada más que preguntar.

—Tengo planes de mudarme a primeros de mayo para supervisar la siembra. ¿Te parece bien?

—Sí, Matthew, cuando tú quieras.

—La tierra que he comprado no tiene casa y voy a hacer que nos construyan una. Viviremos en la ciudad hasta que esté acabada. Podrás decidir dónde quieres que pongamos la cocina. Estará a la medida de tus deseos.

—¡Vaya! Me temo que no tengo experiencia alguna en ese ámbito. No sé guisar nada.

Su voz sonaba angustiada, ni siquiera se le había pasado por la cabeza aquel detalle. Había tantas cosas que no sabía hacer: lavar la ropa, por ejemplo, o el resto de ocupaciones domésticas.

—No pretendía preocuparte —se apresuró a replicar él—. Claro está que podremos tener cocinera: lo que quería decir es que puedes planearla como gustes.

—Gracias, Matthew —repuso ella aliviada—. Creo que sería prudente lo de la cocinera, cuando menos al principio. Quizá con el tiempo pueda ir enseñándome a preparar la comida.

Mientras recorrían la carretera en dirección a la ceremonia que habría de cambiarles la vida, hicieron planes con cautela sobre su futuro común. En Charles City ocurrió todo muy deprisa. Lisbeth había temido que el juez de paz se negara a concederles una licencia matrimonial, pero lo cierto es que no tuvo nada que objetar cuando ella demostró con su certificado de nacimiento que era mayor de edad. El ritual fue sencillo y tardó menos de diez minutos. Deteniéndose ante su carruaje una vez concluido, Matthew se inclinó para besarla. Ella volvió la cara para poner la mejilla antes de advertir, demasiado tarde, que debía ofrecer los labios a su esposo. Entonces volvió a cambiar de postura para que los de él aterrizaran en la comisura de su boca.

—Perdona —balbució él.

Lisbeth se sonrojó. Avergonzada por no saber cómo conducirse con Matthew ahora que era su esposo, no habló demasiado durante el camino de regreso. Le estaba en extremo agradecida.

Y abrigaba la esperanza de que él no se arrepentiría.



Lisbeth se alejó en su propio carruaje de la casa en que había transcurrido la infancia de Matthew, aunque suponía que en aquel momento era también su propio domicilio temporal. Él se ofreció a acompañarla, pero ella prefería enfrentarse a solas con Edward y, a continuación, con sus padres. Llevaba dos días practicando lo que les diría. Pidió a Matthew que fuera a recogerla a Fair Oaks a la hora de cenar. En aquel momento podía ocurrir que él se sumara a la familia a la mesa o que ella se marchase con su esposo antes de comer: la elección quedaba en manos del señor y la señora Wainwright.

Llegada a White Pines, respiró hondo a fin de aplacar los nervios. Dejó el carruaje con el mozo de cuadra, un hombre robusto de edad mediana. Aunque lo había visto esperando en la entrada de White Pines todas las ocasiones que había acudido a la residencia, en aquel momento lo miró por vez primera preguntándose cómo sería su vida.

—Gracias, Francis —dijo con la esperanza de haber recordado bien su nombre—: Buenas tardes.

—Buenas tardes a usted, señorita —respondió él con gesto sorprendido—; lo cierto es que hace un día espléndido.

—Tienes razón: un día especialmente espléndido. No voy a estar mucho rato, conque no hace falta que desenganches a *Sombra* del carruaje.

—Sí, señorita. Gracias, señorita.

«Señora —se dijo ella—, que soy una mujer casada». Sin embargo, se abstuvo de corregirlo.

La hicieron pasar al salón, en donde, de pie ante el sofá, aguardó nerviosa a Edward. Al verlo llegar se sintió aliviada.

—¡Elizabeth! ¡Qué alegría me produce esta visita inesperada! Tienes un aspecto maravilloso. Ya veo que te has recobrado por entero de tu «gripe» —exclamó en tono adulator y sin más que un asomo de sarcasmo en su voz.

Al ver que no respondía ni hacía movimiento alguno hacia él, se acercó a ella y preguntó:

—¿Recibiste el collar que te envié? Me ayudó a elegirlo madre. Buscó uno sencillo que casara con tu gusto. —Luego, mirando al cuello de Lisbeth, añadió—: ¡Vaya! Pero no lo llevas puesto. Has preferido esa cosa vieja. Hoy debes de estar sentimental. ¿Llamo a madre y a Emma para que tomen el té con nosotros?

Se aproximó con la intención de besarle la mejilla y ella se apartó para tomar asiento en el diván. Él se sentó a su lado y alargó la mano para tomar la suya, en tanto que ella entrelazó con fuerza sus propios dedos a fin de impedirselo y, apartándose de él, lo miró a los ojos. Su corazón corría desbocado, pero estaba resuelta a hablarle con claridad y firmeza.

—Edward, he venido a decirte algo a ti solo. No me resulta fácil —se detuvo, se

aclaró la garganta y prosiguió—, pero... quiero informarte de que no voy a casarme contigo. He pedido al Señor que guíe mis pasos cada día desde el incidente, y ahora sé que no puedo ser tu esposa.

—Elizabeth, ¿te has vuelto loca? —exclamó él con la voz demudada por la indignación—. Si es por el episodio del sauce, puedo garantizarte que no volverá a ocurrir. Una vez que nos casemos, serás la única mujer con la que yazca. Puedo abstenerme hasta la noche de bodas. No tienes por qué volver a preocuparte.

Alargó una mano y acarició con delicadeza el dorso de la de ella con un dedo.

Ella la apartó con repulsión.

—Edward, he acabado por darme cuenta de que no se trata de ti ni de mí, sino de la niña que tenías tendida en el suelo. Por la noche, cuando cierro los ojos, se me aparece su rostro dolorido que pide que la liberen. No está bien que nadie tenga que encontrarse en semejante posición. Supongo que, si he de ser sincera contigo y conmigo misma, me he vuelto abolicionista.

Al ver que Edward la miraba como si le hubiera asestado un bofetón, se detuvo para tomar aliento y prosiguió:

—El día de mi cumpleaños reparé en que... no es bueno poseer a otra persona. No pienso seguir participando en eso: me voy a mudar a un estado libre, a Ohio.

—¡Ahora sí tengo claro que te has vuelto loca! —aseveró él con un chillido de desdén—. ¡Si no tienes nada! No posees fortuna propia. Tus padres no lo van a consentir. Te estás comportando como una niña por una nadería. ¿Pretendes que te implore? ¿Qué intentas conseguir mediante una amenaza así? ¿Crees que ese es modo de empezar un matrimonio? Yo voy a ser tu marido y no tengo intención de rebajarme ante mi futura esposa. Ya basta; no quiero volver a oír hablar de esto. Se acabó.

—Sí, se acabó —convino Lisbeth, que había mantenido adrede la voz calma—, porque ya he tomado una determinación. No se trata de ninguna amenaza, Edward: no voy a casarme contigo.

—¿Cómo puedes arruinar así tu vida y la mía? —gritó él.

—No estoy arruinando mi vida, sino salvándola. En cuanto a ti, tengo que reconocer que te he tomado cariño este último año.

—¿Cariño? —repitió Edward con incrédulo desdén—. ¡Qué gran consuelo! Esto es indignante.

—Por favor, despídete de mi parte de tu madre y de tu hermana —le pidió ella con una compostura que la ayudó a calmar los frenéticos latidos de su corazón.

Poniéndose en pie, le tendió una bolsa de terciopelo rojo con los obsequios que él le había hecho.

Caminó deprisa hacia la puerta con la intención de escapar de allí. Los siervos domésticos que aguardaban en el vestíbulo observaron a Edward avanzar a poca distancia de ella, con el cuello encendido y gritando:

—Cuando cambies de idea, ni te molestes en venir a buscarme. ¡Estás acabada!

Ella tomó el pomo de la puerta y lo giró con firmeza. Sin embargo, tenía la mano húmeda y se le escurrió. Encogiéndose ante Edward, se enjugó el sudor y logró abrir al fin.

Una vez fuera de la casa, mientras atravesaba el atrio, oyó cerrarse con violencia la puerta y saltar el cristal de la hoja que la remataba. Una de las esquirlas salió disparada y fue a hacerle una fina herida en la piel del tobillo. Aunque gritó por el dolor, no se volvió: no quería ver a Edward.

Agradecida al verificar que el carruaje seguía frente a la casa, bajó corriendo las escaleras. Cuando alcanzó el refugio que le ofrecía el interior de su medio de transporte alzó la mirada hacia el porche. La puerta se abrió de golpe y dio paso a Edward, que salió hecho una furia, con los ojos y el rostro encendidos. Tras tomar impulso con el brazo, arrojó algo a Lisbeth con ademán certero. Ella vio volar un collar por los aires y se agachó para esquivarlo antes de aguijar a su caballería. Él siguió lanzándole uno a uno los obsequios, poseído por el odio y gritando con cada envite:

—¡Nunca..., jamás... van... a volver... a aceptarte...!

Uno de los proyectiles, un arete de zafiro, fue a aterrizar dentro del vehículo, al lado del pie de la joven, quien hizo detenerse al caballo, tiró la joya al suelo y se volvió a mirar por última vez. Edward se hallaba sentado en el peldaño superior con la cabeza hundida entre las manos, los dedos enredados en su cabello castaño oscuro y el cuerpo convulso. En primer término se encontraba agachado Francis, recogiendo poco a poco las alhajas desperdigadas.

—He hecho lo que debía. He hecho lo que debía. He hecho lo que debía —se repetía ella casi sin aliento y con el rostro empapado en lágrimas mientras seguía adelante.



Practicando por el camino, se preparó para el suplicio que tenía por delante. No esperaba que sus padres entendiesen su elección, aunque sí que la dejaran marchar sin montar una escena como la de Edward.

—¿Qué ocurre, Lisbeth? Parece que hayas visto una aparición —comentó el señor Wainwright al verla entrar en la sala de estar.

—La excursión debe de haberte dejado extenuada —aseveró su esposa con voz jovial—. Descansa un rato antes de la cena. Todavía queda una hora.

—Madre, padre, tengo que contarles algo que no puede esperar.

Llegado este momento se le quebró la voz. Estudió a sus padres y examinó la estancia en la que quizá no iba a volver a ser bien recibida. Reparó en la última servilleta de su ajuar asomando en el cesto, en la textura de las cortinas de terciopelo, en la mezcla de aromas del humo y el perfume... y la asaltó toda una oleada de

recuerdos. Se vio escuchando recitar poesía mientras bordaba al lado del hogar, cantando al piano, memorizando las Escrituras... vio a padre discutir con el periódico y a la abuela Wainwright descosiendo sus puntadas. Grabó en lo más íntimo de su ser cada rincón antes de volver a mirar a sus padres. Quería adoptar una actitud que manifestase fuerza y confianza, pero sus ojos vidriados la delataban.

—Elizabeth, me estás asustando —anunció Ann con un aire enérgico que apenas consiguió disimular la inquietud de su voz—. Déjate de dramatismos y di lo que tengas que decir.

—Vamos, Elizabeth —la instigó su padre.

—No voy a casarme con Edward —espetó la joven.

—¿Otra vez estás con la misma bobada? —dijo su madre, aliviada a todas luces—. Estás sufriendo los nervios prematrimoniales. Les pasa a todas las jovencitas. Me habías asustado. Anda, ve a descansar; te sentirás mucho mejor cuando no estés tan agotada.

—No, madre. Hablo en serio: no voy a unirme en matrimonio a Edward —insistió. Entonces se detuvo para revelarles a continuación—: De hecho, ya me he desposado... con otro.

El señor Wainwright se levantó de un salto con los ojos inyectados en indignación y desconcierto.

—¿Qué quieres decir con que ya te has desposado? Elizabeth, ¿con estas cosas no se bromea!

—Madre, padre, lo siento, pero no voy a casarme con Edward ni ser la señora de White Pines —aseveró con el escaso aliento que dejaba pasar su garganta tensa—: Hoy mismo he contraído matrimonio con Matthew Johnson. Nos vamos a mudar a Ohio. No albergo esperanza alguna de que lo entiendan, pero sí de que lo acepten.

—¡Matthew Johnson! —chilló la madre roja de ira—. ¿Esperas que consienta que Matthew Johnson sea el padre de mis nietos, y en Ohio? ¡Ni lo sueñes! Te lo prohibimos.

—Demasiado tarde, madre, nos han desposado esta misma tarde en Charles City.

—Haremos que lo anulen —declaró su padre.

—Pero yo no quiero anular mi matrimonio —se plantó ella—: soy la esposa de Matthew Johnson.

El señor Wainwright se puso a recorrer la sala de un lado a otro como un poseso, entre el globo terráqueo y el piano, hasta que, incapaz de contenerse, se volvió a su hija y clavó en ella unos ojos que ardían de furia para encajarle:

—Dudo mucho que entiendas cuáles son las consecuencias de tu postura. Estás arruinando tu reputación. Estás arruinando mi reputación. Estás haciendo caer la deshonra sobre ti, sobre esta familia y sobre toda la plantación de Fair Oaks. Te prohíbo terminantemente hacer algo así.

—Ya está hecho —repuso ella tiritando—. Soy una mujer adulta, no puede usted detenerme. Voy a irme con Matthew y lo único que pueden hacerme decidir es si lo

hago antes o después de cenar. Subo a preparar las maletas. Por favor, háganme saber si quieren que deje aquí alguna de mis pertenencias personales.

Y evitando encontrarse con ellos, se dirigió al cesto de costura, retiró la servilleta por acabar y salió por la puerta. A sus espaldas oyó los gimoteos de su madre y los golpes que asestaba su padre a la tapa del piano.

Sintió un escalofrío al subir a la planta alta. En el dormitorio, se desplomó sobre su querida mecedora y se dobló sobre sí misma para echarse a llorar. Su cuerpo se estremeció de manera irrefrenable cuando comenzó a escapar de él toda la emoción del día una vez refugiada en aquel lugar seguro y familiar. Entonces sintió una mano posarse con suavidad en su hombro.

—Aquí tiene, señorita —anunció Emily mientras le ofrecía un vaso de agua.

Ella intentó beber, pero le temblaban demasiado las manos.

—Lo dejaré aquí. Si necesita algo más, dígamelo. Siento mucho que esté triste.

Lisbeth abrió la boca a fin de tomar aire y calmarse. Después de tres intentos fue capaz de articular un débil:

—Gracias.

Emily permaneció en silencio a su lado, dándole palmaditas en la espalda y musitando palabras tranquilizadoras. Al final, cuando cesaron al fin las lágrimas, Lisbeth tomó un sorbo de agua fresca, se enjugó el rostro y comunicó a la doncella que necesitaba recoger sus pertenencias.

—¿Tan pronto, señorita? Aún quedan cuatro semanas para la boda.

—El caso es que, aunque resulte difícil de creer, ya soy una mujer casada. He puesto fin a mi compromiso con Edward Cunningham: ahora soy la esposa de Matthew Johnson. Nos hemos casado hoy mismo y me voy con él esta noche. ¿Puedes traer mi baúl, por favor?

—Sí —respondió Emily antes de ir por el baúl de Lisbeth. Al llegar a la puerta, se dio la vuelta y dijo en voz baja—: Enhorabuena.

—Gracias, Emily. Muchas gracias.

—¿Tengo que marchar yo también esta noche, señorita? Quiero decir: señora.

—No, Emily. Mis padres no permitirán que sigas siendo mi regalo de boda.



La madre entró en la habitación mientras las dos determinaban qué había que empacar y qué convenía dejar atrás. Tenía los ojos rojos e hinchados y parecía preocupada y extenuada. Se sentó con cuidado en la silla que había al lado del hogar.

—No voy a cambiar de opinión, madre —advirtió Lisbeth.

—Está claro que tu decisión te ha afectado en lo más hondo. A tu padre y a mí, también. Quiero que entiendas lo que estás pensando. Los actos de Edward te han hecho mucho daño; lo entiendo. Sin embargo, ¿vale la pena dar al traste con toda tu

vida por su comportamiento? Tengo la impresión de que no entiendes a qué estás renunciando. Vas a ser la mujer de un granjero, y a mucha distancia de casa. Tienes la ocasión de vivir aquí al lado, de disfrutar con nosotros de las vacaciones. Disfrutas de lo mejor de la vida y puedes mantener tus amistades. ¿De veras vas a renunciar a todo eso? Pecas de ingenua y de romántica si crees que Matthew Johnson se va a consagrar exclusivamente a ti. Sí, Edward te ha herido, pero tú te estás haciendo mucho más daño.

—Le voy a decir lo mismo que a él, madre, aunque imagino que tampoco usted lo entenderá: no he cancelado el compromiso porque me haya herido, sino por la chiquilla a la que ha hecho daño.

—¿De qué estás hablando? —exclamó su madre.

—¡Ese es precisamente el problema, madre! Ni siquiera es capaz de entender el dolor que ha causado a la muchacha a la que decidió imponerse. Sin embargo, yo no consigo quitármelo de la cabeza. Cada noche, al cerrar los ojos, se me aparece su imagen y veo la desesperación que transmiten sus ojos. ¿Qué ha hecho ella para merecer semejante trato? A ella sí que la han herido, mucho más de lo que me herirán nunca a mí. ¡Y está usted tratando de convencerme, y de convencerse, de que una experiencia así le ha debido de resultar halagadora! —exclamó con desdén—. ¡Pues yo no la creo, madre! Para ella eso no fue ningún agasajo: sufrió mucho. Por eso me mudo a Ohio, un estado libre en el que no tendré que participar en la práctica execrable de la esclavitud.

—¡Qué ingenua eres, Elizabeth! —se burló su madre—. La esclavitud va a formar parte de tu ser vayas donde vayas, tanto como el color de tus cabellos o tu sangre. Es un aspecto fundamental de este país que no va a desaparecer en mucho tiempo. Dar al traste con tu vida por una negra... Me avergüenzo de ti.

Lisbeth no respondió. La falta de comprensión y compasión de su madre era predecible. No veía motivo alguno para proseguir la conversación. Ninguna de las tres volvió a hablar mientras la joven seguía empaquetando sus efectos personales y Emily, que lo había escuchado todo, seguía atareada en un lugar discreto, tratando de ser a un tiempo útil e invisible.

Al final, la recién casada rompió el silencio para decir:

—Madre, quisiera llevarme la mecedora... si le parece razonable.

—Puedes quedarte con cuanto quieras de esta habitación excepto con Emily. —Dicho esto, se puso en pie con un hondo suspiro y contempló el montón de las pertenencias que había reunido su hija sobre el lecho. Después, se dirigió a la puerta con paso lento y, desde el umbral, con los ojos húmedos, añadió con suavidad—: Avísanos cuando hayas acabado. Enviaré a William a por tus cosas. El señor Johnson y tú no sois bienvenidos a mi mesa.

Lisbeth respiró hondo a fin de calmar los nervios, miró a Emily y le dedicó una sonrisa vaga antes de seguir guardando sus posesiones. Oyó abrir y cerrar la puerta principal y, sintiendo curiosidad por la identidad de la visita, bajó a la planta baja. El

zaguán estaba vacío. Oyó voces procedentes del estudio de su padre y comenzó a caminar hacia allí.

—Aléjate de esa puerta, Elizabeth —le ordenó su madre.

—¿Con quién está hablando padre? —quiso saber.

—Está haciendo entrar en razón a Matthew.

Lisbeth apartó a su madre para pasar, giró la manivela y empujó, pero la puerta del estudio no se abrió: estaba cerrada con llave. Golpeó el paño mientras gritaba:

—¡Padre, déjeme entrar!

—¡Elizabeth, para! Tu padre y yo no pensamos sino en tu interés. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

La joven aplicó el oído a la puerta y, aunque oyó voces, no logró distinguir palabra alguna.

—No nos pueden intimidar, madre. No voy a cambiar de opinión, y Matthew tampoco. —Volvió a llamar.

—Tu padre está ofreciéndole mil dólares si anula este matrimonio. También le está dejando claro que ni tú ni él vais a recibir jamás de nosotros cantidad de dinero alguna si seguís adelante con esta afrenta. Se te ha desposado por dinero, Elizabeth.

La muchacha estaba estupefacta: sabía que su decisión iba a disgustar a sus padres, pero no había esperado un acto tan descarado de soborno. La invadieron la cólera y el miedo. Volvió a golpear la puerta hasta que, al fin, se abrió. Su padre se hallaba de pie con un cheque en la mano. Matthew la miró con gesto suplicante.

—¿Es verdad? —preguntó el joven—. Tu padre dice que has mudado de opinión. Lo tenía que oír de tus labios. No quiero dinero, pero si lo deseas, podemos anular nuestro matrimonio.

Lisbeth fue hacia él y lo tomó de la mano para mirarlo a los ojos y decirle:

—No, Matthew, no es cierto. Te está mintiendo. —Y a sus padres—: He elegido a Matthew. He elegido a Matthew y no voy a cambiar de parecer. No necesitamos su dinero.

Antes de que pudiesen responder sus padres, volvió a abrirse y a cerrarse la puerta principal. El señor Wainwright salió del estudio.

—¿Quién es, madre? —preguntó la muchacha.

—Ha venido el comisario para hacer valer nuestros derechos.

Aterrada de pronto, Lisbeth exclamó:

—¿Y qué se ha hecho de los míos, madre? Soy una mujer adulta. ¡No me puede obligar a casarme con Edward!

En ese momento se abrió la puerta del estudio para dar paso al padre, a quien seguían la autoridad y Jack.

—El comisario Hughes tiene algunas preguntas que hacerte, Matthew —dijo el primero—. Elizabeth, espera en la sala de estar.

—No quiero... —comenzó a decir ella.

—Con usted hablaré a continuación, señorita —la atajó el recién llegado.

—Señora —corrigió Lisbeth a aquel señor alto, tras lo cual musitó a Matthew—: No nos estamos equivocando. —Sonriéndole, le dio un apretón en el brazo.

Él le devolvió el gesto con una palmadita en la mano. Las dos mujeres salieron del estudio y dejaron en él a los varones.

Ann observó a Lisbeth caminar de un lado a otro en la sala de estar tal como había hecho su padre poco antes, entre el globo terráqueo y el piano. Jamás había sentido los nervios tan crispados. La espera estaba durando demasiado. Se acercó a la puerta y se asomó al vestíbulo: la del estudio seguía cerrada.

—No salgas de la habitación, Elizabeth —le ordenó su madre.

Ella no respondió, pero permaneció en el umbral con la mirada puesta en el otro extremo del vestíbulo. Unos minutos más tarde salieron el comisario, Jack y su padre. Matthew no estaba con ellos. Iban conversando mientras se dirigían hacia ella. Una vez allí, el representante de la ley aceptó el trago que le ofrecía el señor Wainwright antes de centrar su atención en Lisbeth.

—¿Dónde está Matthew? —quiso saber ella.

—Voy a hablar con cada uno de ustedes en privado. Su padre me ha dicho que el señor Johnson la ha hostigado para que se case con él. El muchacho lo niega, pero eso era de esperar. Usted no debe tener miedo de enfurecer al señor Johnson: podemos protegerla.

—Él no me ha hostigado. De hecho, he sido yo quien le ha hecho la proposición de matrimonio —volvió a corregir Lisbeth al comisario Hughes.

—A mi ver, es usted demasiado joven para tomar esa decisión —repuso él—: para contraer matrimonio necesita un permiso que sus padres no le han concedido. La ley no deja lugar a dudas al respecto.

—Soy mayor de edad —declaró ella.

El comisario miró con gesto inquisitivo al señor Wainwright, quien soltó una risotada y respondió:

—Elizabeth no puede demostrar su edad; por lo tanto, es su palabra contra la mía, y yo tengo un recuerdo más claro que ella del día en que nació.

—Sí que puedo —replicó ella—: Mi certificado de nacimiento demuestra que tengo veintiún años.

—Me temo que no tenemos modo alguno de consultar tal documento, Elizabeth. Lo siento mucho —dijo sarcástico el progenitor.

—Lo tengo yo, padre.

—¿Cómo? —preguntó él sorprendido.

—Mi certificado de nacimiento se encuentra con mis pertenencias, y en él se lee que nací el 14 de abril de 1837. Tengo veintiún años y, por consiguiente, soy mayor de edad. Y he tomado una decisión.

—Está bien; ve a buscarlo —le pidió el comisario.

Ella se echó a correr a la planta alta y regresó con el documento en cuestión. El agente de la ley lo examinó y se dirigió al padre:

—¿Es este su certificado de nacimiento?

El interpelado asintió arrugando el ceño.

—En tal caso, la joven es mayor de edad y libre de contraer matrimonio sin el consentimiento de ustedes —le comunicó la autoridad.

La madre, sin embargo, no se dio por vencida:

—Matthew Johnson se ha aprovechado de Elizabeth y la ha inducido a cometer tamaño error.

—¿Es eso cierto? —quiso saber el comisario Hughes.

—No; ya se lo he dicho: Matthew no me ha obligado a casarme con él. He actuado por libre voluntad.

—Lo siento, señores Wainwright: legalmente no hay nada que pueda hacer por ustedes. Los jueces son explícitos a este respecto. Ahora, he de marcharme.

Los cuatro guardaron un silencio sepulcral cuando los dejó solos el comisario. Lisbeth se sentía como una muñeca de trapo a la que hubiese arrastrado una tormenta colosal. Deseaba que hubiese escampado, aunque sabía que el viento iba a arreciar de nuevo. Apaciguó su respiración y pensó bien lo que iba a decir.

—Mi esposo y yo también nos retiramos —anunció al fin a sus padres—. Volveremos mañana por la mañana para recoger la mayor parte de mis pertenencias.

—Elizabeth, debes saber que no pensamos sino en lo que te conviene —dijo la madre.

—Eso dicen ustedes, porque creen saber qué me conviene. Sin embargo, no conocen mi cabeza ni mi corazón, ni tampoco tienen interés alguno en conocerlo. El tiempo les demostrará que lo mejor para mí es esto.

Acabada la conversación, atravesó el vestíbulo para reunirse con Matthew, quien se levantó de un salto de su asiento cuando ella abrió la puerta del estudio.

—Ya se ha ido —le participó Lisbeth al llegar a su lado—. ¿Nos vamos nosotros también?

—¿Tenemos libertad para ello?

—Sí, Matthew; somos libres —dijo ella sonriendo a su marido.

Él le devolvió el gesto y, meneando la cabeza, preguntó:

—¿Se han dado por vencidos?

—No puedo estar segura, pero creo que, una vez que me aleje contigo, perderán toda esperanza —aseveró—. No sabías que te iba a causar tantos problemas cuando me aceptaste en matrimonio, ¿verdad?

—Sabía de sobra cuál iba a ser la reacción de tus padres; todo el valle tiene miedo de los cambios que se avecinan. Esta forma de vida tiene los días contados y yo no tengo el menor interés en luchar por conservarla. Además, me hace muy feliz que estés a mi lado si tengo que irme.

—Gracias, Matthew —dijo ella con gran ternura—. Voy por lo que necesito para esta noche. ¿Te importa aguardar aquí?

—Prefiero acompañarte si a ti no te importa —respondió él.

—Estaré encantada de tenerte conmigo.

Le resultó extraño verlo en su dormitorio, pues nunca había estado allí ningún varón joven. Emily llegó enseguida.

—Matthew, te presento a Emily —anunció Lisbeth—. Emily, él es mi marido, el señor Johnson. Hoy vamos a llevarnos lo esencial y mañana regresaremos por el resto de mis pertenencias.

—Enhorabuena por su matrimonio, señor.

—Gracias.

Lisbeth se acercó a la ventana que daba a las cabañas y él la siguió mientras Emily colocaba los efectos de ella en una maleta.

—Desde que tengo memoria me he asomado por esta ventana dos veces al día sin faltar uno solo —le hizo saber la joven—. Cuando era pequeña, mi ama de leche y yo observábamos a su hijo y al resto de su familia. Yo nunca he dejado de hacerlo, aunque hace ya nueve años que se fue.

Fuera no había gran cosa que ver, pues los esclavos habían dejado los campos de tabaco recién sembrados para el día siguiente. Había alguno que otro que entraba en aquella choza o salía de esta, así como quien guisaba en el exterior. Lisbeth, con todo, no vio a Rebecca ni a nadie de su cabaña.

—Creo que está todo lo que necesita, señorita Elizabeth; o sea: señora Johnson —anunció la doncella.

—Gracias, Emily. Gracias por todo. Te deseo lo mejor. ¿Puedes, por favor, despedirte de mi parte de la cocinera, de Rebecca y de su familia? Me temo que no voy a volver a verlos.

La sierva asintió. Matthew asió la maleta y bajó con Lisbeth. De pie en el recibidor, se sintió desgarrada. Su padre, su madre y Jack debían de seguir en la sala de estar. Deseaba despedirse de ellos, pero no quería vivir otra escena. En consecuencia, salió por la puerta principal. Sin embargo, apenas había dado unos pasos cuando cambió de opinión.

Abrió la puerta de la estancia para decir:

—Nos vamos.

El señor y la señora Wainwright la miraron. Ella pensó en ir a darles un abrazo de despedida, pero desechó la idea de inmediato.

—Volveré mañana por el resto de mis cosas. ¿Estarán aquí?

—Una vez que te marches —respondió su madre—, no habrá nada, nada en absoluto, que podamos hacer por ti. Todo habrá concluido. Tu vida se habrá acabado.

—Madre, entiendo bien cuál es la decisión que estoy tomando. Adiós. —Y con esto, cerró con firmeza la puerta antes de que pudieran decir nada más.

Mientras se alejaban de Fair Oaks repasó la infancia que había conocido en aquella casa. La invadió todo un torbellino de emociones y pensamientos. Le dolía la garganta y le ardían los ojos. Se mantuvo alerta ante cualquier signo que pudiera indicar que los estaban siguiendo, aunque no vio a nadie. Tal vez sí se habían dado

por vencidos. Daba gracias por haber escapado, si bien la entristecía el hecho de abandonar el único hogar que había conocido nunca. Volvió a sentirse muy ingenua: en cierta medida había pensado que sus padres aceptarían su decisión. Era consciente del oprobio abrumador que recaería sobre ellos por ella y no podía menos de hallarse apenada por causarles tanto dolor y desengaño.

Sumida en sus cavilaciones, no habló ni prestó atención al camino. Solo reparó en cuanto la rodeaba cuando su marido abandonó la carretera.

—Lo siento, Matthew —se disculpó entonces—. No soy muy buena compañía.

—No puedo culparte por estar preocupada —repuso él—. Hoy has sufrido muchos cambios.

Era cierto que apenas podía llegar a asumir la monumental transformación que se había producido ya en su existencia, y que aún quedaban muchas mudanzas más por llegar. Comenzó a ponerse nerviosa a medida que se aproximaban a su nuevo hogar, en el que habría de saludar a su familia política, cenar en una estancia desconocida y yacer con Matthew por vez primera.

Este irrumpió en sus pensamientos diciendo:

—Si lo prefieres, no tenemos por qué compartir dormitorio esta noche.

La oferta era tentadora, habida cuenta del cansancio que se había apoderado de ella. Sin embargo, estaba resuelta a ser una esposa ejemplar: era lo menos que podía hacer por el hombre que le había brindado una salida.

—No, Matthew —contestó en consecuencia—: soy tu mujer y dormiré en tu alcoba.

Dicho esto, volvieron a sumirse en el silencio durante el resto del trayecto.



Los padres de Matthew les otorgaron un cálido recibimiento en la puerta de su hogar.

—Bienvenida a la familia —dijo su nuevo suegro, en tanto que su esposa le dio un tímido abrazo.

—Gracias, señor Johnson.

—Elizabeth, por favor, llámanos *padre* y *madre*: ahora somos tu familia —añadió la señora Johnson.

—Sí, señora —convino la recién llegada—. Me gusta: madre Johnson. Y a ustedes ¿les importaría llamarme Lisbeth? Es la forma de mi nombre que prefiero, aunque no son muchos quienes la usan.

—Por supuesto que no —dijo el cabeza de familia.

—Tú también, Matthew —solicitó a su esposo—, por favor.

—Creo que sabré habituarme a referirme a ti por tu nombre de infancia —aseveró él.

—¿Te acordabas? —preguntó ella, tan sorprendida como encantada.

—Tengo grabada en la memoria cada una de las palabras que hemos cruzado —respondió él con una sonrisa cohibida.

La de Lisbeth fue más amplia.

—Vamos, que nos aguarda la cena —anunció el padre—. Ya nos contaréis a la mesa más cosas de cuanto os ha ocurrido hoy.

Tras levantar los manteles, los cuatro jugaron al *whist* en la sala de estar. Lisbeth recibió encantada la noticia de que a Matthew le gustaban los naipes: le alegró tener algo que hacer con él cuando estuvieran los dos solos en Ohio. No tardó en llegar el momento de retirarse a dormir, y los padres de Matthew se excusaron. Los recién casados volvieron a quedar sin acompañamiento alguno. La joven siguió a su marido a su nuevo dormitorio y sintió que le flaqueaban las piernas al subir la escalera. Al llegar arriba pidió a su esposo:

—Por favor, ¿puedo cambiarme y meterme bajo las colchas en privado? Ningún varón me ha visto aún en ropa de noche.

—Por supuesto —fue la respuesta de Matthew—. ¿Quieres que te ayuden a desvestirte madre o Fanny?

—No, gracias: puedo manejarme sola. Dime simplemente dónde puedo poner mis cosas.

Él abrió la puerta que daba a su dormitorio, al final del pasillo.

—Es sencillo en comparación con lo que tienes costumbre de usar, aunque espero que estés cómoda. De cualquier modo, será solo durante unas cuantas semanas. Puedes colocar tus pertenencias en este armario. Es para tu uso exclusivo: yo he cambiado mi ropa a otro cuarto. El agua del palanganero debería estar templada y la toalla es para ti —la informó antes de salir de la habitación.

Ella se llenó los pulmones de aire. «Lo vas a conseguir», se dijo. Había elegido prendas de las que poder deshacerse sin ayuda, pero le temblaban tanto las manos que no le resultó fácil desabrochar el corsé. Se preguntaba si Matthew la estaría esperando en la puerta misma de la alcoba. Se sintió desprotegida y vulnerable ante semejante idea, aun cuando en la sala no había nadie más. Tras meterse en el camisón, abrió el armario de madera de roble y sacó una percha. El vestido se deslizó hacia la derecha. Volvió a probar y se escurrió de nuevo. También usar este objeto tenía su arte. Se sentía como una niña. Al fin logró que la prenda quedara en medio y no acabara en el suelo. Cuando la puso en su sitio, le pareció tan solitaria en el centro del armario que pensó en colgar también su ropa interior. Sin embargo, acabó por decidirse por doblarla y colocarla en los cajones. En el fondo colocó los zapatos y la maleta. Se deshizo el peinado y se cepilló el cabello con cuidado. Se lavó la cara y se introdujo bajo el cobertor para esperar a Matthew.

Él regresó tras lo que le pareció una eternidad (ella supuso que deseaba concederle todo el tiempo necesario para desvestirse) con el traje de dormir. Lisbeth fijó la vista en la cabeza de Matthew a fin de evitar mirar su atuendo de noche, pero no pudo evitar lanzar breves ojeadas al resto de su cuerpo contra su propia voluntad.

En una de ellas, por debajo del camisón blanco de algodón reparó en el vello oscuro que cubría la palidez de sus piernas. Cuando subió a la cama, el pie de él rozó el suyo y la hizo encogerse. Aunque el corazón se le había acelerado, permaneció inmóvil boca arriba, con los brazos a los lados y sin apartar los ojos del techo de madera.

—No tenemos por qué... —comenzó a decir Matthew.

—Sí, debemos —lo interrumpió ella.

Estaba aterrada, pero no quería tener aquella sensación rondándole la cabeza todo un día más.

Él se inclinó sobre su esposa y la besó con dulzura en los labios. Ella quiso responder con el mismo gesto, pero estaba atenazada. Él abandonó la boca de ella para besarle una mejilla y después la otra antes de regresar al punto de partida. Esta vez, Lisbeth le devolvió el beso. Separó los labios cuando empezó a relajarse y recibió así la boca abierta de él.

Matthew trazó un caminito de besos por la barbilla de ella, lo prolongó por la garganta y apartó el cuello del camisón a fin de llegar a sus hombros. Ella se estremeció de placer cuando él probó su piel con la lengua. La novia centró toda su atención en los movimientos que hacía la boca de él por las distintas partes de su cuerpo.

Cuando él topó con el obstáculo del tejido del atuendo de ella, Lisbeth lo vio tantear los botones y rezongar en voz baja ante la dificultad que ofrecían algunos. Ella dio un respingo de puro gozo cuando volvió a sentir su tacto.

—Lo siento —dijo él apartándose.

—No, no; me has malinterpretado. Por favor, sigue —susurró ella.

Matthew enredó entonces una mano en su cabello mientras recorría con la otra el cuerpo de Lisbeth desde el hombro hasta la cintura, en donde volvió a dar con otro obstáculo textil. Levantó la tela e introdujo la mano bajo el camisón para poder disfrutar por entero de la calidez y la suavidad de su cadera. Lentamente, descendió por el muslo y alcanzó su extensión máxima a la altura de la rodilla. Ella abrió la pierna, y la mano se trasladó al interior de la articulación.

Se detuvo allí un instante antes de comenzar a ascender por la cara interna del muslo. La punta de sus dedos serpeó más arriba, más arriba, más arriba, muy lentamente, avanzando para retroceder a continuación y recorriendo su piel de un lado a otro. Entonces se quedó inmóvil. «¿Por qué habrá parado?», se preguntó Lisbeth y se volvió para mirarlo: él tenía la vista clavada en su rostro. «¿Estoy haciendo algo mal? ¿Se esperaba quizá de mí que haga otra cosa que aguardar tendida?». Ella le hizo un gesto de interrogación con los ojos.

Él susurró con voz tan tenue que apenas lo oyó decir:

—No quiero hacerte daño.

—Estoy bien, Matthew —repuso—, y venga lo que venga ahora, voy a seguir estándolo.

Un escalofrío recorrió su espalda. La sensación era maravillosa. No había

imaginado que pudiese serlo en grado tan extremo. Giró el cuerpo hacia él y paseó los dedos por el dorso de Matthew. Deseaba que los dedos de su esposo prosiguieran por donde se habían quedado, y lo cierto es que no tardaron en hacerlo. Trémula de deseo, Lisbeth oprimió su cuerpo contra el de él hasta que él la penetró. Él gritó. Ella gritó también, de dolor y de anhelo.

Tras unos minutos, Matthew se tensó por entero y comenzó a agitarse de pies a cabeza. Ella temió haberle hecho daño, pero en el instante mismo en que se disponía a preguntarle si se encontraba bien, él soltó todo el aire de sus pulmones y se desplomó sobre el busto de ella. Allí permaneció, resollando, hasta que rodó para situarse a su lado y abrazarla con fuerza. Habían acabado. Lo había hecho. En los brazos de él, apretando el cuerpo contra el de Matthew, se sorprendió de sus propias ansias. Abrumada por toda una riada de emociones —goce, conmoción, enardecimiento y alivio—, lloró apoyada en el pecho de Matthew.

Capítulo veinticinco

24 de julio de 1858

Querida Mary:

Muchísimas gracias por las noticias que me haces llegar de casa. Tantos son los detalles que recoges en tu carta, que tengo la sensación de estar presente en tu casamiento. Lo que más siento de mi repentina mudanza a Ohio es precisamente no haber podido asistir. No sabes cuánto me alegra que Daniel y tú estéis teniendo una luna de miel tan encantadora. Estoy convencida de que Nueva York debe de ser maravillosa. Sé que no comprendes mi decisión y lo siento de veras. También me pesa la vergüenza y la confusión que he provocado en el seno de mi familia. Te echo de menos y me apena que no vayamos a ver a nuestros hijos crecer desde una galería de Virginia, pero me congratulo de que, cuando menos, me hayas perdonado en grado suficiente para escribirme. Te prometo contestar religiosamente cada una de tus cartas.

Nosotros estamos bien. La construcción de la casa avanza de forma satisfactoria. Te sorprendería saber el número de decisiones que tenemos que tomar a diario. Hemos elegido molduras de madera de cerezo para el zaguán, la sala de estar y el comedor, así como suelo de roble. No vamos a tener estudio, pues por lo visto no se estila por aquí, pero sí lo que aquí llaman una «solana» frente a la sala de estar, con ventanas en tres de sus paredes, además del porche tradicional, que envolverá los otros tres lados de la casa. Arriba no nos cabrán más de cuatro dormitorios, además de los aposentos del servicio, situados al lado de la cocina. Lo mejor que tiene una vivienda pequeña es que decorarla no supone demasiados quebraderos de cabeza. Aunque pensamos hacer estancias para los domésticos, quizá no lleguemos nunca a usarlas para tal fin, ya que, en Ohio, los criados suelen preferir ser «externos». Lo cierto es que constituye un desahogo maravilloso no tener que responsabilizarse de ellos a todas horas. Matthew y yo pasamos veladas muy agradables y tranquilas en compañía mutua. Podemos considerarnos afortunados por coincidir en casi todo.

Oberlin es un lugar encantador. El clima es un tanto bochornoso en este momento, pero dicen que el invierno dará a las hojas tonos inimaginables de rojo, amarillo y naranja. Me estoy preparando para el frío de dicha estación. Espero que para Navidad podamos estar instalados en nuestro nuevo hogar. Aunque va a resultar extraño celebrar las vacaciones sin compañía, en este momento no estamos en situación de tener invitados.

Me estoy extendiendo demasiado, conque ya me despido. Deja, sin embargo, que te diga antes, en el más estricto de los secretos, que es mi deseo más preciado el

poder confirmarte las noticias de la llegada a la familia de un nuevo integrante para el año próximo. Por favor, da recuerdos a todos de mi parte.

Tu querida amiga,

Lisbeth Johnson

Capítulo veintiséis

Febrero de 1859

Lisbeth estaba recogiendo huevos en el gallinero bien de mañana cuando sintió los primeros dolores del parto. Aunque no resultaban agradables, tampoco pudo menos de sonreír: su criatura estaba al nacer, quizá aquel mismo día. Antes de dar la noticia a Matthew quería asegurarse de que no era una alarma infundada. Por lo tanto, no dijo nada y siguió con las labores propias de la mañana, deteniéndose para respirar con calma cada vez que sentía una contracción violenta.

Durante el almuerzo, su marido reparó en que no se encontraba bien.

—No irás a alumbrar, ¿no? —le preguntó.

—Tengo algunas contracciones, pero todavía es pronto.

Los desvelos que desplegaba él respecto de sus necesidades le resultaban conmovedores. Había demostrado tanta atención y tanta amabilidad para con ella durante todo el embarazo, que no le cabía la menor duda de que iba a ser un padre maravilloso.

—¿Seguro? —insistió él, tan entusiasmado como aterrado.

—Apenas he tenido unas diez cada hora y la señora Williams dice que cuando llegue el momento serán más del doble.

—¿Quieres que vaya a buscarla?

—Me ha dado instrucciones de esperar a tener veinte en una hora —respondió Lisbeth.

—¿Confías en ella?

—Después de haber parido a ocho hijos debe de tener ciertas nociones al respecto. Además, me ha garantizado que la comadrona negra es mejor que el médico en caso de que haya complicaciones. Ya hemos hablado de ello y estabas de acuerdo conmigo —se burló ella.

—Sí —reconoció él con un suspiro—: tienes razón. Mi madre también cree que en estos trances son mejores las parteras.

—Voy a estar bien atendida, Matthew. Estoy deseando conocer al bebé. Por favor, no te preocupes por mí.

Pese a todo, Lisbeth entendía bien su inquietud: eran muchas las mujeres y las criaturas que no sobrevivían al parto, sobre todo en el caso de las primerizas.

—Yo también estoy entusiasmado —repuso él—, pero no puedo evitar los nervios.

Ella pasó el resto del día paseando de un lado a otro de la casa, deteniéndose para apoyarse contra una pared cada vez que sentía una contracción. Avanzada la tarde, los dolores se sucedían cada tres minutos, de modo que Matthew pidió a la cocinera que

fuese a buscar a la señora Williams. Lisbeth rompió aguas poco después de que se presentara.

—Parece que la criatura está al llegar —aseveró aquella—. No va a tardar en sentir la necesidad de empujar.

La parturienta prosiguió sus paseos. Las contracciones se manifestaban una y otra y otra vez, pero no las ganas de empujar. En cambio, vomitó cuanto tenía en el estómago. Extenuada, se tumbó en el lecho para descansar entre dos contracciones. Matthew y la señora Williams le secaban la frente con un paño fresco y le ofrecían sorbitos de agua que ella, sin embargo, arrojaba también. Pasaron las horas y la tarde se trocó en noche. Lisbeth yacía como dormida, aunque escuchaba a su esposo hablar con la señora Williams.

—¿Es normal? —susurró él.

—Nada de lo que preocuparse —respondió ella—. Las primíparas tardan mucho. Lo único que hemos de hacer es asegurarnos de que esté cómoda y dejar que su cuerpo se encargue del resto.

Lisbeth comenzó a alarmarse. Algo no iba bien: su hijo no salía. Estuvo sufriendo dolores toda la noche, pero poco antes del alba, comenzaron a espaciarse. Cuando entre uno y otro mediaron ocho minutos, fue la señora Williams quien empezó a inquietarse.

—Señor Johnson —dijo—, lo siento, pero esto no es normal: la criatura tendría que estar en el mundo a estas alturas. Tenemos que llamar enseguida a la partera. Ojalá ella sea capaz de hacer que se reanude el parto.

La doliente apenas alcanzó a oír sus palabras: estaba agotada y deshidratada, y no tardó en dejarse arrastrar al reino de los sueños.



La matrona se despertó enseguida. Los muchos años de traer vidas nuevas al mundo la habían habituado a responder no bien llamaban a su puerta.

Abandonó el cálido lecho que compartía con su esposo para ir a abrir. Cuando lo hizo, tras cubrirse con la bata que tomó de una percha dispuesta al lado de la entrada, no estaba mucho más presentable. Una dama blanca menuda tiritaba ante ella por el frío de la noche.

—Estamos teniendo un parto difícil en Los Acres. Me han mandado a buscarla.

—Deje que me cambie y vaya por mis cosas. Apenas necesitaré un momento. ¿Quiere aguardar dentro?

—Mejor la espero en la carreta.

Mattie, en efecto, estuvo lista en menos de diez minutos. Despertó a Emmanuel para informarlo de que se ausentaba y él le deseó un parto fácil antes de volver a sumirse en sus sueños. De ahí pasó a la cama de Jordan para besarle la frente. Cuando

fue a hacer otro tanto con Samuel topó con que no estaba en su lecho. El corazón le dio un vuelco: la noche anterior había salido con sus amigos y aún no había regresado.

Habían pasado poco menos de diez años desde el día en que ella y la niña se unieron a los dos varones en las afueras de Oberlin. A esas alturas había desaparecido todo vestigio de sus vidas anteriores, a excepción de sus recuerdos. Las gentes de color de la región sabían abstenerse de preguntar demasiado acerca del pasado, y las blancas habían aprendido a hacer lo mismo. Era todo un alivio el escaso interés que mostraban por los negros los blancos de aquel lado de la nación, siempre dispuestos, sin embargo, a comprar y vender bienes y servicios sin tener en cuenta la piel de ninguna de las partes. Mattie se había granjeado una reputación notable en calidad de la mejor partera de la zona, aun cuando la población blanca apenas recurría a ella cuando su intervención marcaba la diferencia entre la vida y la muerte.

Ella y Emmanuel estaban orgullosos de su hogar, de su trabajo y de sus hijos. Su casa era cómoda y espaciosa. Tenía dos dormitorios añadidos a la sala principal. Todo el mundo sabía que él hacía los mejores muebles de los alrededores y que sus sillas de respaldo alto eran las más refinadas del condado. Con los ahorros de tres años había comprado un torno con el que hacer travesaños redondos además de cuadrados. Entre cultivar maíz, elaborar mobiliario y asistir a partos, Mattie y Emmanuel habían logrado vivir con cierta holgura.

Jordan seguía yendo a la escuela para negros cuando no estaba trabajando. Era tan buena alumna como lo había sido su hermano. Él se graduó siendo el mejor de su clase. Tanto fue así, que volvía todas las semanas para enseñar a los más pequeños. La profesora, una mujer cuáquera, no paraba de decir que era una lástima que no se matriculase en la Universidad de Oberlin, pero Samuel no tenía claro que quisiera asistir a más clases: prefería ayudar a su padre en el taller. Este estaba encantado con verlo seguir sus pasos, pero su madre tenía la esperanza de que cursaría estudios superiores. ¡Estudios superiores! Su hijo, en la universidad. Aún le resultaba difícil creer que hubiesen llegado tan lejos tras la vida que habían conocido en Virginia. Mattie daba gracias al Señor y a Lisbeth por que su hijo fuera libre y tuviese la oportunidad de ejercer de profesor y aun de abogado.

Con todo, si bien estaba orgullosa de él, lo cierto es que su primogénito era también para ella un motivo constante de preocupación. Prefería salir con los amigos a quedarse en casa y, por más que Emmanuel aseverase que era un buen muchacho y que andar por ahí de noche resultaba natural entre los varones jóvenes, ella no podía evitar preguntarse, aun en Ohio, si su hijo no regresaría herido tarde o temprano.

Apartó de su cabeza las reflexiones relativas a su familia y salió de su casa para ayudar a traer al mundo una vida nueva.



Todavía no había transcurrido una hora —tiempo suficiente, empero, para que la noche diera paso al día— cuando entró en la sala en que yacía la parturienta. Antes de formular pregunta alguna, se dirigió al lecho a fin de estudiar a la futura madre. Sus mejillas tumefactas brillaban por efecto de la película de sudor que las cubría y sus ojos se hallaban cerrados. A través de los párpados se adivinaba el movimiento de los ojos y la respiración era superficial.

Mientras examinaba aquel rostro sintió que se le helaba la columna vertebral. Conocía a aquella mujer. ¡Era Lisbeth! Sus facciones habían cambiado en dos lustros y se mostraban abotagadas tras tantas horas de parto complicado, pero Mattie sabía que no se equivocaba.

—¡Por Dios bendito! —exclamó para sí.

Parecía imposible y, sin embargo, la concha marina que lucía en la garganta aquella joven acabó por despejar toda duda. Tendiendo la mano para tocarla, la comadrona apartó el cabello húmedo que se había adherido al rostro de Lisbeth. Era muy consciente de que el resto de los ojos de la habitación estaban posados en ella. Aturdida por los acontecimientos, se afanó en ocultar el aluvión de sensaciones que la había asaltado y respiró hondo para calmarse.

Observó con detenimiento su rostro: la joven llevaba tanto tiempo de parto que se había abstraído del mundo y no era ya consciente de cuanto la rodeaba. Mattie se arrodilló al lado de la cama y le susurró en voz muy queda al oído:

—Ya estoy aquí: Mattie está aquí contigo. Eres una mujer muy fuerte y todo va a salir bien. —Antes de ponerse en pie tocó la concha marina que descansaba en la base del cuello de Lisbeth y acarició las que llevaba ella bajo su propio vestido, y a continuación pronunció la oración con la que comenzaba cada una de sus intervenciones—: Señor, ayúdame a traer al mundo a esta criatura y a salvar la vida de esta mujer preciosa. —Sin embargo, en esta ocasión añadió algo especial para su niña—: Dios, gracias por permitirme cuidarla una vez más. Por favor, haz que salgamos bien de esta, y también su bebé. Amén.

Entonces se volvió hacia los circunstantes y se presentó al hombre que aguardaba nervioso ante el lecho:

—Georgia Freedman. Me alegro de que me haya llamado.

—Yo soy Matthew Johnson y ella es mi esposa, Lisbeth Johnson. ¿Puede ayudarla? —preguntó mirando a Mattie con desesperación.

«Matthew Johnson». Aquel nombre no le era desconocido. Sonrió en su fuero interno al caer en la cuenta de que Lisbeth lo había conseguido: había elegido a un buen hombre y logrado salir de aquel lugar espantoso. «Estoy orgullosa de ti, pequeña», pensó.

En voz alta, anunció:

—La señora Johnson necesita tomar algo. Señor Johnson, por favor, haga traer agua azucarada con sal. Señora Williams, ¿puede ayudarme a examinarla?

—Pero no deja de vomitar —advirtió Matthew.

—Hay que rezar por que retenga al menos algo. Agua azucarada con sal, señor Johnson. Ese es el primer paso y lo mejor que puede hacer por su esposa en este instante.

Él la miró de hito en hito con ojos desesperados. Ella deseaba hacerlo confiar en que Lisbeth iba a recuperarse y, además, ansiaba creer que poseía la capacidad necesaria para salvarlos, a ella y al bebé. Sin embargo, la situación no parecía muy favorable: la doliente presentaba ya la hinchazón que indicaba que podía estar a punto de malograrse el parto. Necesitaba averiguar por qué no había asomado ya la criatura y rogó para que, fuera cual fuese la causa, supiese actuar correctamente.

Clavó la vista en Matthew hasta que este salió de la habitación y entonces comenzó su examen. Sus dedos expertos palparon el perímetro de la tripa abultada de Lisbeth, murmurando para sí los nombres de las distintas partes del cuerpo a medida que las reconocía. Entonces se introdujo en la parturienta para conocer más. La exploración no hizo sino confirmar sus temores.

Cuando regresó el marido con la mezcla que le había solicitado, le comunicó:

—Señor Johnson, este niño no está bien colocado.

—Haga algo, por favor —le suplicó él—. Sáquelo sin más. Haga cualquier cosa, pero sálvela.

—Ojalá pudiera, señor Johnson. No puedo hacer una cosa así. Voy a tener que entrar ahí para ponerlo bien y ver si ella es capaz de expulsarlo sola. La señora Williams y usted tendrán que ayudarme mientras le doy la vuelta. Si le asusta demasiado, puede ir a buscar a otra persona, pero necesito a dos para que la sostengan.

Él, el rostro demudado por la angustia, comenzó a decir algo y se detuvo. Miró a Lisbeth y después a Mattie, y tras volver de nuevo los ojos hacia su esposa, inspiró hondo y asintió con un gesto.

—No, no hace falta ir por nadie más. Yo la asistiré. Yo asistiré a mi mujer. — Entonces, buscando consuelo en las palabras de la comadrona, le preguntó—: No va a morir, ¿verdad?

—Si yo puedo evitarlo y si Dios quiere, no. No voy a hacerle ninguna promesa que no vaya a ser capaz de cumplir, pero ya he hecho esto otras veces.

Revelar los riesgos que entrañaba aquella situación no iba a ayudar al futuro padre aterrado, a Lisbeth ni a sí misma. Lo que necesitaban era poner manos a la obra.

—Vamos a moverla de manera que quede tumbada con las piernas colgando a un lado de la cama. Ustedes aguardan mientras yo entro, y a mi señal, la incorporan.

La partera se dirigió a la cabecera del lecho e, inclinándose para acercarse a la masa inconsciente de Lisbeth, susurró:

—Voy a meterme en tu cuerpo para girar al bebé. Va a doler, y mucho, pero os va a salvar la vida a los dos.

Todos ocuparon sus puestos respectivos. Lisbeth tenía las piernas colgando a un

lado de la cama, y Matthew y la señora Williams le sostenían los brazos mientras Mattie se hincaba de hinojos entre sus extremidades inferiores. La comadrona introdujo una mano hasta bien dentro del cuerpo de la parturienta y le ensanchó el cuello del útero a fin de dar con el hombro del feto. Lisbeth gritó y el dolor hizo que se le contorsionara el rostro. Empujando el hombro de la criatura, Mattie le dio la vuelta, rotando la mano a fin de colocar la cabeza por encima de la pelvis de la joven. Entonces indicó a los ayudantes que la incorporasen para hacer que la gravedad contribuyese a situar la cabeza del pequeño en el lugar adecuado. Hecho esto, retiró la mano de la cavidad que se abría entre las piernas de Lisbeth.

—Lo hemos conseguido —declaró—. Vuelvan a tumbarla con suavidad.

Matthew sonrió de oreja a oreja y dejó escapar un suspiro de alivio. Tendieron de nuevo a Lisbeth en el lecho y, a continuación, Mattie efectuó un nuevo tacto para volver a reconocer la posición del feto.

—¡Maldita sea! —exclamó en voz baja—. Se ha vuelto otra vez. Tenemos que repetir la operación, pero esta vez vamos a dejarla incorporada hasta el final. Va a tener que ponerse en cuclillas. Con suerte, eso hará que la criatura permanezca en su sitio. Señora Johnson —le ordenó—, vaya a por un taburete de ordeñar.

Cuando regresó esta última, volvieron a situarse para acometer de nuevo el procedimiento. Mattie se introdujo en Lisbeth y colocó al bebé con la cabeza hacia abajo. Le sostuvo la cabeza en su sitio mientras pedía a Matthew y a la señora Williams que incorporasen a la futura madre. Entonces les dijo que la hiciesen descender hasta dejarla en cuclillas sobre el taburete. Colocaron almohadones y ropa de cama a su alrededor. Una vez que Lisbeth quedó con la espalda apoyada en el lecho y las piernas dobladas, la matrona retiró la mano.

—Así está mejor —declaró después de palparla—: el bebé está donde debe.

—¿Y ahora? —preguntó Matthew.

—Hay que esperar y rezar por que empiece pronto con los pujos. Vaya dándole poco a poco agua azucarada. Señora Williams, ¿podría hacer una infusión con esta cimífuga? Con un poco de suerte, hará que vuelvan los dolores del parto.

Matthew miró el semblante pálido y sudado de Lisbeth. En sus ojos se adivinaba el pánico que lo había invadido y que lo empujó a pasear de un lado a otro de la estancia. Mattie compartía su miedo, pero sus idas y venidas no iban a resultar de ninguna ayuda: para que Lisbeth y su hijo salieran adelante iba a hacer falta un entorno tranquilo y protector.

—Señor Johnson, ¿piensa dar de beber a su esposa, o voy a tener que hacerlo yo? Ya sé que está asustado, pero si quiere ayudarla tiene que asegurarse de que su cuerpo recibe lo que necesita para alumbrar a ese crío una vez que vuelvan las contracciones.

Él inclinó la cabeza en señal de asentimiento y se sentó al lado de Lisbeth. Sosteniendo en una mano la taza de líquido tibio, acercó con cuidado una cucharada a los labios surcados de grietas de su esposa. Vertió el contenido despacio, aunque no lo suficiente, pues la mayor parte se derramó fuera.

—Explíqueme lo que está haciendo. Está lo bastante consciente para reconocerlo. Háblele.

—Lisbeth, soy yo, Matthew, tu marido. Estamos tratando de ayudarte, a ti y también a nuestro hijo. Tienes que beberte esto para ponerte fuerte. Lo necesitas si quieres expulsar al bebé. Por favor, sé fuerte. No quiero perderos. Te he amado desde el primer día que bailé contigo, cuando tenías doce años. Te encontré muy divertida, y no paraste de hablar. Eras muy distinta de las demás, y tan hermosa... Quise que aquella danza durase para siempre. Nunca me atreví siquiera a desear que un día te convirtieses en mi esposa. Este año ha sido maravilloso. He empezado a creer que podrías ser feliz de veras conmigo. —Dicho esto, suplicó—: Lisbeth, por favor, bébete esto.

—Eso ha sido muy hermoso, señor Johnson. Siga hablándole así y verá como se recupera —lo alentó Mattie.

Él volvió a llevar a los labios de ella la cuchara a medio llenar. La inclinó muy lentamente y el líquido cálido que vertió descendió por su garganta. Sorbo tras sorbo, la fue hidratando, alternando el agua azucarada y la tintura de cimífuga, hasta que por fin se produjo una contracción enérgica. Mattie se sintió aliviada. Aunque aún les quedaba un largo camino por recorrer, las cosas comenzaban, al fin, a tomar el rumbo adecuado.

—Estupendo —aseveró—. Unas cuantas como esta y empezaremos a ver asomar la coronilla del bebé.

—Sigue inconsciente. ¿Cómo va a conseguir expulsar a la criatura de su cuerpo? —quiso saber la señora Williams.

—No es la primera vez que lo veo: es nuestra naturaleza animal la que toma las riendas. Aun así, tenemos que afanarnos en ayudarla.

Los dolores fueron cobrando intensidad. Lisbeth gemía angustiada con cada uno, aunque no llegó a abrir los ojos en ningún momento. Su mente se encontraba en otro mundo mientras su cuerpo trataba de dar a luz en este. Matthew se hallaba sentado a su lado, susurrando palabras de ánimo y dándole cucharadas de líquido entre una contracción y la siguiente. Transcurrieron horas antes de que Mattie viese asomar la cabeza entre las piernas de Lisbeth.

—El crío está ya listo para salir. Van a tener que ayudarla los dos a empujar. Cuando los dolores sean más fuertes, tiren de sus piernas hacia arriba. Yo voy a apretar en torno a la cabeza, a ver si podemos sacarlo aunque ella siga desvanecida.

Una contracción violenta se apoderó entonces del cuerpo de la parturienta. Los ayudantes empujaron sus piernas dobladas en dirección al pecho mientras Mattie ejercía presión en el periné de Lisbeth y el bebé se coronaba.

—Ya viene, ya viene. Sigán así, sigán así, que ya asoma. ¡Ya asoma! —exclamó la comadrona mientras la criatura se mostraba muy poco a poco hasta el final de la contracción—. Esta se ha acabado. Suéltense las piernas hasta que llegue la siguiente.

Se produjo una más, y luego otra y una tercera. Con cada una de ellas descendía

un tanto la cabecita, para después desandar buena parte de lo andado cuando remitía. Y con cada una se volvía azul la coronilla del pequeño. Cuando dejó de recuperar su tono rosado entre una y otra, Mattie volvió a preocuparse: la criatura se estaba empezando a extenuar. Debía salir pronto si no querían que fuese demasiado tarde.

—Va a tener que ayudar —declaró la partera señalando a Lisbeth—. Esta criatura necesita que su madre empuje.

Dicho esto, se colocó al lado de la cabeza de la joven, se inclinó y le habló al oído en voz baja pero firme:

—Escúchame, Lisbeth: ahora tienes que colaborar. El bebé está listo para salir, pero tienes que apretar. Ya sé que estás cansada, pero puedes hacerlo. Un par de buenos empujones, y tendrás a tu criatura. Busca tu fortaleza, Lisbeth. La llevas en tu interior. Tú eres la única que puede salvar la vida de tu bebé.

Frotó la frente sudada de la parturienta y le acarició el cabello húmedo.

Aunque en ningún momento abrió los ojos, Mattie rezó por que sus palabras logaran penetrar la niebla en que se hallaba envuelta su conciencia.

—La llevas dentro, pequeña. Yo sé que la llevas.

Cuando llegó la siguiente contracción, la matrona, situada de nuevo entre las piernas de la futura madre, gritó:

—Empuja, Lisbeth, ¡empuja! Aquí, donde tengo puesta la mano. ¡Empuja!

La joven se estremeció, hizo un débil empeño en apretar y volvió a caer hacia atrás.

—Muy bien hecho. ¡Esa es mi niña! Ahora, hazlo igual, pero más fuerte todavía. Con la siguiente, empújenle la cabeza hacia delante mientras tiran hacia arriba de las piernas. Háblele, señor Johnson. Dele su aliento.

Cuando llegó otra contracción, pudieron oírse las palabras que en voz baja pronunciaba Matthew:

—Empuja, Lisbeth, empuja.

Ella abrió los ojos para mirar los de Matthew, transfigurados por el miedo, y él se inclinó para acercarse aún más a su esposa.

—Puedes conseguirlo, Lisbeth. Vamos a hacerlo juntos. Ahí viene otra. Empuja, por favor, empuja —imploró.

Ella estrechó sin apenas fuerzas la mano de Matthew, lo miró con ojos vidriosos, arqueó el cuerpo y apretó. Así, cada vez con más fuerza, con más fuerza, con más fuerza; sin cesar, sin cesar, sin cesar un momento, empujó, empujó y empujó hasta que Mattie exclamó:

—¡Lo has conseguido! Ya tiene la cabeza fuera. ¡Lo has hecho, chiquitina, lo has hecho!

Ella se derrumbó sobre la cama y sonrió fugazmente antes de volver a perder el conocimiento.

—Lisbeth, lo has conseguido —susurró Matthew mientras le cubría el rostro de besos y regaba de lágrimas sus mejillas. Le besó la coronilla y repitió—: Gracias.

Gracias. Gracias.

No tardó en manifestarse otra contracción. Mattie se aferró a la mandíbula del crío y tiró hasta verlo salir por completo. El azul intenso de su piel la conminó a actuar con rapidez: lo tumbó boca abajo sobre su regazo y restregó el cordón umbilical con la mano izquierda para hacer entrar en el bebé la sangre de la placenta, al mismo tiempo que le frotaba la espalda con la derecha. La estancia se había sumido en el silencio.

—Vamos, hazlo —animó a la criatura—. Respira.

Siguió frotando con fuerza hasta que, al fin, el recién nacido echó hacia atrás la cabeza y lloró con energía. Ella suspiró y sintió un escalofrío de alivio que le recorría el cuerpo.

—Ya has dicho lo que tenías que decir, chiquitín.

El pequeño lloraba y lloraba. En aquel momento no podía haber un sonido más dulce. El bebé de Lisbeth estaba vivo y en buen estado. Mattie alzó la vista para mirar a Matthew con lágrimas en los ojos.

—¡Es un niño! —anunció—. Señor Johnson, ha tenido usted un varón.

Él contempló a su hijo en las manos de Mattie y por sus mejillas corrieron lágrimas de gozo y de sosiego.

—Gracias. Muchas gracias. Los ha salvado usted. ¡Ha salvado a los dos!

—Tiene razón, señor Johnson, pero he contado con mucha ayuda de Dios y con no poca de usted, de la señora Johnson y de la señora Williams. Los hemos salvado entre todos.

Mattie no se había sentido nunca tan aliviada tras un parto. Los había conocido peores, claro está, pero ninguno de ellos le había importado tanto como aquel. No consiguió relajarse del todo hasta que Lisbeth echó la placenta y pudo cortar el cordón umbilical.

Ella y su recién nacido se encontraban en perfectas condiciones.



Una vez limpio y fajado el crío, mientras la madre dormía profundamente en el lecho, Mattie preguntó:

—Señor Johnson, ¿han pensado un nombre para él?

—No hemos elegido ninguno, porque no queríamos tentar al destino, pero si a Lisbeth le parece bien, me gustaría que se llamara Samuel como mi abuelo.

Ella contuvo el aliento.

—Es un nombre precioso. Yo conocí hace tiempo a un bebé que se llamaba así.

—¿Tiene usted hijos?

—Sí: James, que acaba de cumplir los veintidós años, y Jennie, que tiene once.

—Seguro que le habrán proporcionado grandes alegrías.

—El amor que siente uno por sus hijos es inexplicable. El primero me tomó por sorpresa y con la siguiente pensé que sabía dónde me metía. Sin embargo, le he dado todo mi corazón a cada bebé que he tenido a mis pechos.

—Ya sé que se lo he repetido ya muchas veces, pero créame que le estoy por demás agradecido por lo que acaba de hacer. Nunca podré pagárselo del todo. Es usted un ángel que ha enviado el cielo para salvar a mi esposa.

—Usted también ha hecho una gran labor durante el parto. La mayoría de los hombres habría echado a correr.

Él se encogió de hombros con gesto tímido.

—He estado presente en muchos alumbramientos de ganado y, en este, cada vez que me entraba miedo me recordaba que no había tanta diferencia.

—La señora puede considerarse una mujer afortunada por tener a su lado a un buen hombre como usted.

—Gracias, pero soy yo quien tiene la suerte de tenerla a ella por esposa. Soy el ser más afortunado sobre la faz de la Tierra gracias a usted. Sé que este podía haber sido el peor día de mi vida y, sin embargo, lo ha convertido usted en el mejor —aseveró sin dejar de sonreír—. Gracias por todo.

—Ha sido un placer, créame —respondió ella inclinando satisfecha la cabeza.

Mattie trató de atesorar para siempre aquella escena. Se había preguntado tantas veces por Lisbeth durante aquellos años... Cada noche rezaba por la niña que había dejado atrás, y en aquel momento la tenía delante en carne y hueso, en el dulce hogar que había formado con un joven encantador lejos de la maldad que imperaba a orillas del río James. «Dios es grande —se dijo—. Dios es grande».



Unos días más tarde, Lisbeth, aún convaleciente, se hallaba en cama, sonriendo al crío que dormía en sus brazos y en compañía de su esposo.

—Es maravilloso, Matthew —dijo—. Es un regalo del cielo.

Estudió al recién nacido: la curva de su oreja, el rosa de sus uñas, los párpados casi traslúcidos... «Samuel —pensó—: eres mi Samuel».

En voz alta, añadió:

—Yo crecí con un Samuel. Era el hijo de mi aya negra.

—No lo sabía. ¿Prefieres quizá otro nombre?

—No, me encanta la idea de que mi niño se llame como el de Mattie. ¿Crees que está creciendo lo bastante? —se preguntó—. Todavía me parece tan pequeño...

—No hace más que tres días que salió de tu matriz. Dale tiempo para que se adapte. De todos modos —propuso Matthew—, si te preocupa mucho podemos contratar a un ama de cría. Debes de tener el cuerpo consumido después de la terrible experiencia.

—¡Ni lo sueñes! —le espetó ella—. Samuel no va a tener nodriza; si yo no puedo darle lo que necesita, usaremos leche de vaca.

Él se acercó a Lisbeth y, acariciándole el brazo, le habló con ternura:

—Lo siento, no pretendía ofenderte. Simplemente me preocupa que puedas estar agotada después de un parto tan difícil. Leche de vaca, claro; aunque dudo mucho que tengamos que preocuparnos. —Tras una larga pausa añadió—: Siempre había creído que guardabas un recuerdo grato de tu ama de cría.

—Sí, la quería muchísimo, más que a mi madre, y no soporto la idea de que Samuel pueda querer a otra más que a mí. Yo adoraba a Mattie. Cuando tenía miedo no quería estar con nadie más. De hecho, soñé con ella la noche en que nació Samuel.

—Supongo que la partera debió de recordarte a ella. Fue muy amable contigo.

—¿Le has hecho llegar ya el pago? —quiso saber Lisbeth.

—No —respondió él—. La señora Williams dice que por un parto normal basta con dos pollos.

—En ese caso habrá que darle cuatro, porque dudo mucho que este pueda calificarse de normal. Estoy convencida de que me salvó la vida y se la salvó a Samuel. —De pronto cruzó su mente una ocurrencia—. Matthew, no bien me recobre, seré yo quien vaya a pagarle.

—¿Crees que es prudente?

—Soy perfectamente capaz de cruzar la ciudad con unos cuantos pollos. Es el mejor modo que tengo de conocer a esa comadrona negra y expresarle en persona mi gratitud. No me va a pasar nada, pero, si lo deseas, podemos ir juntos.

Capítulo veintisiete

Semanas después, Lisbeth se sintió lo bastante recuperada para viajar. Estaba sentada en el pescante del carro, al lado de Matthew, quien guiaba a un par de caballerías de intenso color negro por entre la fresca mañana de primavera. El sol brillaba cálido sobre ellos mientras una brisa suave les daba en el rostro. Los cloqueos de tres gallinas y un gallo acompañaron su recorrido mientras pasaban al lado de los campos vecinos en dirección a la ciudad. Samuel, ahíto de leche materna, iba envuelto en una mantita de franela, dormido en un cesto que descansaba a los pies de Lisbeth. Tenía la cabeza cubierta por una gorra rosa, regalo de Mary, de soltera Ford, quien hacía tiempo que había pasado a ser Mary Bartley. Al lado del camino barroso, la joven reparó en una flor de color encendido que crecía frente a una granja blanca. ¡Azafrán amarillo! ¡Qué sorpresa! Daba la impresión de que Mattie le estuviera enviando su bendición desde el pasado.

—¡Mira, Matthew; una flor de azafrán amarillo! Es el signo que anuncia la llegada de la primavera. El año que viene me gustaría tener una en nuestro jardín.

—Eso sería maravilloso —respondió él sonriendo a su esposa.

—Lo malo es que los bulbos son bastante caros...

—Nos podemos permitir el lujo —la tranquilizó él.

—Gracias, Matthew. —Ella también sonrió—. ¿Te das cuenta de que llevamos ya casi un año viviendo aquí?

—Ha pasado deprisa.

Hicieron callados el resto del camino, sumido cada uno de ellos en sus propios pensamientos.

—Lisbeth —fue Matthew quien rompió el silencio—, ¿te arrepientes de haberte mudado a Ohio?

Sorprendida ante una pregunta tan directa, meneó la cabeza para responder:

—Ni por asomo. No pienses ni un segundo lo contrario, Matthew. No lamento en absoluto la decisión que tomé. Al contrario: doy gracias a Dios cada noche por teneros a ti y a Samuel. Adoro nuestro hogar, Matthew.

Dicho esto, recorrió el pescante de madera hasta quedar al lado mismo de su esposo. Trabó su brazo con el suyo y apoyó la cabeza en su hombro. Alzó la mirada hacia él en el momento preciso en que asentía con una sonrisa satisfecha en los labios. Ella, confiada, le estrechó el brazo para expresar cuanto sentía en el corazón.



Se detuvieron en la ciudad para comprar provisiones —harina, azúcar y tejidos— y preguntar en la estación ferroviaria si les había llegado correspondencia desde el Este. A continuación, pusieron rumbo al extremo opuesto para visitar la casa de la partera y

entregarle el pago por el nacimiento de Samuel. Lisbeth rasgó lentamente un sobre escrito por la mano precisa de su madre. Leyendo en silencio mientras recorrían el camino de tierra, se reclinó con un suspiro al acabar la carta.

—¿Qué dice? —quiso saber Matthew.

Lisbeth la leyó entonces en voz alta:

Querida Elizabeth:

Gracias por las noticias relativas a Samuel. Felicidades a ti y a tu esposo. Imagino que estaréis orgullosos de tener un hijo varón. Gracias también por la invitación a visitar vuestro hogar, si bien por el momento me resulta imposible viajar. Tal vez puedas venir a Virginia con el pequeño este verano. Los dos seréis bienvenidos. Tu padre te envía sus mejores deseos.

Atentamente,

Tu madre

—No me sorprende —señaló Lisbeth—, aunque albergaba la esperanza de que el nacimiento de Samuel le resultaría tentador.

—Quizá mi madre sea capaz de convencerla de que este no es un lugar tan salvaje como imagina. Estoy convencido de que tarde o temprano vendrá a verte. Todavía está tratando de asimilar tu decisión.

—Supongo —convino ella antes de menear la cabeza para añadir—: Haga lo que haga, no voy a dejar que arruine mi felicidad.

Una vez pasada la ciudad se vieron rodeados de casitas salpicadas sobre tierras en barbecho sedientas de simiente. Lisbeth vio ropa puesta a secar y gallinas que hurgaban el suelo de los corrales. De cuando en cuando, un campesino de piel oscura y sombrero de ala amplia interrumpía su labor para contemplar la carreta.

Leyendo con cuidado las indicaciones de la señora Williams, Lisbeth señaló a Matthew:

—Hay que doblar aquí. Será la tercera parcela de la izquierda, por debajo de la carretera, en la hondonada.

Pasaron la primera granja y la segunda, y Lisbeth pidió a Matthew que redujera la marcha al llegar a la tercera. La casa se encontraba a unos treinta metros de la carretera.

—Ahí está —dijo ella—. Gira aquí.

Él estaba guiando a los caballos en dirección a la entrada cuando su mujer vio algo.

—¡Matthew, para! —exclamó con urgencia.

Hizo lo que le pedía y miró a su esposa, que ahogó un grito y quedó helada.

—¡Oh, Dios! No puede ser.

—Lisbeth, ¿se diría que has visto un fantasma! ¿Qué ocurre?

Ella estudió la escena que se desarrollaba ante sus ojos: una niña con coletas daba piezas de ropa húmeda a una mujer para que las tendiese. Esta, con el cabello gris envuelto en un paño oscuro, las iba colocando con eficiencia en la cuerda dispuesta para tal menester.

—¿Qué ocurre, Lisbeth? —insistió él.

Sin apartar los ojos de las dos figuras, su esposa respondió:

—Se parece a Mattie.

—¿A quién?

—A Mattie, mi nodriza.

—¿En Ohio? Cuesta creerlo —dijo Matthew meneando la cabeza—. ¿Cuándo la viste por última vez?

—El 14 de junio va a hacer diez años.

—¿Y estás segura de que es ella?

—No.

Lisbeth observó a las dos mientras proseguían su actividad. La hija, jugando con la madre, retiró en el último instante la camisa que le había ofrecido. Esta logró agarrar un extremo y las dos se pusieron entonces a tirar de la prenda por ver quién se apoderaba de ella, competición que acabó cuando la madre se puso a hacer cosquillas a la pequeña. El eco de sus carcajadas llegó hasta Lisbeth.

—Esa risa... Es Maite, seguro. —La joven no salía de su asombro—. La niña debe de ser Jordan. Ha crecido. Ha crecido mucho. Parecen tan felices... —A continuación miró a su marido con el rostro lleno de lágrimas—. Lo sé: soy tonta. Sin embargo, no sabes cuántos años he estado preguntándome si estarían vivas. Y verlas de pronto al fin... Poder constatar que se encuentran tan bien...

Mirándolas desde lejos, Lisbeth había quedado paralizada. Quiso grabar en su memoria el atuendo que llevaban, sus manos, sus rostros... Por increíble que pudiera parecerle, Mattie y Jordan seguían vivas y las tenía delante, a unos treinta metros de donde se encontraba.

—Tal vez sea mejor dejarlas en paz —se preguntó en voz alta. Entonces se volvió hacia Matthew y señaló—: Tuvo que reconocerme la noche del parto. ¿No te dijo que me conocía?

—No. En este momento, los esclavos huidos corren un gran peligro. No sabría si podía confiar en mí.

—Por supuesto que puede.

—Claro que sí, pero eso ella no lo sabe.

—¿Crees que querrá verme?

—Te trató con mucho cariño la noche que nació Samuel. Saltaba a la vista. A mí me sorprendieron su desvelo y el afecto que te prodigó. En cierta ocasión llegó a llamarte *Lisbeth*. Supongo que sigue preocupándose por ti.

El semblante de la joven se llenó de lágrimas.



Al final, Mattie acabó por advertir la presencia de aquellos blancos que aguardaban en el camino de entrada. Reconoció a Lisbeth de inmediato y corrió a recoger el cesto de la ropa.

—Ven, nos vamos ya —ordenó a su hija.

—Pero, mamá, tenemos más que tender —insistió Jordan.

—¿Ves aquella dama blanca? —dijo ella señalando con la cabeza.

—Ajá.

—Tengo que contarte algo sobre ella.

Tras entrar con precipitación en su casa, explicó a su hija:

—¿Te acuerdas de la niña blanca a la que cuidaba y de la que tanto te he hablado? La que te hizo el centón. Pues está ahí, en la carretera. Yo diría que ha venido a ofrecirme algo por haberle ayudado a traer a su bebé al mundo. Tienes que llamarla *señorita Elizabeth* si viene a vernos. A lo mejor pasan de largo. Posiblemente me haya reconocido. La familia de la que huimos fue la suya.

—¿Y nos va a delatar?

—No —respondió Mattie con total certeza—. Vamos a prepararnos por si viene a vernos.

—Aquí no hemos tenido nunca a ninguna dama blanca —aseveró Jordan maravillada.



Lisbeth se resolvió al fin.

—Matthew, voy a hacer lo que me he propuesto esta mañana. Por favor, llévame a casa de Mattie.

Las caballerías se pusieron en marcha con un chasquido de las riendas. Secándose las lágrimas, Lisbeth pidió a su marido:

—Espera aquí con Samuel, que yo saldré a buscarte si necesito algo.

Dicho esto, se apeó con cuidado, consciente de que le temblaban las piernas. Mientras se dirigía hacia la puerta no pasó por alto ninguno de los sonidos que la rodeaban: el cloquear de las gallinas que aguardaban en la carreta, el crujido de la gravilla bajo sus pies... Contó los pasos que separaban su vehículo de la cabaña de Mattie: uno, dos, tres..., hasta llegar a doce.

Al alcanzar la puerta, de pie bajo la brillante luz del sol, volvió a dudar si debía o no llamar. Tal vez Mattie no quería verla. El corazón le latía con furia. Aquello era una estupidez: quizá no le importaba que saliera a la luz su pasado y la pusiese en peligro.

Entonces oyó una voz al otro lado de la puerta de madera: la voz profunda y

cálida de Mattie, la misma que la había calmado de pequeña, la que seguía oyendo en sus sueños. La de dentro era su Mattie.

Alzó la mano y llamó.



Fue su antigua nodriza quien abrió. Aunque había planeado invitarla a pasar de inmediato, en lugar de hacer tal cosa permaneció inmóvil en el umbral mientras miraba de arriba abajo a la mujer que tenía ante sí: toda una señora alta y fuerte, por demás diferente de la niña que amaba. Sin embargo, aquellos ojos no habían cambiado un ápice. Mattie quedó sin aliento. Se le hizo un nudo en la garganta y manaron lágrimas de sus ojos. Moviéndolo las manos, la hizo pasar en silencio y cerró bien la puerta antes de atraerla hacia sus brazos cálidos y recios.

Epílogo

Me gustaría poder afirmar que desde aquel día Mattie y yo fuimos como madre e hija, pero no sería cierto. Como dije al principio, esta es una historia real. El único modo de hacer que Mattie viva conmigo que me es dado consistiría en contratarla, y lo cierto es que ni yo estoy dispuesta a darle órdenes, ni creo que ella vaya a querer aceptarlas de mí. El único motivo que justificaría una visita mía a su hogar sería el de brindarle mi asistencia, hacer una obra de caridad a una familia necesitada. Huelga decir que lo haría sin dudarle en el instante mismo en que ella lo requiriese, pero Mattie no me necesita: puede recurrir a Samuel y a Jordan, sus hijos verdaderos.

Cada Navidad llevo un paquete a su familia, un pequeño obsequio con el que ni siquiera puedo empezar a pagar cuanto me ha dado ella. Rezo por que perciba el amor y el aprecio que he vertido en cada magdalena, en cada colcha o en cada frasco de mermelada que hago para ellos. De cuando en cuando nos vemos en la ciudad. La última vez fue en primavera, cuando mi Samuel tenía siete años. Se escapó de mi mano en el momento en que salíamos del almacén general, adonde habíamos ido a comprar harina y azúcar para hacer un pastel, y se echó a correr acera abajo. Yo lo seguí, dispuesta a reprimirlo, cuando ella dobló la esquina procedente de la parte de atrás. Demasiado aturdida para hablar ni hacer gesto alguno, me quedé inmóvil ante Mattie. Ella me devolvió la mirada como si conociera mi alma mejor que yo.

Entonces Samuel nos sacó de nuestro embelesamiento gritando:

—¡Mira, la primera flor de azafrán amarillo de la primavera!

Las dos dirigimos la vista a donde señalaba él.

—¡Vaya! ¡Qué color tan hermoso! —dijo Mattie.

Samuel anunció entonces con orgullo:

—Son las flores preferidas de mi mamá. Hoy para celebrarlo vamos a salir al campo a comer frijoles de careta.

—¿De verdad? —preguntó Mattie meneando la cabeza—. ¡Qué casualidad! En mi familia hacemos lo mismo.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse. Yo clavé la mía en sus ojos con la esperanza de que comprendería cuanto albergaba en mi corazón. Por encima de todo, quería correr a sus brazos amantísimos y familiares para sentir su calor, reír y abrazarla, presentarle a Samuel y hacer que él supiera que había sido ella quien me había enseñado a buscar flores de azafrán amarillo. Quería que mi Samuel la conociese y la amara, pero ni corrí ni los presenté ni reí ni la abracé: me limité a sonreír con el gesto tierno y los ojos húmedos desde la distancia que nos separaba.

Ella hizo otro tanto antes de que cada una reanudase su camino.

Agradecimientos

La escritura de esta novela ha sido para mí todo un acto de fortaleza. A lo largo de su redacción he necesitado grandes dosis de aliento a fin de no abandonar. He contraído una deuda impagable con cuantos leyeron los borradores que se fueron multiplicando durante el proceso y compartieron conmigo las opiniones que me dieron el valor para continuar. Gracias a Sheri Prud'homme, Mo Morris, Rinda Bartley, Kathy Post (doblemente: una vez por el primero y otra por el último), Catherine Fisher, Kyle Fisher, Julie Scholz, Carolyn Hand, Bonnie Richman, Susan Pence, Cathy Cade, Heather MacCleod, Michelle Berlin, Darlann Hctor, Anne-Lise Breuning, Niall O'Regan, Kate Hand, Pat Saint Onge, Jody Savage, Melanie Curry, Mary Bartley, RuAjna Kai, Hannah Eller-Isaacs, Fran Bartley, Charlotte Dickson, Carmen Bartley, Laura Prickett, Alisa Peres, Janne Eller-Isaacs, Rob Eller-Isaacs, Skot Davis, Cambron Williamson, Ann Hecht, Jill Miller, Jean Weiss, Mona Ibrahim, Jamie Ibrahim, Sarah Moldenhauer-Salazaar, Mike Jung, Cathy Rion y Kalin Ibrahim-Bartley. Asimismo he de agradecer a Laura Klynstra el hermoso diseño de cubierta. Gracias a los correctores que tantas mejoras introdujeron en la historia: Janis Newman, Jane Cavolina, Renee Johnson, Tiffany Yates Martin y Michael Townley, y también a Gogi Hodder, quien me animó como nadie, hizo cuantas copias fueron necesarias, leyó casi todos los borradores —que no fueron pocos— y no dudó ni un solo instante en que esta historia debía publicarse.

Gracias a todos los niños de la Woolsey School que han iluminado mi vida y a los padres que me han permitido amarlos.

Gracias a los lectores que me hicieron saber que había hecho justicia a la historia de Mattie y de Lisbeth y que me ayudaron a propagarla.

Gracias a Terry Goodman y a Amazon Publishing por su deseo de hacer llegar *La flor del azafrán amarillo* a un público más amplio.



LAILA IBRAHIM creció en Whittier, California, en el extremo oriental del Condado de Los Ángeles, y se trasladó a Oakland, California para estudiar Psicología y Desarrollo Infantil. Después de obtener una Máster en Desarrollo Humano, se dio cuenta de que quería trabajar directamente con los niños, y abrió su propia escuela para niños de preescolar a la que llamó Woolsey Children's School. Su educación y experiencia como educadora y madre le ha sido de gran ayuda para su novela, especialmente su estudio de la teoría del apego y del multiculturalismo.

Se identifica como una mujer radical moderada. Trabajó como Directora de los Ministerios de Niños y Familias en la Primera Iglesia Unitaria de Oakland durante cinco años. Vive en una pequeña comunidad en Berkeley con su esposa, Rinda y está orgullosa de sus dos hijas y sus dos perros.